

COMPRA

71-9750

TRADICIONES Y LEYENDAS DEL ECUADOR

BIBLIOTECA ECUATORIANA DE "ULTIMAS NOTICIAS"

Empresa Editora "EL COMERCIO"

QUITO - ECUADOR - 1947

OBRAS PUBLICADAS:

Juan León Mera.— CUMANDA (Novela)

P. Juan de Velasco — HISTORIA DEL REINO DE QUITO

Augusto Arias.— PANORAMA DE LA LITERATURA
ECUATORIANA.

Miguel Albornoz.— ORELLANA, El Caballero de las Ama-
zonas.

Alfredo Simson.— LAS SELVAS DEL ECUADOR.— Ra-
fael Karsten.— LA RELIGION DE LOS
INDIOS JIBAROS DEL ECUADOR
EN LA REGION ORIENTAL.

TRADICIONES Y LEYENDAS

Compiladas y seleccionadas por

INES Y EULALIA BARRERA B.

NOTA EDITORIAL

La buena acogida que ha encontrado en los lectores de este vespertino la publicación de folletines que pongan al alcance del mayor número aquellas obras necesarias para la difusión de los conocimientos de lo que nuestro país representa en la historia, nos ha llevado a reproducir obras que se encontraban agotadas. Hoy nos proponemos emprender en algo más difícil y más atrayente: reunir las tradiciones y leyendas que en cierta manera representen los acontecimientos míticos y legendarios de todas las épocas de la nación ecuatoriana.

La tradición y la leyenda son dos formas de conocimiento de la historia y también la clara supervivencia de los hechos pasados en aquello que impresionó con mayor interés la imaginación popular, porque se refería a los asuntos de mayor importancia en la vida colectiva o porque estaba de acuerdo con sus más caras imaginaciones religiosas o patrióticas.

Hemos querido que preceda a la colección de tradiciones reunida para los lectores del vespertino, las páginas que al respecto escribió uno de nuestros más exquisitos ingenios, C. M. Tobar y Borgoño, estadista y escritor de grandes dotes, fallecido cuando se cifraban en él las mejores esperanzas para la rectificación de los destinos patrios. La tradición, se-

gún este ilustre ecuatoriano, no sólo traslada al papel el hecho conservado en la memoria de las gentes, sino que también transparenta el carácter de los pueblos.

Habría para llenar varios volúmenes con las tradiciones que se han escrito en el Ecuador. Al llevar a cabo esta primera selección hemos querido comenzar con una de las leyendas conservadas por el viejo Cronista de Indias, Miguel Cabello Balboa: el problema prehistórico palpita allí con inquietante llamada. Y hemos continuado siguiendo un cierto orden cronológico para referirnos a las diversas épocas de nuestra historia. Un esbozo de Historia del Ecuador en tradiciones; proyecto ambicioso que alguna vez podrá llenarse cumplidamente por quienes tengan más posibilidades de hacerlo que nosotros. Nos será suficiente con saber que despertamos interés en el público hacia este género literario.

Junto a la tradición escrita por literatos de fama, hemos puesto la de noveles escritores, si así llamábamos el capítulo imaginativo de la obra que nos proponíamos trazar, que conviniera a los períodos históricos y también a las regiones y provincias ecuatorianas. Hemos preferido reproducir la leyenda escrita sobre el templo de San Francisco de Quito, por Luis Aníbal Sánchez, como un homenaje a este adolescente fallecido en la flor de la edad y cuya obra no puede ser olvidada por los ecuatorianos.

Nuestro mayor anhelo es el de servir a los lectores en el mantenimiento del pasado histórico, como la mejor fuente de supervivencia patriótica. Nos sentiremos felices si lo conseguimos en una mínima parte.

La Tradición y los Tradicionalistas

C. M. Tobáñ Borgoño

El felicísimo ingenio y la facilidad de pluma de uno de los escritores más preclaros de Sud-América, del erudito arqueólogo literario señor don Ricardo Palma, ha venido a despertar entre los que poseemos la lengua de Castilla, la afición a una de las más atrayentes ramas del género histórico: la tradición; rama casi por nadie cultivada antes de que aquel ilustre hispano-americano la hubiese dado vitalidad, por medio, de su atrevida y diestra pluma.

Si bien, es cierto, que las tradiciones han existido siempre; sin embargo, no han formado un género especial, con el carácter peculiar, el estilo arcaico por la forma, a la par que nuevo por lo raro y por lo bueno, sino en nuestro siglo y en Sud-América.

Los españoles, a pesar de negar la bondad, en materia del habla, a lo que no pertenece a la Península, han tenido que reconocer el verdadero mérito del estilo de Palma y del género que con especialidad ha cultivado. Las revistas literarias han asignado un lugar prominente a lo que ellas llaman **novelitas históricas** y que nosotros sencillamente nombramos tradiciones.

Estas consisten, por lo general, en el relato de asuntos que, a causa de su escasa importancia, no han sido considerados dignos de la historia, pero que, sin embargo inspiran interés, ya por las enseñanzas que contienen ya por que nos facilitan el conocimiento de la misma historia mostrándonos el carácter de la época en las peculiaridades tan pequeñas como interesantes de sus hombres, ya por el gracejo que encierran, o ya, en fin, por el valor local que poseen para los pueblos.

Pueden dividirse en dos especies: las históricas y las novelescas. Las históricas son aquellas en que los hechos relatados son verdaderos, o al menos lo son en el fondo y lo principal.

Las novelescas son las leyendas cuyos argumentos aunque falsos y hasta inverosímiles han sido tenidos por el pueblo como ciertos, o figuran en las crónicas como tales. En unas y otras queda ancho campo a la imaginación del escritor

* * *

El Perú ha sido la cuna de la tradición, de la que puede asignarse el carácter de padre y criador al ya varias veces mentado Palma.

La escritora cuzqueña señora doña Clorinda Matto de Turner le ha seguido muy de cerca, como feliz imitadora.

Algunos anticuarios chilenos han desempolvado hechos históricos apenas conocidos y dado a luz algunas antigüedades exhumadas, del olvido de los archivos, pero no son, sin embargo, tradicionalistas, les falta el carácter distintivo: las tradiciones, como nosotros las entendemos, y como Palma las escribe no consisten en la simple narración de lo olvidado, sino además en que el estilo se adapte a los tiempos de los sucesos; a fin de que se descubra por sólo la forma del artículo, el siglo a que se refieren, ahí, como dice, Don Eugenio María de Hostos se encuentra al siglo XVII con el estilo picaresco de todos sus escritores, "siglo español por excelencia, en que satisfecha de su fortuna la sociedad hasta entonces incierta de sí misma, contempla al mundo como suyo, contempla asegurado para siempre el porvenir, y procediendo como proceden los afortunados, en todo confió por confiar en su fortuna a todo sonreía por sonreír a su esperanza de perpetuo bien, de todo se rió, porque estaba alegre de la suerte, y hablando como pensaba, sentía y quería, hacía de la palabra la expresión de ese estado psicológico de la sociedad".

En ella se descubre al siglo XVII, con su calma en la opresión, y en América con su paz inquebrantable, con su gobierno impolítico, ignorante y despreciable, con su sociedad siempre alegre e insustancial. Al través de ellas se reconoce al siglo XVIII, con la calma chicha de sus primeros años, con su atmósfera pesada, con la languidez enervante de sus hombres, y luego con la borrasca, con la tempestad, a cuyo ruido despertaron nuestros padres para convertirse en héroes.

Pues bien, en las tradiciones, y esto es lo más difícil, el lenguaje y el estilo deben retroceder a los tiempos de lo que se relata, la principal exhumación no está en el hecho que se desempolva, es al estilo, es al lenguaje al que hay que sacar de la tumba, y para maestro de eso, Palma; él no es el ciego imitador de los escritores antiguos, no es de los que por encajar una construcción Cervantina o una frase Quevediana, lo sacrifican todo, no sólo lo literario, sino hasta lo lógico; no es tampoco de aquellos, a quienes, nadie que no sea muy versado en la arquitectura de la lengua puede entender, porque el prurito de imitación les hace hacinar un sinnúmero de arcaísmos.

Palma, por el contrario, llega a modelar, de tal modo su narración, que resulta estricta y finamente arcaica, sin que se le pueda inculpar la menor exageración: es nuevo al propio tiempo que viejo, viejo por el estilo, es verdad, pero también nuevo en el propio estilo; pues hay novedad en lo que nadie o muy pocos antes que él han hecho: la difícil obra de prescindir del presente para trasladarse a ya remotos siglos.

* * *

Hay tradiciones que habiéndolas visto en letras de molde y publicadas fuera, las he reconocido, sin embargo, como de casa, a pesar de los nombres y circunstancias extraños.

Sirva de ejemplo, la dada a luz por D. Ricardo Palma en "Ropa vieja" y que lleva por título "Dos cuentos populares" al primero de los cuales me refiero, y que el Autor lo relata como sucedido en Lima, y hasta fija el año del acontecimiento, y que sin embargo antes de leerlo me era ya muy conocido, pues que lo había oído narrar a las viejas quiteñas como acaecido en el convento máximo de San Francisco de esta muy leal y coronada villa.

La razón es a mi modo de ver fácil de explicar: siendo las tradiciones una manifestación de las costumbres de antaño, y siendo, por otra parte, estas costumbres semejantes, análogas tienen que ser las relaciones que de ellas se hagan.

Por otra parte, el chiste ocupa por lo general un puesto prominente en la narración tradicionalista, y no hay nada de más rápida propagación que lo ingenioso, sobre todo, si se tiene en cuenta que hay ciertos vivos que se apoderan de las ocurrencias ajenas para repetirlas como propias.

Además, es probable que las tradiciones vulgares en toda Hispano-América tengan un origen común: España.

Indudablemente los hechos que se cuentan de la misma manera y que encontramos semejantes en muchos lugares fueron referidos por los españoles que los importaron de la madre patria. Después, ellos mismos, o sus descendientes para comunicáries verosimilitud los adecuaron a las circunstancias de tal o cual pueblo y les entregaron a una amplia circulación.

Este, también, es el motivo por el cual, la tradición religiosa es la que menos varía: el fanatismo español encontró un hermano gemelo en la superstición india que explotó a su placer, y de aquí que los pueblos americanos, y especialmente los que hemos tenido poco contacto con gentes extrañas, hayamos exagerado sobremanera la acción sobrenatural, haciendo intervenir a la Religión hasta en las cosas más vulgares y más ruines. Después de cada acontecimiento siquiera baladí, que por algo ha llamado la atención del pueblo, vienen las invenciones de todo género, las leyendas, algunas veces ingeniosas, en que se conoce la riqueza de imaginación de los quiteños ¡Ay!, de aquel a quien sobreviene la menor desgracia, inmediatamente los beatos de sacristía, es decir, los que pintan todavía a Dios, como al antiguo Júpiter, con un haz de rayos en la mano, no se ocupan sino en buscar un motivo por el cual ha sobrevenido al desgraciado el castigo del cielo; de manera que es más de compadecer al paciente por los comentarios de los vecinos que por el infortunio mismo. Pero, eso sí, si es a uno de estos inventores de ejemplos vivos de caridad a quien sucede algo desagradable, ya el cielo no le castiga, sino que **le prueba** por sus virtudes.

Son estos, además, como cierto Autor, que después de destrozar al prójimo en un libro entero, se retracta en las dos líneas finales de la última página de todo lo contrario a las máximas de Dios o de la Iglesia.

“Valientes tipos de caridad evangélica”.

La tradición religiosa, decíamos, es la que encontramos uniforme en casi todas las poblaciones españolas de Europa y América; las leyendas populares relativas al Señor de la Portería de Quito, se reproducen en casi toda Sud-América con la sola variante del santo o de la efigie. La tradición española del puente de Segovia, tan gallardamente narrada por D. Antonio de Trueba en su “Vara de Azucenas”, la

tenemos en Quito, aplicada al atrio de la iglesia de San Francisco.

Entre estos cuentos o tradiciones comunes a diversos lugares hay algunos que, en cierto modo, son la reflexión del carácter de los pueblos.

De los de este género, el que más me ha llamado la atención, es el de un cierto personaje, loco, bellaco, bromista, o simplemente necio, según la indole pecuniar de los varios pueblos, teatros de sus fechorías.

En las poblaciones patriarcales no pasa de ser un sujeto bonachón, algo truhán, de hechos cómicos o un tonto cuyo exiguo ingenio solo suda para conseguir por medios ilegítimos la congrua sustentación.

En otros lugares aparece ya con sus puntas de bellaco y bromas de color subido, y por último, en otras, es un clérigo ridículo, o un fraile viejo y verde, por añadidura; lo que manifiesta ya, infiltración de volterianismo en las antes sencillamente creyentes colonias.

*
* *
*

En punto de tradiciones históricas los ecuatorianos poseemos abundante material, no elaborado aún por ningún autor.

De épocas de la conquista, tenemos una multitud de leyendas sangrientas, de tragedias horrorosas y de hechos repugnantes. La calma de la dominación española, sólo se manifiesta por tradiciones en que predomina el lado jocoso. La guerra suministra un precioso arsenal de anécdotas. Los próceres, aquellos hombres que gigantes en el campo de batalla, eran pequeños, por su sencillez en el hogar, especie de niños grandes, se prestan a ser protagonistas de tradiciones que desenvueltas por un hábil escritor, llenarían cientos de volúmenes de instructiva y agradable lectura.

Por desgracia en el Ecuador han sido muy pocos los que se han dedicado a este nuevo género literario: la **polítiquería** y los desfuegos de la envidia o la malevolencia ocupan las plumas, más bien que asuntos útiles o amenos.

El distinguido anticuario señor don Pablo Herrera, poseía un precioso caudal de tradiciones y conocimientos antiguos, a cuya adquisición dedicó toda su vida; pero, fué

materia prima que gastando la vida de un hombre para adquirirla, quedó para que otro ocupe, toda la suya, en aprovecharla.

Por desgracia a la muerte de este ilustre ecuatoriano, hasta sus apuntes, han desaparecido: Los deudos, no supieron apreciar en el debido valor la obra del ilustre historiógrafo, y al desaparecer éste, disiparon lamentablemente tan preciosa herencia.

No sé si el señor Herrera llegó a publicar algunas tradiciones. Después, tampoco conozco a nadie que al menos, como él, las posea inéditas, en la memoria.

Historia de los amores de Quilaco - Yupangui de Quito y Curi - Cuillor del Cuzco

Según Miguel Cabello Balboa

Suspenso y congojoso se hallaba en Tumibamba Atavallpa en ver tardar tanto los mensajeros, que por horas estaba esperando de parte de Guáscar-Inga su hermano, y por saber la causa de este detenimiento acordó enviar un mancebo, deudo de los dos (aunque nacido y criado en el Quito) por Embajador suyo, acompañado de algunos principales y envió también de los más ricos dones que pudieran hallarse. Este gentil mancebo era hijo de un Auqui-Topa-Yupangui, hombre de mucho valor y esfuerzo. Llamábase el dicho mancebo Quilaco-Yupangui, tomando el nombre de la nación de la madre (porque los naturales del Quito son llamados Quilacos y el sobrenombre Yupangui del padre).

Partió de Tumibamba Quilaco-Yupangui, con la compañía y dones para ir al Cuzco y por sus jornadas llegó al valle de Xacxaguana, donde recibió un secreto mensaje de Mama-Ragua-Ocillo y de su hija, la mujer de Guáscar-Inga, en que le rogaban que se viniese aquella poca distancia que había de allí al Cuzco, gozando de los regalos y convites que por su mandado se le habían de hacer en algunos lugares y plazas de aquel camino (esto mandó decir la reina viuda porque Quilaco-Yupangui se había criado en su casa en Quito, y era hermano de leche de Chuqui-Uzpay su hija). El amigable ruego de estas señoras fué obedecido. Luego que llegaron los mensajes de

Quito a Siquillabamba, se congregó en un breve instante una numerosa caterva de mozas, tan hermosas y bien apuestas, cuánto en aquel género de gente y siglo se podía pedir y desear.

Más así, como el lucero (al quebrar del alba) se aventaja en claridad a las demás estrellas, así, a todas las demás, se aventajaba y excedía una doncella de tierna edad que en hábito humilde se entretenía en unas caserías allí vecinas, oculta allí por orden de una tía suya, por sacarla de entre manos a la muerte. Esta tierna doncella hija de Guáscar-Inga y de la bella y desgraciada Curicuillor, quien fué hallada difunta en uno de los aposentos de Guáscar-Inga. No habiendo en ella otra culpa que ser amada tiernamente del señor Inga.

Una hermana bastarda de Guáscar-Inga, llamada Carvaticlla (única y verdadera amiga de la muerta Curicuillor) temiéndose la llevasen hurtadamente los abuelos de la nieta y sobrina suya, la hurtó y escondió en sus caserías, que no muy lejos estaban del Cuzco, donde la crió con mucho cuidado, porque a no hacerlo así, le dieran la muerte los mismos que a su madre mataron.

Bien supo Guáscar-Inga donde, como y con quien era llevada y estaba su hija, más el mismo temor que tenía su hermana le hacía no llevarla a su casa, ni aún publicarla por hija, y fuera de esto le proveía cumplidamente lo necesario hasta que los amontonados cuidados que heredó con la herencia del Imperio, le hicieron tener más descuido de lo que debiera (y aún quisiera) tener con la tierna doncella, a quien por haber sido heredera de la increíble belleza de su madre, heredó también el nombre y fué llamada Curicuillor.

Quince años había que era nacida la Infanta (algo más o menos) cuando sucedieron en el Cuzco las cosas que vamos escribiendo, y la venida de Quilaco-Yupangui al Cuzco, y aquellos regalados banquetes que por mandado de las reinas se iban haciendo, y al que en Siquillabamba se hacía (como en más solemne y principal) se quiso mostrar a los extranjeros aquella rutilante estrella de oro, que debajo la nube de oscura pobreza estaba oculta; allí acudió esta doncella con licencia y consentimiento de su tía Carvaticlla, y así como las demás comenzó a ejercer el ministerio y oficio de Copera, aunque con más aventajado donaire y belleza, acompañada con una compuesta medida digna de reina, lo cual (según después pareció)

fué notado y mirado del nuevo huésped Quilaco-Yupangui, y siempre que en el discurso del banquete recibía los vasos de su mano, más bebía amor que azua y mas presto quedó fuera de sí con la vehemente afición de la doncella que no con la suma de vasijas que en aquel día se consumieron.

En la despedida de estos dos nuevos amantes se conoció cuan propio sea de nuestra naturaleza el amar, pues que, sin cuidado adquirido, ni afectación trasnochada, ni otros estudios de artificiosa curiosidad, se acertaron a hablar con los ojos el uno al otro un lenguaje, bien entendido de las almas de ambos, y con el mirarse a un tiempo se entendieron igualmente, sin que nadie los entendiese a ellos.

La hermosa Curicuillor (que hasta allí había vivido libre y sin sospecha de saber que cosa fuese amor) no quedó menos prendada de la hermosa gracia, disposición y apostura del Embajador, que él lo iba de su increíble hermosura, antes, como menos experimentada en aquella rabiosa pasión, sentía más el afecto amoroso, y con un nuevo pensamiento andaba tan inquieta y fuera de sí, que sin quererlo ni pensarlo, a pocos días se lo pudo conocer Carvaticlla, su tía, porque un suspirar ordinario, unas preguntas sin tiempo, unas alabanzas de ajenas gracias, sin propósito y fuera de coyuntura, un traer la plática a su gusto (casi por los cabellos), un mudar la voz y color del rostro, oyendo el nombre de la cosa amada, un hablar y tratar de él entre sueños, todos son claros indicios de pasión y martirio amoroso, y como la tía no era (en su tanto) falta de aviso y experiencia, pudo con facilidad sospechar la causa de la mucha inquietud de su sobrina, y para más y mejor satisfacerse de su sospecha, con amorosas y forzosas preguntas le hizo confesar estar sumamente aficionada al Embajador Quilaco-Yupangui, de lo cual (por no espantarla) no se admiró la prudente Carvaticlla, ni reprendió la desenvoltura en su guardada doncella, antes con amor de más que madre, le prometió ayuda y favor de su parte, para que (guardando el decoro a su guardada castidad) pudiese hablar con su nuevo y único amado, y como el amor verdadero y perfecto, es en sus movimientos mas ajustado y puntual que el más visitado reloj, de tal manera movía las ruedas en los dos amantes, que apremiados y atraídos de iguales y conformes pesas, acudieron conformes al golpe de la hora, y era así, que no menos desasosegado e inquieto iba por el ca-

mino Quilaco-Yupangui, que la doncella lo estaba en su pobre casería, porque en aquella poca distancia que de Siquillabamba hay hasta el Cuzco, volvió tantas veces los ojos a donde dejaba la lumbre de ellos, que estuvo a punto de ser su afición descubierta; hacía paradas sin tiempo, suspiraba como cansado, no estándolo, no hablaba de melancólico ni quería que nadie le hablase, porque no le interrumpiesen su glorioso pensamiento.

Ya de regreso de Calca donde tuvo lugar la desairada entrevista de Quilaco-Yupangui con Guáscar-Inga, un gran privado de Quilaco-Yupangui, (de quien la larga experiencia tenía dadas fianzas de seguridad) había (por su mandado) informándose por los términos, más sin sospecha que se pudieron imaginar, de la habitación y morada de Curicuillor, el cual, con poca dificultad, lo vino a saber, y fué bastantemente informado de donde, como y con quien residía y de quien era hija, y de todo dió noticia a Quilaco, cuando volvió de Calca al Cuzco, que no poco aumentó su amor, cuando tuvo noticia de su mucha calidad; finalmente, al mismo que hizo la diligencia primera despachó a las caserías de Siquillabamba en busca suya, con aquella disimulación y secreto que el caso requería, y en tanto que su fiel mensajero iba buscando el remedio de su enfermedad, en la misma causa de ella.

El solícito y fiel mensajero de Quilaco hizo con tanta diligencia y cautela lo que se dejó a su cargo, que con brevedad llegó en unas poblaciones antiguas, que se muestran sobre Siquillabamba, y entre ellas halló la morada de la prudente Carvaticlla, y fué a coyuntura, que en aquel mismo instante acababa la cuidadosa doncella de derramar infinitas lágrimas en el regazo de su piadosa tía, y ella también acababa de derramar por su boca, otra no menor multitud de promesas, curando su pena con muy afirmadas esperanzas.

A este tiempo llegó de súbito el mensajero del nuevo amador, y fué de la buena tía hartó más bien recibido que conocido, y así mismo fué saludado de la doncella con aquella mesurada compostura, que pedía su virginal estado, y habiendo el mensajero alentado y sosegado el pecho, del cansancio que de subir la cuesta traía, llamó a Carvaticlla allá fuera, y entre unas espesas matas de tauris (a quien nosotros llamamos tramuces) que en torno de la casa había, propuso su embajada, por el menos escandaloso estilo que le fué posible, dándole a entender el afectuoso cuidado en que su señor quedaba, y el desasosiego que a

causa de su sobrina traía, asegurándole (ante todas cosas) lo tocante a su honestidad y honra, y con tales fianzas la buena señora, no quiso perder la coyuntura que se le ofrecía para el remedio, quietud y amparo de su amada prenda, porque bien entendía ella (y se dejaba conocer) el mucho valor de Quilaco-Yupangui, pues era enviado por Embajador de Príncipe a Príncipe, y haciendo primero las salvas y protestaciones necesarias, le pidió por final respuesta, que pues ya tenía noticia del camino y satisfacción de la seguridad de su casa, y granjeada de ella la benevolencia, que cuando con menos riesgo de sospechas, su señor pudiese, la llegase a ver, que en el entretanto, ella tenía de su sobrina ganada la gracia para hablarle, aunque bien entendía se alcanzaría con dificultad: a esto respondió el mensajero dando cuenta de lo que en el Cuzco y Calca había pasado, de donde entendía sería la vuelta de su señor, más breve de lo que pensaba, y que no podría ser aquella deseada visita, sino ya de camino para su tierra: con esto se despidió el fiel mensajero.

Contentísima se hallaba en esta coyuntura la hermosa Curicuillor, con la relación que su tía le hizo del mensaje, que trujo del no menos conocido huésped, y mucho más por entender que su deseado amante había de venir con brevedad a visitarla, y dejarla hemos recrear en su esperanza.

Después que el mensajero partió de su casa, le fué en su imaginación contando los pasos que de ella había hasta el Cuzco, y entre sí sola representaba las diligencias que su amado debía hacer para apresurar su partida, y cuando en su entendimiento lo hacía puesto ya en el camino, volvía a descontar los pasos que primero tenía contados, y viendo su cuenta y deseo defraudado, acusaba a su amante de perezoso y desamorado.

No asomaba labrador con las tacillas al hombro (instrumento con que labran en el Cuzco la tierra) que no se le antojasen los chuquis (o lanzas) que Quilaco traía delante de sí, y puesta en el mar de tanta tormenta, vido asomar por una loma una cuadrilla de forasteros, encaminados al camino real, que va derecho hacia Xacxaguana, y teniendo puestos en aquella amontonada gente los ojos, dejó reposar en ellos su cuidado e imaginación, y estando absorta y elevada en aquel objeto, y sospechosa no fuese su amante, que se hubiese determinado de se pasar de largo, de súbito se halló sobresaltada de un rumor que sonaba entre unas espesas sementeras de maíz, que muy cerca de ella estaban,

y volviendo los ojos a ver que fuese la causa de tal bullicio vido delante de sí, sin creerlo, a aquel que cuando estaba ausente no se le apartaba de la vista, y la que se hacia muy retórica reprehendiéndolo cuando no lo veía, ahora que lo ve está muda y turbada con la repentina vista; no supo qué hacer, y tomó por último remedio, para encubrir su cortamiento, llamar con voz temblante y turbada a Carvaticlla su tía, la cual luego la respondió (que no muy lejos se hallaba) y juntos los tres, el joven valeroso hizo (a su modo) su salutación, estando no menos turbado que la doncella, hablando harto más con el corazón y ojos que no con la lengua, y después de haber hecho la primera introducción, lo menos mal que pudo, les dió larga cuenta de lo que con Guáscar-Inga le había pasado; y concluyó con decir (encaminando su plática a Curicuillor). De mi tierra salí libre, próspero y acompañado y ahora vuelvo solo, menesteroso y cautivo; más todo lo tengo por bien venido por haber sido dichoso camino, por donde vino a mi corazón tan alto merecimiento, como es para mí teneros en él, con él viviréis mientras él viviere conmigo, y siendo vos, señora, servida de os ofrecer por mi esposa, yo lo habré por suma felicidad, y no entendáis que soy de la hez y bajeza de la plebe común, siendo tan alto en linaje como se puede juzgar por la alteza de mi pensamiento y a tal demanda como aquesta, a vos señora y amparo mío (hablando con Carvaticlla) es, dado el responder, y no a la luz de mi cielo: por tanto (aprovechándonos del poco lugar que el tiempo nos concede, respondedme en nombre de mi estrella de oro. La prudente Carvaticlla (habiendo estado un poco suspensa) le dijo: que su deliberado intento era darle de su mano esposo, antes que la crueldad de sus enemigos le diesen la muerte, más que esto deseaba que fuese en tiempo y coyuntura más cómoda que no lo era aquella. Mejor es de la que pensáis (respondió Yupangui) porque según lo que yo dejé en el Quito y hallé en el Cuzco, tenemos entre manos sangrientas contiendas, y por contraria que a Atavallpa corriera la suerte, se quedará con las provincias adherentes a las del Quito, donde será recibido por señor e Inga, y como tal gratificará mis muchos servicios y los de mi padre a él y el suyo hechos, y esta gratificación no la pediré en otra cosa más, de recibir de su mano por mujer y esposa a su sobrina y mi señora; y aquí cesó, porque el tiempo era corto y la materia era larga: dad vos la orden que mejor os estuviere (dijo Carvaticlla) y dejad a vuestro cargo el guardarla precisamente la orden (dijo Yupangui)

era que mi señora Curicuillor, me aguardase dos años, pues su edad y la mía no lo repugnan, y si en este término yo no viniere, crean y tengan por cierto que, o seré muerto o cautivo, o de alguna estrechísima necesidad impedido; vos pedís término de dos años (respondió la tía) y yo, de parte de mi amada prenda os concedo tres, y apercibios que pasado este término, le buscaré por otro camino al remedio, entre tanto yo la tendré por vuestra.

Atenta había estado a estas pláticas la hermosa doncella y con un rostro rosado las oía todas, y cuando Quilaco trató de su despedida, comenzó a sembrar sus hermosas mejillas de orientales perlas, y lo mismo hizo su nuevo amante, y tía, y con honestísimo y limpio abrazo se apartaron, porque así convino, y él se volvió a proseguir su viaje, y la doncella se fué a contar las horas de su tardanza, y puesta entre esperanzas, celos, desconfianzas y temores, la dejaremos y seguiremos a Quilaco-Yupangui, el cual llegó a Tumibamba donde halló a Atavallpa sumamente deseoso de su llegada.

Luego tuvieron lugar las sangrientas batallas entre Atavallpa y Guáscar-Inga.

En una de las más atroces batallas que en el Pirú jamás se ha dado, eran tantos y tan grandes los montones de muertos que cayeron a los primeros encuentros, que valían ya para reparos de los vivos, y de los primeros de ellos, hacían trincheras.

Esta batalla se comenzó con el día, y siempre estuvo en peso, hasta hora de vísperas, que comenzó a declinar el valor de los Cuzcos aunque con pérdida notable de los vencedores, porque de aquellas nuevas gentes en la guerra, fueron tantos los que cayeron, que embarazaban ya a los que peleaban.

Entre muchos varones de cuenta que este día lo pasaron mal, de la parte de Quito, fué uno Quilaco-Yupangui caudillo y capitán de los sobresalientes, porque pasando a reforzar un escuadrón de importancia, que ya blandaba, vino un dardo desmandado y le atravesó un muslo, de suerte que no pudo hacer otra cosa que caer entre los caídos, y fué a tiempo que ya los Cuzcos se retiraban, y los Quitos los seguían, y cebados en este seguimiento iban ganando tierra, llevándose consigo el ardor de la pelea.

Quilaco, que estaba sepultado entre montones de muertos desangrándose por la herida y en tierra de enemigos mortales, y sin confianza de que nadie lo viesese a buscar, lamentándose de su corta ventura, pues, estando a

la puerta de poder desempeñar la palabra, que a Curicuillor había dado, le quitaba la vida. Volviendo el rostro como mejor pudo, vido un mancebo de poca edad al parecer, que doliéndose de tan lastimoso estrago venía. "Hermano, tú que en coyuntura de tanto rigor, y ajeno de toda piedad te vienes mostrando piadoso con estos a quien hoy atropelló tu mala fortuna, yo te ruego, que desocupes de junto a mi un poco de lugar, donde pueda rodearme, sin que tantos cuerpos me lo impidan, cuya corrupción temo que abreviará la poca y triste vida que me queda, saca este dardo que me atraviesa el muslo, para que dé más lugar a que salga la sangre y el ánima por la herida, y se abrevie una vida tan trabajosa como la que hoy sostengo."

El comedido mancebo estuvo atento a su petición y promesa, y con más ánimo y voluntad, que no fuerzas, comenzó a apartar el rimero de muertos, que alrededor de sí tenía el medio muerto Quilaco.

Casi a cuesta lo sacó de aquel aborrecible lugar y lo llevó a unas pobres caserías que por allí había para curar sus heridas.

Quilaco le preguntó de donde era y como se llamaba, y que ocasión lo trujo por aquel lugar, en tan rigurosa coyuntura. A esto respondió el mancebo: "hermano mi nombre es Tito, mi tierra es ésta, lo demás no me lo preguntes sinó piensa en tu salud, que es lo que más importa".

Mucho nos hemos olvidado de la bella y cuidadosa Curicuillor, y será bien volvamos a ella nuestra memoria, pues la suya estaba muy pronto en contar los días de la tardanza de su deseado Quilaco-Yupangui, y por su muy estudiada cuenta, hallaba ir corriendo ya el año cuarto de su tardanza (dos años más de los que él pidió de término y uno de los que le fueron concedidos). Hallábase en esta coyuntura más afligida que jamás se había visto, porque una liviana enfermedad (aunque venida sobre pesada vejez) le llevaba a su tía Carvaticlla de esta vida, y fuéle revelado en estos días a la afligida doncella, que no se aguardaba más de que su tía espirase para llevarla al Cuzco, y por ella, por mano del Inga, en la de un capitán y deudo suyo, a quien la tenía prometida por mujer; y pudo tanto en su atribulado corazón, el temor de aqueste trueco, que olvidada de la obligación en que la idea tenía puesta, cuando la vido cercana la muerte (y antes que con el último sueño cerrase los ojos) se salió de su casa y cortando su largo cabello (que al más bruñido ébano excedía en color) se vistió ropas cortas de varón, y por ventura serían to-

madras del más abatido de sus camayos, y eclipsando aquel sol de su rostro, con los bitumines que en ellos suelen ponerse los Indios, cuando van a sus guerras, se metió entre la gente amontonada, que iba siguiendo el ejército por gastadores o sirvientes, y con ánimo desesperado de todo buen suceso, fué buscando la presencia que la suya oscurecía, con la larga tardanza.

La bella Curicuillor convertida en Tito, y luego de cuidar con solicitud al herido le dijo estas palabras: esa cusma rica que tienes, truécala con una pobre de estos muertos, y en hábito humilde estarás más seguro; no quiero preguntarte quién eres porque quitando el agradecimiento a mi natural virtud, no le atribuyas a tu mucho merecimiento, antes de grado te quiero servir y escogerte yo por amo, primero que otro me tome a mi por siervo. Con estas palabras (y otras que la coyuntura les iba ofreciendo) salieron de aquella barranca, y con gran dolor y trabajo, llegaron a una casa destrozada y pobre, y allí estuvieron algunos días, sustentándose de las papas y ollucos, y otras raíces y yerbas, que Tito hurtadamente traía de las labranzas más cercanas, de Yanamarca. Allí estuvieron los dos quince o veinte días (o hasta que el herido mancebo se pudo sustentar en la pierna maltratada del golpe) y luego que sintió alguna mejoría (de acuerdo de su leal servidor) una mañana se puso en camino para la población de Hatum Xauxa.

Tito traía el oído atento a las nuevas que salían por la tierra, para dárseles a su amo Quilaco-Yupangui. Así le contó de la llegada de Hernando de Soto a Xauxa.

"Todo lo que me has dicho amigo Tito, (respondió Quilaco-Yupangui) camino lleva, más el de mi contento hallo cerrado con las grandes revoluciones que ha sucedido, donde yo tenía puesta mi gloria y donde tantas muertes han sobrado, no habrá faltado alguna para matar mi vida, déjame estar en este estado miserable, entretenido con mi ignorancia, y no me saques a donde el desengaño me mate". Déjate de eso (respondió Tito) sígueme, pues, de razón debes fiarte de mí", y diciendo esto le tomó por la mano y lo llevó a los aposentos de Xauxa, donde hallaron al capitán Hernando de Soto.

Llegados que fueron a la posada de este capitán, pidieronle audiencia a solas, sin otra compañía más que al indio que llevaba por lengua; Soto (que muy benigno y afable era) gustó de hacerlo, y Tito viendo la coyuntura como él la deseaba, comenzó a hablar de esta manera:

“Apoc, verdaderamente enviado del Ticci-Viracocha-Pachacama, para reducción de nuestro desierto y reparo de nuestras caídas, si acaso entre vosotros sabéis que cosa sea amor (que si debéis saber) escucha con atento oído y tierno corazón, a la más leal y mal afortunada criatura que tiene el mundo, y no te impida el hacer esto, el vil y despreciado hábito en que nos ves, porque estos abatidos paños que sobre este desfigurado mancebo estáis mirando, cubren debajo de sí el mas valeroso y bien nacido pecho que abarcan estos reinos; su nombre, generación y tierra natural, de él lo sabrás; la causa de su perdición ha sido lealtad guardada a su príncipe, de mí (porque ya no es tiempo de callar) te digo, que soy la más desdichada doncella que jamás produjo la ilustre sangre de los Ingas; mi padre (si no me han tenido engañada) fué Guáscar-Inga, por excusarme la muerte que los envidiosos de mi hermosura y felicidad amenazaban a mi edad tierna, fui guardada de una mi tía, y viendo con mi libre mirar los ojos de éste, que ahora los tiene turbados, en unas fiestas que en Siquillabamba se hicieron siendo éste que aquí ves, Embajador de Atavallpa, y el amor que a entrambos hirió en un punto, a entrambos atormentaba, regía y gobernaba, y como era movedor de entrambos corazones, en el suyo puso encendido deseo de verme, y en el mío ardiente voluntad de ser vista; pudo esto llegar a efecto, con licencia y asistencia de mi tía, y allí, hablando los ojos, callaban las lenguas, y con las más honestas y bien comedidas palabras, que en varón virtuoso y en una doncella honesta se pueden permitir, nos prometimos el uno al otro, en conyugal y honroso ayuntamiento, y porque el rigor de aquellos revueltos tiempos no daba lugar a fiestas matrimoniales, dilatáronse para más cómoda coyuntura, y este siervo tuyo y señor mío, que delante tienes, pidió a mi tía 2 años de término, para volver al lugar de mi nacimiento, a efectuar lo prometido; mi tía, en mi nombre y suyo le concedió tres, y con las alteraciones que de estos reinos habrás entendido hase dilatado tanto esta vista que ya son cumplidos cuatro años, y mi deseado Quilaco-Yupangui no ha podido alegrar mi vista con la suya alegre; mi tía murió pocos días ha, y supe como mi padre me quería poner en manos muy ajenas a mi voluntad, y entendiendo en el hábito que me ves y llamándome Tito, me entremetí con las muchas naciones que seguían al capitán Maita-Yupangui que salió del Cuzco contra el victorioso Quizquiz. Presente me hallé a la dolorosa matanza, que fortuna celebró en Yanamarca. Bus-

caba, mi vida; y el amor que me guiaba me puso delante a mi muy deseado, que pasado un muslo con un dardo estaba en vida sepultado entre los muertos; de allí lo saqué como pude, curé su herida y sustenté su persona, hasta poderlo traer a este lugar donde ahora estamos y donde vine en horas dichosas, pues pude hallar en él, el amparo que de ti esperamos; ves aquí, señor la historia de nuestras desventuras, cata aquí el camino por donde el hado y suerte nos ha traído a tanta calamidad, como la que estamos padeciendo, tú, ahora (capitán valeroso) rompe el lazo con que la adversa fortuna nos tiene enlazados y puede más que ella, pues tu ser debe ser de más que hombre”.

Aquí dió fin a su plática la hermosa Curicuillor, y no sabré juzgar de cual de los dos oyentes fué mayor el pismo que cayó en sus venas, pero habremos de dar la ventaja a Quilaco-Yupangui, por haber entendido mejor los trances y acaecimientos por la doncella relatados; y así, en gran pieza de absorto y elevado no acertó a hablar y Hernando de Soto como más libre dijo: “de hoy en adelante, hermosa doncella, vivid segura de sobresaltos, que os puedan ser ocasión de algún disgusto, que si mi amparo vale algo para vuestro remedio, aquí os recibo debajo de él, y tomo a mi cargo lo que a vuestro contentamiento toca”.

Quilaco-Yupangui (que algún tanto estaba recuperado en su acuerdo) dijo en breves razones: “Ciertamente (hermosa Curicuillor), ni al amor grande que yo te he tenido y tengo, ni del mucho valor tuyo, esperé yo menos que recibir mercedes tan grandes como las que me has hecho, no se con qué pagártelas, ni aún con qué palabras encarecerlas, y así tener por acertado, decir que lo que por mí has hecho y haces a ti misma te lo deberás, pues me tenían por tan tuyo, cuanto yo a ti por tan mi señora”, y abrazándose estrecha y amorosamente, se dispusieron para seguir con mucho contento a su protector el Capitán Hernando de Soto que ya andaba aderezando su partida para Caxamarca, y haciendo proveer de vestidos a sus nuevos ahijados (tales cuales para tales personas convenían) mostró cada uno el tesoro que la vil pobreza tenía encubierto.

Y termina la historia de estos dos amantes, Cabello de Balboa, de la siguiente manera:

Es así, que partido Soto a Caxamarca los llevó en su compañía y los hizo bautizar, y el mancebo se llamó

don Hernando de Yupangui y la doncella doña Leonor Cúricuillor, y con gran contentamiento de entrambos fueron casados, en faz de la Santa Madre Iglesia y juntos vivieron dos años en compañía de su buen protector, al cabo de los cuales murió el don Hernando de Yupangui, y la dueña quedó viuda, y usando el Capitán Hernando de Soto de la libertad de aquel tiempo, la aplicó para su recámara y en ella hubo a doña Leonor de Soto, quien casó luego con Carrillo, escribano de Su Majestad, y tuvo por hijos a Pedro de Soto y a doña Juana de Soto y otras niñas, cuyos nombres importa poco para dar fin a nuestra historia.

EL QUE PAGO EL PATO

Ricardo Palma

El Inca Titu-Atauchi, hermano de Atahualpa, se dirigía a Cajamarca con gran comitiva de indios cargados de oro y plata para aumentar el tesoro del rescate, cuando tuvo noticia de que el 29 de agosto de 1533 habían los españoles dado muerte al soberano. Titu-Atauchi escondió las riquezas de que era conductor, y reuniendo gente de guerra fué a juntarse con Quizquiz, el más bravo y experimentado de los generales del imperio, que se hallaba a la cabeza de un ejército hostilizando a los conquistadores.

Estos emprendieron su marcha al Cuzco, sosteniendo combate diario con las tropas de Quizquiz. Cincuenta españoles, mandados por Francisco de Chaves, cubrían la retaguardia de Pizarro, y una tarde, detenidos por una tempestad, acamparon a cinco leguas de distancia del grueso de sus compañeros. De repente se encontraron atacados por seis mil indios. Los españoles lucharon con su acostumbrada bizarría; pero faltos de concierto y acosados por el número, tuvieron que emprender fuga desastrosa, dejando siete cadáveres y trece prisioneros.

Entre los últimos hallábase el caballeresco capitán Francisco de Chaves, aquel que murió en Lima defendiendo al marqués el día de la conjuración de los almagristas: Alonso de Ojeda, otro valiente que se volvió loco un año después; y Hernando de Haro, no menos notable por su coraje e hidalguía.

Dice la historia que en el simulacro de juicio, que se inició y feneció en un día, para asesinar a Atahualpa, tuvo éste muchos que abogaron por su vida; y es opinión

uniforme que a haber estado presente en Cajamarca el ilustre Hernando de Soto, no se habría manchado la conquista con tan inicuo como estéril crimen. De los venticuatro jueces de Atahualpa, solo trece lo condenaron a muerte. Los once que se negaron a firmar la sentencia son dignos de que consignemos sus nombres, en homenaje a su honrada conducta. Llamábanse Juan de Rada (aquel que más tarde acaudilló a los almagristas que asesinaron a Pizarro), Diego de Mora, Blas de Atienza, Francisco de Chaves, Pedro de Mendoza, Hernando de Haro, Francisco de Fuentes, Diego de Chaves, Francisco Moscoso, Alfonso Dávila y Pedro de Ayala. Como dice el refrán, hubo de todo en la viña: uvas, pámpanos y agraz.

Titu-Atauchi no sólo conocía los nombres de los que con su voto habían autorizado la muerte del inca, sino los de aquellos que como Juan de Rada lo habían defendido, exponiéndose a caer en desgracia cerca de Pizarro. Francisco de Chaves y Hernando de Haro fueron de este número.

Titu-Atauchi había jurado vengar la sangre de su hermano en el primero de sus verdugos que tomara prisionero. Había además ofrecido grandes recompensas al que le entregara la persona de Felipillo, el infame indio que sirvió de intérprete a los españoles, y que por vengarse de los desdenes de una de las mujeres de Atahualpa, influyó con chismes en el ánimo de los principales capitanes para que condenasen al soberano. Pero aunque Titu-Atauchi no tuvo el regocijo de vengarse, don Diego de Almagro se encargó tres años después del castigo de Felipillo, mandándole descuartizar por una nueva traición en que lo sorprendiera.

Titu-Atauchi se informó de los nombres de los prisioneros, platicó afectuosamente con los principales, hizo asistir con esmero a los heridos, y cuando éstos se hallaron fuera de peligro, tuvo la nobleza de ponerlos en libertad, dándoles escolta de indios que, en hombros, los condujeron hasta las inmediaciones del Cuzco. Además regaló esmeraldas riquísimas a los capitanes que se opusieron al sacrificio de Atahualpa, dándoles así una prueba de gratitud por su honrado aunque inútil empeño en favor del monarca.

En los momentos de despedirse del joven inca notó Francisco de Chaves que faltaba uno de los trece prisioneros. Titu-Atauchi sonrió de una manera siniestra, y cuentan que contestó en quichua una frase que, si no es li-

teral en su traducción, por lo menos encarna la idea de esta otra:

—Ah! El que queda va a ser el pato de la boda.

Y luego dirán que el trece no es número que trae desgracia.

II

Titu-Atauchi se dirigió a Cajamarca y encerró al prisionero en la misma habitación que ocupó Atahualpa en el tiempo de su cautiverio.

¿Quién era ese español escogido para víctima expiatoria? ¿Por qué el inca, que tan generoso se mostrara para con los vencidos, quería hacer ostentación de crueldad con este hombre?

Sancho de Cuéllar tuvo la desgracia de pasar sus primeros años como amanuense de un cartulario en España; y decimos desgracia porque esta circunstancia bastó para que sus compañeros juzgándolo entendido en la jerga judicial, lo nombrasen escribano en el proceso de Atahualpa.

Sancho de Cuéllar era, y con justicia muy querido de don Francisco Pizarro. Fué uno de los trece famosos de la isla del Gallo, a cuya heroicidad se debe la realización de la conquista.

Otra vez el fatídico trece.

Sancho de Cuéllar procedió como escribano pícaramente, pues no sólo estampó palabras que agravaban la triste posición del inca cautivo, sino que al notificarle la sentencia y acompañarlo al cadalso, lo trató con burla y desacato.

Titu-Atauchi lo hizo conducir al mismo sitio donde fué ejecutado Atahualpa, acompañándolo de un pregonero que decía: **A este tirano manda Pachacamac que se le mate por matador del Inca.**

Los indios conservaban el garrote que sirvió para el suplicio de su monarca, y llamábanlo **el palo maldito**. Empleáronlo para dar muerte a Sancho de Cuéllar, cuyo cadáver, permaneció todo un día en la plaza sufriendo ultrajes de la muchedumbre.

Acaso sea esta la única vez, en la historia de la humanidad en que un escribano haya pagado las costas del proceso y servido de pato de la boda.

TUERTO, GOBERNADOR Y TRAIADOR

Gabriel Pino Roca

I

Todas tres cosas llegó a ser, al rodar de los años, y entrado en ellos, el deudo, paisano y tocayo de Pizarro, don Francisco de Orellana, conquistador de los pueblos huancavilcas, y fundador, en definitiva, de Santiago de Guayaquil.

Gomara refiere, que la pérdida del ojo fué gaje de una guazabara en el Amazonas, yendo, el de Orellana, aguas abajo de ese río, en alas de la ambición y en riña abierta con la decencia, burla que burla al infeliz Gonzalo; más, anduvo errado el Cronista, porque, el propio interesado, cuidó de establecer, que aquella calamidad le aconteció mucho antes, y en los albores de la Conquista. Tal se desprende de una información de servicios prestados a la Corona, que, en fecha 14 de febrero de 1541, y cuando estaba para emprender viaje al Oriente, siguió don Francisco ante el Cabildo de Guayaquil, cabeza de su Gobernación. En lo que sí guardó silencio, fué, sobre las circunstancias, y día preciso, en que le restaron el ojo, y si fué el derecho o el izquierdo, por donde puede conjeturarse, que no quiso que lo supiésemos. Así, contentémonos con saber, que era tuerto, lo que dijeron por otra parte, bajo juramento, algunos de sus conmillitones, y, con ellos, los ilustres señores del Cabildo de Guayaquil, fidalgos de la talla de Rodrigo de Vargas y Guzmán, Gómez de Estacio, Francisco de Chávez, Pedro de Gibrleón, (de este león hay en nuestra provincia, muchos descendientes, disfrazados, hipócritamen-

te, con la piel del cordero; es decir, que usan de otro cualquier apellido; pero que, por las zarpas que echan, si, si, que se les reconoce), Alonso Casco, Juan de Lapuente y Cristóbal Lunar, cuyas rúbricas se conservan en el expediente, y son reputadas por Francisco Hernández, fundador del gremio de cartularios en Guayaquil, como las mismas que usaron dichos caballeros en todos sus actos públicos y privados.

E hilvanando estos apuntes, encuéntrome, con que el cronista particular de Orellana, fray Gaspar de Carvajal, dominico, vicario de la armada exploradora del Marañón, y jefe de su capilla castrense, era, también, un tuerto, que aumenta la lista de los de un solo ojo, que abrió en Sud-América, don Diego de Almagro, y en la que figuró el tesorero Riquelme, partidario, en Cajamarca, del valioso cuanto inútil rescate del Monarca Quiteño.

Y ahora me explico, por qué se hilaba tan torcido en la Conquista, veíase tan poco claro, y no se apreciaban rectamente las cosas; que, mucho voto, eran en todo, estos señores tuertos, y otros que también había.

II

De no ser por el documento aludido, arrancado a la oscuridad de un archivo español por el infatigable Marcos Jiménez de la Espada, serían bien cortas las noticias sobre la vida y milagros del fundador de Guayaquil, ocupándose de su persona, muy de ligero, todos los cronistas, en lo que no diga relación con el monumentalísimo descubrimiento del Amazonas. Piratas, incendios, ratas y polillas, barrieron, por otra parte, con las actas de la ciudad, de los primeros ochenta años, y allí desaparecieron, de seguro, muchos hechos y dichos de nuestro Conquistador.

De la lectura de aquel documento, se desprende, que don Francisco vino a América con su pariente Pizarro, y que fué de los primeros ganadores de tierra ecuatoriana, coadyuvando a la fundación de la Villanueva de San Gregorio de Puerto Viejo, cuyos cimientos puso, con el aparato del caso, en 12 de Marzo de 1530, el capitán Francisco Pacheco. Orellana, hizo construir una de las primeras casas que se levantaron en el puerto, y puerta de entrada, de los que, atraídos por el ruido de las riquezas del Imperio Incaico, acudían de todas partes del globo, a recoger trozos de oro. Es constante, que su hogar sirvió de albergue a los

viajeros, y que repartió a manos llenas: pan, medicinas y otros socorros entre los necesitados. Amén de una que otra excursión contra los indios de tierra adentro, dedicaba su tiempo, a la labranza de los campos que le cupieron en el reparto de tierras, y a la cristianización de los indios que le fueron encomendados. Vivía vida tan tranquila, cuando, cierta mañana, llegaron a San Gregorio, dos postas, con la mala noticia de los asedios del Cuzco y Lima, emprendidos por Manco Inca, y estrechados por indiada formidable. Pizarro se veía en calzas prietas, temiendo que se le fuesen de las manos, la tierra, y el poder ganados a costa de tanto padecer, y hacía un llamamiento solemne, no sólo a los capitanes y pobladores de su gobernación, sino a las lejanas gentes de Panamá, Guatemala, Nicaragua y la Española. Recuérdesse que el caso era mayúsculo y no olviden los incrédulos, que sin la intervención de la Corte Celestial en el levantamiento de los sitios, habría arriado el diablo con todos los conquistadores.

No bien supo Orellana el trance angustioso del Marqués, su consanguíneo, que voló a socorrerle, a la cabeza de 80 hombres, para lo cual, hubo de realizar haberes y empeñar hacienda y crédito, a fin de poder armarlos convenientemente, y repartir entre ellos 12 cabalgaduras. Este contingente salió de Puerto Viejo, en unión de otros 150 infantes y caballeros, que aparejó con el mismo fin, el Gobernador Gonzalo de Olmos.

El sometimiento de los rebeldes duró algún tiempo, e iniciada la paz, empezó a levantar cabeza la discordia entre los conquistadores. Olvidada la promesa hecha en Panamá sobre la hostia consagrada, y a presencia del canónigo Luque, su coasociado, Pizarro y Almagro, almacenaban envidias y celos, que reventaron cuando, llamado el comendador mercenario Bobadilla, a deslindar las dos gobernaciones, partió, contra justicia y conveniencia, en ostensible daño de don Diego. ¡Y échense Uds., de resultas, a contar asesinatos!

Orellana, cualquiera lo adivina, formó en el campo de su deudo y amigo; concurrió, en calidad de alférez real, a la toma del Cuzco, que llevó a cabo Hernando, con 700 hombres de a pie y de a caballo, después de la famosa batalla de las Salinas, librada el sábado 26 de abril de 1538, día de San Lázaro en la que quedó el triunfo definitivo de la causa de los Pizarro, y la que trajo por funesto corolario, la cruel e injustísima muerte de Almagro. El compartimiento de Orellana en esta jornada fué tan meritorio a los

ojos de don Francisco, sobre todo en aquello de que se cumpliese el destino que de antemano se había reservado al pobre don Diego, que, ocho días después, el 4 de mayo, recibió de manos del propio Marqués, el nombramiento de **"teniente de gobernador de Puerto Viejo y capitán general pacificador de las tierras de Guayaquil, con autorización para mejorar la fundación de esta villa"**.

Orellana tomó enseguida el camino de su gobernación, con ochenta y tantos héroes de las Salinas. Su primer cuidado, fué la repoblación y defensa de la ciudad de Santiago de Guayaquil, casi abandonada, a causa de las frecuentes irrupciones de los aborígenes. Interesó a varias familias de Puerto Viejo, a que se pasasen, a ella, puso en ejecución una muralla de piedra para rodear el recinto habitado, construyó la primera Casa de Cabildo, amplió la capilla existente, trazó nuevas calles y reglamentó la construcción. Desde allí empezó la ciudad a tener una población estable, y a gozar de tranquilidad, pues, nuestro Capitán, organizó algunas batidas en los bosques cercanos, con lo que los indios huyeron tierra adentro. Por esto se afirma, justicieramente, que don Francisco fué el fundador real de nuestro puerto.

Tres años escasos ejerció en persona su oficio de teniente de gobernador y capitán general de Guayaquil, Puerto Viejo y tierras adyacentes, el Tuerto trujillano, dejándose sentir, especialmente, a propósito **"de cierta irregularidad"**, que practicaban algunos degenerados de Puerto Viejo, desde el arribo a esos dominios, embarcados en balzas de unos gigantescos tremendos y unisexuales, y por extremo laxivos, que después de haber inutilizado por desigualdad a varias naturales, a más no poder, se envolvieron, unos con otros, con tal obstinación y desprecio de la moral pública y privada, que, al cabo, bajó sobre ellos un fuego empíreo y les quemó las carnes pecadoras, dejando, para memoria del castigo, sembrados sus huesos (de Mastodonte) por toda la tierra ceñida del golfo de Guayaquil y la bahía de Esmeraldas y terminada en la punta de Santa Elena".

Orellana persiguió con tanta actividad a estos seres abominables, que logró capturar a dos de ellos, quienes fueron quemados en la plaza pública de San Gregorio, habiéndosele escapado otro, de nombre Bartolomé Pérez, el que fué a tenerla a Valladolid. Así se lo contó nuestro Gobernador de regreso en España, al licenciado Villalobos, fiscal del Consejo de Indias.

III

Bien hubo de irle a Orellana en los oficios de Gobernador y capitán general de estas tierras, porque, a pesar de haberse gastado en la expedición al Cuzco y las Salinas, toda su primera fortuna, a la vuelta de tres años de estar en Guayaquil, y ofreciéndosele el viaje al Oriente, gastó en su preparativo 40.000 pesos, sin apelar a préstamos. Al saber que el Marqués, en uso de lo que él llamaba sus poderes y derechos, había regalado a su hermano Gonzalo las tierras de Quito, descubiertas por Benalcázar, y como en ellas fuesen comprendidas sus gobernaciones, se trasladó a la ciudad de San Francisco, a rendir homenaje a su nuevo Señor, el que se había hecho reconocer solemnemente el 19 de Diciembre de 1540.

Gonzalo, le impuso de su resolución de salir en busca de "El Dorado" y, Orellana, se comprometió a seguirle, con treinta jinetes equipados a su costa, a cambio del empleo de teniente general de la expedición, con lo que se volvió a Guayaquil, a levantar el contingente pactado, lo que logró recurriendo a ofertas o amenazas. Treinta vecinos tuvieron que abandonar el hogar recién establecido.

Viendo los guayaquileños, que su Gobernador les volvía las espaldas, dejando a la naciente villa medio despoblada, se dieron a murmurar, manifestando la poca voluntad que le habían tenido, el siguiente rótulo que amanejó pegado, un buen día, sobre la puerta de la Casa de Cabildo:

"Ya se fué el Tuerto,
A Guayaquil dejando
Cuasi desierto".

Al llegar a Quito, en Febrero de 1541, se encontró Orellana con que Gonzalo había dispuesto la marcha, sin esperarle, tal la precipitación que tenía en dar con aquella famosa tierra del Dorado, ante cuyas riquezas vendrían a ser, granos de anís los tesoros recogidos en el Perú. El Teniente General, siguió a marchas forzadas las huellas de su Jefe y vino a darle alcance, a principios de Abril, en la provincia de Sumaco, término de la exploración de Gonzalo Díaz de Pineda en 1539.

Desde allí continuaron juntos, hasta las orillas del río Coca, en donde, Orellana, se adelantó a su Jefe, y con-

tra la orden que recibiere, de no pasar de cierto lugar, bajó hasta el Marañón, siguió el curso de este río hasta salir al Océano, y cruzó a España, para ofrecer al rey, el nuevo descubrimiento, fruto de su sinigual felonía.

Cuando se conoció en Guayaquil el innoble proceder de Orellana, salió a volar este dicharacho:

¿Tuerto, y gobernador?
¡A poco será traidor!

Ahora se explicarán mis lectores, el por qué miramos aquí con recelo, al compatriota que, siendo tuerto, llega a ser Gobernador de la provincia.

LOS POLVOS DE LA CONDESA

Ricardo Palma

Crónica de la época del décimo cuarto Virrey del Perú

En una tarde de junio de 1631 las campanas todas de las iglesias de Lima plañían fúnebres rogativas, y los monjes de las cuatro órdenes religiosas que a la sazón existían, congregados en pleno coro, entonaban salmos y preces.

Los habitantes de la tres veces coronada ciudad cruzaban por los sitios en que sesenta años después el Virrey conde de la Monclova debía construir los portales de Escribanos y Botoneros, deteniéndose frente a la puerta lateral de palacio.

En éste todo se volvía entradas y salidas de personajes más o menos caracterizados.

No se diría sino que acababa de dar fondo en el Callao un galeón con importantísimas nuevas de España, ¡tanta era la agitación palaciega y popular!, o que como en nuestros democráticos días se estaba realizando uno de aquellos golpes de teatro a que sabe dar pronto término la justicia de cuerda y hoguera.

Los sucesos, como el agua, deben beberse en la fuente; y por esto, con venia del capitán de arcabuceros que está de facción en la susodicha puerta, penetraremos, lector, si te place mi compañía, en un recamarín de palacio.

Hallábanse en él el Excmo. Sr. D. Luis Jerónimo Fernández de Cabrera Bobadilla y Mendoza, conde de Chinchón, virrey de estos reinos del Perú por S. M. D. Felipe

IV, y su íntimo amigo el marqués de Corpa. Ambos estaban silenciosos y mirando con avidez hacia una puerta de escape, la que al abrirse dió paso a un nuevo personaje.

Era éste un anciano. Vestía calzón de paño negro a media pierna, zapatos de pana con hebillas de piedra, casaca y chaleco de terciopelo, pendiendo de este último una gruesa cadena de plata con hermosísimos sellos. Si añadimos que gastaba guantes de gamuza, habrá el lector conocido el perfecto tipo de un esculapio de aquella época.

El doctor Juan de Vega, nativo de Cataluña y recién llegado al Perú, en calidad de médico de la casa del virrey, era una de las lumbreras de la ciencia que enseña a matar por medio de un **récipe**.

—¿Y bien, D. Juan?— le interrogó el virrey, más con la mirada que con la palabra.

—Señor, no hay esperanza. Sólo un milagro puede salvar a doña Francisca.

Y D. Juan se retiró con aire compungido.

El virrey había llegado a Lima en enero de 1639, y dos meses más tarde su bellísima y joven esposa doña Francisca Henríquez de Ribera, a la que había desembarcado en Palta para no exponerla a los azares de un probable combate naval con los piratas. Algún tiempo después se sintió la virreina atacada de esa fiebre periódica que se designa con el nombre de terciana y que era conocida por los incas como endémica en el valle del Rímac.

Sabido es que cuando en 1378 Pachacutec envió un ejército de treinta mil cuzqueños a la conquista de Pachacamac, perdió lo más florido de sus tropas a estragos de la terciana. En los primeros siglos de la dominación europea, los españoles que se avecindaban en Lima pagaban también tributo a esta terrible enfermedad de la que muchos sanaban sin específico conocido y a no pocos arrebatava el mal.

La condesa de Chinchón estaba desahuciada. La ciencia, por boca de su oráculo D. Juan de Vega había fallado.

—¡Tan joven y tan bella!— decía a su amigo el desconsolado esposo.— ¡Pobre Francisca! ¿Quién te habría dicho que no volverías a ver tu cielo de Castilla ni los cármenes de Granada? ¡Dios mío! ¡Un milagro, señor, un milagro!...

—Se salvará la condesa, excelentísimo señor— contestó una voz en la puerta de la habitación.

El virrey se volvió sorprendido. Era un sacerdote,

un hijo de Ignacio de Loyola, el que había pronunciado tan consoladoras palabras.

El conde Chinchón se inclinó ante el jesuita. Este continuó:

—Quiero ver a la virreina, tenga vuecencia fe y Dios hará el resto.

El virrey condujo al sacerdote al lecho de la moribunda.

II

Suspendamos nuestra narración para trazar muy a la ligera el cuadro de la época del gobierno de D. Luis Jerónimo Fernández de Cabrera, hijo de Madrid, comendador de Criptana entre los caballeros de Santiago, alcalde del alcázar del Segovia, tesorero de Aragón y cuarto conde de Chinchón, que ejerció el mando desde 14 de enero de 1629 hasta el 18 del mismo mes de 1639.

Amenazado el Pacífico por los portugueses y por la flotilla del pirata holandés **Pie de Palo**, gran parte de la actividad del conde Chinchón se consagró a poner al Callao y la escuadra en actitud de defensa. Envió además a Chile mil hombres contra los araucanos y tres expediciones contra algunas tribus de Puno, Tucumán y Paraguay.

Para sostener el caprichoso lujo de Felipe IV y sus cortesanos, tuvo la América que contribuir con daño de su prosperidad. Hubo exceso de impuestos y gabelas, que el comercio de Lima se vió forzado a soportar.

Data de entonces la decadencia de los minerales de Potosí y Huancavilca, a la vez que el descubrimiento de las vetas de Bombón y Caylloma.

Fué bajo el gobierno de este virrey cuando en 1635 aconteció la famosa quiebra del banquero Juan de la Cueva, en cuyo banco —dice Lorente— tenían suma confianza así los particulares como el gobierno. Esa quiebra se conmemoró, hasta hace poco, con la mojiganga llamada **Juan de la Cova, coscoroba**.

El conde Chinchón fué tan fanático como cumplía a un cristiano viejo. Lo comprueban muchas de sus disposiciones. Ningún naviero podía recibir pasajeros a bordo, si previamente no exhibían una cédula de constancia de haber confesado y comulgado la víspera. Los soldados estaban también obligados, bajo severas penas, a llenar cada año precepto, y se prohibió que en los días de cuaresma se

juntasen hombres y mujeres en un mismo templo.

Como lo hemos escrito en nuestros **Anales de la Inquisición de Lima**, fué ésta la época en que más víctimas sacrificó el implacable tribunal de la fe. Bastaba ser portugués y tener fortuna para verse sepultado en las masmorras del Santo Oficio. En uno solo de los tres autos de fe a que asistió el conde de Chinchón fueron quemados once judíos portugueses, acaudalados comerciantes de Lima.

Hemos leído en el librejo del duque de Frías que en la primera visita de cárceles a que asistió el conde se le hizo relación de una causa seguida a un caballero de Quito, acusado de haber pretendido sublevarse contra el monarca. De los autos dedujo el virrey que todo era calumnia, y mandó poner en libertad al preso, autorizándole para volver a Quito y dándole seis meses de plazo para que sublevase el territorio; entendiéndose que si no lo conseguía, pagarían los delatores las costas del proceso y los perjuicios sufridos por el caballero.

¡Hábil manera de castigar envidiosos y denunciante infames!

Alguna quisquilla debió tener su excelencia con las limeñas cuando en dos ocasiones promulgó bando contra las **tapadas**; que, forzoso es decir hicieron con ellos papilotas y tirabuzones. Legislar contra las mujeres ha sido y será siempre sermón perdido.

Volvamos a la virreina, que dejamos moribunda en el lecho.

III

Un mes después se daba una gran fiesta en palacio en celebración del restablecimiento de doña Francisca.

La virtud febrífuga de la **cascarilla** quedaba descubierta.

Atacado de fiebres un indio de Loja llamado Pedro de Leyva, bebió para calmar los ardores de la sed del agua de un remanso, en cuyas orillas crecían algunos árboles de **quina**. Salvado así, hizo la experiencia de dar a beber a otros enfermos del mismo mal cántaros de agua en los que depositaba raíces de cascarilla. Con su descubrimiento vino a Lima y lo comunicó a un jesuita, el que, realizando la feliz curación de la virreina, hizo a la humanidad mayor servicio que el fraile que inventó la pólvora.

Los jesuitas guardaron por algunos años el secreto, y a ellos acudía todo el que era atacado de tercianas.

Por eso, durante mucho tiempo, los polvos de la corteza de quina se conocieron con el nombre de **polvos de los jesuitas**.

El doctor Serivener dice que un médico inglés, Mr. Talbot, curó con la quinina al príncipe de Condé, al delfín, a Colbert y otros personajes, vendiendo el secreto al gobierno francés por una suma considerable y una pensión vitalicia.

Linneo, tributando en ello un homenaje a la virreina condesa de Chinchón, señaló a la quina el nombre que hoy le da la ciencia: **Chinchona**.

Mendiburo dice que al principio encontró el uso de la quina fuerte oposición en Europa y que en Salamanca se sostuvo que caía en pecado mortal el médico que la recetaba, pues sus virtudes eran debidas a pacto de los peruanos con el diablo.

En cuanto al pueblo de Lima, hasta hace pocos años conocía los polvos de la corteza de este árbol maravilloso con el nombre de **polvos de la condesa**.

EL CUCURUCHO DE SAN AGUSTIN

Cristóbal de Gangotena y Jijón

Vivía, allá por los años de 1650, en esta Muy Noble Ciudad de Quito, y en la calle que hoy llama el pueblo **El Cucurucho**, en las solariegas casas de su morada, un noble español Don Lorenzo de Moncada, natural de Madrid, y casado en Quito con una Señora tan linajuda como él, Doña María de Peñaflor y Velasco.

De este matrimonio, quinta esencia de la **crème**, como se dice, nació Doña Magdalena de Moncada y Peñaflor, una de esas trigueñas que quitan el resuello y que van derramando sal por donde pasan.

Tenía Don Lorenzo como administrador o mayordomo de sus cuantiosos bienes a un tal Don Jerónimo de Esparza y García, hijodalgo español, que habiéndose metido en negocios infructuosos, había quedado como el santo padre Job, tan pelado, que no le quedaban sino manos para rascarse el escozor de haber perdido su hacienda. Don Lorenzo de Moncada, hombre caballeroso, había recogido a su paisano Don Jerónimo, en la seguridad que entonces se tenía, de que un hijodalgo había de hacer las cosas, por mal que las hiciera, mejor que un pechero. Así también, el pobre hombre, que no tenía sino su ejecutoria, no se moriría de hambre con su hijo Don Pedro, y la madre de éste, Doña Josefa Piñera, con quien años atrás y haciendo una mesajianza, se había casado Don Jerónimo.

El Administrador y su familia estaban siempre en casa de don Lorenzo y sucedió... pues, hombre ¡sucedió lo

que era de cajón.....! Que Doña Magdalena, con sus fogosos quince años le cobró afecto a Don Pedro, real mozo de veintitrés, a quien le iba la gorguera a las maravillas y cuyos nacientes y atusados bigotes tenían no sé qué de conquistador.... Don Pedro no fué tampoco insensible a las flechas de Cupido, y menos que Doña Magdalena era necesario para que él se enamorara de ella perdidamente. Ya he dicho que Magdalena era lo que se llama una chica de rechupete y de no hay más allá.

Se vieron, se hablaron, se entendieron, y en fin, se amaron con ese vehemente amor propio de la edad que ambos tenían.

Por algo se dirá que en donde hay fuego hay humo: algún tufillo sospechoso habría husmeado Doña María de Peñaflor, pues a poco se dió cuenta de lo que pasaba en su hija. Al punto, la buena señora, participó el descubrimiento a su esposo, quien no pudo menos que indignarse al saber que el hijo de su favorecido pretendiese a Magdalena. Resolvióse a hablar a la niña, y al punto hizo comparecer a ésta ante el terrible tribunal compuesto por él y Doña María.

La autoridad de un padre de familia, en aquella dichosa época, era, para un hijo, así como la autoridad de Dios, y sus palabras una sentencia sin apelación. Hechas estas consideraciones, ya puede el lector juzgar lo temblorosa que se presentaría la pobre Doña Magdalena ante su señor y padre. El rubor que cubría sus mejillas, bien daba a entender que ella sospechaba la causa del paternal llamamiento.

Don Lorenzo increpó duramente a su hija el tener lo que él llamaba sentimientos tan bajos, y declaróla que al punto echaría a la calle a Don Jerónimo, ya que su hijo había tenido la osadía de poner en ella los ojos. Nada valieron las negociaciones, las lágrimas y las súplicas de Doña Magdalena para ablandar a su padre, y, no teniendo otra cosa que hacer, otro recurso, retiróse la niña a su aposento, a llorar, único consuelo que las mujeres tienen.

Don Lorenzo, que era hombre expeditivo, enseguida hizo saber su resolución a Don Jerónimo de Esparza, quien, renegando de su hijo, hubo de dejar su oficio.

Doña Magdalena siguió llorando y consumiéndose, sin salir sino a misa, con su madre, a la próxima iglesia de los frailes agustinos, modesta, pero ricamente vestida, cual convenía a su rango y calidad, con su faldellín re-

ondo de paño, lleno de cintas, su mantón ricamente bordado, cuyo color armonizaba con el del faldellín, y sus zapatitos, también de paño, pero negros, rebajados sobre la media blanca de seda.

Privados de verse como antes, a todas horas, en casa de Don Lorenzo, Doña Magdalena y Don Pedro se veían furtivamente en la iglesia: ella, arrodillada en su estrado bajo cubierto de rica alfombra fabricada en Latacunga, que tras ella traía una negra esclava, y él apoyado en una de las pilastras que sostienen la bóveda del templo. Alguna vez que Doña Magdalena iba sin su madre, Don Pedro la esperaba en la puerta y la ofrecía agua bendita a la salida.....

Estos amores, no podían durar así. Sobre todo haría la vista gorda Don Lorenzo, menos sobre la falta absoluta de fortuna de Don Pedro: éste así lo comprendía y por ello se devanaba los sesos buscando un medio de adquirir riquezas para llegar a la meta de sus aspiraciones.

En aquel heroico tiempo en que con tantas y tan famosas hazañas se ilustraban nuestros mayores, se organizaba la expedición de Don Martín de la Riva y Agüero a las provincias de Oriente. Nuestro Don Pedro, deseoso de ganar nombre y fortuna, se alistó bajo las banderas de este capitán, y, tras una misiva de despedida a su adorada Doña Magdalena, partió para las desconocidas tierras que baña el Marañón, lleno de ilusiones con las protestas de fidelidad de su amante.

Com es sabido, la expedición tuvo un fin desastroso. Corrió la voz de la muerte de varios individuos que la compusieran: entre los muertos se contaba a Don Pedro de Esparza.

Doña Magdalena lloró desconsolada por su cuasi novio, pero —qué quieren ustedes— las lágrimas se agotaron al fin y al cabo, y, cuando se tiene quince años, no se puede vivir llorando

En esto, llegó de España un hijodalgo, segundón de solar conocido, gallardísimo mozo, y que, a falta de hacienda cuantiosa, traía muchas esperanzas de adquirirla, ya que venía recomendado con mucha particularidad al Virrey y a la Audiencia. Era el tal hidalgo el Señor Don Mateo de León y Moncada, y que, por su madre, tenía deudo con el padre de Doña Magdalena, Don Lorenzo.

Guapo, como era, rumboso y galante, recientemente salido de la Villa y Corte, no pudo menos de gustar a Don Lorenzo para yerno, de manera que su propuesta de ma-

trimonio con Doña Magdalena fué aceptada por los padres de ella con sumo agrado.

Aquí es necesario que recordemos, lector amigo, una vez más, lo que era la autoridad paterna en aquellos patriarcales tiempos. A Doña Magdalena le impusieron el novio, y ella tuvo que aceptarlo, aunque tuviera muy viva la memoria de Don Pedro. Ella, para decir verdad, lo aceptó sólo porque sabía la muerte de su amante, que de saberlo vivo, preferiría meterse en un convento, ¡ya lo creo!

Se fijó el día del matrimonio para un sábado 27 de Marzo de 1655, por la noche.

Encontrábase la víspera Doña Magdalena ocupada en arreglar su equipo, cuando una esclava suya le entregó una esquela, abríola la niña, y no se desvaneció porque entonces no se usaban los vapores, pues, de estar, como ahora, a la moda, no dejaría de hacerlo, ya que, para ello, en verdad, había razón muy sobrada. La esquela decía así:

Señora y mi dueño: Sé que mañana os casáis con un guapo mozo que os vale. Me creíais muerto, y aún vivo para adoraros. ¿Consentiréis que os vea esta noche en vuestra reja? Os besa los pies.

—Don Pedro de Esparza.—

No hay para que ponderar lo que sentiría Doña Magdalena a la lectura de esta carta: un rayo que a sus pies cayera no le causara mayor espanto. Vivía su Don Pedro a quien tanto había querido, y mañana iba a ser de otro! ¿Qué hacer en trance tan difícil? ¿cómo romper el compromiso? ¿Qué escándalo se formaría!... Y luego... su padre, su honor.... Decididamente, no era posible.... Había que someterse al destino!.... Eso le imponía el deber, el honor.... La fé que debía guardar al que mañana sería su esposo le prohibía ver a Don Pedro en la reja...

Con el alma destrozada, tomó la pluma de ave, y contestó así:

Mañana, como sabéis, me caso: no me pertenezco ya, Don Pedro. Vos mismo lo habéis querido así, ya que me habéis dejado creeros muerto. Mi honor me prohíbe hablaros. Olvidadme. Adiós.— Magdalena.

Esta carta, cuyas palabras querían mostrar indiferencia, llegó a las manos de Don Pedro, empapada en las lágrimas de la niña.

Por fin amaneció Dios el día en que habían de juntarse los destinos de Doña Magdalena de Moncada y de Don Mateo de León, día aciago para la novia, cuyo amor para

el antiguo amante había renacido más vivaz al saberlo en este pícaro mundo.

Era costumbre de nuestros abuelos el que, la niña que se casaba, el día de su matrimonio, repartiera por su propia mano limosnas a los pobres que se presentaran en su casa. Este acto de caridad se hacía con el objeto de impetrar del Cielo la felicidad para el nuevo hogar.

A casa tan rica, tan linajuda y de tantas campanillas como la de Don Lorenzo de Moncada, no hubo, como es de suponer, pobre que no acudiera: fué todo el día una procesión de mancos, ciegos y tullidos: allí se vió cuanta miseria nos legó nuestro padre Adán. No hay para que decir que los **vergonzantes**, como ahora los llamamos, y que entonces eran conocidos con el nombre de **cucuruchos**, por su vestido talar y la amplia capucha que les cubría el rostro, no faltaron a la cita.

La novia a todos y a cada uno de los que se presentaban entregaba un patacón, pidiendo a Dios que le hiciera olvidar a ese Don Pedro que le bailaba en el alma....

Ya entrada la tarde, presentóse un **cucurucho**, al tiempo en que Doña Magdalena se preparaba a su tocado. No quiso la niña dejar al pobre sin su limosna y, abandonando su espejo, bajó a dar la última caridad del día, y.... ¡cosa curiosa!.... el **cucurucho** tenía la misma estatura de Don Pedro de Esparza.... si, su mismo cuerpo.... pero.... ¡ilusión debía de ser!.... Doña Magdalena, sacando de su escarcela una moneda, se acercó al mendigo, alargó su mano, el **cucurucho** avanzó, y, febrilmente, sacando un puñal de entre los pliegues de su hábito, lo clavó en el pecho de la novia.... Esta oía un grito, y cae muerta.... El asesino huye a la calle.... Los criados se precipitan al auxilio de su ama, otros van en busca del asesino, pero no van lejos: casi al frente de la puerta de la casa, apoyado al muro del convento de San Agustín, ven a Don Pedro de Esparza, con el hábito de **cucurucho**, la capilla tirada a la espalda y el puñal en la mano.... La guardia acude a los gritos de "¡favor al Rey!" y Don Pedro es conducido a la cárcel de corte....

Tal es la leyenda que el pueblo quiteño ha conservado, llamando a la cuarta cuadra de la Carrera Flores **El Cucurucho de San Agustín**.

EL SERMON DEL PADRE JACINTO

Gabriel Pino Roca

No hay guayaquileño, curioso de las cosas de casa, que no sepa, quien fué el padre Jacinto Morán de Butrón; más, porque voy a ocuparme de su persona, hace al caso, el repetir datos biográficos que ya se escribieron, sacando a luz otros, que duermen en las páginas de vestusto cronicón conventual.

La familia Morán de Butrón es tan antigua en Guayaquil como las paredes de Santo Domingo, y los hoy restaurados muros de la Planchada. Oriunda del concejo de Jijón, en el Principado de Asturias, remonta sus orígenes a los heroicos tiempos de Pelayo. En premio de gloriosas hazañas, y de eterna fidelidad a su causa, le concedieron los reyes castellanos, con otras mercedes, el siguiente blasón: **escudo de azur, y cinco puntas de lanza altas, puestas en sautor**.

El primer Morán de Butrón, de que hacen mención las crónicas de la ciudad, es el capitán Andrés, fundador de la rama guayaquileña, quien tuvo por esposa a doña Jerónima Ponce de León y Díaz Bravo, dama de muchas virtudes (lugareña de Carrión de los Condes. Gozó este personaje, en sus días, de gran prestigio en la localidad, y de no pocas doblas, que se doblaron, al emprender viaje al otro barrio su pariente, el regidor Antonio de Navarrete, instituyéndole heredero universal de sus cuantiosos bienes en el corregimiento. Ejerció durante muchos años los delicadísimos cargos de justicia mayor y notario del Santo Oficio, contribuyó poderosamente a la importación de los jesuitas, para cuyo decente establecimiento obsequió 200 cabezas de ganado de sus campos de Daule

y Baba, dió oídos de alivio a los necesitados, y obró milagros de heroísmo en ocasiones de piratas e incendios. Vivió una vida ejemplar, fiel a su Dios, a su Patria y a su Rey, y, al morir, legó a Guayaquil numerosa cuanto lucida familia, de la que sobresalieron más tarde, el general Agustín, el capitán Jacinto, don Nicolás y don José Morán de Butrón y Ponce de León.

El primero, mereció ser nombrado sustituto del corregidor Juan de Sosaya, (1701-1704) llegando a captarse a tal extremo la confianza de este personaje, que, al ser promovido a la presidencia de Quito, y vacando la gobernación de Guayaquil, por muerte del general Fernando Bravo de Laguna, le nombró justicia mayor y teniente de capitán general de la provincia, cargos que desempeñó a satisfacción de todos hasta el 20 de agosto de 1708.

El capitán Jacinto Morán y Ponce de León, fué por muchos años, procurador general, e introdujo algunas mejoras en el servicio local. Amigote de los jesuitas, empleó parte de las propias rentas, en la ornamentación de la capilla que poseía, y, propuesto a prestigiar esta Orden, consiguió, que el Cabildo construyese en ella, lujoso altar, dedicado a San Francisco Javier, apóstol de las indias, le tomase por abogado de las armas, y le decretase pomposa fiesta anual; todo lo que consta de acta de agosto 21 de 1688. Este don Jacinto es el progenitor del jesuita Guayaquileño de quien vamos a ocuparnos.

José y Nicolás, sirvieron al país con toda actividad y nacimiento.

El padre Jacinto, tuvo un hermano mayor, que respondía también al nombre de José, padre de otro José, a quien, para distinguirlo del autor de sus días, decíanle los contemporáneos, "Morán, el mozo". Uno de los descendientes de este último, llamado Antonio, sostuvo ruidosa litis con el Ayuntamiento, por una faja de terreno sobre la que alegaban derechos ambas partes. La resolución de los tribunales, favoreció al primero, y ella nos hace saber que don Antonio, era legítimo e indiscutible dueño de: "todas las tierras que quedan detrás del cerro de la ciudad vieja hasta el estero del rincón del Guabo, con el río Daule al frente; y desde el dicho cerro del Guabo, atravesando los cerros de Palma, hasta dar a los Cerros Azules del camino de Chongón, y por las espaldas, siguiendo la misma cordillera, hasta dar con la punta de Cerro Azul grande, camino de Chongón, y de allí por travesía, hasta dar a los cerros de Guayaquil". Dentro de estos linderos se encuentra

hoy ubicada la hacienda "Tarazana", propiedad de la Beneficencia Municipal.

Dionisio y Fernando Morán de Butrón pusieron, entre otros vecinos, gran empeño en conseguir la erección del Obispado de Guayaquil. Dirigieron varias cartas y memorias suplicatorias a Madrid y a Roma, ofreciendo los medios necesarios para el sustento y boato del prelado, aunque fracasaron en su intento, a causa de la oposición que les hiciera la clerecía cuencana, a la majada de cuyo diocesano, pertenecían las ovejas guayaquileñas muy de atrás.

Erase, de los ciudadanos que se preocupaban de la fortificación de Guayaquil, para defenderla de piratas, nuevamente, otro Morán de Butrón, el capitán Bernardo, y uno de los más entusiastas. Nombrado procurador general en 1776, formuló un proyecto para levantar fondos aplicables a este objeto, el que mereció la real aprobación. Consistía, en el impuesto de medio real, sobre cada pieza de madera que se exportase, y de cuatro reales, por cada cabeza de ganado que se beneficiase en el corregimiento. Hizo un fuerte donativo para la reconstrucción de la Real Aduana, y elaboró varios reglamentos conducentes al aseo y ornato de la población.

Conforme al censo que levantó por orden del Cabildo, don Santiago Vitores en 1793, los Morán de Butrón poseían, 8 casas grandes en los barrios más centrales de la ciudad.

José Morán de Butrón y Castillo, primogénito de don Bernardo, heredó los oficios y empleos de su padre, en cuyo ejercicio le sorprendió la vejez. Sintiéndose inhabilitado para continuarlos, los renunció (1816) en su hijo Juan Francisco Morán y Estrada, el que, convertido poco después a la causa de la Independencia, sirviéndola con desinterés y patriotismo, ocupó repetidas veces la curul municipal.

Pero, retrogrademos al jesuita Morán de Butrón, brote, como queda dicho, del capitán Jacinto.

Nacido en 1680, le enviaron sus padres muy niño, al mejor colegio de los jesuitas en Quito. Bien en breve reveló grandes dotes intelectuales, pasión por el estudio y sólidos fundamentos de la moral más severa, prendas que le granjearon el aprecio de sus superiores. Decidido por la carrera eclesiástica, tomó los hábitos bastante joven, con gran alborozo de los autores de sus días.

A pesar de su corta edad, fuéronle confiados, de-

licados cargos en la Compañía; descolló en la oratoria sagrada, y regentó la mejor cátedra de filosofía que hubo en Quito por entonces. Admirador entusiasta de su compatriota, la beata Mariana de Jesús, escribió y publicó la vida de esta venerable Virgen, en cinco libros, correspondientes a las hojas de la azucena, obra reimpresa en Madrid el año de 1854. Cultivó con verdadera afición la historia, y es obra suya, un "Compendio Histórico y Estadístico de la Provincia de Guayaquil", impreso en España en 1745, cuyos ejemplares se han hecho tan raros, que no existe uno solo en la República, y apenas dos o tres, en bibliotecas extranjeras. De este trabajo, dice la "Cronología de Obras Americanas, escritas por Americanos, desde 1567 a 1837", que de las pertinentes al Reino de Quito, es la única **cabal y perfecta**, en cuanto a geografía e idioma indiano. ¡Digno elogio a la laboriosidad de nuestro contemporáneo!

Pero, el fuerte del Padre Jacinto, eran los sermones. A mis conciudadanos se les hacía agua la boca, cada vez que llegaba correo del interior, y en cartas muchas, se hacían lenguas. los de allá arriba, de las bellezas que echaba a volar por esa boca el Jesuita guayaquileño. ¡Qué orgullo; más, al mismo tiempo, qué envidia! Porque el Padre Jacinto no daba esperanzas de dejarse oír por acá, y para mayor pena, no contestaba a los reclamos que se le hacían.

—Cosas de la santa obediencia— decía su buena mamá, viva aún, anegada en llanto, al escuchar las muchas felicitaciones de sus relacionados.

Y la fama del Jesuita, crecía y crecía en la ciudad, la que, no obstante, parecía condenada a no escucharlo nunca.

II

Algo de extraordinario ocurría en Guayaquil, el 5 de Julio de 1719. Los corrillos eran numerosos en cada esquina, y debía, el tema comentado, ser de lo más interesante, a juzgar por la animación de los que hablaban y la atención que prestaban los que oían. ¿De qué se trataba? Pues, ni más ni menos, que de un notición inesperado, que llenaba de júbilo todos los corazones. ¡El padre Jacinto, el célebre predicador, el ilustre conciudadano, estaba para llegar de un momento a otro! ¡Qué tal! Esto se sabía, porque al salir de misa de cuatro, lo contó confidencialmente a dos o tres amigas beatas, la feliz madre del Jesuita; minutos después, volaba la nueva de boca en boca. En efecto,

el padre Jacinto venía a esta ciudad, para tomar el primer galeón que zarpase con rumbo a Lima, a donde se dirigía **en comisión urgente y reservada**: los jesuitas siempre traen algo gordo entre manos cuando viajan.

Llegó, por fin, a Guayaquil, el huésped tan deseado y se albergó bajo el techo paternal, marcada muestra de deferencia, que quisieron dar los superiores del convento quiteño, a la santa mujer que había dado tan buen soldado a la Compañía. Reinó el bullicio en la de ordinario sepulcral morada: era, un subir y bajar sin fin. Gobernador, cabildantes, oficiales reales, leguleyos, matasanos, frailes, beatas y sacristanes; todos, todos, concurrían a dar la bienvenida al célebre Jesuita, satisfaciendo curiosidades por tanto tiempo anheladas. El buen Padre, sentado en una gran poltrona, los ojos bajos, y los brazos cruzados, correspondía, casi inconscientemente; a sinnúmero de cuestiones que le proponían sus visitantes. ¿Qué si le hacía mucha calor a su paternidad? ¿Qué si recordaba tal o cual incidente de trompos o bolas, de cuando era niño? ¿Qué si había, o no, perdido la afición por los tamales y el arroz con leche? ¿Qué a qué hora diría la misa?

Pasaron dos días, el galeón no terminaba su carga, y contra lo que esperaban, impacientes, los guayaquileños, el padre Jacinto no hablaba de predicar, y lo que es más, a cada súplica que para ello se le hacía, contestaba invariablemente.

—No han de ganar mucho oyéndome; ni he venido preparado para hacerlo— y, cambiaba enseguida de tema.

Los guayaquileños llegaban al colmo de la desesperación. ¡Cómo había de ser eso, de qué teniéndole alguna vez entre ellos, les fuese a volver las espaldas, con desaire manifiesto, sin decirles oeste ni moste desde el púlpito! No, esto era imposible; había que hacerlo sermonear. Resueltos a salir con la suya, disputaron una selecta embajada: para pedirle, oficialmente, esta gracia, y lo hicieron, de modo que estuviese presente la madre del Jesuita, acorde de antemano, en que su hijo cediese a los ruegos de sus conterráneos.

—Predícales.... predícales, Jacinto, que esto es, en cumplimiento del deber que te has impuesto.

—En su conveniencia estaría el que no lo hiciese madre; pero ya que tanto lo exigen, sea, y que no se arrepientan, que cada uno se entienda con su conciencia, yo con la mía, y Dios me entiende.

Los delegados volaron escaleras abajo, pregonando el triunfo obtenido.

III

Mucho, para los deseos, tardó en anochecer el 11 de julio de 1719, día señalado por el padre Jacinto para el apetecido sermón. Desde por la tarde se había, distribuido convenientemente en el cuerpo central de San Francisco iglesia, que por ser más amplia, ofrecieron sus dueños al Orador, las bancas, cojines y alfombras del señorío. Las naves quedaron a disposición de los pelafustanes. No cupo el gentío puertas adentro, y hubo que abrirlas de par en par, a fin de que escuchasen los que tuvieron que quedarse en la plaza.

Tan luego como se abrió la mampara de la sacristía, para dar paso al Jesuita, y a la comunidad franciscana, que cayó de rodillas frente al púlpito, reinó un silencio de tumba. El padre Jacinto, atravesó lentamente el espacio que lo separaba de la cátedra del Espíritu Santo, hizo la ritual genuflexión ante el altar mayor, ascendió, y rompió el silencio.

—Hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo: Cediendo a repetidas instancias de distinguidos sujetos de esta villa, a quienes debo consideración y respeto, me dirijo a vosotros, para hablaros de nuestra religión bendita, y en beneficio de ella y de vuestras almas. Desengañados quedarán, los que esperaron hallar en mi discurso, las galas de oratoria, con que otros mejor dotados, suelen adornar los suyos. No me lo permiten mis escasas luces, ni a ellos se aviene mi torpe lengua, que interpreta solamente en frases vulgares la palabra divina, y articula, en oración sencilla alabanzas al Creador. Agréguese a esto, la emoción que embarga mis sentidos, al mirarme ante tan selecto y numeroso auditorio; considérese que ésta es la vez primera, que en calidad de soldado de Cristo, hablo a aquellos que fueron testigos de mi niñez, rodeándome de cuidados y cariños, y, entonces, hallaré pronta vuestra benevolencia. Si, hermanos míos, siempre os tuve presentes en mis pobres oraciones, y no hubo día en que dejase de rogar al Todopoderoso, derramase sus bendiciones sobre mi querida Guayaquil. Encarecíale, sobre todo, no permitir que os apartáseis un instante del sendero de la moral cristiana, único que conduce a la felicidad ultramundana. Pero, mis muchos pecados fueron culpa de que Dios no me escuchara. ¡Con qué dolor, os veo poseídos del espíritu maligno!

Esta es la razón de haberme negado a predicar, con tanta obstinación, pues, en el hablaros como sacerdote cristiano, está el revelaros la verdad acerca del estado de vuestras almas. ¡Veritas super omnia! ¡La verdad sobre todo; sin ambages, rodeos, perifrasis, mitificaciones ni logomaquias de ningún género! Y, ¡ay! hermanos míos, por lo poco que he visto y he observado del vivir vuestro, ¡qué lejos estáis de cumplir con los preceptos de la Iglesia, y, qué cerca de perder las delicias eternas! ¡Sí, hermanos míos, esta sociedad es fácil bocado de la maldita serpiente! Con verdadero horror me he apercibido, que hay aquí, alguno, que menospreciando el cargo prominente que inviste, lo que le obliga a dar mejor ejemplo de moral, con grave ofensa a Dios, y escarnio de su familia, alardea, de mantener relaciones pecaminosas con mujer ajena, a pocos pasos de su hogar.

Los oyentes, en cuyo semblante se pintó el asombro desde las primeras palabras del orador, tornaron rápidamente la vista hacia el gobernador —la historia era por demás conocida— el que, apercibido de la puntería del Jesuíta, daba vueltas nerviosamente, sobre un dedo, a la cruz de Alcántara que adornaba su pecho, apretando con la otra mano el pomo de la espada. Viéndose blanco de las miradas, y objeto de cuchicheos y sonrisitas mal reprimidas, abandonó la iglesia precipitadamente.

El padre Jacinto para quien pasó desapercibido el incidente, proseguía en su sermón:

—Se cuenta, depositarios de la Justicia, que, faltando a juramentos sagrados, la han puesto en pública subasta, y, otros Judas, venden la ley por treinta onzas.

El sucedido estaba fresco: los alcaldes y alguaciles se abrieron campo hacia la puerta, no sin convencerse de que muchos se codeaban a su paso.

—Pululan las mujeres —continuaba el Ignaciano— que, únicamente concurren a los templos, por murmurar de ciertas desgraciadas, que lucen saya de seda a costa de muchas verguenzas, y que profanan las Casas de Dios, haciendo de ellas, lugar de exhibición para atraer incautos.

Las misericordiosas, se abrieron campo, a empujones, regaladas al oído picarescamente por los jóvenes con quienes tropezaban. Las murmuradoras de oficio, se escabullían por otro lado.

Nuevo ataque: —No falta miserable que, sin fe en la Cólera Divina, traicionando la fe empeñada, dá fe tranquilamente de lo que no vió ni oyó, y tiene casa y hacienda, a trueque de miseria ajena.

El cartulario aludido, perdió las gafas, en su afán por desaparecer cuanto antes.

Aún faltaba: —Venden muchos su alma al diablo, vendiendo a sabiendas, y públicamente, productos del contrabando, en que roban al rey y a la ley, y obran de igual manera, otros tantos ministros del altar, cayendo en faltas, que ya son para que llueva fuego, y se convierta ésto en segunda Sodoma.

Los mercachifles se fugaron en tropel, mezclados con varios frailes que se precipitaban a la calle desde el coro.

Tenia la iglesia una salida reservada, y por ella se deslizaron a hurtadillas los últimos prójimos, antes que el toro se les viniese encima.

—Pero, ¡a qué seguir!— concluía exaltado el Jesuíta, sin caer en la cuenta del desbande.

¡Horrorizaos, criaturas del Señor! ¡Considerad en que sólo la misericordia del Altísimo ha podido daros tiempo para arrepentiros! ¡Aprovechad de los pocos días que aún os quedan en este mísero mundo, para haceros dignos de la Patria Celestial! Quiera iluminaros la Santísima Virgen, y hacer profícua la bendición que os imparto, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Y el padre Jacinto, se inclinó, y trazó con la mano, sobre el aire, el sagrado signo; pero, con sorpresa suya, éste sólo alcanzó las cabezas rapadas de los frailes franciscanos, quienes, por lo bajo, se desternillaban de risa.

Ya se comprenderá, que el galeón estuvo listo para partir, al día siguiente, y que, cuando de regreso, tocó en Guayaquil, a nadie se le ocurrió, el que volviese a predicar el conspicuo orador y conterráneo.

Ibant Obscuri Sola Sub Noctoe Per Umbras

Lucindo Almeida V.

(Dr. Val)

Sé que los descendientes han ido a parar por Loja y que se firman Zabaletas; pero el apellido solariego es Zabala, sino que a Pedro Zabala, las gentes de Quito, ya desde entonces pródigas de diminutivos, le decía: "El Zabalita"; y Zabalita y Zabalita, con Zabalita se habrían quedado sus hijos, si, listo como era como una cendra, no le hubiera ocurrido hacer de la necesidad virtud bautizándose él mismo de Zabaleta, con lo cual quedó arreglado el estropicio.

Digo, pues, que ese día el Zabalita se había acostado rendido del trajín: al cuarto para las cinco de esa mañana ya había estado en la iglesia a ayudar la misa prima al P. Ministro; y, como todos tenemos nuestras manías y buscamos su satisfacción aún entre espinas, el tenía la de ayudar a misa; y, después de la del P. Ministro, dijo, como todos los días: "Otra, y nada más;" y, de una en otra, se ayudó todas las que salieron al altar mayor hasta la de siete inclusive. Y ya era hora de que dejara el vicio porque habían comenzado a llegar las recuas de las haciendas del norte a la casa de los P. P. de la Compañía de quienes era dependiente de luengos años atrás.

La calle angosta estaba llena de las mulas y los arrieros y en las tiendas todas de la casa de los P. P. se había armado un barullo infernal a causa de las compradoras que andaba a la greña unas por los alfeñiques, otras por las raspaduras, estas por el azúcar, esas por el café venidos del Chota, aquellos por los quesos de Cayambe y todas arremolinadas en torno de nuestro hombre, no le

daban punto de reposo. Dejémosle desenredarse como pueca

Allá por los años de 1760 y pico, el poder temporal de la Compañía en Quito era algo así como el de la Rusia en Europa: desde las abrigadas regiones limítrofes con la Turquía. — "El Chota" — hasta las heladas estepas de la Siberia — "El Pedregal" —, le estaban sujetas y pagábanla tributo; y, ¿quién que haya andado por las provincias del interior de esta república ecuatoriana, no sabe el sinnúmero de haciendas que a los jesuitas de ese tiempo pertenecieron? Nuestro ilustre historiador va lo anota y, después de la consigna de la secta, sin duda alguna la causa más poderosa de la célebre pragmática de Carlos III fueron las ganas que le entraron a la Corona de España de las tierras y ganados desotras testas coronadas. Por supuesto que da gusto recordar como gastaban los P. P. sus riquezas y bastaría el frontis de su templo de Quito para extenderles carta de quitanza. Preciso es confesar, por otra parte, que los R. R. sabían donde les apretaba el zapato en lo de tener sus fundos bien explotados: en sólo el Pedregal, hacienda de las menos apropiadas para el incremento de un buen negocio pecuario, pacían diez mil reses vacunas, treinta mil ovejas, tres mil caballos, servíanla doscientos conciertos, la deslindaban y subdividían muchas leguas de zanjás y sus productos, a pesar de la baratura de los tiempos, eran sin duda mayores con mucho que los actuales. Así, pues, era de verse el movimiento de la casa en casi todos los días de la semana con la llegada de las recuas de las haciendas: todas — las recuas no las haciendas — lucías, bien tenidas, mejor albardadas y en el anca derecha de cada mula la simbólica y cabalística cifra del poderoso instituto: Jesús en los costales, Jesús en las albardas; Jesús en cada una de las tapas de las raspaduras, en el asiento de los conos de azúcar, Jesús y, aún antes de nacidos de la encella, ya eran bautizados los quesos con el dulcísimo Nombre; era como si dijéramos la marca de fábrica que acreditaba en aquellos tiempos la bondad de la mercancía; porque si en el queso, pongamos por caso, no decía Jesús, luego al punto la remilgada quiteña de entonces fruncía el hociquito diciendo: "¡Ah tatay asco: quién dizque ha de comer este queso que no es de los P. P.!, y no había más remedio que hacer correr al huasicama a donde el Zabalita, a traer un queso para la niña.

De los cuatro vientos le iban, pues, llegando al tal toda suerte de frutos y producciones; de modo que podía

juzgarse que por él se dijo aquello de: *Ultra flumina Ethio- pioe deferent munus mihi*; y era para perder la cabeza la confusión, el tumulto, la actividad de aquellas oficinas: con decirles que en ellas circulaba entonces tanto o más dinero que hoy en la del Banco del Pichincha, con sólo la diferencia de que en esa no había más que un gerente: el Zabalita; si bien es verdad que detrás de bastidores andaba el P. Ministro. Este corría con la alta dirección del negocio y ni una hoja se movía en las haciendas sin que su paternidad reverendísima lo pensase, pesase y ordenase. Quedábale a Zabalita lo de puertas afuera de la casa y cierto que en ello ya había para merecer; porque el ajeteo era para cansar a un mulo.

Llegó la noche con su calma y plácida quietud y Zabalita acudió como de costumbre al rosario de los P. P.: y eran las ocho dadas cuando roncaba a pierna suelta en amor y compañía de su carísima mitad, en la tienda de la esquina de San Francisco que los P. P., le habían dado para su vivienda.

Antes de proseguir suplico a la jubilada Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española que me haga la caridad de permitirme hacer uso en este cuento o monserga del verbo *ranclarse*; porque dicho sea, sin perderla el respeto, que no acertara con otro ni más decidor ni más pintoresco entre los miles de su gasto. Y digo:

Que los frailes se ranclaban por las noches es una perogrullada; y sino, allí está el R. P. franciscano Fray Manuel Almeida —no el médico—, que murió en olor de santidad y de quien he tenido el gusto de leer, escrito de su puño y letra, un excelente tratado espiritual que por desgracia no sé dónde haya ido a parar. Pues bien, no por eso, antes de su conversión, por supuesto, dejaba de hacer, siempre que el tiempo se prestaba y la autoridad lo permitía, una que otra escapatoria nocturna con notables ejercicios gimnásticos de equilibrio, no en ninguna cuerda tensa ni floja, sino —¡sacrilego desacato!— en el cuerpo mismo de Jesús Crucificado. Hasta el punto de llegarle a faltar la paciencia al Infinito Sufridor y preguntarle una de esas noches al fraile libertino: “¿Hasta cuándo P. Almeida?” y tener el muy sinvergüenza el desuello de contestarle: “Hasta la vuelta, Señor”. Y así como no cabe dudar que a los frailes calzados y descalzos no les disgustaban los nocturnos ejercicios de maroma, también es cierto que ni en eso han sido frailes los jesuitas; absorbentes, intrusos, amigos de riquezas, hay quien se lo haya dicho, con fundamento o sin él, pero faltos de corrección en sus cos-

tumbres, nadie con fundamento; y eso era en ese tiempo verdad aceptada e indiscutida: de modo que venían a ser la excepción de los enclaustrados de entonces, quienes parece, que se habían propuesto mantener en todo su vigor la masculina y castiza tradición de los Tirsos, Alarcones, Calderones, etc. Ni hay de qué admirarse; porque en España, en los buenos tiempos de España, punto de honra, nota de hidalguía, ejecutoria de nobleza, fué siempre el ser creyente a macha martillo; pero, salvado el principio de la fe, el de la caridad andaba como el diablo quería. Se practicaba al respecto aquel comodísimo principio del Pontífice de la Reforma: *Credde firmiter et pecca fortiter*;” y, si la santa Inquisición hubiera andado tan celosa en lo de las buenas costumbres como en lo de la fe, ya habría tenido para rato con sólo los frailes y hasta ahora nos estaríamos alumbrando con los chicharrones.

Zabalita habría metido su mano al fuego por la honestidad de cada uno de los sujetos de la casa de Quito, desde el Hno. portero hasta el P. Provincial; por eso se quedó con la boca tan abierta, cuando, esa mañana, a eso de las tres de la madrugada, habiendo sentido un golpe en su puerta y levantándose a averiguar quien lo daba, al abrirla, sintió ruido en la cornisa, y al alzar la vista, esta, a pesar de la obscuridad de la mañana, vió deslizarse un bulto negro ventana adentro del cuarto que sobre su tienda quedaba y, que estaba desocupado.

Con la prudencia de la edad madura callóle el caso a su mujer, pero la procesión le andaba por dentro y no veía la hora del amanecer para presentarse a exponer el caso de conciencia a su confesor que no era otro que el mismísimo P. Rector. De modo que aquello no fué ayudar a misa, con la carcoma del disgustazo que tenía que darle al P.; dos veces se perdió al contestar al *orate fratres* —el *quis vel qui* del ayudar a misa— y a las abluciones apago la palmatoria antes de servir el vino y el agua; con las cuales turbaciones el P. Ministro, que no se mamaba el dedo, se decía para su capote: “Algo muy gordo le pasa a este Zabalita esta mañana.” Y más se confirmó en su sospecha cuando —¡oh admirable suceso!— acabarse la misa y entrarse Zabalita puertas adentro de la casa por la sacristía sin siquiera dar la vuelta para hacerlo por la portería que todos conocemos, todo fué uno.

Sentado estaba el P. Rector a su mesa de escribir cuando se le apersonó Zabalita. Oyóle con mucha atención sin inmutarse, fijos los ojos en lo que había estado escribiendo; y, cuando el dependiente acabó el misterioso rela-

to, metió su paternidad la mano izquierda al bolsillo, sacó de allá del fondo una cajita de cuero, dióle con los nudillos de la derecha mano tres golpecitos en la tapa antes de abrirla, abríola y metiendo a modo de pinzas dentro el índice y el pulgar extendidos y doblados los otros tres dedos sobre la palma, sacó un sorbo de rapé, se lo echó al colete. digo a las fosas nasales, quedóse oliendo un buen espacio las yemas de los dos dedos que le habían servido, y sin ver a Zabalita, le preguntó:

—¿Y..... tu mujer se ha percatado?

—No, padre....

—Vamos, que eso está bien; porque muchas veces las apariencias engañan; pero como necesito saber lo que haya de verdad, tú estás prevenido y, si alguno sale en la noche de casa, síguete con disimulo y ve, oye y calla y luego me lo avisas..... ¿Has arreglado con el P. Ministro ese envío de las bayetas a las minas de Barbacoas?

—Todavía no, reverendo padre, porque se espera que paguen el oro de las que fueron al Chocó para poder comprar éstas: la obra de las columnas de la portada, que se acabarán el mes entrante, nos tiene absolutamente sin dinero.

—Ya habrá el necesario, en poca agua te ahogas, anda con Dios y El te bendiga....

Acercósele Zabalita, besóle la mano y salióse del aposento, no sin haberse permitido dar un ligero portazo de protesta contra la sequedad del Rector de quien algo más esperaba que la triste comisión recibida de ver, oír y callar. No faltaba más.

Y lo cierto es que era un hecho que se acababa la fábrica de la iglesia de la Compañía, interrumpida por épocas y llevada finalmente a cima con empuje y desprendimiento soberanos por los últimos superiores de la casa, y, ¿quién lo creyera? por el tesoñudo empeño del H. Iturri-gorricoechea que era a la sazón algo como el sobrestante de la obra; por lo cual más vivía en los menesteres de ella que en el recogimiento de la casa. En el atrio estaba, encaramado en el andamio de la derecha tratando de plantar el cabrestante que debía alzar en peso las columnas monolíticas ya terminadas y que iban a colocarse y era para bendecir a Dios la fuerza y la alegría que le rebosaban por todos los poros de su valiente contextura: si en alguno, en este sujeto parecía poder aplicarse con absoluta propiedad lo de: Mente sana en cuerpo saludable. Allí estaba, en la obra, cuando llegó de dentro de la iglesia el mancebo de la portería a llamarle de parte del Rector.

Bajóse en el acto el H., y, después de poco, volvió a proseguir su trabajo, sin que nadie que no hubiera sido un zahorí hubiera podido notar en él nada: ni a quien le importaba saber si, por ejemplo traía la oreja izquierda más colorada que la derecha?

No tuvo mucho tiempo que esperar el Zabalita: sonó la queda y la muy noble ciudad de San Francisco de Quito quedó entregada al más tranquilo sueño, tanto más profundo cuanto que apenas podía ser interrumpido sino por el mortecino parpadeo de algún farolillo que se moría de miedo colgado delante de la hornacina de alguna imagen enclavada en el muro de algún convento. Ni quién había de salir a esas horas, por esas calles y con tiempo tan crudo? Un remusguillo impertinente más que mocosito consentido, estaba corriendo del Pichincha y soplabla de modo que podía calar los huesos del más fuerte en menos que canta un gallo. Y no era él solo; sino que una llovizna menudita, traída y llevada por el mozo aquel, andaba dándose de testarazos contra muros y ventanas y todo era ver que alguien sacaba la cara, para echarle un asperges, que ni en la capilla mayor en la misa idem del día domingo, como para no dejarle ver lo que andaban haciendo a esas horas el remusguillo y la llovizna. Pero que dizque le importaba a Zabalita el mal temporal: de pie, para no dormirse, detrás de su puerta, con el oído aguzado, cerciorándose a cada momento de que no se le despertara la mujer y creyendo a otros, que ya sentía el ruido de la ventana había pasado el infeliz horas que le parecían siglos. Las doce de la noche eran por filo, cuando mi hombre sintió que arrojaban una cuerda: sentirlo y ponerse en cuclillas, pegar el ojo derecho al hueco de la cerradura, contenérsele la respiración, temblequearle las piernas, turbársele los ánimos, írsele un sudor y venírsele otro, fueron cosas todas que duraron los cinco largos minutos que tardó el bulto en descolgarse y echar a andar calle abajo por la de los Siete Chorrros, en dirección a la Cruz de la Compañía. "¡Cogido te tengo" iba diciendo nuestro Zabalita detrás del bulto, que ya a esas horas había llegado al arco de la Reina cuidando el espía de ponerse a una prudente distancia, ora porque —a pesar de que la noche era como mandada a hacer, de betún y cera negra— temía que lo distinguiese el perseguido, ya, y esto es lo que más creo yo, porque vayan ustedes a averiguar si al cabo del cuento resultaría aquello cosa de la otra vida y esa sola consideración le ponía a Zabalita los pelos de punta y ya se veía con los

talones en el cogote de la estampida que iba a dar, dígoles por lo de salir disparado .

Así como la calle de los Siete Chorros recibe su nombre de los que a ella caen del artesón de la Compañía, así la de las "Siete Cruces" se llamaba por las siete que en ella había alzado a la adoración del pueblo la piedad de entonces unida para alguno de esos monumentos al recuerdo de algún hecho sangriento acaecido en el sitio en donde alguna de ellas fué levantada. Comenzando desde el norte, la primera era la Cruz de Santa Bárbara y seguían la de la Concepción, la de la Catedral, la de la Capilla Mayor, la de la Compañía, la del Carmen Alto y la Cruz de piedra .

Ante ésta llegó el bulto, se derrocó de rodillas y quedándose desnudo de la cintura arriba, tal azotaina se dió con una disciplina en que más sonaban hierros que cuerdas, que a punto estuvo de llegársele Zabalita y decirle "¡Hermanito!" no es para tanto, no sea usted tan bárbaro: ¿por qué trata usted con tanto rigor esas carnes que, a vueltas de todo, no habrán hecho ni más ni menos que las de su servidor?" Pero la consigna del Rector era: ver, oír y callar. Para ver, viendo estaban sus ojos lo que veían y no acertaban a creerlo: tal era su asombro; lo que es para oír muy buenamente se fué colocando de modo que la cruz le tapara y así fue acercándose a ella precisamente en el momento en que, dejada la disciplina exclamaba el disciplinante: "Señor y Salvador mío, ya que a estas mismas horas muchos de tus indignos siervos y hermanos míos de otras religiones, abandonan la oración para seguir por las sendas de la inquietud, siquiera que este vil gusanillo te resarza en sus carnes de las carnalidades de aquellos; y que este holocausto de desagravio te sea, Señor, propicio y lo aceptes por los pecados de ellos y de todos los de esta ciudad" .

Dijo, se cubrió el busto y se dirigió a la Cruz de la Compañía; pero a Zabalita ya no le quedaron ganas de seguirle: un santo terror del disciplinante le indujo a largarse a su tienda mientras en el camino iba en este soliloquio: "Pues, Señor, mientras más se vive más se ve. ¿quién se iba a imaginar que este lego, a quien tenía yo más por bruto que por gente, resultara el santazo de fuste que ha sido? Pues si apenas ayer, le veía yo haciendo pinitos en las vigas del andamio, sacando de sus casillas a las beatas que pasaban por debajo hechas un arco de miedo de que andamio y lego se les viniera encima, y cuán-

do me iba a imaginar que las gastara tan duras con esas carnazas. Porque, eso sí; que si va de tener en qué azotarse, a éste le sobra por delante y por detrás. Válgame Dios, que esto sí vale la pena de contárselo a mi Nico; aunque no.....; porque quien no lo ve, no lo puede creer así se lo juren frailes descalzos. "Nada: si se ha despertado, se lo cuento, si no, no". Y parece que se hubo de haber despertado; porque a los tres días, ninguna familia de viso ignoraba lo de los azotes y en descuento de cuyos pecados habían ido.....

Lo que es el Rector reprendió muy severamente a Zabalita por su falta de secreto y le dijo que él tenía la culpa de la despedida a la francesa que le hicieron hacer al hermano Iturrigorricoechea; el cual, a los dos meses cabales, tuvo el dulce consuelo de hacer los ejercicios de N. P. San Ignacio en la misma Santa Cueva de Manresa, de cuyos alrededores resultó oriundo aquel santo y robustísimo varón .

Quito, febrero 18 de 1909

De "Vejece y Novedades" .

SEBASTIAN PINILLOS

José Peralta

I

Sea por falta de medios de fácil comunicación, sea porque los peninsulares tenían en muy poco a los españoles americanos, ello es que la fausta nueva de la coronación de Carlos III no llegó al reino de Quito sino muchos meses después del acontecimiento; tanto que en la **leal ciudad de Cuenca**, el Cabildo no vino a pensar en la jura y en las fiestas reales, sino allá por Setiembre de 1760. El 19 del susodicho mes, reuniéronse los muy ilustres miembros del Cabildo, presididos por el Sargento Mayor Don José Torres y Barba, Teniente del Corregidor, y lo primero que acordaron fué poner en arrendamiento la **Plaza Mayor, "a razón de veinte reales la vara de frente;"** a fin de que el público pudiese construir los tablados, o circo improvisado para la lidia de toros, espectáculo indispensable en fiestas españolas.

El General Don Antonio de Andrade y Roda tomó sobre sí la comisión de arrendar el área de la plaza; comprometiéndose a costear con el producto del arrendamiento, seis días de toros y fuegos artificiales, en obsequio de S. M., que Dios guarde y conserve por más de mil años, según las propias palabras del referido General.

"Y por cuanto las fiestas reales debían celebrarse con formalidad", Sus Señorías los "Cabildantes" ordenaron, otrosí, que se representasen tres comedias, construyendo para ello un **teatro abierto** en el atrio de la Iglesia Matriz. Varios pueblos fueron designados para que con-

curriesen con un sarao de hombres al real festejo, so pena de cincuenta patacones de multa al que desobedeciese el acuerdo del ilustre Cabildo.

El General Don Luis Andrade y Mesía y el Maestre de Campo Don Miguel Jiménez Crespo se comprometieron a organizar la **Escaramuza**, con los nobles del **barrio de arriba**; y los Señores Don Francisco de la Rada y Don Valentín Hernández de Espinosa ofrecieron formar otra cuadrilla con las personas distinguidas del **barrio de abajo**. Más, como era necesario evitar que algún plebeyo se atreviese a tomar parte en el torneo, el Cabildo tuvo por bien el prohibir severamente que los jinetes trajesen la "cara tapada".

Por último, se fijó el día 15 de Diciembre para que principiases tan espléndidas fiestas; debiendo en aquella fecha, abrir el festejo los mismos **Cabildantes**, con la "**solemne entrega de la plaza**".

Tal es en resumen, el contenido del Acta del Cabildo de 19 de Setiembre de 1760; acta que se publicó a son de cajas y por voz de pregonero, a **usanza de bando de guerra**, como se había mandado que se hiciera.

Cuenca iba pues a presenciar unas fiestas por extremo pomposas; y los habitantes de la monástica ciudad, con razón, no cabían de gozo, y se preparaban a echar la casa por las ventanas, como solemos decir.

II

Por fin llegó el 15 de Diciembre; y habían sonado ya las once de la mañana.

El cielo estaba puro, las brisas perfumadas, el sol radiante: la naturaleza contribuía regiamente al esplendor de la fiesta. La plaza mayor, rodeada por varios órdenes de palcos, habíase transformado en verdadero circo, brillante con las ricas y vistosas colgaduras que con profusión, decoraban los tablados.

Los palcos oficiales ocupaban la galería exterior de la que hoy decimos **Casa de Gobierno**; y en medio de ellos, se había colocado un rico dosel de púrpura que resguardaba el retrato de S. M. reinante. Enormes cirios ardían delante de la real imagen; y seis caballeros a cada lado, con uniforme de alabarderos, formaban la guardia de honor del monarca. La música militar y los repiques de campanas llenaban los ámbitos de la ciudad con sus arrebatadoras armonías; y el público, ansioso de emociones, se im-

pacientaba ya esperando el comienzo de diversión tan extraordinaria.

Los palcos estaban llenos de beldades: la seda y el oro, el brocado y el tisú, las perlas y la pedrería, realzaban —si cabía realce— la hermosura de aquellas mujeres. Cada cual había pensado, allá en sus adentros, eclipsar a las demás bellezas y ser la reina de la fiesta; y de ahí aquel esmero en los adornos, aquella riqueza en las galas, aquel despilfarro de miradas de fuego y encantadoras sonrisas. Diríase que era la plaza un jardín maravilloso, donde las flores eran vivientes, seductoras, irresistibles; donde se aspiraba un perfume embriagador que abrasaba el corazón más yerto. Si hubiera sido dado el oír los latidos de esos millares de corazones, sedientos de placer, henchidos de entusiasmo, habríase escuchado un concierto misterioso, una música celestial, uno como himno eievado por la hermosura y la juventud, ansiosa de amor y bienandanza.

Cortinas de seda rosa adornaban un palco levantado a la izquierda de la galería real; y en el fondo de aquel lujoso tablado se dejaban ver dos señoras, acompañadas de un anciano de mirar severo y marcial continente.

El viejo aquel era Don Francisco Román de Cisneros, Capitán de Infantería que había servido lealmente al finado Rey, y sido enviado a Cuenca, como Regidor perpetuo, en pago de sus servicios. Las Señoras Doña María de Quiroga, esposa del Capitán, y Doña Blanca, hija única de este matrimonio.

Doña María era una hermosura en el ocaso; pero Blanca parecía un botón arrancado de los rosales del paraíso, una flor caída del canastillo de la Aurora, cuando la mensajera del día cruza en su rápido carro de luz la inmensidad del horizonte. Esbelta y airosa, semejábase a una azucena que —impelida por el aura— se balancea majestuosa sobre su tallo de esmeraldas: activa y sonriente, diríase que era ella a quien todo el concurso rendía homenaje de tan pomposa manera. Ni una nube había oscurecido jamás su ancha y hermosa frente: nunca el dolor había retratado en sus grandes ojos negros, donde ardía un fuego divino, inextinguible, cual si fuese la llama pura ofrecida perpetuamente en las aras de un numen. Las frescas y purpúreas mejillas no dejaban ver ni la más imperceptible huella de esas lágrimas que corren quemando, como la lava de los volcanes, cuando ya el corazón ha despertado a los primeros misterios de la vida; y los labios rojos y húmedos, provocadores y puros, eran así como

la mansión de las gracias y de las más angélicas sonrisas.

Una angosta saya de tisú color de cielo, con diminutas estrellas de plata, y un escotado corpiño de la misma tela, componían el vestido de Blanca; y el negro y abundoso cabello le caía sobre las espaldas, a la manera de una brillante cascada de azabache. El seno, exuberante de vida y deleitosos misterios, se dejaba ver y no ver, casi velado por ricas guarniciones de vaporoso encaje; y la escultural cabeza estaba adornada por una como diadema de diamantes, cuyos destellos formaban la aureola propia de tanta hermosura.

En el momento en que la pintamos, Blanca recorría algunos palcos con la vista, indiferente y sin notar siquiera que centenares de miradas se dirigían a ella que, sin conocerlo, era la tentación de los caballeros y la pesadilla de las damas. Sin embargo, un observador atento habría notado que la gentil doncella se hallaba dominada por algún pensamiento que visiblemente la impacientaba; habría notado, decimos, que daba rápidas señales de inquietud, y que, de vez en cuando, se inclinaba sobre el antepecho del palco para poder mirar hacia la calle llamada del Carmen.... ¿Tardaba mucho el comienzo de la fiesta, o Blanca esperaba ver a alguna persona en aquella calle?

III

Los tambores anunciaron los espectáculos: todos se removieron en sus asientos y volvieron ojos para no perder el menor detalle de la fiesta.

Abrióse la estacada y entraron los **Cabildantes**, caballeros en hermosos y empenachados mulos: una salva de aplausos saludó a los magistrados que, por fin, venían a **entregar la plaza**. Con grave y señorial continente, los ediles dieron tres veces la vuelta al circo, rindieron homenaje al Rey, saludaron al público, y se retiraron enseguida, en medio de gritos de entusiasmo y vivas a Carlos III.

Inmediatamente ocupó la plaza la escaramuza de San Sebastián. Ahí estaban los nobles del **barrio de arriba**, como entonces se decía: venían a correr cañas, ganosos de señalarse, por lo menos, en esta laya de incruentos torneos, delante de tantas hermosas como animaban las fiestas. Como las damas, los caballeros habían querido hacer loca ostentación de sus riquezas; y el oro y la seda, el terciopelo, y el brocado, cubrían a todos los justadores, y adornaban aún a sus corceles. Sendas cañas con banderolas

de púrpura, llevaban los jinetes a guisa de lanza; y, después del debido acatamiento al Rey, tomaron el campo, divididos en dos cuadrillas dispuestas a embestirse, simulando una refriega sangrienta.

Ya habían roto varias cañas los caballeros, cuando se presentó un jinete, al parecer, extraño a las cuadrillas combatientes; dirigió su brioso tordillo delante del palco del Capitán de Cisneros, hizo una cortesía a las damas y al anciano, y volviéndose a los justadores, díjoles en voz alta: —¿Hay quién quiera romper esta flexible caña, Señores?— Y enseñó la que llevaba en la diestra, adornada con lazos de cinta azul y banderola de tisú color de cielo, con diminutas estrellas de plata.

Como si el caballero retador hubiera proferido una blasfemia, el coraje se pintó en el rostro de los combatientes: una ligera palidez cubrió las mejillas de Blanca, y un imperceptible suspiro murió en sus labios. La frente del viejo Capitán se oscureció, a la manera de una nube preñada de tempestades; y Doña María contempló a su hija con una mirada persistente, severa, escudriñadora, inquisidora, pudiéramos decir.

El caballero blandía la caña llamando un competidor; pero nadie salía a su encuentro, nadie osaba contestar su reto.

—¿Quién es el que así pisotea el bando?— preguntó al cabo el General Andrade y Mesía. —Cómo os presentáis con la faz cubierta? ¡Fuera de la plaza! u os hago salir por la fuerza!

—Señor de Andrade, si queréis verme la cara descubierta, dignaos seguirme donde podamos cruzar las espadas— contestó el disfrazado lidiador, y requirió el acero que traía al cinto.

Un grito de horror se elevó de la multitud; y Blanca, la inocente Blanca, sin conocer el arte de ocultar lo que sentía, extendió las temblorosas manos hacia la plaza, como para calmar la cólera del desconocido justador. La frente del Capitán se enlóbregueció todavía más; y Doña María se mordió los labios con marcado desprecio.

—¡Es un plebeyo disfrazado! Fuera el zote! No le abonan ni el jubón dorado ni la capa de grana! A la cárcel el infractor del bando!— gritaban las turbas con frenesí.

—Despreciad a ese badulaque— gritó, adelantándose a los demás caballeros, Don Gil Polo de Mendoza, y dirigiéndose al General de Andrade—: debe ser algún pi-

llastre!

—Mientes truhán!— exclamó con voz de trueno el incógnito —Tú, tú eres el pillastre!— Y veloz como el rayo, le cruzó el rostro con las riendas del potro en que montaba.

¡Ira de Dios!— gritó Don Gil, llevando la mano a la espada; mas por desgracia, no cargaba sino un **estoque de salón** que habría saltado en pedazos al primer choque con la toledana del enmascarado agresor.

—No te desconsueles por tan poco— díjole éste, en son de burla—: te buscaré cuando lleves buena espada, y no permitiré que mueras a manos de otro: no lo olvides.

—¡Favor al Rey! Prendedle!— exclamó Don José Torres y Barba, desde el palco del Corregidor.

—Nadie me toque que reñido no esté con la vida!— repuso el delincuente: desenvainó la espada, saludó a los demás del tablado de Cisneros, y salió de la plaza sin precipitación alguna.

IV

El sol descendió: y, como un tembloroso globo de fuego, coronaba las azules crestas del **Sayausi**, allá en el confín de la vasta llanura en que se halla Cuenca.

El día había pasado sin otra novedad que la relatada en el capítulo anterior; pero Blanca no había vuelto a sonreír, ni el Capitán a desplegar los contraídos labios, ni Doña María a dar muestras de contento.

El pueblo olvidó bien presto el episodio del caballero del antifaz; y no pensó sino en divertirse con la mojiganga y los saraos, las mascaradas y los **danzantes**, hasta que salieron los toros a la arena. No así los caballeros injuriados; porque en cuestiones de honor, se iban nuestros abuelos por los extremos. Los magistrados sostenían que el atrevido aquel era reo de muerte; porque habiendo ofendido a un hijodalgo ante el Rey, es decir, delante de su retrato había cometido crimen de lesa majestad. Había división de pareceres entre los doctores de aquel entonces; pero, todos, nemine discrepante, convenían en que por mucho menos se podía ahorcar a un hombre. Se había ordenado ya la captura del incógnito; y hasta se pensaba en pregonar su cabeza. Todo esto lo refirió Don Gil Polo de Mendoza en el palco del Capitán de Cisneros; por supuesto, añadiendo que él no permitiría que ahorcasen a su ofensor, sino después de haberse vengado de la afrenta recibida.

Una desdeñosa sonrisa de Blanca hirió al Caballero como un puñal envenenado.

—¿No pensáis como yo, hermosa niña?— Preguntó algo mohino el Señor de Mendoza.

—Pienso que al tener bríos, debisteis vengaros en el acto— contestó Blanca, con frialdad glacial—; y llamó la atención de Doña María, mostrándole un hermosísimo toro que salía bramando del toril.

La fiera escarbó la tierra, mugió lúgubremente; y se disparó contra las máscaras que aún no se habían puesto en seguro. Desierta quedó la arena; y el animal, como si entendiera que nadie se atrevía con él, dió una vuelta a la plaza, lanzando provocadores mugidos.

—Es el toro de matanza— dijo Don Gil.

—Y no hay quien salte a la arena— añadió Doña María, como dando treguas a su mal humor.

—Voy a mostrar a esta dama que tengo bríos— continuó entre risueño y colérico, el Señor de Mendoza; y bajó del palco con gentil y resuelto continente.

Unos minutos después, armado de aguda pica, se presentó Don Gil en la palestra, oprimiendo el lomo de un robusto y hermoso alazán. Miróle con desdén la fiera, como si un caballero solo no fuese adversario bastante digno para ella; pero, provocada por el jinete, retrocedió algunos pasos, arrojó nubes de polvo con las patas; y, baja la cerviz, feroces los ojos, la lengua un palmo fuera de la espumosa boca, se lanzó contra el caballero, con la rapidez del relámpago.

Don Gil salió al encuentro del encolerizado animal, listo a herirlo con la acerada pica. El choque debía ser tremendo, quizás funesto; y hasta la respiración de los espectadores parecía suspenderse en aquel brevísimo instante de expectativa suprema.

La fiera alcanzó al caballo y lo arrojó por tierra, juntamente con el jinete; y, viendo caídos a sus adversarios, redobló el furor y repitió las acometidas, sin dar tiempo al caballero para defenderse de tan terribles golpes. Pronto no se vió sino una espesa polvareda, en cuyo centro rodaban el toro, el caballo y el jinete, formando un grupo informe, pavoroso, horrorizador. Gritos de angustia, exclamaciones de pavor, voces de lástima salían de todas partes; pero, pocos, muy pocos fueron los que saltaron a la liza, en auxilio del señor de Mendoza. Y ni esos se atrevían a desafiar de cerca a la fiera; sino que se contentaban con hostilizarla de lejos, arrojándole capas encarnadas. El

toro despreciaba a tan cobardes enemigos; y pisaba y hería sin cesar al caído caballero, como si no tuviese otro adversario en la palestra. Don Gil estaba perdido: las damas lo tenían por muerto, y aún el impassible Señor de Cisneros se disponía a bajar a la plaza en busca del cadáver de su imprudente amigo.

Al través de la oscura polvareda, se pudo ver que un caballero de capa de grana, se dirigía a todo correr de su tordillo, al socorro del malhadado toreador. Brilló la espada auxiliadora, como relámpago en el seno de nube tempestuosa; y la fiera exhaló un mugido sordo, doloroso, amenazador. El jinete de la capa de grana fingió que huía; y el toro lo persiguió a la carrera, señalando su camino con un reguero de sangre. Detúvose de repente el caballero, hizo que se encabritara su bridón y aguardó a su enemigo con la espada en alto. Cuando lo tuvo al alcance del hierro, giró con el caballo sobre su izquierda, y sepultó la hoja toledana en el cuello de la fiera. Bramó espantablemente el furioso animal, dobló las rodillas, inclinó la cabeza y se derrumbó sobre la sangrienta arena. Unánimes aplausos saludaron al libertador del Señor de Mendoza: y las damas y los hidalgos se hacían lenguas para elogiar la bizarría y el valor de aquel abnegado caballero.

Acércose éste a Don Gil, a quien sus amigos habían ya levantado, y le dijo con voz grave: —Nada me debéis, Señor; os odio de muerte, pero os vi en peligro y os presté auxilio, reservándome mataros en buena lid, a ley de caballero!

Dijo, y sin esperar respuesta, dirigióse ante Blanca Román de Cisneros, a quien saludó con extrema galantería.

—El enmascarado! el enmascarado!— gritó la multitud que sólo entonces vino a notar que una sonrosada careta ocultaba el semblante del vencedor en la lidia.

Todas las miradas estaban fijas en él, todas las manos lo señalaban, todos los corazones latían con afectos encontrados; mas sólo Blanca acertó a premiar dignamente la generosidad del desconocido. La bella niña le envió una sonrisa encantadora, una de esas sonrisas que valen un mundo de promesas, un mundo de delicias, un mundo de felicidad y amor.

El enmascarado jinete saludó a todos los palcos y salió de la plaza entre los vítores y los murmullos, los gritos frenéticos y la algazara propia de las multitudes sobreexcitadas.

El Capitán de Cisneros, hosco y fiero, se levantó

bruscamente, y murmuró al oído de Blanca: —¡No vendrás más a fiestas reales! —Doña María, a casa!— continuó en voz alta, dirigiéndose a su esposa.

V

La luna brillaba en el azul oscuro del firmamento, con aquel esplendor con que la reina de la noche se presenta en el cielo de Cuenca.

Las nueve eran dadas, y ya en la casa del Capitán de Cisneros dominaba el más profundo silencio.

Como casi todas las casas de ese entonces, la de Don Francisco era un edificio no muy de acuerdo con la arquitectura y el buen gusto: conjunto de tristes aposentos y desmantelados salones, anchas galerías y espaciosos patios, pasadizos oscuros y un mal cultivado huerto. En el del Regidor perpetuo había varios árboles frutales, y algunas flores cuidadas por Blanca. Los perales y los naranjos extendían su aromosa sombra sobre los claveles y las dalias, las azucenas y los tulipanes, delicia y encanto de la bella jardinera. En medio del huerto levantábase sombrío un nogal, de cuyas ramas pendían cien cortinas de jazmines trepadores, formando una tienda perfumada de verdura, adecuada mansión para una ninfa. Allí se pasaba horas de horas la inocente Blanca contemplando risueña esas doradas ilusiones que nos rodean en los primeros años de la vida; esas mariposas brillantes que —como dicen los poetas— se alejan al querer alcanzarlas, desaparecen en la inmensidad cuando las perseguimos, y pierden todas sus galas y sus colores, si alguna vez llegamos a tocarlas. La tienda de los jazmines había sido cuna de los nacientes ensueños de la virgen: esos festones de niveas flores formaban uno como velo encantado, al través del que la inocencia entreveía el mundo con toda sus seducciones, más, sin saborear todavía las amarguras de la vida.

Apenas penetraban en la poética tienda los melancólicos rayos de la luna; empero, había luz suficiente para poder ver a Blanca, sobre un banco de verdura, triste y gemebunda como paloma solitaria. Aquel día penetró la pobre niña en el verdadero valle de los dolores; y sentó la planta sobre espinas, al adelantarse a mirar de más cerca, ese fantasma fugitivo que llamamos dicha. En un momento habíase rasgado el velo de jazmines y presentándose a la vista de la incauta jardinera, todo el acibar que la existencia atesora en su dorada copa!... Las primeras lágrimas ese tributo precioso que paga el corazón a las primeras ilusiones perdidas, rodaron silenciosas por las a-

terciopeladas mejillas de Blanca: los primeros suspiros, rumor de esa misteriosa fuente de llanto que se desborda dentro del pecho, vinieron a marchitar aquellos labios, frescos como un botón de rosa, puros y rojos como una clavellina recién abierta al sol de la mañana. Blanca sufría terriblemente, porque sufría por la primera vez: aún no se había acostumbrado su alma al dolor, a fuerza de batallar con el infortunio....

—¡Imprudente, imprudente! —exclamaba, retorciéndose las diminutas manos de marfil, presa de mortal desesperación. —¿Acaso no pudo amarme en silencio?.... ¡Sebastián, Sebastián, me has matado!....

El ruido de unos pasos sobre las hojas secas, cortó el monólogo de la afligida belleza.

—Blanca, Blanca ¿dónde estás?— dió una voz misteriosa.

—Madre mía, la esperaba y sentía miedo en la soledad de la noche— contestó la joven a Doña María que se presentó en la glorieta de los jazmines.

—Aquí te hablaré sin testigos, te abriré mi pecho, te declararé mi voluntad, hija mía....

—Ha deseado Ud. hablarme a solas, y estoy aquí, donde se me indicó que aguardara...

—Tu padre es.... algo violento: quise ahorrarte disgustos.... hablarte yo sola.

—Pero que hay?...

—Mira: hay mucho.... Sebastián —tú lo sabes— es un pobre expósito, al que por humanidad hemos criado.... No conoce a sus padres: el apellido que lleva, lo debe a su nodriza: sí, a Teresa Pinillos, ¿lo entiendes?

—¿Y qué puede tocarme de todo eso?

—Que ese joven no puede pensar en una persona de noble alcurnia; porque....

—¿Aunque tuviera muchos méritos, mamá?

—Aunque los tuviera, hija mía: ¿qué vale todo, sin la cuna?

—Creí que no debía pensarse así, mamá.... ¿Y bien?

—Sebastián no está contento con nuestra estimación; y ya has visto el escándalo de hoy....

—Pero ¿es seguro que el salvador de Mendoza era el?

—Seguro: aunque nadie lo sospeche en la ciudad, tu padre no se equivoca....

—Puede haberse engañado ahora....

—Y luego hacerte objeto público de sus atenciones, es locura imperdonable en un..... Sebastián Pinillos ¿lo comprendes?

—No, Señora.

—Pues: ¿crees que no es desdorado para tí, el que un quienquiera te corteje, cuando debes ser esposa de Don Gil Polo?

—¿Eso más, madre?

—Te hemos hablado varias veces de tan brillante partido.....

—Pero jamás creí que fuese serio.

—Lo era y lo es: tu padre quiere que tu casamiento se celebre en este mes.

—¿Y por qué esta resolución?

—Por lo que hoy ha pasado: tú no puedes comprender lo prudente de ese proyecto.

—Pues no acepto el partido, mamá.

—Tu padre lo manda y yo lo ordeno.

—Respeto mandato tan sagrado; pero no seré la mujer de ese Don Gil.

—¿Y por qué, niña?

—Porque es un fatuo, despreciable, un tonto que me fastidia.

—¿Un caballero rico, y....

—No, Señora: estoy resuelta.

—Tú.... oye, Blanca: responde: tú.... amas a Sebastián!

—Es casi mi hermano: he crecido a su lado ¿cómo no amarlo?

—¿Y te atreves a decírmelo?

—Mentir fuera, peor, madre mía.

—Pues bien: Pinillos no volverá a verte; y te casarás con Mendoza.

—No veré más a Sebastián; pero Don Gil no obtendrá mi mano.

—Hija desobediente:

—Me refugiaré a un claustro.

—¿A un claustro? Y desde cuando los hijos no hacen lo que sus padres quieren? Te casarás mal que te pese. Tu padre y yo lo queremos: entiéndelo bien: nuestra voluntad es ley soberana. Ni Pinillos ni convento: serás mujer de Mendoza y santas pascuas.... ¿Lloras?....

En efecto, Blanca, la niña cuya frente no había sido azotada por el pesar; Blanca, cuyas mejillas no habían sido regadas con llanto., sollozaba en aquel momento!

VI

Ceñudo, severo estaba Don Francisco, a la misma hora, sentado en su aposento, en una silla de zuela, profusamente adornada con labrados clavos de estaño. De pie, delante del Capitán, estaba un joven rubio, de frente noble y despejada, ojos azules y expresivos, labios sobre los que se hallaba como impreso el desdén; alto y bien formado, de aire marcial y resuelto, podía servir de modelo en un taller de estatuaría. Aquel era el expósito Sebastián Pinillos, el joven a quien, **por falta de cuna**, no le era permitido amar ni ser amado:

—Sebastián, el Corregidor no podrá perdonarte en cuanto sepa que eres tú, el infractor del bando— dijo el viejo, con mal disimulado enojo.

—Lo sé, Señor— contestó impertérrito el joven.

—¿Y por qué, y para qué tales escándalos?

—No puedo mentir, Señor: me prohibisteis tomar parte en la fiesta, y había yo prometido concurrir al torneo.... Para no desobedeceros abiertamente, me disfracé....

—¿Y si ahí te hubieras detenido, santo y bueno todavía.... pero, provocar un escándalo y retar a un caballero, y ofender bestialmente a otro, y comprometer en público la honra de mi hija!.... Oh!....

—¿Yo, Señor?

—Tú, tú!

—¿Y desde cuándo es deshonesto a una dama el cumplir con ella como caballero?

—¿Caballero, caballero!— gritó el capitán levantándose— ¿y sabes, tú, si lo eres?....

Cubrióse de carmín el rostro de Pinillos y sus dientes rechinaron con furor.

—Por qué pues me habéis ceñido una espada, si soy un ganapán cualquiera? —preguntó enseguida, lanzando rayos por los ojos.

—Ni tú ni yo sabemos quien eres— continuó con frialdad el anciano.— Expósito, sin noticia alguna de tu prosapia, no has debido alzarte a mayores nunca!....

—Caballero, injurias tan atroces pueden desligarme de vos para siempre!....

—Yo estoy desligado ya de tí.... ¿Querer matar a que va a ser esposo de Blanca!...

—Por lo mismo fui al torneo, y ese hombre morirá....

—Hóla, hola! El acto era meditado!.... Pues no morirá ese hombre, Señor mío, porque lo protejo yo!

—Protegedlo en hora buena; mas, esa protección no será un escudo para él....

—¡Ingrato!

—¿Me escupís al rostro, me desgarráis el pecho, me oscurecéis el porvenir, me hacéis imposible la vida, y exigís gratitud? Soy vuestro hijo; pero esclavo nunca! Si no conozco a mis padres, sé lo que la dignidad reclama: no me abaldonéis, por Dios!

—No te exaltes; oye: todo quedará en silencio; pero dejarás desde este momento mi casa: no verás más a.... mi Blanca!

—¿Y por qué tan horroroso castigo?

—Porque mi hija no puede amarte: porque Blanca no es para un quidam....

—Si no debía yo amar a mi hermana, ah, Señor! debisteis abandonarme en la vía pública, debisteis dejarme morir a vuestras puertas, cuando la crueldad de mis padres me arrojó a ellas!

—Está resuelto.... saldrás de casa: Don Gil lo exige.... ya lo ves....

—Sea: voime de vuestra casa, arrojado como un leproso, porque no conozco a mis padres; pero, os juro, Señor, que Mendoza no será el esposo de Blanca.

—¡Hombre, no jures en vano! Antes de ocho días lo veras casado!— dijo el Capitán, y soltó una carcajada estridente, cruel, matadora.

Pinillos salió a la misma hora de aquella casa inhospitalaria, dejando en ella su corazón mismo; y corrió loco, delirante, a cumplir su horrible juramento.

VII

Una tarde —la tercera de las fiestas— los salones de Don Luis Andrade y Mesía brillaban con todo el lujo de aquella época de patriarcal opulencia; el General daba un banquete al que había concurrido la flor de la aristocracia cuencana.

El Capitán de Cisneros y su interesante familia habían llegado ya muy avanzado el festín; pero Don Gil Polo de Mendoza que —como tan íntimo amigo del Regidor perpetuo— solía acompañarlo en ocasiones semejantes, no había venido. El hecho era inexplicable: diversos comentarios circulaban por los corrillos; pero todos convenían en que algo muy serio debía haberle acontecido a Mendoza para impedirle el acompañar a Blanca, y presen-

tarse ante reunión tan escogida, como el feliz prometido de aquella beldad.

El banquete tocaba a su término: los vinos de Castilla habían enardecido la sangre de los convidados, y la alegría se desbordaba de todos los corazones. Los músicos comenzaban a inundar el salón de baile con torrentes de armonía, cuando resonaron lamentos tristísimos y desgarradores a las puertas mismas del festín.

—Justicia, justicia, Señor Corregidor!— gritaba un esclavo, pugnando por desasirse de los que procuraban evitar que entrase el importuno suplicante.

—¿Quién turba así la alegría de mis amigos?— preguntó colérico el General de Mesía; pero, al reconocer al esclavo, lanzó un grito de angustia: —Es Simón, el negro de Mendoza! habla!— dijo, presa del más grande afán.

—Mi amo, ha sido muerto!— contestó lacónicamente Simón.

—¿Dónde? cómo? quién?— preguntaron muchos caballeros a la vez.

Un sollozo convulsivo fué la única contestación a estas preguntas: el esclavo fiel no tenía ya palabras para explicar semejante desgracia.

El estupor, como si fuese el soplo helado de la muerte, había paralizado a toda esa concurrencia tan bulliciosa y alegre: diríase que nadie respiraba siquiera, que los corazones de todos habían dejado de latir. El Capitán de Cisneros rompió aquel sepulcral silencio de algunos instantes: —¡Muerto!— exclamó con voz sorda, terrible, amenazadora, Y, cadavérico, despidiendo rayos por los ojos asió por el brazo al Justicia Mayor, diciéndole airado: —¿Qué hacéis todavía aquí, ministro de la Justicia del Rey? venid, venid y os entregaré al asesino!

—Esq no lo haréis padre— interrumpió Blanca, poniéndose delante del Capitán, para impedirle el paso; mas, como si aquel acto de energía hubiese agotado las fuerzas de la pobre joven, perdió el color, apagáronse sus ojos, y se dejó caer en brazos de la Generala, murmurando con voz lánguida: ¡Piedad.... piedad.... para él!....

Blanca ignoraba el arte difícil de ahogar las grandes emociones; y su inocencia misma la vendía a cada paso. Su imprudencia había levantado el extremo del velo de su hogar: todos creían ver ya un misterio horroroso en aquel incidente.

¿Blanca sabía quién era el asesino, cuando tan abiertamente se interesaba por él?

El crimen se había cometido con anuencia de aquella joven? Quién podía ser el matador de Don Gil, para que Blanca, la prometida de la víctima, diera aquel escándalo?— Estas y otras preguntas se hacían ya los aterrorizados concurrentes; y la sospecha y la murmuración, como aves fatídicas, revoloteaban en torno mismo de la doliente joven, augurándola todavía mayores desventuras.

El Capitán habíase quedado mudo, petrificado ante la resuelta actitud de su hija; y la contemplaba con una ansiedad nerviosa, muy semejante al furor reprimido, cuando está para romper los últimos diques.

—¿Esto más? gritó el viejo, en el colmo del abatimiento; y se pasó la mano temblorosa por la frente, como si quisiera disipar una nube de sangre que le hubiese ofuscado la mente.

—¡Caballeros, favor al rey!— exclamó finalmente el Señor Torres y Barba —venid conmigo a investigar el crimen.

En un instante quedaron desiertos los salones: la nueva de la desgracia circuló por la ciudad con velocidad eléctrica, y fué a interrumpir en todas partes las músicas y las diversiones.

VIII

—Paso a la justicia del rey!— exclamó el Señor Torres y Barba; y la apiñada multitud abrió calles para que la comitiva judicial entrase a la casa de Don Gil.

Las puertas del aposento mortuario daban al zaguán: allí estaba el cadáver del Señor Polo, con el pecho atravesado de una estocada. Allí la espada sangrienta que, sin duda, había sido el instrumento del crimen. Allí un hombre atado con cuerdas, a quien los esclavos del ociso habían sorprendido en el momento mismo del homicidio, manchado de sangre y con el arma en la mano....

El Señor de Cisneros examinó al homicida; y, como si le quitasen un peso enorme de sobre el corazón, exclamó: ¡Ah, no era él!....

—Señor, escuchadme por piedad; voy a deciros lo cierto, lo que sé, lo que me consta— respondió el desgraciado con voz ahogada.

—Habla, pues, habla!— continuó el Justicia Mayor.

El silencio era profundo: hasta los lamentos de los deudos de la víctima cesaron para que se oyese la confesión del reo; y el Escribano del Cabildo se dispuso a sentar tan importante declaración.

—Todos dicen lo mismo ante el juez— interrumpió el Escribano—: sigue:

—Inocente: —prosiguió el interrogado— Vine aquí con esos vestidos que véis ahí, en ese canapé... Soy el sastre de la esquina: ¿quién no conoce al maestro Jaramillo?... Yo soy ese artesano honrado; yo el que cuidaba de la ropa del Señor Polo.... Soy inocente, Señor, inocente:

—¿Quién pues mató a este joven?

—Lo ignoro por completo.

—¿Lo ignoras, y se te encontró con las manos en el crimen!

Digo que ignoro, porque no conozco al matador: es un caballero vestido de paño pardo, alto, sombrero de anchas alas caído sobre los ojos.

—Y tú eres su cómplice!....

—¿Cómplice? No, Señor: al llegar aquí, la casa estaba desierta. Llamé y no contestaron. Iba a regresarme, cuando se abren las puertas de esta habitación, y se precipita aquel hombre a la calle.... Oigo dentro un quejido de muerte. Ahí, donde lo véis, empuñando todavía aquella espada, el Señor Polo hacía esfuerzos por levantarse.... —¡Muerto!.... muerto... —me dijo, llevándose la mano al pecho: soltó la espada y entró en agonía. Me apresuré a levantarle la cabeza, dando gritos al mismo tiempo. El moribundo miróme intensamente y murmuró apenas: —Me ha vencido!.... Madre mía!.... Después murió. A mis clamores acudió gente: todos me acusaron del homicidio de la manera más injusta, Señor: he ahí la verdad, como Dios está en los cielos!....

En seguida afirmaron varios testigos que sólo el sastre Jaramillo había sido hallado junto al cadáver, el hierro en la diestra, salpicado de sangre... Todas las pruebas, todas las presunciones estaban pues contra el desgraciado artesano; por lo que se ordenó que fuese conducido a la cárcel y asegurado con cadenas y grillos.

Pero el Capitán de Cisneros tomó la espada ensangrentada y reconoció que era la misma del finado Polo: notó que el hierro tenía mellas, y dedujo que había chocado con otro hierro, es decir, que Don Gil había luchado, defendiéndose por lo menos; y terminó casi por dar crédito a la narración del sastre, inverosímil para los demás.

—Yo descifraré el enigma!— murmuró el anciano, como hablando consigo mismo, y salió del fúnebre aposento.

IX

Los procesos no se organizaban en los tiempos coloniales con todas las fórmulas que las leyes prescribían; y así el relativo a la muerte de Don Gil, estuvo terminado en dos semanas. La defensa del pobre sastre había sido inútil; más aún, perjudicial; y al fin y a la postre, fué condenado a la más infamante de las penas: la horca!

Empero, cuando menos esperanzas tenía el condenado de salvarse de la cuerda, se presentó un caballero en el calabozo.

—Perdóname!— le dijo al atontado sastre, echándole los brazos al cuello—: he sido la causa de tus pesares; mas, ya vengo a reparar el mal.... Yo maté al Señor Polo de Mendoza: tú eres inocente!

—¿Cómo? dice el Señor la verdad?—preguntó el desventurado preso, creyéndose víctima de un alucinamiento.

—La verdad! no permita Dios que un inocente sea sacrificado por mi causa!

—Este hombre está loco— dijo el guardián de la cárcel, encogiéndose de hombros.

—De ningún modo— replicó el joven— que se llame al juez que debe ordenar mi prisión y la libertad de este honrado menestral.

—Loco, loco de remate— replicó el alcalde.

—Cumple lo que se te encarga!— repuso el caballero en tono de mando; y el subalterno agente de justicia hubo al fin de comunicar a sus superiores lo que demandaba aquel insensato....

Pocos momentos después, comparecía el joven ante el juez, y declaraba cómo él, **Sebastián Pinillos**, el mismo del antifaz en la plaza de toros, había obligado a Don Gil a batirse sin salir de su aposento, y herídole como caballero.— No me he presentado antes —añadió— porque no he podido creer que se condenaría a un inocente: a quien yo esperaba indemnizar su prisión de otra manera. Pero, hoy me ha sido forzoso reparar un error judicial; me ha sido indispensable evitar que el luto y la deshonra cayese sobre los que ninguna parte tuvieron en la muerte de Don Gil. Aquí estoy, pues: juzgadme!

El más grande asombro embargó la voz de todos los asistentes al tribunal: tanta virtud, tanto heroísmo, eran casi inconcebibles para aquellos hombres de alma

vulgar, de corazón de arcilla.

—Señor Pinillos— dijo aún el juez —¿habéis meditado seriamente en el paso que dáis?

—No veo la necesidad de meditar mucho para cumplir un deber, para seguir los consejos de la razón y la justicia— respondió tranquilamente Sebastián.

—¿Queréis, pues, que os llamen asesino?

—Jamás! ¿Asesino yo? asesino el que ha lidiado como caballero?

—¿Y cómo lo probarías?

—Con mi palabra! ¿Se puede dudar de hombres como yo?

—La altivez de Pinillos impuso silencio a todos; no impidió que lo redujesen a la cárcel.... La nobleza de aquella alma despertó simpatías en todas partes; pero la justicia es de roca, y Pinillos no era para sus jueces sino el matador de Mendoza....

El Capitán de Cisneros sintió que despertaban en su pecho los sentimientos heroicos, tan propios de los hijos de España; y aún se arrepintió de su dureza con el mozo que tan bizarramente sabía cumplir los deberes de caballero

Blanca habíase doblegado bajo el peso del infortunio: su alma no acostumbrada a los tormentos de la vida, yacía presa de mortal congoja, de dolor sin alivio, de martirio sin esperanza. Cada nueva de Sebastián, cada peripecia del drama que se estaba desarrollando, no hacían sino aumentar la dolencia que la consumía, destrozarle a toda prisa el corazón y precipitarla en el sepulcro. La prisión de Pinillos la postró definitivamente: esas angustias infinitas del espíritu, esa agonía lenta y dolorosa del alma, iban minando, hora por hora, la existencia de la desventurada Blanca. Y, sin embargo, ni una queja se escapaba de los labios de la pobre niña; ni una lágrima refrescaba la palidez de sus mejillas

X

Las puertas del calabozo de Sebastián habían cerrándose como la piedra de un sepulcro; y los tristes días del preso transcurrían lentamente, como pasan las horas de pesar cada una de las que va anegándonos el corazón con una ola de amargura.

Los tiempos mejores y la desgracia presente, la adorada imagen del aislamiento y la incertidumbre el recuerdo de

gen de Blanca y quizá también la siniestra catadura del verdugo, torturaban sin tregua la imaginación de Pinillos; y lo lanzaban de la desesperación a la esperanza, del amor al odio, de la calma al frenesí, de la vida a la muerte... ¿Quién pudiera traducir en lengua humana todos los pensamientos que se sucedían, con rapidez vertiginosa, en el calenturiento cerebro del infeliz hermano de Blanca?

Desde el día de su prisión no había visto sino jueces y agentes de justicia, fríos, reservados, casi hostiles, habíale parecido todos precursores del verdugo. Ni una palabra de consuelo había sonado en sus oídos; ni una muestra de interés cicatrizado las heridas de aquella alma. La incomunicación era absoluta: el carcelero mismo se negaba a contestar las preguntas del preso. Hubo días en que el alcalde oyó sollozos ahogados dentro del calabozo: otros, arranques de ira, muestras de frenético despecho... ¡Maldiga Dios la crueldad de mis padres!... Malditas, malditas las fieras que me dieron el ser!— gritaba como loco.

Una mañana sonaron agriamente los cerrojos del calabozo y se abrieron sus terribles puertas.

—Salid!— dijo a Sebastián el Escribano del Cabildo.

Pinillos salió atónito, y se colocó al centro de una escolta de lanceros.

—¿A dónde vamos?— interrogó el preso; pero nadie se dignó contestarle.

La multitud bullía y se oprimía en la plaza de San Francisco: al extremo sur se levantaba la horca, terrible, tétrica, amenazante. A la derecha del infamante madero, había un tablado cubierto con bayetas negras.... Pinillos vió que había llegado su último momento, y recobró toda la serenidad propia de su alma... Subió al tablado con el **Fiel Ejecutor**, el Escribano y el verdugo....

—Arrodillaos, en nombre del rey!— dijo el Actu-

rio. El reo obedeció: el Alguacil Mayor desenvainó la espada, los tambores resonaron lúgubrementemente y el Escribano leyó la sentencia, con voz que dominaba el rumor de la muchedumbre.

La Real Audiencia, a petición del Capitán Román de Cisneros, y habidas en consideración las circunstancias de haberse presentado Pinillos sin apremio y por voluntad, en manos de la justicia; y de haber muerto en duelo al Señor Polo de Mendoza, según lo había probado el susodicho Capitán, conmutaba la pena de muerte en la de destierro

perpetuo del Reino de Quito y sus términos; debiendo, otrosí, ser expuesto el delincuente a la vergüenza para ejemplar escarmiento....

Terminada la lectura, el pueblo aplaudió la clemencia del Tribunal; pero Sebastián no dió muestra alguna de contento. Diríase que su alma se había entenebrecido más ante el destierro que ante la muerte: hasta se le vió dejar caer la cabeza sobre el pecho, como para ocultar dos gruesas lágrimas que velaron sus pupilas....

XI

El anciano Capitán de Cisneros sollozaba en el calabozo de Sebastián, estrechando convulsivamente en sus brazos al desdichado expósito.

—¡Hijo mío, mi único hijo!— decía el viejo, bañado en lágrimas. Déjame llorar sin testigos, deja que corra mi llanto, estancado tanto tiempo...

—Señor, habeisme salvado de la horca; pero, condenándome a vivir— contestaba Pinillos con amargura.

—He sido injusto, demasiado injusto contigo:.... Yo, yo soy la causa de nuestras desventuras!.... Pero, mírame, herido por la muerte, ya no tengo quien apoye mi pesada vejez! Si, iré al destierro contigo, si no me rechazas, si no me odias, si me perdonas, hijo mío!....

—Solos, solos en el mundo, Sebastián: ¿lo oyes?

—¿Qué significan vuestras palabras? ¿qué secreto horroroso me estáis revelando a medias?

—El secreto de nuestro infortunio!.... Blanca, mi Blanca nos ha dejado!....

—Nos espera allá, en el cielo— respondió solemnemente el lloroso viejo, señalando con mano trémula el azul del firmamento.

—¿Qué decís, padre mío? ¿Dónde, dónde está Blanca?

Un grito agudo, lastimero, de agonía, se repercutió por los tenebrosos ámbitos de la prisión y Pinillos se dejó caer por tierra, en un acceso de doloroso frenesí!....

XII

Habían pasado muchos años de los sucesos que hemos narrado: casi todos los actores del drama habían caído en el sepulcro, y quizá nadie se acordaba ya de la desgracias acontecidas en las fiestas reales de 1760.

Una generación nueva llenaba la monástica ciudad;

generación que no interrogaba al pasado, como los historiadores; ni se iba en busca de infortunios muertos para regarlos con lágrimas, como los poetas

Algunos pilluelos hostigaban a un pobre anciano que, encorvado el cuerpo y cubierto de andrajos, recorría las calles recibiendo limosna .

Nadie sabía de donde era el viejo mendigo, porque nunca había querido referir su historia: se afirmaba que un día asomó en Cuenca, dando señales de haber hecho un largo viaje .

Desde entonces se le vió vagar solo, meditabundo, como abrumado por ideas dolorosas: jamás una sonrisa en sus labios; nunca un fulgor de alegría en sus pupilas .

Era el hombre del pesar, en cuyo pecho debían existir abismos de amargura; o talvez la eterna tortura de remordimientos implacables .

Un día se le halló muerto, en actitud de orar sobre la piedra de un sepulcro .

Era una de esas toscas losas que aún hoy pavimentan algunos antiguos templos: en la medio borrada inscripción se leía un nombre conocido para nuestros lectores: Blanca Román de Cisneros .

Los sepultureros hallaron en el cadáver del mendigo, una cajita metálica: dentro había un amarillento manuscrito, intitulado "Sebastián Pinillos; y la banderola de tisú color de cielo que Blanca había dado a su hermano adoptivo para el torneo en las fiestas reales....

EL CRISTO DE LA AGONIA

Ricardo Palma

I

San Francisco de Quito, fundada en agosto de 1534 sobre las ruinas de la antigua capital de los Scyris, posee hoy una población de 70.000 habitantes y se halla situada en la falda oriental del Pichincha o monte que hierve .

El Pichincha descubre a las investigadoras miradas del viajero dos grandes cráteres, que sin duda son resultado de sus varias erupciones. Presenta tres picachos o respiraderos notables, conocidos con los nombres del **Rucu Pichincha** o Pichincha Viejo, el **Guagua-Pichincha**, Pichincha niño, y el **Cundor-Cuachana** o Nido de Cóndores. Después del **Sangay**, el volcán más activo del mundo y que se encuentra en la misma patria de los Scyris, a inmediaciones de Riobamba, es indudable que el Rucu Pichincha es el volcán más terrible de la América. La historia nos ha transmitido sólo la noticia de sus erupciones en 1534, 1539, 1577, 1588, 1660 y 1662. Casi dos siglos habían transcurrido sin que sus torrentes de lava y rudos estremecimientos esparciesen el luto y la desolación, y no faltaron geólogos que creyesen que era ya un volcán sin vida. Pero el 22 de marzo de 1859 vino a desmentir a los sacerdotes de la ciencia. La pintoresca Quito quedó entonces casi destruída. Sin embargo, como el cráter principal del Pichincha se encuentra al Occidente, su lava es lanzada en dirección de los desiertos de Esmeraldas, circunstancia salvadora para la ciudad que sólo ha sido víctima de los sacudimientos del gigante que la sirve de atalaya. De desear sería, no obstante, para el mayor reposo de sus mo-

radores, que se examinase hasta qué punto es fundada la opinión del barón de Humboldt, quien afirma que el espacio de seis mil trescientas millas cuadradas al redor de Quito encierra las materias inflamables de un solo volcán.

Para los hijos de la América republicana, el Pichincha simboliza una de las más bellas páginas de la gran epopeya de la revolución. A las faldas del volcán tuvo lugar, el 24 de mayo de 1822, la sangrienta batalla que afianzó para siempre la independencia de Colombia.

¡Bendita seas, patria de valientes, y que el genio del porvenir te reserve horas más felices que las que forman tu presente! A orillas del pintoresco Guayas me has brindado hospitalario asilo en los días de la proscripción y del infortunio. Cumple a la gratitud del peregrino no olvidar nunca la fuente que apagó su sed, la primera que le brindó frescor y sombra, y el dulce oasis donde vió abrirse un horizonte a su esperanza.

Por eso vuelvo a tomar mi pluma de cronista para sacar del polvo del olvido una de tus más bellas tradiciones, el recuerdo de uno de tus hombres más ilustres, la historia del que con las inspiradas revelaciones de su pincel alcanzó los laureles del genio, como Olmedo con su homérico canto la inmortal corona del poeta.

II

Ya lo he dicho. Voy a hablaros de un pintor: de Miguel de Santiago.

El arte de la pintura, que en los tiempos coloniales ilustraron Antonio Salas, Gorívar, Morales y Rodríguez, está encarnado en los magníficos cuadros de nuestro protagonista, a quien debe considerarse como el verdadero maestro de la escuela Quiteña. Como las creaciones de Rembrandt y de la escuela flamenca se distinguen por la especialidad de las sombras, por cierto misterioso claroscuro y por la feliz disposición de los grupos, así la escuela quiteña se hace notar por la viveza del colorido y la naturalidad. No busquéis en ella los refinamientos de arte, no pretendáis encontrar gran corrección en las líneas de sus **Madonnas**; pero si amáis lo poético como el cielo azul de nuestros valles, lo melancólicamente vago como el **yaravi** que nuestros indios cantan acompañados de las sentimentales armonías de la **quena**, contemplad en nuestros días las obras de Rafael Salas, Cadena o Carrillo.

El templo de la Merced, en Lima ostenta hoy con

orgullo un cuadro de Anselmo Yáñez. No se halla en sus detalles el estilo quiteño en toda su extensión; pero el conjunto revela bien que el artista fué arrastrado en mucho por el sentimiento nacional.

El pueblo quiteño tiene el sentimiento del arte. Un hecho bastará a probarlo. El convento de San Agustín adorna sus claustros con catorce cuadros de Miguel de Santiago, entre los que sobresale uno de grandes dimensiones, titulado **La genealogía del santo Obispo de Hipona**. Una mañana, en 1857, fué robado un pedazo del cuadro que contenía un hermoso grupo. La ciudad se puso en alarma y el pueblo todo se constituyó en pesquisidor. El cuadro fué restaurado. El ladrón había sido un extranjero comerciante en pinturas.

Pero ya que, por incidencia hemos hablado de los catorce cuadros de Santiago que se conservan en San Agustín, cuadros que se distinguen por la propiedad del colorido y la majestad de la concepción, esencialmente el del **Bautismo**, daremos a conocer al lector la causa que los produjo y que, como la mayor parte de los datos biográficos que apuntamos sobre este gran artista, la hemos adquirido de un notable artículo que escribió el poeta ecuatoriano don Juan León Mera.

Un oidor español encomendó a Santiago que le hiciera su retrato. Concluido ya, partió el artista para un pueblo llamado Guápulo, dejando el retrato al sol para que se secara y encomendando el cuidado de él a su esposa. La infeliz no supo impedir que el retrato se ensuciase, y llamó al famoso pintor Gorívar, discípulo y sobrino de Miguel, para que reparase el daño. De regreso Santiago, descubrió en la articulación de un dedo que otro pincel había pasado sobre el suyo. Confesáronle la verdad.

Nuestro artista era de un genio más atufado que el mar cuando le duele la barriga y le entran retortijones. Encolerizóse con lo que creía una profanación, dió de cintarazos a Gorívar y rebanó una oreja a su pobre consorte. Acudió el oidor y lo reconvino por su violencia. Santiago, sin respeto a las campanillas del personaje arremetióle también a estocadas. El oidor huyó y entabló acusación contra aquel furioso. Este tomó asilo en la celda de un fraile; y durante los catorce meses que duró su escondite pintó los catorce cuadros que embellecen los claustros agustinos. Entre ellos merece especial mención, por el diestro manejo de las tintas, el titulado **Milagro del peso de las ceras**. Se afirma que una de las figuras que en él

se hallan es el retrato del mismo Miguel de Santiago .

III

Cuando Miguel de Santiago volvió a aspirar el aire libre de la ciudad natal, su espíritu era ya presa del ascetismo de su siglo. Una idea abrazaba su cerebro: trasladar al lienzo la suprema agonía de Cristo .

Muchas veces se puso a la obra; pero, descontento de la ejecución arrojaba la paleta y rompía el lienzo. Más no por esto desmayaba en su idea .

La fiebre de la inspiración lo devoraba; y sin embargo, su pincel era rebelde para obedecer a tan poderosa inteligencia y a tan decidida voluntad. Pero el genio encuentra el medio de salir triunfador .

Entre los discípulos que frecuentaban el taller hallábase un joven de bellísima figura. Miguel creyó ver en él el modelo que necesitaba para llevar a cumplida realización su pensamiento .

Hízolo desnudar, y colocólo en una cruz de madera. La actitud nada tenía de agradable ni de cómoda. Sin embargo, en el rostro del joven se dibujaba una ligera sonrisa .

Pero el artista no buscaba la expresión de la complacencia o del indiferentismo, sino la de la angustia y el dolor .

—¿Sufres?— Preguntaba con frecuencia a su discípulo .

—No, maestro— contestaba el joven sonriendo tranquilamente .

De repente Miguel de Santiago, con los ojos fuera de sus órbitas, erizado el cabello y lanzando una horrible imprecación, atravesó con una lanza el costado del manco .

Y Miguel de Santiago en el delirio de la inspiración, con la locura fanática del arte, copiaba la mortal congoja; y su pincel, rápido como el pensamiento, volaba por el terso lienzo .

El moribundo se agitaba, clamaba y retorció en la cruz; y Santiago, al copiar cada una de sus convulsiones, exclamaba con creciente entusiasmo:

—¡Bien! ¡Bien, maestro Miguel! ¡Bien, muy bien, maestro Miguel!

Por fin el gran artista desata a la víctima; véla ensangrentada y exánime; pásase la mano por la frente

como para evocar sus recuerdos, y como quien despierta de un sueño fatigoso, mide toda la enormidad de su crimen y, espantado de sí mismo, arroja la paleta y los pinceles, y huye precipitadamente del taller .

¡El arte lo había arrastrado al crimen!

Pero su **Cristo de la Agonía** estaba terminado .

IV

Este fué el último cuadro de Miguel de Santiago. Su sobresaliente mérito sirvió de defensa al artista, quien después de largo juicio obtuvo sentencia absolutoria .

El cuadro fué llevado a España. ¿Existe aún, o se habrá perdido por la notable incuria peninsular? Lo ignoramos .

Miguel de Santiago, atacado desde el día de su crimen artístico de frecuentes alucinaciones cerebrales, falleció en noviembre de 1673, y su sepulcro está al pie del altar de San Miguel en la capilla del Sagrario .

POBRE PONCE DE LEON

Modesto Chávez Franco

En nuestra historia ha quedado por ligereza admitido el malintencionado epíteto de PIRATAS que el entonces de España daba a sus enemigos holandeses, ingleses o franceses que en justa represalia hacían el corso de guerra por sus colonias marítimas en que veían que mayor daño podían causarle y mejores presas hacerle. España estaba en guerra con todos y por eso todos estaban en guerra contra ella, según Pero Grullo.

Luchas por ambición comercial, que lord Mahón llamó "lucha de mercaderes". Casi todos esos jefes PIRATAS fueron antes o después altos personajes en Europa, como Vernon, Drake y otros.

Envidia de esos países o agresividad de España, orgullosa reina del mundo entonces, lo claro es que con nadie estaba en paz: con Flandes, con el turco, con el inglés, con el francés, con Portugal, con Italia, con los árabes, por donde quiera que se pudiese el sol que no debía ponerse en sus dominios.

Pero piratas los llamaba ella y así teníamos que llamarlos nosotros, y cuento adelante.

Cuando la invasión de D'Hout, Picarde y Grognet, era Corregidor y Teniente de Capitán General de esta plaza D. Fernando Ponce de León.

Era un bonísimo hombre el señor Ponce. Quizá algo despreocupado o negligente, quizá un optimista, recibió la plaza de manos de su antecesor Iturri con pura LATA, como hoy decimos.

Iturri era militar y aparatosamente había hecho una especie de tramoya de fortificaciones: fosos, arsenal, cesterones, etc. para causar su negocio y buen concepto: pero que en realidad no eran sino palizadas y armamentos vie-

jos con que dizque dejó periparada la plaza después de la anterior invasión, inexpugnable según él, para la siguiente.

Si a la pobreza endémica de Guayaquil se suma la causada por el anterior envite, es de suponer que el buen Ponce no pudiera hacer con chamisas una Sebastopol, y bastante hizo con hacer una Numancia bajo tan fatales circunstancias.

Se dijo en el proceso o residencia que a Ponce se le hizo, que éste había recibido varios avisos oportunos de los vigías apostados en la costa; de que se habían divisado varios sospechosos, y que Ponce no había hecho caso creyéndolos mercantes españoles o neutrales, que precisamente se había anunciado para aquel tiempo el arribo o paso de algunos. Lo cierto es que los corsarios arribaron a Puná y trayendo presos de Panamá a unos conocedores del río, penetraron en falúas en una noche de lluvias.

Y así fué, cuando las primeras campanadas del alba sonaban en los templos, el domingo 21 de Abril de 1687, atacado por tres partes a la vez.

Fuó una catástrofe cuyo relato horripila; pero los guayaquileños se defendieron como fieras haciendo prodigios de multiplicarse y reaccionar para atender a todos los puntos de simultáneo ataque, que era de presumir como los cogió, en ropa de cama, inermes, a oscuras, con tiempo apenas para salir cada cual con lo primero que a guisa de arma pudo tomar, y abandonando sus familias y bienes en manos de la suerte que en tan desigual lucha iban a jugarse. El sol alumbró al río y a la ciudad cubiertos de cadáveres; el incendio alzaba sus llamas y humaredas para hacer más terrible esa escena dantesca, y los últimos defensores que habían replegado a la iglesia fueron encerrados en ella junto con los demás prisioneros y sacrificados allí luego con feroz crueldad por esos desalmados. Allí fue asesinado atrozmente el valeroso Alguacil Mayor D. Lorenzo de Sotomayor y Aller.

Se llevaron enorme cantidad de mercaderías, perlas, piedras preciosas, joyas, plata labrada y 134.000 pesos fuera de los cupos por rescate a todo el que podía darlo, sin por esto salvar la vida. Puede calcularse en un millón lo robado. Era tal la cantidad de vajilla de plata, que a la hora del reparto en otro puerto, dejaron abandonada gran parte.

Pero Ponce, si no había dado antes pruebas de previsor, las supo dar aquí de hombre valeroso, como lo vere-

mos en el extracto del proceso .

La Audiencia, que nunca era oportuna ni complaciente para atender las necesidades de Guayaquil, era sí la que más se airaba con sus desgracias que en ningún perjuicio podían refluirle .

Quiso inmediatamente enviar uno de sus togados, pero este escurrió su togado bulto en atención, natural, "a estar invadida la ciudad y tiranizada del enemigo", reservando sus furias para "cuando se hubiere restaurado la plaza" .

Que si entonces se atreve la Audiencia a exponer el suyo..... se habría recuperado la plaza con CRECES, según las sesudas reflexiones que después veremos .

Todo el vecindario se irguió altivo contra la injusta acusación, protestando del malpago que la Audiencia daba al sacrificio de los guayaquileños en defensa de su Ciudad, en que agotaron vidas y caudales. Unánimemente se opusieron a permitir la actuación del Comisionado y suplicaron de ella por constarles, además, que era un enemigo personal de Ponce y desafecto de la Ciudad. Militares, sacerdotes, obreros, pueblo, todos en masa rodeaban al Cabildo y de hecho formaron Cabildo Abierto .

Tras cuernos palos. La causa era contra Ponce y sus Ayudantes, y parece que fué el ex-Corregidor Iturri el instigador, porque no saliera a luz lo deficiente de sus alardeadas fortificaciones que él quería sostener como inexpugnables porque no había visto las cejas del enemigo como le tocó a estotro. Lo ayudaba en su mala obra el mismo D. Sebastián García Franco de la Calzada, que a raíz de la chamusca había estado aquí a partir del último pan que quedaba y se fué con el morral lleno de sustos y de insidias al extremo de hacer dar al Fiscal de la Audiencia, D. Andrés de Paredes y Polanco, tal encono, que su acusación, hecha de antojo y a 80 leguas, quemaba y arrasaba más que el asalto mismo del tal pirata .

El de la Calzada, a falta de otras cosas, traía más títulos, subtítulos, rótulos y membretes detrás de sus nombres que un sumario de periódico o una especialidad de patente, y más soberbia que un chagüís en jaula; entre otras cosas era Gobernador y Capitán General de Quijos y Macas. Lo comisionaba el Presidente Antonio de Munive y era valiente como nadie cuanto todo hubo pasado. De punto en punto vino desde allá preparando declaraciones y delaciones, de modo que cuando llegó aquí ya tenía listo el

tamalito y bufaba el buen señor contra sus amigos de ayer .

De todo había: la plaza no debió rendirse. Era vergüenza y mengua de las invencibles armas del Rey tan guerrero y guapo. Los defensores eran reos de traición y cobardía y había que confiscarles todos sus bienes, ponerlos en presidio, deshonrarlos e infamarlos por cada aspecto de la falta, de modo que acumulado todo no quedara polvo ni memoria .

Y esto que el pobre Corregidor asistió de los primeros a la cabeza de los defensores y luchó con valor y tesón hasta salir herido en un muslo atravesado de un balazo, y así se replegó al cerro a hacerse fuerte con unos pocos en el castillo Sn. Carlos que estaba en la cumbre, arañándose por las breñas dejando el reguero de su sangre y allí lo hicieron prisionero, luego a su familia; y herido y dolorido pasó las de Caín por mar y tierra en poder de los piratas .

Pero eso era nada para el de la Calzada. Lo principal era no haber tomado precauciones y no haber reclutado y reunido hasta mil como dizque hacía Iturri, y municionarlos e instruirlos y reforzar murellas y restablecer fuertes, etc. Sin pararse a saber de la penuria vecinal y fiscal en que para estas gentes para comerse un plátano tenían que hacer un milagro diario. Y dicen que era de oír al señor Von Moltke de Macas o de Marras y al señor Fiscal memorioso los lujos de estrategia que se traían escrita.

Que si hubiera habido tal cosa, no entra el enemigo; que si tal se hubiera hecho no hubiera pasado cual; que esto debió hacerse así, que esto asá, y que.... Si mi mamá no se hubiera muerto, viva estuviera; y que después del asno muerto.... Caramba! Si leyendo eso te provocaría, lector, como a mi me provocaba, que en esos momentos de tan sabias disposiciones posmortem alguien le hubiera dicho al de Macas: —Ahí vienen los piratas!

La manta se extendía, dijimos—, a los tenientes, cabos y oficiales y en especial al Maestro de Campo D. Francisco Campuzano, al capitán de artillería a quien acusaban hasta de haberse embarcado en una canoa disfrazado de mujer, al tesorero Alonso de Enderica y su hermano D. Andrés, a D. Juan de Iturralde, D. Blas García de la Peña y Cristóbal de Valverde, al capitán José Salas, todo un héroe, cuando el mero hecho de ser sobreviviente de ese apocalipsis era ya un proceso de heroísmo, pues no hubo ni como esconderse .

¿Que los piratas habían entrado a las 4 de la ma-

drugada de una noche oscura, en once barcas y que eran 600? Bueno ¿y qué? No habían como 500 en plaza, entre hombres, mujeres, eclesiásticos, ancianos, enfermos, niños, esclavos, inválidos e indios? ¿Y no había municiones, pólvora y mechas y escopetas y arcabuces y pedreros y chuzos y todas armas viejas provistas por el providente Iturri y vistas por el Fiscal en su vista con larga vista y por el de Macas desde Quijos? ¿Y para qué era el valor de los guayacas y la fidelidad al Rey que Dios guarde muy seguro en su palacio sin exponerlo a estos sudores?

¿Y haberse llevado estos bandidos la plata y el oro, sobre todo, y las joyas de las iglesias y las de los particulares? ¿Háse visto grosería? ¿Y qué hicieron los puneños tan valientes contra Huaina-Cápac, Pizarro y Valverde? ¿Acaso la misma conquista los había envilecido? Ganas tenía el dolido Fiscal de acusar a Puná por cómplice y auxiliadora. Estos guayaquileños eran unos empedernidos! ¿Con qué después de la degollina, rascándose las costras y rasguños todavía y sin reemplazar ni a sus esposas que se llevaron esos romanos, se venían a protestar contra el enjuiciamiento y el castigo que la clarovidencia y telepatía de la Audiencia sabía por irrefutables?

¿Haber creído que las barcas anunciadas eran las de los comerciantes y empleados que se esperaban de la otra costa? No haber conocido a leguas que eran piratas? ¡Ah, cholos brutos, señor, esos vigías! Y no haber puesto en salvo los caudales y las mujeres, señor! Y no haber tenido armado a todo quisque aunque fuera con las latas del Sr. Iturri el fortificado? Qué pachocha tan merecedora de horca! ¿Y para qué estaban las gentes de Yaguachi, Dau-le, Baba, y Ojiva que tan presto tenía siempre voluntarias el de Iturri?

Ah.... Después de un incendio todos son bomberos. ¿Verdad, paisanos guayaquileños? Pues así estaba el Quijote o señor de Quijos. Si él hubiera estado, no se chamusca Guayaquil. No queda un pirata ni para antorcha, según sus cálculos.

Bien se sabía que los piratas fueron tres veces rechazados en el estero de Villamar y en la Marina con sólo 45 hombres que se batían como leones; que quedaron tendales de cadáveres en tierra y que en el agua flotaban como palizada; que el Alguacil Mayor defendió su último reducto en la iglesia y de allí fueron sacados todos a ser asesinados: que ningún atacante viene desprevénido y aquí todos dormían; y todavía le parece poco al de Macas, pro-

bable autor de asombros en las selvas de su dominio.

Pero todavía: aguárdate, Manola: el celo feroz de los comisionados debía ser bien pagado; y pagado, claro está, por Guayaquil que ya venía desde las actuaciones en Guayacón convicto y confeso. El escribano especial Manuel Calderón, de la Audiencia, ganaba tres pesos de buen oro de 22 quilates y medio, cada día; el Alguacil Mayor Baltasar Montesdeoca, tres pesos de los mismos; el intérprete Diego Núñez de Montesdeoca, dos, y el Juez Comisario cinco y la comisioncita era para 100 días! Era el estrambote de la invasión pirática.

Pero con todos sus paramentos y documentos, autos, proveídos, citaciones y juramentos, el capitán D. Francisco de Castañeda, Alcalde Ordinario de Guayaquil, paró en seco en la puerta de su despacho al ampuloso reyezuelo de los Quijos y su séquito, con este Auto: "Que habiendo oído y visto todo el mamotreto de la comisión, etc., lo obedecía con el respeto debido; pero no lo cumplía por cuanto un Cabildo Abierto, que también era muy Soberano, había recusado por su procurador a D. Sebastián García de la Calzada por enemigo manifiesto de Guayaquil y de su Corregidor; y que los votos unánimes nómene discrepante de todos los republicanos eran porque no se le diese el uso de su comisión por otras muchas sospechas grandes que se alegaban contra él y sus acólitos; y que nada se haga ni se permita hacer hasta obtener la resolución de la Audiencia y del Virrey, y que no intente siquiera hacer nada de ello bajo pena de un mil pesos de tan buen oro probablemente como el que venían ganando, aunque el nuestro fuera oro quemado."

Siempre a la puerta el coraje guayaquileño contra el abuso. Ya ven si así no más entraban piratas aquí! El de Quijos bajó las quijadas y el Cabildo escribió al Virrey poniendo en claro la perversidad de Iturri, autor del enredo y sugeridor del bravucón Calzada que escribía de médium. Diputó a Lima al Presbítero Licenciado Carlos de Saboya, inteligente e ilustrado y de persuasiva palabra, para que personalmente gestionara y dijera que las tales fortificaciones de que alardeaba Iturri como obras suyas eran unas solemnes mentiras, pues él mismo, al dejar el gobierno, le advirtió a Ponce que era una desdicha y que no quedaba nada sino todo por hacer. Que la Audiencia no había despachado las solicitudes para remediarlo, pero que si había hallado lugar para la calumnia. Que por esto se presentaba la Ciudad ante él para que la juzgue si lo merece

después de tres años de continua lucha, de incendios, piratas, despojos, y siempre como siempre y desde su fundación paciente y brava y lealmente fiel a su monarca y su tradición.

Que disputara persona de celo y rectitud, ciencia y experiencia y conocimientos militares para que reconociera lo irregular y adverso de la defensa de la ciudad y se convenza de lo que ha urdido la maldad y la codicia de Iturri en Quito para venir a hacerse nuevamente de este gobierno en donde sus abusos causaron muchos males y se capotó tantos desafectos. Que de seguirse así esta causa habría grandes disturbios cuando ahora es que más conviene la armonía para resarcirse de tantos males.

Que con diobólica maña se han buscado descontentos y gentes de baja esfera y sin crédito para que declarasen contra su Corregidor y militares, contra la verdad y a medida de su ambición y venganza, haciéndose parte activa en esta causa a que fué admitido en la Audiencia a pretexto de vía informativa en donde vertió inauditas calumnias y bajas mentiras, pintando fingidas fortalezas suyas y estado de defensa en que nunca la puso.

Que en la misma casa vivieron y comieron en una misma mesa el de Calzada e Iturri que era quien lo movía a hacer cosa propia de lo que él le instigaba. Todo como lo verá el Virrey por los buenos comprobantes que lleva el poderdatario.

Que las autoridades y vecinos antes merecen premio por su arrojo y valentía, y que lo prueba el hecho de haber tenido en defensa palmo a palmo de una media legua que va del esteiro Villamar a la cumbre del Santa Ana, setenta muertos y muchos heridos y el enemigo 114 muertos y más de 30 heridos.

Por último, que el pueblo quiere pasar la Ciudad a otro sitio más defendible y que para ello ofrece Guayaquil 100.000 pesos y hacer a su costa las casas del Cabildo y la Casa Real, y que para que no se toque la Real Hacienda pide se le autorice a exportar su cacao a México para con el gravamen y la utilidad cooperar a estos servicios y además, 10.000 pesos por año para obras públicas.

Así se habla! El de Iturri quedó en camisa y el de Quijos se fué en berlina probablemente a Macas.

Las familias andaban por los campos arrimadas a extraños o parientes, con sus niños hambrientos y desnudos: la población desolada —dice González Suárez— y en vez del aplauso o premio que todos se esperaban de su com-

portamiento, lo que les venían eran más aflicciones tras de tres años de abandono de sus campos y guerra continua.

A la Audiencia fué también diputado D. Antonio de Mestanza. El Virrey atendió a Guayaquil y vino delegado juez de Lima D. Juan de Moncada Galindo, quien vió toda la verdad y la justicia.

El pobre Ponce fué llevado a Puná con otros muchos principales. Cada día sorteaban a los dados una o dos cabezas y las mandaban cortadas a Guayaquil para obligarlos a llevar el rescate. Las mujeres se las repartieron como les placía y a Ponce lo llevaron para ponerlo de blanco en el castillo cada vez que eran acometidos por buques del rey en su retiro a Panamá.

Pobre Ponce. Bastante sufrió con nosotros. En 1600 el buen Virrey de la Monclova, muy propicio siempre a Guayaquil, absolvió a Ponce de toda culpa y declaró que había cumplido con las obligaciones de su cargo y de su sangre. Guayaquil lo defendió, así como sabía castigar a los malos. A poco murió Ponce, víctima quizá de sus pesadumbres.

LA HUACA DE QUINARA

Pacífico E. Arboleda.

Bien desprovistas, si no del todo desnudas de por-
meñores, dice el historiador don Pedro Fermín Cevallos, en
el tomo I de su Resumen de la Historia del Ecuador, son las
narraciones que nos han dejado los escritores de la Con-
quista del Reino de Quito; y tanto, agregó yo, que el mis-
mo historiador de ogaño que tal cargo formula a escritores
y cronistas de antaño, ha pasado sin siquiera hacer mención
por encima de un detalle histórico, del que voy a aprove-
charme buenamente ahora yo, para hilvanar y zurcir, a
maravilla, con guñapos de **ropa vieja**, una leyenda tradi-
cional, y holgarme de sacarla a luz limpia y flamante.

“Y pues ninguno en la conseja histórica
Quiso meter la literaria hoz,
Yo me dije: —señores, sin escrúpulo
Aquí sí que no peco, aquí estoy yo”.

I

Don Ignacio Sánchez, hijo nativo de Cuenca en esta
República del Ecuador que hoy gobierna el hijo de su fun-
dador y primer Presidente, era hombre, no embargante
sus setenta inviernos, a quien no asustaban duendes ni ame-
drentaban vestiglos.

Emprendedor y aventurero, había recorrido, sin
blanca, algunas capitales de Europa y departido barba a
barba con algunos sabios especialistas del viejo mundo, en
cuyos laboratorios pasara sendas horas ofreciendo en ven-
ta sus secretos para curar el cáncer y haciendo analizar
sus específicos.

Parece que la terapéutica no correspondió a los pro-

pósitos de D. Ignacio, y de regreso a América, desengaña-
do de sus tentativas de fortuna en el viejo mundo se lanzó
en el Ecuador, su patria, a otras atrevidas especulaciones.

Hombre de carácter aventurero y de ánimo audaz,
era, como todos los de su temple, soñador y visionario, lo
cual le hizo apasionarse por toda empresa insensata; y ésto,
acompañado a su figura rechoncha y un tanto grotesca;
fisonomía suspicaz, pero recelosa y desconfiada; imagina-
ción viva y febril, y a sus frecuentes devaneos de riquezas
fabulosas le provocaron la ironía y el sarcasmo: cayó en el
ridículo y cargó con la fama de loco.

Lo era en realidad? —Si y no.— Dicen que el genio
se recata a veces tras un demente sublime: si esto es cier-
to, don Ignacio, bajo este punto de vista, no era un loco;
pero sus empresas y sus aventuras y sus devaneos lo es-
taban justificando.

II

Dejemos a don Ignacio persiguiendo a la veleidosa
y vamos a echar unos párrafos de historia.

Tiempos de rumores de sublevación general de los
indios pobladores de estos reinos y de sospechas de trai-
ción, fueron sin duda aquellos en que los conquistadores
españoles, apoderados de Atahualpa por un golpe de au-
dacia, le tenían prisionero en Cajamarca, allá por los años
de 1533. Y no precisamente porque los inermes vasallos dei
Inca pensarán en tales sublevaciones, ni el prisionero Mo-
narca en las supuestas tentativas de traición; sino porque
habiendo éste penetrado con el pensamiento en que el mal
disimulado apetito de los españoles era una sed insaciable
de oro, cediendo a los impulsos de una esperanza efímera,
les había ofrecido, a trueque de que le restituyeran liber-
tad y trono, entregarles tantas piezas labradas de oro y
plata cuántas llegaran a cubrir el pavimento de la espa-
ciosa estancia en que se hallaba preso; y no sólo ésto, sino
también cuantas bastasen a llenar el aposento hasta la
altura a donde alcanzara el brazo del real prisionero puesto
en pie; ofrecimiento que, aceptado por Francisco Pizarro
y elevado a escritura pública por medio de escribano y con
las solemnidades de estilo, comenzaba a infundir descon-
fianza en el ánimo impaciente de los codiciosos conquista-
dores, incapaz de detenerse a considerar que la natural
tardanza que de cumplirlo pronto debía ofrecer, era pro-
veniente de la anarquía en que se hallaba ese grande im-

perio que, con la aparición de los españoles, la muerte de Huáscar la prisión de Atahualpa y la usurpación y tiranías de Rumiñahui se sentía desplomarse, y en el cual las inmensas distancias a que estaban los emporios de riqueza debían naturalmente retardar la remisión del rescate.

Pero esa tardanza no fué tanta que justificara las impaciencias de los peninsulares.

Los tesoros empezaron al fin a llegar a Cajamarca a espaldas de los fieles vasallos de Atahualpa desde los primeros meses de aquel año; más a medida que las remesas aumentaban, se acentuaban también los rumores de rebeldía y traición. De nada servían las repetidas protestas del Inca.— “Me tenéis en vuestro poder, había dicho, mi vida está a vuestra disposición ¿qué mayor prenda podéis querer de mi fidelidad?” Nada. Vanas fueron las reiteradas protestas de inocencia del Rey. Los rumores crecían siempre y las últimas remesas que debían aparentemente satisfacer por el momento la avidez peninsular tardaban en acabar de llegar.

Alea jacta est.

La gritería imperiosa con que se pedía la muerte del prisionero, a pretexto de que era cierta una formidable insurrección, crecía como olas de agitado mar, cuanto más se acopiaban los tesoros y cuanto más se retardaban las últimas remesas de Quito y otros lugares.

Hubo al fin de formársele proceso y se organizó un tribunal: su sentencia estaba pronunciada.

El destino reservaba al Rey un desastroso fin.

III

Era el 29 de agosto de 1533 y el Monarca de un vasto imperio, tan vasto como el de Roma en los tiempos famosos de su omnipotente grandeza; de dos mil leguas de longitud y que por el triunfo obtenido sobre Huáscar, se extendía desde las márgenes del Maule, en Chile hasta Angas Mayu en la hoy República de Colombia, moría, de muerte vil de garrote, a manos de cuatro aventureros que habían surcado los mares en pos de oro y conquistas para su señor y Rey D. Carlos V.

Quédense los comentarios para los historiadores.

IV

Sacrificado Atahualpa y esparcida por todo el reino la noticia de su muerte, los Curacas principales encar-

gados de la recolección de los tesoros y los vasallos que los conducían anhelosos de rescatar al Monarca, creyeron ya inútil el cumplimiento de ese deber, y sólo pensaron en sustraerlos a la codicia de los viracochas, sepultándolos en el seno de la tierra.

Una parte de los enviados desde Pachacámac cayó, no obstante, en manos de Fernando Pizarro, en Huamachucho, y los que venían de Jauja y el Cuzco, en las de los conquistadores Soto y Barco.

El rebelde Rumiñahui, convertido en un usurpador del reino, por haberse hecho proclamar Sciry, en Quito, impedía se despojasen los templos y palacios reales de los metales preciosos para el rescate de su soberano, pero no a tal punto que los Curacas de Puruhá, Cañaris y otras provincias no entregasen sumisamente a los comisionados cuantas riquezas había en ellas.

El Inca Illescas, hermano paterno de Atahualpa, que iba de Quito y que había merecido sacar algunos tesoros, fué despojado de ellos por Fernando Pizarro en las inmediaciones de Cajamarca; no así los que iban de aquellas provincias, quienes al saber en el camino las matanzas de esta ciudad y la victimación de su Rey, sepultaron los tesoros en un lugar inmediato a Loja y huyeron a las montañas para no volver a saberse más de ellos.

V

Sepultadas estas riquezas durante más de tres siglos y medio en las entrañas de la tierra, han sido objeto de frecuentes investigaciones, sin que exista tradición alguna que designe, a fijo, el punto donde fueron enterradas.

Con el misterio y el tiempo ha crecido la fama de ese tesoro maravilloso y han sido muchas las tentativas que se han hecho, sin éxito, para ver de descubrirlo.

VI

DE COMO EL ULTIMO INVESTIGADOR DE ESTE TESORO VINO A DESAPARECER DE LA ESCENA DEL MUNDO

Hacia algunos años que nuestro don Ignacio, arrastrado por su propensión, llámese genio o locura, no tenía otra tema ni otro frenesí, que desenterrar los tesoros que

los comisionados de Atahualpa sepultaron a principios del segundo tercio del siglo XVI en su camino a Cajamarca.

Según él y algunas tradiciones verosímiles que había merecido recoger, esos tesoros debían reposar en el extenso valle de Quinara situado al sur de Loja; y él se proponía ir a **catear** el tesoro revolviendo la superficie de la llanura.

Varias habían sido las tentativas que hiciera en este sentido llamando accionistas para la empresa que él la creía segura: consiguió algunos y de ellos obtuvo varias sumas de dinero, pero la **Huaca** de Quinara, como el hidrópico, se las absorbía todas, y sin embargo, ni los tesoros parecían, ni don Ignacio abandonaba la empresa.

Persiguiéndola, dejó a principios de noviembre del año de 18.... la ciudad donde escribimos estas líneas, tomó la alforja de viaje y fuése camino de Loja, dispuesto resueltamente, esta vez sí, a descubrir la maravillosa **Huaca** de Quinara.

VII

El día 9 de diciembre, como a las 10 de la mañana, apareció en el pueblo de Zaruma un campesino, jadeante y conturbado. Era portador de la noticia de haber encontrado en las playas del río Calera el cadáver de un hombre al parecer asesinado. La autoridad marchó en el acto y encontró, efectivamente, en el lugar indicado, a un hombre tendido en el suelo, en la mano derecha un revólver falto de un proyectil, y muerto de un balazo disparado en la cabeza. Este era nuestro héroe que iba al lugar de sus ilusiones y devaneos de riquezas. Registrado, se le encontraron ocho sucres en plata y un reloj de níquel en los bolsillos del chaleco; ciento sesenta sucres, también en plata, y cuatro relojes más en las alforjas; útiles de viaje y objetos varios para su familia. Ninguna señal de robo; ningún indicio de suicidio.

Nuevo misterio! — ¿Don Ignacio se había suicidado o había sido asesinado?

VIII

DONDE SE CUENTA COMO UN DIFUNTO VINO A DAR ALGUNA LUZ EN ESTE CAOS

Como a las seis de la tarde del propio día se pre-

sentó en el mismo pueblo de Zaruma otro labriego y puso en conocimiento del Alcalde que en el sitio denominado **Busa**, casa de N. Feijoo, se estaba velando el cadáver de Federico Feijoo, hijo de aquel, mozo robusto como de 24 años de edad, el cual había estado en la mañana bueno y sano; y pues que no había en la comarca epidemia ni guerra y disponiendo, además, el difunto, cuando vivo, de buena salud, la cosa daba en que pensar y más cuando el velorio se hacía sin llanto ni lamentos y como cosa de contrabando.

El Alcalde hubo de sospechar algo cuando dispuso que el cadáver de Feijoo fuese trasladado inmediatamente al pueblo. Así se hizo, y registrado, resultó que el individuo había muerto de resultas de un balazo recibido en el pecho.

Esto parece que se enreda más.
Atención y voy a dar fin.

IX

El desventurado don Ignacio, dicen los que todo lo saben, en sus afanes por dar con el tesoro de Quinara, comprometió años há, a Feijoo (padre) en una acción de veinte sucres, haciéndole entender que así que fuera descubierta la **Huaca** se haría inmensamente rico. Feijoo, un tanto tacaño, pero creyendo la cosa llana y plana, aflojó la **mosca**, y como el resultado no correspondiese en el curso de algunos años a las esperanzas que en la **Huaca** tenía fundadas, reconvino, ahora a don Ignacio, a su paso por **Busa**; agregan, que éste se amoscó y que trató mal a Feijoo; al saber lo cual su hijo Federico, siguió, armado de una escopeta, las huellas del viajero, que iría delirando con los tesoros de los Incas, y en habiéndole alcanzado en las playas del río Calera, dió allí y recibió la muerte.

Veinticuatro horas después de este trágico suceso, el infatigable perseguidor de la **Huaca** de Quinara y el hijo de uno de los principales accionistas eran sepultados en Zaruma cuasi en la misma fosa.

El interés los unió.

La codicia y la ira los dividió.

La muerte los volvió a unir en póstumo e indisoluble consorcio.

LA TRADICION DE SAN FRANCISCO

Luis Aníbal Sánchez M.

A Don Ricardo Palma.

Hay en mi vieja y original ciudad de San Francisco de Quito, la Capital del Scyri, ciudad *sui generis* perdida en la concha blanca de su topografía, una iglesia pétrea, antigua, de estilo primoroso, y que levanta muy en alto el consuelo de sus torrecillas en forma piramidal. El gusto arquitectónico que informa su fachada, es al decir de los entendidos, ecléctico.

Nosotros, profanos, sólo opinaremos que aquel templo colonial, levantado a impulsos de la fe, es un prodigio de arte; con su severidad y su aire de misterio. Sobre el entablamento grandioso, se yerguen estatuas seculares de santos, grises y soberbias. Al frente del templo, está el prodigio del atrio, y luego la plaza, extensa y desmantelada.

Hay una tradición popular y nebulosa acerca de cómo construyóse el mencionado atrio.

Elevado como tres metros del nivel de la plaza, de piedra maravillosamente acomodada, es una joya y un encanto. Anchísimo, (de unos 15 metros de latitud por 80 de longitud) y amplio, está limitado por "repecho sólido y elegante", tallado con admirable ingenio. Enormes esferas de piedra se destacan sobre el atrio, airoas, y tres series de gradas conducen hasta la parte superior de él. Las dos laterales miden, la una como veinte o más metros de largo; y dos, la opuesta. Al centro, se destaca una magnífica media naranja, prodigiosa y elegante. Y más allá se distingue, como visión señorial y austera de los tiempos

feudales, la fachada sobria de la iglesia. La obra es casi sobrehumana; de ahí que la fantasía popular haya dispuesto alrededor de la edificación de este milagro de arquitectura una leyenda bella y rara, que bien se acomoda al espíritu fantaseador de los quiteños.

Lentos corrían los tiempos monótonos del coloniaje. Un indiano, llamado Cantuña, impulsado quizá por la sed de oro o el ansia de grandeza, acometió la singular locura de firmar solemne compromiso para construir el atrio grandioso. Expiraba ya el plazo; y la obra estaba a la mitad. Con el esfuerzo humano era imposible acabar la fábrica en el tiempo sobrando aún. Loco de dolor, jadeante, consumido por la fiebre y por los temores, Cantuña se debatía en su estancia: faltaban dieciocho horas para vencerse el término.

Los sueños de dicha, de grandeza que alimentara el pobre indiano, se iban abajo ante la realidad terrible. Pronto debería estar sumido en las tinieblas de una cárcel; con el sarcasmo de las gentes encima. El orgullo innato en el indio le devoraba.

Moría la tarde lujuriosa en un crepúsculo de fuego. Las campanas de las escasas iglesias llamaban con sonoridad a la oración de la tarde; flotaba un aroma campesino y puro. Desiertas iban quedando las callejas, tortuosas y sin empedrar. La poca gente se dirigía al templo, o, presurosa, a encerrarse en el hogar.

Cantuña veía danzar en redor de la estancia sumida en penumbra formas extrañas y diabólicas. Jadeante, ansioso, el mísero recorría a largos pasos la habitación. No le valían ni los rezos ni las súplicas al cielo. Creyó distinguir una voz misteriosa que le exhortaba a implorar remedio a Dios: y así lo hizo. Conforme iban saliendo de su boca las palabras de la oración, un bálsamo inefable de consuelo parecía descender sobre él. Acabada la plegaria, Cantuña se dirige a San Francisco. Secreta esperanza le dice que el Señor ha atendido su ruego, mandando que la obra se concluyera. Por un ángulo de la plaza, envuelto en amplia capa, apareció Cantuña. Sus ojos creyeron vislumbrar obreros divinos que daban la última mano al atrio gigantesco. Palpitó su corazón de gozo; y la oración de gracia brotó, ferviente, de su pecho. Y vió luz, mucha luz.... Pero la visión alegre se esfuma ya.... La regresión a la realidad fué rápida.... ¡Se había engañado!.... La ira salió de su corazón; y la blasfemia vibró por el espacio....

Pero ¿qué era aquello? ¿Otra vez se engañaba?

De entre los nacimientos de piedras salía un personaje misterioso, envuelto en manto rojo. Su rostro estaba negro, sudoroso; sonrisa enigmática se dibujaba en la boca enorme.

Calzaba botas retorcidas y también rojas: poco a poco, el fantasma se acercaba al estupefacto indígena.

—Cantuña, le dijo, sé cuál es tu dolor; sé, que mañana serás desgraciado y maldito. Pero yo puedo consolarte en tu aflicción. Antes de que asome el alba, el atrio estará concluido; tú, en cambio, firmarás hoy este contrato. Soy Luzbel; y quiero tu alma. ¿Aceptas? Dí.

El indio no vaciló:

—Acepto. Pero si al rayar el alba, antes de que se extinga el sonido de la última campana del Avemaría, no está concluido el atrio; si falta una piedra que colocar, una sola, óyelo bien, el contrato será nulo.

—Heho. Firma el documento, contestó el Demonio.

....Y poco después, azorado y maldito, volvía el triste Cantuña a su vivienda. Lágrimas abundantes corrían por el rostro bronceado del indiano. Ferviente imploró al cielo perdón para su culpa y remedio para su alma....

Y al siguiente día, cuando empezaba a romper el alba, Cantuña se dirigió presuroso, a San Francisco.

La obra estaba al concluirse: millones de diablillos rojos cruzaban, como lenguas de fuego, por el espacio, atareados en la construcción del atrio, que majestuoso se alzaba.... Y el alma, la pobre alma del indígena, estaba ya perdida. Una oración, la última, llena de fe y de penitencia, salió de sus labios. Luzbel reía.

Pero el día asomaba. Un pálido color violeta empezó a cubrir el firmamento: tornaban a cantar los gallos; el sol se desperezaba ya tras del Ichimbía.

El indio, afligido, contemplaba el espectáculo. El atrio estaba al acabar de concluirse. Luzbel reía.

Lentas, graves y consoladoras sonaron las cuatro campanadas, heraldos de la aurora.

—¡Victoria!, rugió Luzbel.

—¡Victoria!, exclamó el criollo. ¡Falta una piedra!

En efecto: un bloque, uno solo, faltaba aún. El alma de Cantuña había sido salvado....

Satanás, maldiciendo, se hundió en los infiernos, con sus secuaces.

El alma del atristado indiano estaba libre; y, como evocación prodigiosa, el atrio alzabase, solemne, a las mi-

radas de los creyentes quiteños.

He ahí la pálida leyenda.

¡Cuántas veces, siendo niños, la escuchamos! ¡Cuántas veces vagamos por la mole gigantesca de piedra, buscando el bloque que faltaba!

Ahí está la tradición, inmensa y real como el templo soberano y el maravilloso atrio. Siglos hace que la saben los quiteños; siglos hace que la cuentan las abuelas.

A un lado del atrio, cobijada por tupida enredadera, se levanta una cruz sepulcral. ¿Si será la tumba de Cantuña?

Los pájaros anidan en la fronda de la planta airosa. Un resabio de leyenda y de misterio flota alrededor del signo de la fé católica. Y en las horas del crepúsculo, cuando muere la tarde y caen las sombras, creo yo, en mi loca fantasía, ver salir desde el sepulcro frío la silueta ansiosa del indio Cantuña, que discurre, a pasos lentos, por el atrio colosal y se debate en las torturas de la angustia.

EL PADRE ALMEIDA

José Gabriel Navarro

Religioso austero y muy entregado a la vida contemplativa era Fr. Bartolomé Rubio. En 1597 fundó la Recolectión Franciscana en el valle de Iñaquito, muy cerca del lugar donde pereció el primer Virrey del Perú, don Blasco Núñez de Vela decapitado por un negro esclavo de Suárez de Carvajal, en la tétrica noche de un lunes 18 de enero de 1546. A instancias del pueblo de Quito, del Cabildo y del Obispo, trasladó dicha recolección con el título de la Orden de los Descalzos de San Diego de Alcalá al occidente de la ciudad unos terrenos que en las faldas mismas del Pichincha contorneaban la estancia Miraflores del rico vecino don Marcos de la Plaza, marido de doña Beatriz de Cepeda e Hinojosa, sobrina de Santa Teresa de Jesús, el cual los donó a aquel santo religioso para dicha fundación.

No podía ser mejor escogido el sitio. Apartado de la ciudad, aún ahora mismo cuando ya se han poblado sus alrededores, aquel lugar es el retiro de los monjes, el solitario nido que tal vez soñaron las mujeres de la Tebaida.

El convento es una inmensa ermita con su capilla, con los claustros cuadrados, muchas celdas, un precioso humilladero, una clásica fuente castellana, un jardín, un huerto y un gran bosque de eucaliptos que antes lo fué de cedros, capulíes y arrayanes. Los claustros del piso superior son angostos, bajos, de techo e iluminados con una que otra ventana o algún tragaluz que produciendo durante el día la indispensable claridad impide la curiosidad de la mirada y concentra necesariamente el espíritu en el ambiente austero de santidad y recogimiento que rodea a este lugar. A un lado y otro de las antiguas celdas de los frailes, pequeños cuartos enjalbegados con cal, en algunos

de los cuales aún se encuentra el lecho de madera con tejido de cuero que, cubierto de miserable estera, les servía para su descanso, ya de noche, ya en las horas de silencio. Algunas de esas celdas tienen una sola ventana alta en el techo con una puerta que funciona mediante un curioso sistema de cuerdas y poleas; otras tienen dos ventanas en una de las paredes, pero tan diminutas que apenas si el espíritu puede salir por ellos.

Las puertas de entrada son de una sola hoja y sus marcos forrados de cuero para apagar el sonido si la puerta se cerrara alguna vez sin cuidado o precipitada o bruscamente. La iglesia, un relicario de arte y de recuerdos. Allí la vista recorre maravillada el artesonado de lazo morisco que cubre el presbiterio, las afiligranadas labores de su púlpito, los restos de la antigua riqueza de la capilla de Chiquinquirá, los artísticos retablos de madera dorada con sus magníficas estatuas, y se detiene, sin quererlo, ante la hermosa Virgen de las Angustias, el ídolo de los antiguos devotos de San Diego, entre los que se cuentan los marqueses de Maenza, de Lises y de Solanda y los Condes de Selva Florida.

Recorriendo el convento, la imaginación más fría se exalta y el espíritu más tranquilo y estoico es arrebatado hacia la edad media o revive las admirables páginas en que describe la vida de los monjes de Occidente el Conde Montalambert. Dan pábulo a la imaginación etc. (Pág. 163).

A pesar de que en la prolongada ausencia de los religiosos se ha destruido un tanto el convento, no deja de impresionar su ambiente lleno de recuerdos y también de leyendas. Por la iglesia, por los claustros, por las celdas cruza la silueta del célebre Padre Almeida, cuya leyenda no puede ni podrá separarse jamás del convento sandiegano, a pesar de que gran parte de su vida lo pasó aquel religioso en el Convento Máximo, en donde tuvo cargo tan honorífico como el de Guardián y Secretario de Provincia.

Quién no conoce en Quito la leyenda de aquel fraile, en quien la tradición ha querido sintetizar una de las malas épocas de la religión franciscana en el Ecuador y pintando en su persona al fraile pícaro, jugador y tunantón que solía pasar algunas noches de claro en claro y no pocos días de turbio, en turbio aprovechando del relajamiento de la disciplina monástica de su convento.

Era don Manuel de Almeida joven de 17 años cuando entró como novicio en el Convento Seráfico de Quito.

Unico hijo varón de don Tomás de Almeida y de doña Sebastiana Capilla, renunció todos sus bienes en favor de su madre y de sus hermanas Isabel, Guzmán, Gabriela y Catalina. Devoto debió de ser el joven cuando abandonó una regular fortuna y los placeres de la edad los cambió por la disciplina monástica de su convento. No fué ningún pintado en la pared lo demuestran los altos cargos que llegó a tener en la Orden: Definidor, Guardián, Maestro de Novicios, Predicador de Precedencia, Secretario de Provincia y hasta Visitador General.

Pero cuando ingresó en el Convento, malos vientos corrían por los claustros: el demonio de la relajación se había cernido desde la portería hasta el altar mayor y la indisciplina cundido de una manera escandalosa: era la época en que los frailes se hacían arrastrar en coches y literas, jugaban a los naipes y tiraban escopeta para matar el tiempo y el Convento era mirado por alguno de ellos como una gran casa de posada que debía sólo ocuparse a ratos y desocuparse cuando a bien se tuviera, sea por la puerta, sea por el tejado. Las veces que el hermano síndico tuvo que pagar las tejas rotas hasta por los frailes mozos. El joven religioso de nuestra leyenda, no pudo, pues, permanecer por mucho tiempo libre del contagio.

Un buen día cedió a las tentaciones que le tendiera Satanás por uno de sus compañeros de claustro y acudió a comer por la Noche Buena unos ricos buñuelos en casa de cierta devota que se creía honrada con la presencia nocturna de los relajados hijos de San Francisco. Cuatro de estos frailes fueron los que aquella noche saltaron las tapias, entonces bajas, del Convento hacia las calles del Conde y arrebuajados en sus mantos se dirigieron por Santa Clara y la quebrada del Auqui hacia la Cruz de Piedra. Junto a la fuente del Sapo se hallaba la casa cuya puerta cedió fácilmente al primer empuje del más confanzudo de ellos.

Cuando entraron a la sala, el silencio se hizo general. llamando la atención del novicio Almeida la actitud desairada en que se hallaba tendida por los suelos una arpa casera, al compás de cuyos sonos habían ingresado a la casa.

No debió de causarle impresión buena la frialdad del recibimiento, pero no pudo prolongarse el disgusto con que probaba la vida mundana del religioso porque bien pronto desdoblóse un biombo de siete mil colores y saltaron a media sala hasta media docena de frailes dominicos.

Ari chicu, chicu nuestro Padre San Francisco fué el saludo de ellos, dando brincos y palmadas delante de los seráficos.

Gin, gun, el niño Jesús fué la respuesta que dicha en coro y seguida de carcajadas y bromas hizo latir de gusto el corazón del Fr. Almeida.

Volvió el arpa a las manos del dominicano que le había suelto rápidamente para jugarles una broma a los hijos de San Francisco y en medio de cantos y danzas concluyeron los sabrosos buñuelos de aquella primera noche buena de Fr. Manuel.

La del alba era cuando regresó al convento, en donde apenas se notó en el coro y refectorio la falta de dos o tres religiosos que se habían quedado rezagados. Comer y rascar hasta empezar, dijo Fr. Manuel al día siguiente, pidiendo a sus compañeros de la víspera que volvieran a llevarlo aún cuando fuera para no comer buñuelos. A los pocos días, ya era él quien invitaba después de algunas semanas y eran los otros los que debían contenerle en los límites precisos de un escándalo religioso. Pero era imposible, y ni Fr. Mateo de San José que en memorable lunes once de julio de 1672 se atrevió a hablar desde la cátedra sagrada contra la vida relajada de algunos de sus hermanos, en momentos que se honraba a los religiosos difuntos con solemne ceremonia pública y gran misa de requiem, pudo convencerle de la necesaria moderación en el escándalo.

Un buen día ya no le pudieron aguantar los mismos compañeros y le recluyeron en San Diego, para ver si se moderaba. Todo en vano. Durante el día pasaba inquieto esperando la llegada de la noche para largarse muro abajo en dirección a la ciudad. Había estudiado con toda detención el mejor sitio para la comodidad de sus nocturnas evasivas y visto que el Cristo enorme que se hallaba en el Coro, al pie de la ventana que daba hacia la plazoleta podría servirle de escalera y de él se utilizó durante largo tiempo. Mucho debió ser cuando el mismo Cristo se cansó de aguantar las irreverencias del fraile. Cierta noche que volvía, sin duda, a las mil y una noches de sus escandalosas orgías, abrió sus labios el Cristo y le dijo estas palabras: ¿Hasta cuándo Padre Almeida? Levantó la vista el Fraile, se repitió a sí mismo la interrogación impresionante; pero el diablo le trajo al vivo en su recuerdo de lo que afuera le esperaba, y entonces sin vacilar contestó: "Hasta la vuelta, Señor".

En efecto, aquella noche fué la última. Regresado que hubo al amanecer, ya no fué a la celda. Postróse delante del Cristo, que ya no le volvió a hablar y prometióle poner punto final a sus desvarios.

Aún existen todavía los restos de la ermita que, muy encima del bosque, se fabricó Fr. Manuel para su recogimiento. El Cristo que no ha variado de sitio. Y si la preciosa urna cineraria que en letras de oro llevó el nombre de Fr. Manuel de Almeida, por voluntad devota de los fieles se mostraba todavía en San Diego en 1880, ha desaparecido; pregonan su memoria en los villancicos que en cada Navidad repiten los quiteños durante la novena del Niño:

Dulce Jesús mío,
Mi niño adorado,
Ven a nuestras almas
Ven no tardes tanto.

Que la piedad del fraile convertido escribió junto con un Via-Crucis y una auto biografía que también desaparecieron en esa misma época.

UN MUERTO QUE CASI MATA A UN VIVO

Carlos R. Tobar.

(Antigualla que dediqué al Señor Doctor Don Pablo Herrera)

Corría el año de 1606.

No hay para qué decir que Quito estaba entonces situada en el más lejano extremo del mundo habitado.

Cada año, o aún más tarde, venía por la posta de la Madre Patria una valija llena de decretos reales y pragmáticas, cuya inconveniencia a la fecha habíase reconocido ya en España, de gracias o perdones, que llegaban — como varias veces sucedió — después de fallecido el agraciado o perdonado, de nuevas de matrimonios regios, de nacimientos de infantes de la estirpe Monárquica y de una que otra noticia que, por cierto, no había, como el vino, ganado mérito con la edad y con la navegación.

Sin embargo, la llegada del cajón era un acontecimiento: echábanse a vuelo las campanas, los balcones, semejantes a confesonarios, crujían y mostraban por los calados decenas de pupilas engastadas de bajo relieve en la madera: las calles se llenaban de curiosos que a media voz, sin duda por respeto a la valija, discutían y trataban de adivinar lo que ésta traería a la muy fiel ciudad de San Francisco de Quito. Repentinamente, un lejano "Viva nuestro amo el rey" sacudía como golpe eléctrico a la multitud, oíase ludir contra el empedrado las largas espadas de los hidalgos, se veía quitarse apresuradamente los grandes sombreros con plumas y levantarse todos, caballeros y no caballeros, de puntillas para distinguir la gran mula con esquilas y cencerros zumbones ataviada con las armas reales y conductora de los pliegos. — Hé ahí un pla-

cer tardío, pero que tenía el mérito de serio y que daba asa por muchos días a la conversación de los felices españoles quiteños.

Fuera de este regocijo, nuestros abuelos no conocían sino los que vamos a enumerar: frecuentes procesiones, corridas de venados dos veces al año, corridas de toros dos veces al mes, estupendas comilonas dos veces al día, increíbles cenas todas las noches y murmuraciones a todas horas.— Para que no se nos acuse de calumniantes con nuestros progenitores, diremos que este particular lo hemos visto en un legajo que reposa en el Ministerio de Interior y cuyo membrete es el que a continuación copiamos:

En este cuaderno están los cargos hechos a don Antonio Ponce sobre algunas faltas a la hora de audiencia haver hablado dos ocasiones en el Tribunal sin pedir venia, haver echado mano de algunas cantidades de multas, y Depósitos puestos en su oficio y haver visitado la casa de una muger soltera; y corren los descargos dados por dicho Ponce :

Secretaría de Sanches.

Relator el Doctor Salazar

En el referido legajo se asevera que los quiteños eran en esos tiempos “muy aficionados a la calumnia”. Y me lo explico bien:— los sucesos efectivos eran pocos, y era menester inventarlos, tanto más, cuanto se asegura también que a los buenos de los quiteños no les faltaba ingenio y les sobraba inventiva.

Olvidábamos decir que a más se jugaba, y gordo.

Por lo demás, Quito era un verdadero monasterio y por esto, de seguro, sustituyendo cantidades iguales los Reverendos Padres casi no vivían en sus conventos. A cada cual no le faltaba la casa de un señorío alférez para desayunarse, la de un señor oidor para merendar y la de una señora marquesa para hacer rezar el santo rosario, con la adehala de la letanía de los santos, cenar un **ají de queso**, un **cariucho de caucara** y **papas con chaqueta**, unos bizcochos, una jarrita **malagona** de vino miel y a la postre, una **jicara** de hirviente chocolate rebosante de espuma de aljófar irisado, y embutida de bizcochuelo, hebras de queso y quesadillas.

Por fin, todos los reverencias tertuliaban una o dos

horas con el objeto de digerir la hartazga y, después de un **Dea gratias**, buenas noches nos dé Dios, se iban a sus celdas para no dejar mentir al refrán castellano “quién mas no puede”... en su cama duerme.

Y digo que a ningún padre le faltaba lo que dije, y debo añadir que tampoco ninguna familia de suposición carecía de un fraile, obligado comensal y obligado tertuliano, que así presidía en las mesas de los señores como tuteaba a las señoras. Y no carecían porque los conventos estaban llenos (aunque no materialmente, supuesto que, como hemos dicho, los Reverendos no habitaban en ellos) y porque ya hasta entonces se habían fundado las siguientes órdenes:

Franciscanos, en 25 de enero de 1535.

Mercedarios, en 4 de abril de 1537.

Dominicos, en 19 de junio de 1541,

Agustinos, en 22 de julio de 1573,

Franciscanos descalzos (Sandieganos), en 13 de noviembre de 1597.

Bethlemitas, en 3 de diciembre de 1598, y además Camilos y Carmelitas descalzos.

Hemos mentado las únicas distracciones de nuestros mayores y nos hemos detenido al hablar de los conventos, por asociación de ideas ya porque el suceso que vamos a referir aconteció en uno de ellos, ya porque los frailes eran en esos tiempos los monopolistas de la sal y el donaire y los protagonistas de toda chofeta, diversión o esparcimiento. A un caballero viejo **antiguo** le hemos oído repetir que los placeres del carnaval y de los inocentes no montan un camino desde que se implantó la vida común en los conventos.

Pero entremos en materia.

Si bien hacía mucho tiempo que los regulares de San Agustín se habían trasladado, del lugar donde en días de vivos está la iglesia de Santa Bárbara, al sitio que hoy en día ocupan, los Padres no cerraban el haza, quizá aguardando que la caridad de los fieles vecinos fuesen donándoles el contiguo terreno. De modo que, en la época de nuestro verídico relato, los nietos de Santa Mónica, vivían en incontrovertible vida común, pero con el público, tanto por la libertad que éste tenía para entrar en el convento, como por la libertad que sus paternidades tenían para salir a la calle.

Eran las diez de la noche, que es como si ahora dijéramos que eran las cuatro de la mañana, y veíase aún la

iglesia de agustinos arrojando por los tragaluces inciertas bocanadas de claridad vacilante; uno que otro lejano desvelado perro ladraba en las desiertas y quebradas calles de Quito, y un viento friísimo acumulaba nubes tempestuosas en el tenebroso cielo de la ciudad.

¿Pero qué acontecía en el templo cuando aún se conservaba alumbrado?

Sucedía que esa tarde entregó el alma a Dios uno de los religiosos y su cuerpo se velaba en la iglesia acompañado por dos coristas que salmodiaban a las veces y charlaban profanamente las más:

—Válgame Dios, fray Antón, que ya es tiempo de que recemos por nosotros, supuesto que hartos hemos orado por el difunto, dijo el un corista dirigiéndose al compañero.

Vive Dios, que es así, replicó éste y, en seguida, en tono del *miserere* ganguéó:

Miserere mei, Domine, secundum magnum estomacum meum.

—Regístrese las faltriqueras, fray Gaspar, y eche acá los cuartos que su reverenda recibió esta mañana, y en un santiamén se verá como Dios proveerá. **Deus providet**, unos panecillos, algunas rebanadas de queso y un traguico con que asperjar y exorcizar al demonio del hambre que nos está royendo las entrañas.

—Tome los cuartos, venga el pisco, dijo fray Gaspar, y vació el bolsillo en manos del interlocutor.

—Panem nostrum quotidianum da nobis hodie.

—Amen.

Con corto esfuerzo, fray Antón trepó a una de las ventanas,ladeó la gruesa cortina de bayeta azul, saltó al solar no muy aseado y salió a la calle donde se echó a buscar, poco menos que a tientas, la puerta de una tahona o una pulpería donde mercase las provisiones que mentó poco há.

Hasta tanto, el compañero dió a fantasear el modo de hacer a fray Antón una **pegadura**, o sea un petardo, de los que tan en boga estuvieron entonces dentro y fuera de las casas religiosas.

Después de excogitar un momento, se llegó al cadáver y sacóle de la lechiga no sin gran dificultad; casi arrastrándole le condujo al extremo del escaño, de donde él acababa de levantarse, le hizo sentar y le acomodó en aspecto de dormir con la capilla calada y el rostro tapado; en seguida, volvió a poner los enormes blandones en su

puesto y subiéndose al túbulo se acostó en las andas, se cubrió cuidadosamente con la cobertera negra de terciopelo, veló la faz con el capucho, empuñó el crucifijo con los dedos entrecruzados y esperó.

Obra de media hora transcurriría cuando el corista, conteniendo la risa que le retozaba, escuchó primero el troppezar de fray Antón en los tiestos y guijarros y después el treparse a la ventana y el brincar a la iglesia.

¡Err! qué noche— berrió tiritando el pobre corista, y sacudiendo el brazo del que creyó dormido.

Pero ¡ay! En ese momento lanzábase del catafalco el muerto y se disparaba en pos del aterrado fray Antón, que arrancó automáticamente por la nave de la iglesia; pero ¡justicia de Dios! en el mismo instante, el verdadero cadáver se levantó también del escaño, y, asiendo de un candelero, arremetió tras el espantado fray Gaspar; así, aquel se huía de éste y éste del positivo difunto. Lo demás que acaeció, nadie ha podido averiguarlo, pues, al día siguiente, cuando los Padres fueron a maitines, hallaron en la puerta de la sacristía tres al parecer cadáveres tendidos en el umbral. Los cuidados prodigados a los dos coristas restituyéronles a la vida, pero nunca se consiguió que refirieran más pormenores que los consignados. Aquel fué un secreto entre Dios y ellos.

Por la fecha en que aconteció lo que acabamos de relatar, por el nombre del travieso frailecito y por cuanto reza la tradición que éste, extractando del suceso una manifestación llamada de Dios a sí, se entregó a la virtud y a las letras y vivió con crédito de sabio y murió en olor de santidad; ende, sospechamos que el compañero de fray Antón fué el, más tarde, doctor don fray Gaspar de Villarroel, ilustre quiteño, virtuosísimo agustiniano, obispo sucesivamente de Santiago de Chile y de Arequipa, curioso autor de unas cuantas obras impresas en Lisboa, Madrid y Sevilla, y de quien rara vez se puede decir en justicia lo que, de los escritores ecuatorianos de esa época, asevera un crítico: conviene a saber que "su sabiduría se fundaba en tal cual conocimiento en materias teológicas y en embroliar una discusión con pesados silogismos".

No tal: para no dejarnos mentir, ahí están los "Comentarios y Discursos sobre los Evangelios de Cuaresma, el Josué. Comentarios in Librum judicum, las Historias Sagradas, eclesiásticas y morales, los Comentarios, dificultades, y discursos literarios, morales y místicos sobre los Evangelios de los domingos de adviento y de todo el

año y, sobre todo, el Gobierno Eclesiástico Pacífico, y unión de los dos cuchillos, pontificio y regio". Obras todas que afaman al Padre Villarroel como místico de punta, comentador eximio y polemista consumado. De tal le califican también, Solórzano en la censura del Gobierno, etc. y en la Política indiana, Campomanes en la Regalía de España y Fray Torres en su Crónica.

Tocante a la duda de si fray Gaspar estuvo o no cuando corista en la ciudad de su nacimiento, diremos que, si no estamos mal informados, concluyó en el número 71, artículo VI, cuestión III, parte I, de la obra últimamente citada y en otros lugares, —tomó el hábito y se crió en el "religiosísimo convento de mi Padre San Agustín de Lima". Respecto a la travesura del carácter de fray Gaspar, no lo dijimos a humo de pajas, pues él mismo nos refiere los sudores, temblores y angustias que le costó ver, en el teatro público (que se solía llamar Corral), la representación de una comedia.

EL CANDELERO

Luis N. Dillon

Quien ha tenido en su casa una de esas viejecitas de cabeza blanca como copo de nieve y de rostro surcado de profundas arrugas, al punto adivinará como ha venido hasta mí la vulgar leyenda del candelero acaecida en esta noble ciudad de San Francisco de Quito.

Me cupo en suerte, allá en mi infancia, tener a mi lado una de estas crónicas andantes que, con sus cuentos y leyendas, suelen endulzarle a uno los ratos de mal humor. De boca de ella recogí la tradición objeto de este articulillo. La escuché en una noche de invierno, mientras caían torrentes de agua en el patio de mi casa y el viento azotaba con furia las vidrieras, circunstancias que contribuyeron de consuno a aumentar lo medroso de la leyenda y a imprimirla de un modo indeleble en mi delicado espíritu de niño. Hoy que la traslado al papel, no garantizo por su verdad. Vayan, los que quisieren hacerme cargos, al panteón de San Diego; allí reposa Doña Marta la cual, pun-donorosa como era, todavía, a pesar del epitafio, sabrá volver por su reputación de mujer verídica, pues yo no hago otra cosa que, sin comentarios, escribir lo que ella me contara.

Es el caso, decíame la Sra., que allá por los años de no sé qué tantos hallábase agolpado, muy por la mañana, un gran concurso de gente delante de la Iglesia de San Francisco de esta heroica y pacífica ciudad, y varias personas parecían examinar cierta parte de la puerta con minuciosa y viva atención. ¡Los demonios! ¡el enemigo malo! ¡qué extraño! ¡qué singular! exclamaban las viejas

despavoridas y todas se ponían al abrigo de un **per signum crucis** de padre y señor nuestro. Semejantes palabras y acciones excitaron mi curiosidad; acerqueme, y vi, a manera de bajo relieve, esculpida en la superficie de la puerta la figura de un candelero gigantesco: la imagen era verdaderamente maravillosa, pero mostraba haber sido producida por algún choque violento.

Por fin resonó en los arcos del templo el **pitac! pitac!** de las alpargatas destalonadas y barbudas del sacristán, que pausadamente se encaminaba hacia nosotros; él vendría a ponernos en paz, aclarando nuestras dudas, y para el efecto era suficiente, interrogarle como lo hacemos las mujeres: minuciosa y tenazmente. Dicho y hecho: llegando que no llegando le destacamos tal retahíla de preguntas, que el pobre para no perder la serenidad de espíritu, hubo de apelar al rosario mientras pasara el chubasco.

Todavía me parece que lo veo a D. Telésforo — así se llamaba el sacristán — Era hombre de baja estatura, regordete y de carrillos tan soplados que amenazaban estallar en la primera de espadas, arrastrando en el descabro al corto número de barbas que yacían diseminadas por su encendido rostro. Sus ojuelos encandilados y saltones andaban en perpetua riña, pues, mientras el uno miraba a la tierra, empeñábase el otro en contemplar el cielo. El pelo largo y aborrascado, le salía por debajo de un solideo verdoso y raído que, según el decir de malas lenguas, prestaba muchos años há. sus servicios al P. Provincial. El chaquetín de paño decía clarito que en sus mocedades había sido frac; pues, para volver a serlo, sólo le faltaban los faldones. A consecuencia de este descabalamiento, atentado inicuo de las tijeras de D. Telésforo, su rabadilla se mantenía a la rasa, y los cuatro vientos jugaban a su antojo con el **fundillo** que caía desencajado de su lugar. Los calzones que cargaba este sujeto eran con rodilleras y un muestrario ambulante de casimires. En el otro cabo de la figura ya sabemos que traía alpargatas no muy **católicas**, las cuales, dejaban que algunos dedos se asomaran, de cuando en cuando, a tomar aires más **puros** que los de su cárcel. Allá, por las alturas de la barba, parecían las puntas desmayadas y lánguidas del cuello de la camisa, dejando a la intemperie una manzana, pero ¡qué manzanota aquella! que se la distinguía a tiro de ballesta en el pescuezo de nuestro personaje. **Ytem más:** unos cuantos cordones mugrientos a manera de collares de los que

pendían escapularios y medallas de la Purísima y San Juan Bautista.

—Y ¿qué? D. Telésforo; díganos Ud. qué significa esta imagen que ha amanecido hoy impresa en la puerta? Díganos, por Dios, que mucho se comenta, prorrumpimos todos los que nos hallábamos amotinados delante de la Iglesia al llegar el sacristán.

—Pues, nada! ¿qué va a haber?... Sólo que ha sido bonita la noche que nos hizo pasar el demonio!.....

—Ya lo oyen?... No lo dije yo?... ¡Jesús, María y José, la Virgen Santísima nos ampare!

—Bah! bah! ¡qué mujeres! dijo D. Telésforo, al ver los aspavientos de la beatas; cálmense Udes. y déjenme acabar: quiero decirles, que el demonio de D. Pedro nos hizo una humorada muy divertida; si ¡tan divertida! que aún después de que esta humanidad se haga polvo y ceniza, todavía se me han de poner los pelos de punta; no de miedo, por supuesto, sino por la broma, que no es mala! Ya la van Udes. a oír!

Y después de murmullos en el auditorio, nuestro orador cuadróse en el dintel de la puerta, y estirando el pescuezo para tragar saliva, comenzó a hablar **ex-cátedra:**

Ingratitud pésima: la ingratitud aborrece Dios como ningún otro pecado. Los quiteños son muy ingratos con el Sagrado Corazón, nuestro abogado y defensor, y esta es la causa por la que El se nos ha resentido — saltaron dos lagrimones de los ojos de D. Telésforo — y retirándonos su benefactora protección nos castiga hoy duramente con la peste que anda desolando la ciudad, como Uds. muy bien lo saben.

¡Miserere Dómine peccatis nostris!

Los pobres estudiantes del San Fernando han llevado en esta ocasión la peor parte, no obstante las misas, trisagios y comuniones a que devotamente se han entregado: pues casi no hay día que no tengamos uno de ellos a quien cantarle el **de profundis**; y les juro, como buen cristiano que soy, y con esta boca que se ha de hacer tierra, que se me cuaja la sangre en las venas, cuando está aquí alguno de estos Sres. y tengo que venir, muy por la madrugada, a desentornar las puertas de esta Santa Casa:

Pues bien, anoche ocurrió lo de siempre: es decir, tuvimos muerto en casa, y este era estudiante por añadidura y, según se estila en el colegio, dos alumnos debían pasar la noche, que de veras es mala, custodiando el fétetro y atizando los cirios. —La suerte quiso designar pa-

ra esta enojosa tarea a dos tipos diametralmente opuestos: Pedro Cedeño, uno de los elegidos, es un mozalbete truhán y desalmado; a él poco le importan las cosas del otro mundo; en nada cree y siempre tiene aún para lo que mella al corazón más corrompido, risa sarcástica en sus labios: lo más respetable: aquello que tiene esa seriedad tan imponente por hallarse envuelto en el misterioso ropaje de lo eterno, es para él objeto de las más cáusticas burlas. No así Juan Alvarez; muchacho devotito, fervoroso y recatado, respeta todo lo respetable, adora todo lo adorable.

Las siete de la noche serían cuando las puertas de la Iglesia impelidas por mi mano, giraban pesadamente sobre sus goznes. Pedro y Juan tomaron asiento en el confesonario, para vigilar cómodamente el túmulo y precaverse del frío que era intensísimo. Les encargué, que se encomendaran a las ánimas benditas, no sin exponerme a la fisga de Cedeño, y desaparecí enseguida en busca de mi lecho. De lo demás, no soy testigo presencial, pero vengo de oírlo de boca del mismo Pedro, y ¡por San Millán el cogolludo! que yo no sé mentir: primero me pondría, como San Ramón, candado en la boca, antes que por estos labios salga una falsedad.

Es lo cierto que a eso de las doce de la noche, uno de los amigos le decía al otro: ¡qué flojo eres hombre! te vas a morir de miedo, **mariquita**! Ve a la fonda de la esquina y tráeme algo que engullir. No te olvides que primero necesito remojar la garganta para no atragantarme: echaremos un trago a la salud de los condenados y otro se lo ofreceremos al difunto, que estoy seguro, lo ha de aceptar de muy buena gana, pues el gazzate no le debe andar muy fresco. Deja no más, que esta noche vamos a armar parranda con las almas del Purgatorio!...

--Calla, por Dios, deslenguado, yo no voy!... respondió Juan a las blasfemas palabras de Cedeño, dando diente con diente al considerar que tenía que habérselas solo hasta llegar a la fonda. Mas, con furibunda interjección y soberano golpe hizo Cedeño salir a su amigo del confesonario, obligándole así a cumplir sus órdenes.

Tan luego como Juan hubo salido del Templo, Pedro se dirigió a las andas con ánimo resuelto, y tomando en brazos al cadáver, lo colocó en el confesonario en actitud muy natural.— Pocos momentos después el profanador ocupaba el ataúd, mientras decía para su capote: ¡Buena jugarreta! ¡Valiente susto se va a llevar el muy **mari-**

quita al darse de narices con el difunto! Ja! Ja! ¡Cómo nos vamos a reir mañana en el colegio!

Después de un instante, oyóse un rumor sordo producido por telas que se arrastraban; pasos medidos cuyo eco iba a perderse en las oscuras bóvedas del Templo; respiraciones profundas, quejidos prolongados, fúnebres suspiros que parecían salir del fondo de una tumba.

La serenidad de Pedro iba flaqueando: preciso era desvanecer las neblinas que empezaron a bullir delante de sus ojos, y para lograrlo se decía: es sin duda Juan que, de vuelta de la fonda trata de probar una vez más mi indisputable valor fingiendo esos suspiros y las otras bobadas; sí, pero ¡qué caro le va a costar el chiste! ¡Vamos a ver cual de los dos es el que se lleva el chasco! Mas, los pasos se acercaban; aire fétido era el portador de esos lúgubres ruidos y aún cierto fulgor siniestro parecía iluminar a intervalos las tinieblas que envolvían el Templo. Pedro no pudo ya sobreponerse: las sienes le latían con violencia tal, que amenazaba hacer saltar las tapas del cráneo; la respiración era difícil y los cabellos estaban erizados, cuando haciéndose esfuerzo sobrenatural levantó la cabeza y, con ojos desmesuradamente abiertos, contempló un cuadro horrible: el cadáver que había recobrado la vitalidad para volver por sus fueros indignamente ultrajados, avanzaba con paso majestuoso y solemne hacia él, para pedirle cuenta de la profanación. Cada dos pasos se detenía con ademán espantoso. El hábito de San Francisco que le servía de mortaja se rozaba con lentitud por el suelo, produciendo un ruido aterrador. Por entre el capuz, que caía sobre sus pómulos huesosos y macilentos, se dibujaba su mirada cristalina, indecisa y torva. Los labios rígidos y blancos, ligeramente entreabiertos, dejaban asomar dos hileras de dientes empañados por el vaho de la muerte y daban a la faz del difunto aspecto por demás medroso y siniestro. La luz pálida y mortecina de los pizmientos cabos de los blandones, que chisporroteaban con tristeza, al ir a dar sobre el sayal del difunto, producía resplandores lívidos y temblorosos que se destacaban perfectamente sobre la densa lobreguez de la nave. La vez que en su camino se detenía el muerto lanzaba un gemido desgarrador, pero entrecortado y apenas perceptible; la cabeza se doblaba sobre sus hombros y los yertos brazos se erguían para caer de nuevo por su peso, produciendo, al chocar con la mortaja un sonido cavernoso, que los recodos del templo se encargaban de reproducir mil veces.

Aquello era horrible, espantoso, y Pedro, por tanto, más muerto que vivo, vaciló, tembló; quiso gritar, pero una mano de hierro le estrechaba con saña la garganta; sudor meloso corría a raudales por su frente, el cerebro estaba conturbado, los músculos habían perdido su potencia motriz, y así, más bien rodó que saltó sobre el pavimento. Aunque el mozo perdiera su valor, todavía le quedaron fuerzas para levantarse y correr despavorido en dirección a la puerta principal. Poco antes de llegar a ella volvió la cabeza, y su estupor llegó al colmo al ver que el cadáver había empuñado uno de los cuatro enormes candeleros que se hallaban colocados en los ángulos del catafalco, y enarbolándolo le seguía a más correr. — Los muros de la Iglesia vacilaron para él; el fantasma que le perseguía se volvió inmenso, incomensurable; en sus ojos brillaban centellas prendidas con el fuego del infierno; y allí en su mano relampagueaba el candelero vengador: candelero elaborado por la furia satánica y para maldición de la humanidad. Un ruido seco vino después: era que Pedro se desplomó y rodó por tierra. Al mismo tiempo un estrépito inmenso, en seguida silencio pavoroso: el candelero había sido arrojado con la violencia del rayo al desprenderse de las nubes, y ahí está impreso en la puerta para eterna memoria de hecho tan singular; como sello de un juramento de venganza terrible, como testimonio irrecusable de un castigo impuesto a la profanación y fulminado desde ultra tumba.

No bien había pasado esta escena horripilante, cuando Juan entraba por la puerta falsa de la Iglesia cargado de buena cantidad de provisiones de boca. Después de echarse encima una persignada se dirigió al confesonario en busca de su amigo. Su sorpresa fué grande al encontrar vacío el asiento, y quedóse mudo de terror al oír por el lado de la puerta un ronquido bronco, mezclado, de cuando en cuando de quejas agudas que parecían salir de los antros malditos y que se iban apagando poco a poco en el silencio. Juan, que de poco necesitaba, huyó poseído de pánico, al convento en pos de auxilio.

A los cinco minutos aquello era una algarabía: los padres, casi trastornados, buscaban sus libros de oraciones, colgábanse al cuello sendos escapularios y medallas, y armados de crucifijos descendían a la iglesia formados en columna. Yo llevaba la vanguardia asido de mi acetre. El puesto no dejaba de ser **peligroso**, pero en desempeño de mi cargo hube de ocuparlo haciéndome de **trips corazón**.

Los salmos penitenciales de David y los exorcismos fueron nuestro **refugium**. ¡Qué de rezos, qué de cantos! hasta llegar a la iglesia. Yo, siempre atento y comedido, quise cederle el paso al P. Prior:

—Pase vuestra Paternidad primero.

—Sigue no más, hijo, quo yo he de ir después.

—No mi Padre, siga vuestra Reverencia.

Y en este diálogo nos amaneciera —porque no sé cual de los dos tenía más miedo— si el Padre tomándome por el brazo no me hubiera puesto de un sólo tranco en media Iglesia. —Allí vinieron los exorcismos y asperges por mayor; pero nada, el muerto estaba bien muerto, tendido sobre el anda no daba muestras de haber hecho ninguna excursión; más Pedro estaba tendido junto a la puerta, para comprobar que no es cuento la historia que os vengo narrando: exánime, tenía la boca espumajosa, los ojos enturbiados, las manos crispadas y los cabellos en completo desorden; la huella que había dejado el candelero en la puerta, decíame, además, que los muertos no deben ser objeto de burla.

Así terminó el sacristán su narración a las viejas que lo escuchaban como baúsanés. Yo, por mi parte, y en vía de moraleja, aconsejaré a los que se tomen la molestia de leer esta tradición, que no se anden en broma con los del **otro barrio**, porque se exponen a un candelarazo.

POR SI DIJO EVILLA O HEBILLA

Llavazos de consecuencia

C. M. Tobar Borgoño

El Teniente de Corregidor don Anacleto López Amurrio acababa de llegar a su casa, después de oír devota misa de siete en San Francisco, el domingo 5 de diciembre de 1632 y embutía tranquilamente el chocolate sopeado con queso mantecoso y bollos de rechupete, —que es como se lo toma en mi tierra—, cuando un ruido de voces vino a interrumpir tan provechosa ocupación y a empujar al señor López hacia una ventana de las que daban a la calle.

Era ésta la que por entonces se conocía con el nombre de "calle de la Torre Vieja" y después, del Cucurucho, o sea la que hoy se llama de Flores en la parte que queda tras de las murallas orientales de San Agustín.

Asomado al balcón, el señor López Amurrio pudo imponerse de que la bulla la producían dos sujetos que le pareció se daban de puñadas. Acudió a la calle y ahí, mediante la eficaz ayuda de un alguacil, consiguió separar a los luchadores. Su admiración fué grande cuando pudo ver que éstos eran nada menos que el bachiller don Damián Fernández, capellán del monasterio de monjas conceptas de esta ciudad, y don Isidoro de Guerrero y Narváez que por entonces ejercía interinamente el cargo de Alférez y Guarda-sellos de la Presidencia.

Admiróse, como digo, el Teniente de Corregidor y no cabía dentro de su cuerpo el escándalo que de él se apoderó al ver luchar a brazo partido como hubiera podido hacerlo cualquier jifero a un dignísimo sacerdote, disfra-

zado por añadidura de paisano, con capa y pantalón de los que en la época se estilaban.

Detenidos que fueron los dos campeones, el señor Guerrero hizo notar y pidió a los testigos que apuntasen en la memoria el particular de no ser él quien hubiera alzado ni por una sola vez la mano contra el clérigo y que, sólo si, lo único que había hecho era defenderse de los golpes que con una gran llave le propinó el capellán.

Mandó el señor López al alguacil que recogiese dicha llave de manos del presbítero; mas, éste protestó diciendo que era la de su casa y que si le quitaban no tendría como entrar en ella, tanto más cuanto que su servidumbre se hallaba ahí encerrada. Exigióseles palabra, al seglar y al eclesiástico, de presentarse a la Justicia luego que esto les fué notificado y, tomando el Teniente de Corregidor del brazo al Alférez, llevósele en dirección a su casa, mientras el alguacil hacía lo propio con el señor Fernández.

A los pocos pasos riéronse los dos empleados reales y, al oírles, volvióse iracundo el eclesiástico y, por encima de la cabeza del alguacil, lanzó contra ellos la misma llave que, como puede suponerse, era fenomenal para proyectil.

Alborotóse de nuevo el cotarro, púsose hecho un basilisco el sacerdote diciendo que esos malvados se burlaban de él, mientras el Alférez le echaba a la cara en tono festivo un grito ya oído durante la tanda de llavazos, y fué el de: "¿Y la hebilla, padre cura?"

Hicieron nuevos esfuerzos el alguacil y el señor López y consiguieron, por fin, dar término a la incidencia.

El Teniente de Corregidor creyó que el asunto quedaría en silencio una vez que los actores habían sido personas tan altamente colocadas en esta Ciudad; pero, contra su modo de pensar, al otro día, el pesquisidor real don Eulogio Mirelles, allegado próximo del señor Guerrero, presentó demanda contra éste por haber faltado en plena calle a un ministro del Señor, y, en tal forma y con tales aspavientos iba la denuncia y acusación, que el tribunal no pudo menos que conocer y de prisa el asunto.

Alegóse por ahí que gozando de fuero uno de los interesados nada podían hacer los jueces civiles por razón de su incompetencia. Protestó a esto el señor Mirelles y citó al efecto textos canónicos que decían no gozar de fuero el clérigo que no usare ropas eclesiásticas y que como el señor Fernández estuvo de seglar en la escena de los lla-

vazos, la Real Audiencia era muy apta para juzgarlo.

Sonreíase, mientras tanto, socarronamente el Alférez y como el acusador era pariente de él se supuso desde luego que algún gato encerrado guardaba la demanda.

Se convino a la postre, por indicación del Presidente don Pedro Arriola, en formar sala mixta llamando como consultor y juez agregado al provisor eclesiástico que lo era el doctor Juan de Arteta. Citóse para audiencia al día subsiguiente y.... esperemos que den las once y media del miércoles, hora en que principiará la sesión.

En efecto, en el día y momento citados reunióse el tribunal con asistencia del representante eclesiástico y presencia de los señores Isidoro de Guerrero y prebendado Fernández, aunque el escribano, que lo era don Simón Larenas, hizo notar que el presbítero retardaba en llegar a la hora debida.

Abierta la audiencia y después de leerse la demanda y autos, dióse la palabra al capellán de monjas para que expusiera lo que en derecho fuere.

Dijo entonces que el Alférez le había encontrado en la calle de la Torre Vieja y que ahí se le acercó y le lanzó soeces insultos; que él, en legítima defensa, repelió al agresor de palabra, con unos ligeros golpes propinados con el objeto que más a mano llevaba, la llave.

Preguntó el presidente si protestaba del fuero y, como contestara que no, cedióse la palabra al Alférez.

Este, sofocando la risa dijo que, en realidad, aquello de los llavazos era muy cierto, que en cuanto a lo de los insultos pedía que el mismo señor presbítero repitiera ante el tribunal las injurias que decía lanzadas por él para que los señores jueces pudiesen juzgar si eran tales de nuestros; y que además exigía a su contrincante que presentase la **llavecita** que le sirvió para la decantada defensa.

Contestó su Reverencia que no podía repetir, como exigía el alférez, y que no creía tampoco al tribunal capaz para oír tamañas necedades, porque sería faltar al respeto debido a la justicia. Que, en cuanto a la llave, la había dejado en su casa, que quedaba calle de por medio con el monasterio de la Concepción; pidió el señor Guerrero que se mandase a traer con un alguacil y replicó que si el tribunal hallaba injuria en el presunto insulto, él, el alférez, se daba desde luego por condenado y, que hasta pagaría las costas y perjuicios; pero que para ello, era preciso que ya que no lo quería expresar el señor Fernández, lo repitiese él mismo. Insistió Guerrero y apeló a la deci-

sión de la Audiencia, la cual resolvió a la postre, que debía repetirse la injuria bajo las consecuencias aceptadas de **motu proprio** por el señor Alférez. Protestó entonces del fuero el clérigo, y el procurador eclesiástico respondiólo que ya, habiéndolo una vez aceptado, no había lugar.

Habló Guerrero y dijo que lo que él había soplado la mañana del domingo a la oreja del presbítero fué estas solas palabras: ¿qué fué de la hebilla?

—¿Con h, o sin h?, preguntó uno de los oidores que solía dárselas de sagaz.

Libreme Dios de hablar al señor capellán de Evillas, dijo el señor don Isidoro. Referíme sólo a **hebillas** con **h y b de burro**, y para que a vuestras mercedes conste, voy a referir la historia de la fracesita que tanto ha irritado al señor Fernández.

—Opóngome a ello, gritó el aludido, y hasta pido que se perdone al señor Guerrero y que se reconozca que no hay injuria en lo por él repetido.

En esto, llegó el alguacil con la llave y mandó el Presidente que se la examinara, pesara y midiera, hecho lo cual por el escribano, resultó que "era de las que vulgarmente se llaman de **loba**" que pesaba doce onzas, dos adarmes y un tomín; tomada la longitud acusó trece pulgadas y media de las castellanas y bien medidas.

Reclamó el cura acerca de esto último, alegando que la pulgada del escribano era muy grande y que la medición hecha por él era, por consiguiente, inexacta; protestó el oficial y pidió que se agregase a los autos eso que consideraba sátiras del prebendado hacia las uñas largas de los escribanos; midióse otra vez por el alguacil mayor y dió trece pulgadas y dos líneas.

Pidió sentencia el señor Fernández, pero el juez expuso que no podía darse hasta que el señor Guerrero dijese lo que creyera serle favorable, pues había sido interrumpido por el alguacil que trajo la llave. Como contestara que quería hablar, intranquilizóse el clérigo y alegó que le había venido un cólico fulminante que no le permitía permanecer por más tiempo en la Audiencia; nombró procurador en la persona de un tal Robregón, portero del propio tribunal, y fuese más que de prisa, rojo de rabia y despecho.

Refirió entonces Guerrero el origen de lo que el señor Fernández calificó de insulto y, dijo que el clérigo en aquella mañana andaba de paisano, por cuanto en la noche anterior había estado de jarana en casa de unas cua-

les, a quienes se conocía por el apodo de las **Deshechas**, "personas a quienes sus señorías debían también de conocer"; que, en ese lugar estuvo bailando y divirtiéndose hasta que recordó que estaba sin las ropas de su ministerio y quiso volver a su casa antes del amanecer; pues que no quería ser visto por la gente; notó, a la sazón, que le faltaba una hebilla de pedrería y oro, de gran valor, que en el cinturón llevaba y con tal motivo armó un bochinche magno tratando de ladrones a todos los concurrentes incluso otro eclesiástico más y dos cabildantes civiles que con él habían ido, hasta que alguien dió con la hebilla entre las sábanas del lecho de una de las de la casa. Esto produjo que todos embromasen a su reverencia con lo de la **prenda perdida** y que él adquiriese a la postre un monstruoso berrinche. Que habiendo el alférez salido de la casa de las Deshechas antes que el señor Fernández, dió la coincidencia de que a poco lo encontrara en la calle, ocurriéndosele tornar a mentar la famosa hebilla al oído del presbítero que armó la de Dios es Cristo como lo presencié el señor Amurrio.

Oído lo cual, retiróse el tribunal a deliberar y condenó al señor Fernández a "confiscación de la llave"; al señor Guerrero, por no poderse saber a punto cierto si dijo Evilla o hebilla, a pedir perdones, delante de un alguacil, al clérigo; y, a uno y otro, por mitades, a abonar los gastos del juicio que, entre papel, jueces ministriles y escribano, ascendían a tres reales y un cuartillo.

LA DAMA TAPADA

(Leyenda Guayaquileña)

Modesto Chávez Franco

No se ganaba en Guayaquil un rumboso título de **Tunante**, por los años de 1700, quien no había seguido siquiera una vez a la **TAPADA**, en alta noche por los callejones y vericuetos por los cuales llevaba ella a sus riñosos galanes.

Nunca se la veía antes de las doce ni jamás nadie oyó, en la aventura de seguirla, las campanadas del alba a las 4 de la madrugada.

¿De dónde salía la tapada? Nunca se supo; pero el trasnochador de doce y pico que se entretuviese por alguno de los callejones, de Alonzo o la Cruz, del Ahorcado o la Velería, el Descomulgado o la Curtiembre, por Chinguere o la Encrucijada, y pasando las ruinas de la Muralla por donde hoy Junín, tomase hacia el Bajo de seguro que el rato menos pensado tenía andando delante de sí, a dos varas invariables, siempre como al alcance de la mano pero nunca alcanzable, a una mujer de gentilísimo andar, cuerpo esbeltísimo, y que aunque siempre cubierta la cabeza con mantilla, manta o velo, revelaba su juventud y su belleza, y a cuyo paso quedaba un ambiente de suavísimo perfume a nardos o violetas, reseda o galán de noche.

Todo galanteador, fuese viejo verde o joven sarmiento, sentíase irresistiblemente atraído y como médicamente inspirado para dirigirle los piropos. Y ella delante y él detrás, camina y camina, sin que ella alterara su ritmo; pero sin dejarse nunca alcanzar ni disminuir la distancia de una vara a lo sumo; pues bajo no se sabía qué

influencia, el acosador no podía avanzar a franquear esa distancia.

Y camina, camina, la damita cruzaba célebre con la pericia de una buena conocedora de los vericuetos, siempre por callejones y encrucijadas, sin franquearse a calles anchas. Zas...zas.... las almidonadas arandelas de su pollera unas veces. Suas.... suas.... suas.... los restregos de sus sayas de tafetán, otras, pues nunca se repetían sus trajes, salvo la manta o el velo.

Sólo pequeños esguinces de su gallarda cabeza, como animando a seguirla; sólo algo así como el eco imperceptible de una ahogada sonrisa juvenil, eran los acicates del galán que se empecinare en seguir a caza tan difícil. Y cosa curiosa: a su paso los rondines dormían, si alguno estaba en la calle; y nadie que viniera de frente parecía verla; la visión era sólo para el persecutor; que ya perdida la cabeza y el rumbo, seguía inconsciente, hipnotizado, cruzando callejas y callejas sin saber por dónde ni hacia dónde le llevaban su curiosidad o malicia y el irresistible imán que lo precedía.

....Cuando de pronto... la tapada se detenía a raya.... Daba media vuelta de precisión militar, y levantándose el velo que cubría su faz, no decía sino estas frases

—Ya me vé usted cómo soy.... Ahora, si quiere seguirme, siga...

Y el rostro tan lindamente supuesto, se mostraba en verdad bellissimo, fino, aristocrático, blanco, sonrosado, fresco, griego, magnífico.... pero todo era una visión de un segundo. Inmediatamente, como hoy podemos ver en las combinaciones de la película esas transformaciones entre sombras y difumaciones... todas las facciones iban desapareciendo como en instantánea descomposición cadavérica; a los bellísimos ojos sucedían grandes cuencas que a poco fosforecían como en azufre; a los lindos labios las descarnadas encías, a las mejillas los huesos; hasta que totalizada la calavera, un chocar macábrico de crótalos eran las mandíbulas de salteados dientes.... Y un creciente olor de cadaverina reemplazaba la cauda de aromas anteriores.....

Otra media vuelta de la dama.... y el que alcanzara a verla la hubiera visto como evaporarse al llegar a la vieja casa abandonada de don Javier Matute, calle del Bajo, junto al callejón del Mate, después Roditi

El que no alcanzaba a ver esto, allí quedaba, paralizado y tembleque, pelipuntiparado, sudorifrio y baboso,

loco o muerto.... Sólo el que había visto a la **Tapada** podía adquirir el rumboso título de **Tunante....**

Y agrega la leyenda que el alma en pena era de una bella que en vida había abusado del comercio de la carne, sin ser carnicera.

UNA FLOR QUE SENTENCIA

Angel Polibio Chaves

I

Chimbo era en 1745 un asiento floreciente y de bonito aspecto, no obstante que el terremoto del año anterior echó a tierra las torres de San Francisco, la de la Matriz, y un lienzo del Hospital de Betlemitas, amén de muchos edificios particulares; pues el Rey le había concedido favores y muchos privilegios, deseoso de que hubiera una buena población en la garganta de la Presidencia, para que sirviera de auxilio al comercio de la costa y de la sierra.

Todos los corregidores habían sido personajes distinguidos, Señores de horca y cuchillo; los cuales casi siempre traían comitiva de empleados de gente notable, así por la cuna como por los vicios; pues quienes no tenían esperanza de mejorar en la Península y ni podían resignarse a su mala fortuna, se trasladaban a América, donde, por mal que les fuese, venían a ser principales y primeros.

El Corregidor Don Pascual de Guevara, Arrieta y Palamós, había dejado un hijo denominado Manuel; quien, aun cuando de nobleza conocida por parte de sus cuatro abuelos, tenía la desgracia de ser criollo; y esto en los tiempos coloniales, equivalía casi a tener sangre africana y era causa de menos valer, por muchas que fuesen las campanillas por los otros lados.

Don Eugenio González de Figueroa, el que fundó el pueblo de Balzapamba, trajo por Secretario a Luis Paredes de Lara, joven de unos veintidós años, buen mozo hasta no pedir más, tunante, jugador y malo, que no tenía el diablo talón en que herirle. Desde que llegó a Chimbo se distinguió por sus saturnales, y se preciaba de no haber

hallado mujer que le resistiese; pero, muchas veces, es duro un hilo de araña, y hé aquí que en el Asiento hubo doncella que dijese y probase que Don Luis era antipático, no embargante su hermosa y bien puesta figura.

Vivia en uno de los barrios apartados de la ciudad una joven llamada Rosario, modesta en todo lo que no fuesen cualidades personales, y de quien era tenido por novio oficial Manuel de Guevara, no obstante no haberla pedido aún a sus honrados padres. Súpolo Paredes y al alcázar la honda; pero no pudo dar al blanco, porque ni a la casa entró, ni recibidos fueron sus billetes, ni mención hizo la interesada de las serenatas, rondas y paseos con que se desempedrabá el barrio.

Infructuoso es decir que Luis y Manuel se hicieron enemigos; y mientras el uno vivía con su boato y riqueza, el otro se le equiparaba con ser español y empleado. De esta lucha sacaban partido los parciales respectivos; porque si bien el castellano no tenía tesoros en caja, los encontraba donde quienes los tenían, por medio de cien mil resortes de que se valía para conseguirlos de grado o por fuerza.

II

En aquella época no era el aguardiente de venta libre, sino que se hacía ésta por cuenta del Gobierno, y el estanco era hombre considerado, porque estaba en camino de hacer fortuna con muy homeopáticos medios: dando menos en la medida para vender, dando más en la para recibir y tal cual cántara de agua le representaban más que el sueldo. Y como tras el lugar del despacho tenía el estanco de Chimbo trastienda donde se reunían para jugar los desocupados del Asiento, percibía de los viciosos otra rentita que iba acumulando para su regreso a España, pues sin embargo de haber vivido en América más de seis lustros y de haber venido con otros tantos gastados allá, no había minuto que no hablase de su próximo regreso; el que sólo dificultaban los tramposos, pues, decía, estaba en éstos todo lo poco que había podido conseguir a costa de mil penalidades y mayor número de privaciones.

Una noche se jugaba donde el estanco una muy interesada partida de dados. Luis había perdido cuanto había llevado, lo que había fiado a los amigos y cuanto había pedido a la Casa para devolver doblado; pero la mala

suerte seguía, no le salían sino azares; y en cada suerte del contrario juraba, blasfemaba y se mesaba. Manuel, que era el afortunado, contestaba con risas a las provocaciones de aquel, pues la tolerancia y el buen humor son cualidades obligadas en los gananciosos; pero se fruncía y no podía disimular la rabia en cada ocasión, y eran muchas, en que los mirones decían al perdidoso: "feliz en amores, desgraciado en el juego", "Dios nos da pesos y besos", y otras frases semejantes, a cual más agudas y significativas.

No tuvo ya Luis sobre qué jugar, porque pignorando estaba hasta el sol por salir; entonces le propuso Manuel darle el valor de un anillo que tenía puesto. Contestó que no era suyo; lo sé respondió éste dirigiéndole una mirada de furia, y comenzó a recoger el dinero que tenía sobre la mesa. Luis, ante tan espantoso ademán que le arrancaba el alma, convino en recibir el precio de la joya, y se resolvió la partida; pero con éxito diferente desde el principio. Bien en breve pasaron los fondos a poder de Luis, y tocó a Manuel la hora de enrojecer, sudar y maldecir; y no obstante haber sido, hasta entonces, el jugador más sereno y culto de cuantos frecuentaban la trastienda del estanquero.

Dieron las diez de la mañana y la mesa seguía con el mismo personal que doce horas antes. Y aun cuando la Casa exigía a Manuel tomara más dinero para desquitarse, éste no quiso; dirigió una mirada de provocación al feliz Paredes y salió, con asombro general, no por la puerta excusada, y sin cuidar de arreglarse el vestido ni los cabellos.

III

Nuestros abuelos almorzaban a las ocho de la mañana, merendaban a las dos de la tarde, cenaban a las siete de la noche, y a las ocho no había mortal ni luz despiertos; pues tenían por axioma: que comer y dormir temprano conservan el cuerpo sano; y, seguramente por esto, vivían doble y triple que los trasnochadores de sus nietos.

En casa de Rosario estaba el papá furioso, pues su hijo no había venido al almuerzo: y si no se daba por notificado de que pasara la mayor parte de las noches en el Estanco, no perdonaba faltase a la mesa en las horas de comer.

La niña bajó al jardín tan luego como se levantó su

padre, y comenzó a pasear por todas las callejuelas, pero volviéndose a cada instante hacia la puerta. Dieron las diez en el Hospital, y su agitación subió de punto: paseaba con más viveza, se paraba más a menudo, se llegaba más a la puerta, ponía el oído para escuchar, veía por la abertura de la chapa, se arreglaba el cabello, cogía flores, las deshojaba; estaba como azogada, no sabía lo que hacía. Vestida de traje blanco, suelta la hermosa cabellera que le caía hasta la cintura, se destacaba como la figura de Ofelia a los rayos de un sol reverberante, que parecía quemar hasta las arenas del jardín.

Dieron las once, se abrió la puerta, y entró Manuel con aire descompuesto y sobresaltado. Se paró al divisar a Rosario; sintió un estremecimiento extraño y tuvo ímpetus de volver la espalda y salir a la carrera; pero le deslumbró la belleza de la joven, se detuvo un instante, y luego siguió precipitadamente hasta donde ella se encontraba. Miró al mancebo con ojos preñados de lágrimas, y se dejó tomar la mano sin decir una palabra. El la llevó a un banco de césped, la hizo sentar junto a sí, pero tampoco habló; fué ella quien rompió el silencio:

—A esta hora!

—No he podido venir antes por una inaplazable ocupación.

—Inaplazable, porque yo soy para ti objeto secundario.

—Eres lo único para mí en la vida; por eso soy tan desgraciado.

—Tienes razón, la distancia que nos separa es inmensa.

—Cierto; el abismo que hoy nos separa es espantoso.

—¿Y por qué no lo viste antes? Tengo yo la culpa de no haber nacido noble y rica? Hiciste despertar mi corazón cuando apenas tenía quince años; en tres que han transcurrido, tiempo tenías de medirme y no hacerte desgraciada.

—Ingrata, injusta; y aun me insultas:

Se cubrió la cara con las manos y dejó escapar un sollozo en el que parecía salir el corazón. No pudo resistir el mancebo; le pidió perdones, la oprimió a su seno con delirio, y a poco charlaban como dos pájaros, sin acordarse de la nube que acababa de pasar, ni del cielo ni de la tierra; los dos solos formaban el mundo, y reconcentrada el alma y los sentidos con el amante, no pensaban, únicamente—

te sentían: estado dichoso en que el amor hipnotiza a los enamorados y les hace vivir, en instantes, una vida venturosa, reflejo, seguramente, de ese estado en que debe encontrarse el alma en el seno de Dios, después de la muerte feliz, según el sentir de los iluminados ascéticos.

Manuel le había llenado de flores el cabello y las faldas; y, de pronto, tomando una rosa blanca, la dijo: voy a ver si me engañas; haz la prueba con esta flor; y puso ademán severo. La niña tomó la rosa y comenzó a arrancar hoja por hoja, diciendo en cada una: "me quieres", "no me quieres". Sonreía y miraba, de cuando en cuando, al joven, como invitándole a acariciarla; pero él permanecía inmóvil, con los ojos fijos en la operación y respirando apenas.

Faltaban pocas hojas; las contó y vió la respuesta de la última. Llegó al fin: "no me quieres". Rápido sacó un puñal; y sin que Rosario tuviese tiempo de ni casi advertir el ademán, sintió la muerte, cayendo al suelo en el último pétalo de la rosa.

IV

¿Qué había sucedido para tan increíble y espantoso drama?

El hermano de Rosario era uno de esos perdidos que echan mano de lo que encuentran para sostener sus vicios. La mañana anterior al acontecimiento, Rosario, al lavarse las manos, se sacó el anillo que usaba habitualmente y lo puso en un lado del lavabo; se apoderó de la joya y salió el mozo al instante. Fué a la trastienda del Estanco, y empeñó el anillo por fichas, para apuntarse en el monte que encontró tallando a Paredes.

Manuel, que no obstante estar seguro del afecto de Rosario, ardía en espantosos celos, exasperado por las habillitas del vulgo y las calumnias del alabancioso libertino, vió su anillo en el dedo de éste, quiso rescatarlo a todo costo, le fué adversa la fortuna; y después, la catástrofe

LO QUE FUERON LOS GOBERNANTES DE ANTAÑO

Carlos R. Tobar

El gran terremoto se preparaba.

La independencia de la América del Norte y su hija, la Revolución Francesa, huracanes de la sociedad, arrastraban en sus remolinos nubes tempestuosas que venían a acumularse en el cielo de las colonias de España. En Quito, singularmente, no se necesitaba la agudeza del elefante que, según Plinio, oye crecer la hierba, para escuchar la tormenta que rugía.

Gobernar a estos pueblos iba, pues, haciéndose difícil. Ya, desde algunos años antes (1794), en Quito y en Cuenca sentíanse el rechino del desarme de la máquina: **las salva cruce liber esto** de aquella ciudad y el **a morir o vivir sin rey prevengámonos** del último vecindario, daban en los ojos de los, hasta entonces, tranquilos, poseedores del continente, los deseos del monstruo de desperezarse y de sacudirse.

La prensa, heraldo de las conmociones sociales, había dado también sus resoplidos "Las Primicias de la Cultura de Quito", "La Golilla", "El Nuevo Luciano", publicaciones que condujeron a la prisión y a la muerte al célebre indígena doctor Francisco Javier Eugenio Espejo, eran las aspiraciones del aire de la libertad que saboreaban con ansia los pulmones de los libres. En fin, lo repetimos, los señores Presidentes no las tenían todas consigo y principiaban a desconfiar aun de los suyos: primer efecto del temor de los gobernantes.

Y la desconfianza, para decir verdad, era tanto más fundada cuanto a tiro de ballesta descubriase que preparaban la revolución los mismos titulados y ricos hombres, tales como los Marqueses de Miraflores, de Solanda, de Maenza, etc., etc., que, por sus intereses debían estar sólidamente ligados al carcomido trono.

No es, pues, de extrañar que fuese muy contra la voluntad del Sr. Presidente Barón de Carondelet (y sólo en cumplimiento del terminante capítulo 59 de la Real cédula de 22 de agosto de 1789) el ascenso, a la Gobernación de Cuenca, del Sr. Teniente Asesor del Gobierno, don Juan López de Tormaleo, aunque **español de España**, sospechoso a la Real Audiencia por varias quisicosas que el curioso puede ver apuntadas en los oficios que el Sr. Barón dirigió a Don Ignacio Fortich en 5 de Setiembre y en 7 de diciembre de 1801.

Dijimos que sólo en fuerza de la real cédula, porque nuestro protagonista se trepó a la referida Gobernación por fallecimiento del Gobernador Fortich y porque la cédula mencionada dice: "que en las muertes y ausencias de los Gobernadores, donde no haya Audiencia, recaiga el mando accidental de lo político, en los Tenientes Asesores respectivos.... mientras llega el Gobernador provisto por S. M."

Sin embargo de la inquina que el Sr. de Carondelet tenía a López Tormaleo, éste no se portó del todo mal en los cinco meses de su Gobierno: a saber, desde junio hasta noviembre de 1803, en que fué reemplazado por don Melchor Aymerich. Vamos a tratar de algunos hechos, conservados por la tradición, que caracterizan a nuestro personaje.

Don Juan López de Tormaleo era, a no dudarlo, un ente original. Acre enemigo del matrimonio, encerró, mal de su grado en un convento a sus dos hijas: una de las cuales se contristó tanto con el forzado monjío, que a la postre se le trastornó la razón y dió en la curiosa tema de arrojar guijarros murallas afuera del monasterio, acompañando el acto con estas o semejantes palabras: "pobrecitas mías, pobres piedrecitas, vosotras al menos no viváis en prisión e idos a gozar de las calles de mi Cuenca".

Singular mezcla de simpleza, cordura, ignorancia, sagacidad y socarronería, nos vienen a la memoria las sentencias del Gobernador Baratario cuando Tormaleo manda a remachar enormes grillos a un caballo que corcoveando "con irrespeto" hizo dar zapatetas en el aire al Sr. Gober-

"con irrespeto" hizo dar zapatetas en el aire al Sr. Gobernador.

Narran los cuencanos antiguos, refiriéndose a sus mayores, que cierto deudor arrastrado ante su señoría citó, en hora mala al jurisconsulto Febrero; con lo cual hincharonse a don Juan las narices y mandó al acusado a reclusión, a quien con gran cólera dijo: "qué marzo ni qué febrero, en toda tierra de garbanzos el deudor es deudor de enero a enero".

Digno de la bellaquería gubernativa de Sancho es el hecho que a continuación vamos a relatar.

En cierto garito unos tahures, cartas van cartas vienen, mandaron de trescientos carones a don Indalecio Carrasco, vecino de cuarenta y ocho años de edad e hijo de una doña Matusalén que, para creerse joven, llamaba siempre el **chiquillo** al mencionado don Indalecio.— Al día siguiente de la pechigonga, cariacontecida, compareció la expresada señora ante el Sr. Tormaleo y quejóse amargamente de que "abusando de la inocencia del chiquillo, le habían desplumado".

El Sr. Gobernador mandó por los gananciosos y por el perdidoso y, cuando llegaron, dispuso que aquellos, so penas muy grandes caso de siquiera amagos de desobediencia, entregasen los patacones de la ganancia.

Los fulleros que sabían que S. Señoría era hombre de pelo en pecho, enemigo de andarse por las ramas y capaz de poner grilletes al lucero del alba (como lo hizo con el caballo de marras), sin rezongar más que en sus adentros, entregaron los carones, y se salieron después de algunas venias.

Tormaleo traspasólos a la querellante y despidióla.

—Usted, **señor chiquillo**, añadió, quédese para recibir una peluca como rédito de los pelucones.

—Bien hará su merced en aconsejarle, susurró la vieja saliendo.

—El Gobernador, para llamar a los ministriles, dió una soberbia puñada sobre la mesa y, así como entraron, en silencio, y sólo con movimientos del índice, detuvo a un jayán y expulsó a los demás.

—Dos vueltas a la llave y traiga la llave, dijo.

—Tome, contestó el ministril después de cumplida la orden.

—Cargue Ud. al chiquillo.

—¿A quién? preguntó estupefacto el ojizaino investigando con las miradas por todas partes.

—Acabe pronto bergante: al chiquillo.

—¿Quién es el chiquillo?

—La perra que te.... resopló enfurecido el Gobernador.

El pobre jayán que al principio hubo creído que S. Señoría se burlaba, comprendió la seriedad del caso y, como no había en la pieza nadie sino don Indalecio, se acercó a él, tomóle por la fuerza de los brazos y le levantó sobre la espalda, como si fuere un niño del *musa musae*.

—Bien.

El Gobernador entonces abrió la puerta, hizo acudir a otros dos ministriles, pidió una correa y sacudió hasta 55 azotes bajo las espaldas, "poco más que desnudas" de Carrasgo. El hombre pataleaba como quien se ahoga y bufaba como un demonio; pero no por eso cesaba la tunda y el siguiente patético diálogo:

—No se juega.— Uno.

—Ay! Ay! Ay!

—Los chiquillos deben acostarse a las siete. Cinco.

—Caram... Ay!

—No han de jugar sino con cometas. Quince.

—Día.... Ay! Ay! Ay!

—Y con trompos. Treinta.

—Buff....

—Cincuenta y cinco. Pechigonga!

La **pechigonga**, juego de naipes en esa época muy usado, ganaba el jugador que gritaba **cincuenta y cinco**; tenía **pechigonga** el que reunía las nueve cartas seguidas del as al nueve.

—Terminada la azotaina, dió algunas palmaditas afectuosas en los barbados carrillos del chiquillo de cuarenta y ocho años, que se apresuró en salir abrumado de vergüenza y confusión.

Para concluir, agregaremos que el Teniente de Gobernador, según se deduce de lo que hemos referido y de los documentos oficiales que hemos leído, tuvo algo de calvatuerno. El Sr. Presidente de Carondelet le mandó, cierta vez, "satisfacer al pilotín don José Maldonado las costas, daños y perjuicios que le causó y a que justamente fué condenado por lo atropellado de sus procedimientos" Costas, daños y perjuicios que dos años más tarde le fueron devueltos.

Don Juan López Tormaleo, desengañado del mundo vino a Quito y se entró fraile en el convento de franciscanos descalzos, donde murió después de dos o tres años de vida contrita y penitente.

VERLA Y AMARLA

Celiano Monge

Corría el año de 1809, y un mozo apuesto de familia linajuda, que frisaba apenas en los diecinueve, transitaba día y noche por el barrio de Santa Bárbara. Más que devoto de la santa parecía apasionado de una muchacha, que frente a la iglesia de la virgen que se la invoca cuando hay lluvia de centellas en Quito, vivía huérfana, al abrigo de un tío anciano, para el cual era su vida y su recreo.

Juan, mancebo arrogante, no encontraba ocasión para reiterarle todo lo que le decía en sus cartas y sus versos, y avivado con la dificultad de verla, tomó la resolución de entrar a la casa y declarar de plano a Isabel sus honestos sentimientos de amor. Así lo hizo, y quedó sellada la mutua simpatía con la solemne promesa de matrimonio.

Juan, que sólo cedía a los impulsos de su corazón, no reparó en que su bella prometida carecía del brillo de los pergaminos nobiliarios, pues ni remotamente estaba entroncada con Condes y Marqueses. A este inconveniente, que, como una muralla se presentaba ante el consentimiento de sus padres, se unía su menor edad; lo que le inducía a veces a querer tomar resoluciones desesperadas.

En tal conflicto acudió al consejo de sus amigos íntimos, D. Manuel Zambrano y D. Antonio de la Peña, que ya por ese entonces trabajaban por la emancipación de la Patria.

Enterado D. Manuel Zambrano de lo que le pasaba a su amartelado amigo, y justificando su prematuro proyecto de casamiento, una vez que verla y amarla a Isabel eran una misma cosa; le propuso a Juan que se dejara guiar en este asunto arduo por el Dr. D. José Ramón de

Ayala, cura de Mallama, que había venido a Quito a conferenciar secretamente con el Marqués de Selva Alegre sobre la revolución que debía estallar en el año de esta referencia.

Este eclesiástico patriota fue el que más tarde, cuando D. Manuel Zambrano se hallaba en el Norte e intentaba seducir al Cabildo de Pasto para que redujese al partido que él sostenía, se ofreció de mensajero, y con los pliegos que se le entregaron se dirigió al puente del Guátara, defendido por las fuerzas realistas del Capitán D. Francisco Gregorio Angulo, quien le ofreció el pase si se convenía a hacerlo con los ojos vendados.

El cura de Mallama no tuvo reparo en someterse a ésta y otras condiciones y llegó a Pasto; pero allí se le aprehendió y fué remitido con escolta a Popayán, donde estuvo arrestado por algún tiempo en el Colegio de Misioneros.

El Dr. Ayala tomó a pecho la causa de su joven amigo y formó el plan de campaña que ejecutó al pie de la letra. En qué consistió este plan lo verán nuestros lectores en el contexto del oficio dirigido el 13 de Mayo de 1809 al Excmo. Sr. Presidente Conde Ruiz de Castilla, por el Ilustrísimo Prelado de la Diócesis:

“Excelentísimo señor: La noche del día domingo siete del mes corriente sorprendió a mi Provisor en las puertas de este mi Palacio el caballerito D. Juan de Larrea y Guerrero, hijo legítimo de D. Jph. de Larrea y Doña Petrona Guerrero, asociado de competente número de testigos, con intención de contraer matrimonio contra las disposiciones de la iglesia, y últimas Rs. Cédulas, con una moza nombrada Doña Isabel Bou. Para que la causa se siga por el orden de Dro. judicial, ruego y encargo a V. E. a nombre de nuestra Santa Madre Iglesia, se sirva mandar detener en el Rl. Cuartel en que de presente se halla el expresado D. Juan de Larrea y Guerrero, hasta la conclusión de la causa en todos sus grados. El delito en que ha incurrido es de tanta gravedad, que por la última Rl. Cédula se les impone a los hijos de familia que contrajeren matrimonio sin el consentimiento de sus padres legítimos la pena de sus temporalidades, y extrañamiento de todos los dominios de la Rl. Corona. Dios guarde a V. E. muchos años —Excmo. Señor. — Josef, Obispo de Quito’.

El Dr. Ayala no se declaró en derrota con la actitud del Prelado tomada de acuerdo con el querer del padre del novio. Como último recurso preparó una escena conmove-

dora en la prisión para dar el golpe maestro, y lo consiguió.

Era Doña Petrona Guerrero nieta de la Marquesa de Maenza madre abnegada y tierna, y el Dr. Ayala supo explotar esa ternura en favor de sus protegidos. No le costó trabajo el comprometerla para que fuese a visitar a su hijo en la prisión. Cuando entró en ella por la noche, su corazón dispuesto a la indulgencia se rindió ante la hermosa pareja, que, anegada en llanto, la abrazaba de rodillas. Isabel vestida de traje vaporoso con flores azulinas; el semblante conmovido, al que daban realce los rizos de su negra cabellera en desgaire, se presentaba a la luz pálida del quinqué como una aparición fantástica y divina. Era digna, en verdad, de llamarse hija de la virtuosa matrona, que la estrechaba en sus brazos temblorosos por la emoción.

—Mañana estarás libre, hijo mío, le dijo a D. Juan, y verás realizadas tus aspiraciones. A Isabel la llevo conmigo; no dudo que tendrá buena acogida por parte de tu padre. Verla y amarla, son una misma cosa.

Efectivamente, D. José Larrea y Villavicencio, hermano político del Marqués de Selva Alegre, que penetraba muy hondo, y que a su perspicacia no se le ocultaba lo que estaba pasando con su esposa y con su hijo, encontrándose solo en su aposento dió rienda suelta a sus sentimientos generosos. ¡Pobre hijo mío! exclamaba entre sollozos, una soberbia acaso infundada de mi parte está amargando su existencia. Y en tal situación se le saltaba el corazón del pecho, presintiendo verdaderas desgracias para él y su familia.

—José, te traigo una parientita que hoy ha llegado de Riobamba, díjole Doña Petrona presentándola a Isabel.

—Ya lo sabía que debías de entrar bien acompañada. No es una recién llegada; es esposa de mi hijo y por consiguiente, la hija de mi corazón, exclamó sujetándola a su seno...

Desde hoy para adelante, Isabel, olvido de lo pasado y ver de gozar sin contrariedades de la luna de miel.

El año siguiente de 1810, el Teniente D. Juan Larrea y Guerrero, militar rozagante como le llamaba el Dr. Agustín Salazar, ocupaba por patriota la misma prisión a que le condujo su pasión amorosa. Fué la primera víctima del 2 de Agosto; y su sangre de prócer salpicó el rostro de su bellísima esposa, a la que no se le podía ver sin amarla.

NOBLEZA DE ABOLENGO,

NOBLEZA DE ALMA

Cristóbal de Gangotena y Jijón

Para Don José Modesto Larrea y Jijón, mi primo

La atrevida y heroica tentativa que los quiteños habían hecho en 1809 para sacudir el yugo español, había acabado trágicamente: la flor de la Libertad había durado lo que sus hermanas las rosas, hasta dejar caer sus últimos pétalos a orillas del Guáitara... De los próceres que escaparan a las matanzas del 2 de Agosto de 1810, unos andaban prófugos por los montes, inseguros hasta en sus últimos y más secretos escondites; otros, acogidos al indulto real, vivían en las ciudades una vida llena de zozobras bajo el ojo escudriñador de las autoridades españolas. Corría el año de 1813, época en que toda esperanza de ver resurgir, en este Reino de Quito, la causa de la Patria, parecía muy incierta y lejana. La catástrofe de Don Carlos Montúfar en Ibarra, había dejado sumida en honda consternación a toda alma patriota.

Achacoso, más que por su edad, por dolencias y desengaños, vivía en sus históricas casas de Santa Bárbara el Marqués de San José, Don Manuel de Larrea y Jijón, Diputado que había sido de la extinguida Junta Suprema del Año Heroico.

Sin esperar ya sino muy remotamente que volvieran a lucir para la Patria días esplendentes, la vida del Marqués, atacado entonces de parálisis, se consumía entre los cuidados de su cuantiosísima fortuna y aquellos que

requería la exquisita educación que se había propuesto dar al único hijo que la Marquesa, Doña Rosa Carrión y Velasco, le había dado.

Era una noche de Octubre del año mencionado: la lluvia caía abundante, y las aguas corrían torrentosas por las acequias que toda calle de Quito tenía, en esa época, destapadas, en su parte media. El rudimentario alumbrado de velas de sebo, acababa de espirar en alguno que otro farolillo: las nueve de la noche sonaban en las torres de los conventos, y los vecinos, después de tomado el clásico chocolate, a esas horas, para nosotros tempraneras y para ellos avanzadas, reposaban tranquilos entre las sábanas. Dicho esto, ya se comprende que las calles de Quito estaban desiertas....

Consuelo era, y muy grande, para el Marqués de San José la lectura: hombre de ingenio vivo, y que había alcanzado a acopiar los más conocimientos que en su época se podía en la atrasada Colonia, el trato con Don Juan de Dios Morales, con Humboldt, con Espejo, que había sido su médico, le habían dado el gusto de instruirse: la cultura francesa principiaba a hacerse sentir en América y las obras de d'Alambert, por ejemplo, eran la última novedad en las colonias.

Aborto se encontraba el Marqués, con un libro abierto sobre las rodillas y sentado en un gran sillón de vaqueta. Sólo el ruido de la lluvia se oía y el rodar del agua en las acequias de la calle.— Ajeno a toda preocupación de pronto no prestó interés a algún ruido que le pareció oír en la vecina pieza, que era el salón de la casa. Era este salón, por su suntuosidad, afamado en Quito: el cielo estaba sostenido por dos órdenes de columnas; rica alfombra latacungueña cubría el piso, soberbios damascos de Aranjuez formaban amplios cortinajes en los anchos ventanales. Aquel salón que había visto desfilar a los más encumbrados y tiesos personajes del Reino, era en aquel momento teatro de escena muy diversa: una de sus ventanas, abierta, por la que penetraba el aire húmedo y frío de la oscura noche, daba también paso a varios personajes embozados en aquellas capas de varias esclavinas adornadas, que llamaban entonces de **barragán**, de grueso y pesado paño veintidoceno de Segovia, impermeable a la lluvia.

La escasa luz que, de la pieza en que el Marqués leía

penetraba en el salón, dejaba ver que los embozados traían, además, las caras tapadas con antifaz que les ocultaba las facciones.

Sigilosamente, a paso de lobo, uno a uno, entraban por la ventana: quien, oculto en el salón estuviera habría contado cinco.... Así avanzaban esas sombras.

Ibant obscure soli sub nocte per umbras.

Pero, la humana estirpe está sujeta a flaquezas incontenibles: la lluvia, el frío, habían, sin duda, acatarrado a uno de los enmascarados, que no pudo retener un estornudo. Fatalidad! Pensaron que estuvieran descubiertos, y suspensos, esperaron un tanto. Nada. sin embargo, sintieron que les confirmara en sus temores: sólo notaron que la luz de la vecina pieza se había apagado y, como nada oyeran, creyeron que, o el aire que por la abierta ventana entraba, la había matado, o que el Marqués, ya en el lecho, se disponía a dormir. Así, sosegados, volvieron a su interrumpida tarea de avanzar hacia un gran arcón que en uno de los ángulos del aposento había, mueble en que se guardaban los caudales de la Casa.

El Señor de San José, mientras tanto, había dejado su libro y apagado la vela. Apoyado en el par de bastones de que hacía tiempo se servía para ayudar a sus achacosas piernas, se dirigió con el mayor sigilo al salón. Llegó a la puerta de su alcoba, que con la gran pieza comunicaba, y pudo ver aquellos negros bultos que se deslizaban silenciosamente en la noche.

Mil terrores, mil presentimientos funestos estallaron en la mente del anciano indefenso: a su imaginación exaltada se le presentaron pavorosas ideas de persecución, de asesinato, y llegó en su agitación febril, creyendo fueran genizaros del gobierno español, que contra su persona venían, a no poder reprimir un grito, que, seguramente, para los embozados, debió alcanzar la magnitud que tendrá, en el Valle de Josefat, aquella famosa trompeta que ha de despertar a los muertos.

Al grito del Marqués, sus criados acudieron con presteza, penetrando atropelladamente en el salón. Los fieles servidores, creyendo a su amo en peligro, habían volado en su socorro, y entraban con luces en la estancia.

Don Manuel de Larrea había avanzado hasta una de las columnas del salón, en la que se apoyaba para no caer. Al entrar los criados, los ladrones, que no otra cosa eran aquellos enmascarados, trataron de huir precipitadamente

te por la ventana: unos llegaron a hacerlo: de cinco que eran, cuatro se pusieron en salvo.

En medio de la confusión general, un fornido negro, esclavo del Marqués, llegó a apercollar al único que no había podido salvarse: ladrón y esclavo luchaban furiosamente, el primero por desasirse de los robustos brazos que le oprimían, el otro, por no soltar su presa. Aquel movimiento desordenado de lucha los había acercado a la columna en que el Marqués estaba apoyado: éste pudo entonces ver la escena que el espesor de la columna le ocultaba.

Ahí, a su lado, el grupo del esclavo y del ladrón, jadeaba, se retorció.... Fijos, atónitos los ojos, el Marqués miraba la escena, sin poder moverse, pues había dejado caer sus bastones: los otros criados hablaban todos a la vez, iban, venían en revuelta confusión. Y el grupo seguía luchando. De repente, en un movimiento brusco de la lucha, se arrancó el cordoncillo que tenía sujeto el negro antifaz sobre la cara del ladrón, y sus facciones quedaron al descubierto.

Como si de pronto el achacoso Marqués hubiera recobrado el perfecto uso de sus entorpecidos miembros dió un salto, y agarrándose a los combatientes para no caer, con la mano que le quedaba libre, tomó rápidamente el antifaz, que de una oreja del ladrón pendía, y se lo aplicó al rostro.—Tápate, por Dios:, le dijo: que no te conozcan: Luego, dirigiéndose al negro que, absorto, se limitaba a tener sujeto al ladrón.

—Suelta. Mateo:— Y salid todos vosotros: pronto, fuera:

Sin entender orden tan extraña, se retiraron todos: Don Manuel de Larrea había reconocido en el ladrón a un amigo suyo.....

Cuando se quedaron solos, cabizbajo el embozado, hizo ademán de hablar... El Marqués de San José no le dejó hacerlo, y mansamente.

—Retírate por donde entraste, dijo: nadie sabrá nada... Yo procuraré olvidar esta noche

Al otro día, el ladrón veía entrar por el ancho portalón de su casa un criado del Marqués de San José, que al entregarle un taleguito, le entregó también esta carta:

Amigo mío y dueño de mi afecto:

El portador, mi criado Mateo, te entregará las cien onzas de que me hablaste anteriormente: puedes guardar-

las hasta cuando te plazca .

Dios te gde. ms. as.

El Marqués de San José

Son 100 onz.

Así, el noble anciano hizo tres caridades: perdonar las injurias, salvar el honor y remediar la necesidad de un infeliz .

PUÑUG — CAMACHO

Angel Polibio Chaves

I

No obstante los años transcurridos desde la Guerra magna, apenas hay, en las comarcas que hoy forman la Provincia de Bolívar, nombre más popular que el de José Camacho; si bien nadie sabrá de quién se trata, si no decimos el Puñug-Camacho; pues, hasta hace poco, nadie era conocido por acá sino por el apodo, y éste no faltaba a nacido alguno. Fué buena lanza y mejor corazón, como se decía en esos tiempos de la Patria y el Rey .

Era Camacho nieto de un chapetón duro de cabeza e hijo de quien se había hecho célebre por sus excen- tricidades; no siendo la mayor la de vestir de paño de San Fernando, que entonces costaba a quince patacones la vara, y, no obstante, andar descalzo. Se casó con Doña María Rivadeneira, conocida con el nombre de la Chaguara, a consecuencia de que el rubio de su cabello tiraba a blanco, y esa voz significa en quichua cabuya; y tuvo por hijos al Gotoso, al Pintoso, a Jatun Maño, a Puñug y dos niñas .

II

Después de los acontecimientos de 1810 en Quito, el Coronel Arredondo vino a situarse en Guaranda, donde formó un batallón de 600 plazas; y cuando todos creían que batiría a Montúfar, que venía de Ambato, cambió unos pocos tiros con sus avanzadas y desocupó el Asiento. Pú- ñug frecuentaba los cuarteles, era asiduo compañero de los soldados que iban a dar agua a los caballos en el río; y como montaba en pelo con primor, los oficiales le mimaban y las clases le llamaban camarada. La mañana en que se

retiró Arredondo, no asomó el muchacho en casa de sus padres, y éstos comprendieron al instante lo que había sido de él.

Sentó plaza en el Regimiento de lanceros; y cuando en el combate de Verdeloma se encontraron grupos de las caballerías a orillas del riachuelo que dividía a los dos ejércitos, Púñug es el primero que obedece a su capitán, dispara las pistolas; empuña el sable y se abre paso en medio de la estupefacción de los contrarios. Desertó en Cuenca, pocos días después, y vino a su casa jinete en un caballo y halando dos más.

Supo, poco tiempo después, que el Comandante Alejandro Eagard venía a San Miguel, y voló a incorporarse; y aún cuando sin darse de alta en ningún cuerpo, se batió en la jornada de ese nombre, mereciendo, desde ese día, figurar siempre en la descubierta.

Llegado a San Andrés con el ejército del General Montes, se puso al servicio de Doña Josefa Sáenz; con ella entró en Mocha, y juntos subieron a repicar las campanas de la iglesia: acto en que no podían estar sino una mujer y un muchacho; pues Púñug apenas contaba quince años, a pesar de que su musculatura desmentía a la fe de bautismo.

El 7 de Noviembre de 1812 fue tomado el fortín del Panecillo; huyendo los patriotas al siguiente día, en dirección al Norte. Les persiguió una pequeña escolta, haciendo prisioneros a mujeres, frailes, niños, ancianos y gente de toda clase; pues la derrota era general. Púñug divisa un hermoso caballo blanco, se adelanta a sus compañeros, desmonta de un salto, se agarra del jinete en otro, échale al suelo y vuelve bridas con prontitud y serenidad. Por la noche le agasaja en su casa el Oidor Manzano; pero ni ofertas ni nada pudo retener al godo, y sin decir siquiera adiós a sus jefes, deja Quito para volver a su hogar.

Después de la independencia de Guayaquil, Aimerich despachó al Coronel Fominaya con quinientos hombres, para que defendiera los desfiladeros de Camino-real. A su paso por Guaranda se le incorporó Púñug con 22 jinetes, y fueron los únicos que se atrevieron a medirse con las avanzadas de Urdaneta. Al regreso, se confió a Púñug, como a conocedor del terreno, el cubrir la retirada; y lo hizo con tanta inteligencia y valentía, que el Presidente le envió el despacho de alférez.

Noticiado de que el General González se movía de Quito, partió por el Arenal grande conduciendo 30 jinetes,

dió la vuelta por Mocha, sorprendió una avanzada enemiga, y se incorporó al cuartel general la noche del 21 de Noviembre de 1820. Hizo al siguiente día prodigios de valor en el combate, y al tercero volvió a Guaranda; pues los realistas le consideraban indispensable en este Asiento, y no le detenían un punto.

Guayaquil, que adquiría nuevos bríos, en cada desastre, destacó luego una división de 1600 hombres al mando del tucumánés José García para que batiera al Coronel Piedra que se hallaba en Guaranda. Como no quisiese este jefe salir al encuentro de los patriotas, el Cura Don Francisco Venavides llama a Púñug y conciertan obrar por sí solos, caso de continuar Piedra en su obstinación. Felizmente cedió; pero no así cuando llegó la hora del combate, 3 de Enero de 1821; por lo cual, Venavides, Púñug y 94 de los suyos fueron a emboscarse en la quebrada de Tanizagua, previendo las consecuencias del plan desacertado de su Jefe. García coronaba ya el triunfo cuando salen los de la quebrada, cárganle por retaguardia y le arrebatan la victoria en pocos minutos. Mil veces se toca cesar el degüello; pero en vano, hasta que el Cura comienza a rajar con su cachiporra la cabeza de los suyos. Púñug siente un golpe, se voltea furioso y se pone más al descubrir a su amigo y tener que retirar la lanza casi del pecho mismo a que iba asestada. Al siguiente día entra a Guaranda en el caballo del Cura; y éste pide por único premio de la victoria que acaba de conseguir, el despacho de Capitán para Púñug, lo cual borra hasta los últimos rezagos de su resentimiento y le hace crecer cien palmos en el concepto de la multitud.

Después del triunfo de Yaguachi, el General Sucre se movió a Babahoyo con el objeto de batir al Presidente, quien reconcentró sus fuerzas en Riobamba. Siguió la marcha el primero, y acampó en Guaranda el 12 de Setiembre de 1821; pero siendo Guanujo lugar de mejores pastos, trasladó allá su campamento. Por la noche, se mueve Púñug sigilosamente, roba los caballos que puede, desjarreta los restantes y, deja al General enemigo en imposibilidad de moverse. Sigue éste la marcha a los 6 días; pero no deja de ser molestado un instante; y, lo peor, sin tener revancha, porque los guerrilleros aparecen y desaparecen como por encanto, dejando rastro de sus huellas sólo con el daño que causan. El Coronel Artajona tenía fama de buen lancero; en el combate de Huachi, le busca Púñug y le halla: se acometen, se defienden, se mellan los sables, se golpean los caballos, y ninguno de los caballeros se hiere;

el patriota corre la lanza, pero sólo halla la montura, porque el jinete estaba ya a la costilla de su bruto; se alza ligero, embiste de costado, y de un lanzazo arroja al contrario distante de su caballo. Y, con todo, ese valiente no debía morir sino años más tarde en Ambato, y de muerte natural; después de haberse encontrado en cien combates y siempre en los lugares de mayor peligro.

Unidos Sucre y el peruano Santacruz en el pueblo de Saraguro, el 9 de Febrero de 1822, siguieron viaje al Norte, hallando en todas partes entusiasta acogida, auxilios y partidarios; sólo Guaranda se rebela el 19 de mayo, con el fin de picar la retaguardia a los patriotas y distraer su atención. Sucre que no olvidaba las penalidades sufridas en ese Asiento, cuando salió al segundo Huachi, y que no quería dejar estorbos atrás, destacó 300 hombres del Batallón Alto Magdalena y 25 lanceros, al mando del Coronel Hermógenes Maza; designación que manifiesta el castigo que quería imponer a los porfiados, pues nadie ignoraba el temple de este Jefe ya célebre, no sólo por sus hechos heroicos en Araure y Achaguas, sino más por sus actos en Panamá y Cartagena, donde llegó a eclipsar el salvajismo de sus contrarios.

Guaranda era entonces población de 1.500 habitantes, las casas estaban diseminadas y ocupaban sus intervalos paredes de piedras superpuestas, siendo espesa la arboleda en los suburbios. Sabida la dirección que traía Maza, Púñug parapetó su gente tras las paredes de las calles del Norte, y sostuvo el primer día los fuegos sin recibir mayor daño. Al siguiente, trajo su mejor caballo, obsequio de Moles en el segundo Huachi, le mojó el lomo, hizo lo mismo con la sentadera de su calzones, cabalgó en pelo e invitando a que le siguieran, arrancó calle arriba. Llegó a la penúltima esquina, tuerce a la derecha, salta una tapia, lancea a seis soldados que tras ella hacían fuego, y regresa empapado en sangre. Le siguieron al asalto un sobrino político suyo y su paje Mancero: el primero fué muerto a boca de jarro, y el segundo fué aplastado por su propio caballo al saltar la pared para el ataque.

Este segundo día fué glorioso e iba a serlo más el tercero; pero de entre la multitud de mujeres que, faldas en cinto, guerreaban tras los parapetos, sale la denominada Bunga, querida del muerto Mancero, y pide cartuchos a los del frente. La oyen los patriotas, salen de las trincheras y arrémeten furiosos. Los hombres se desbandan por todas partes y las mujeres corren en tropel a re-

fugiarse en la iglesia, Maza pregunta desesperado por Púñug, y le enseñan un jinete que trepaba por las lomas del frente, llevando en brazos a su esposa para salvarla de los horrores de ese día.

III

Existía en Guaranda, en tiempos de la Audiencia de Quito, una muchacha de 14 años, que tenía locos a los mozos de entonces; pues no había quien no trague saliva y sienta la ropa estrecha al verla ir a la iglesia con faldellín de terciopelo, paño de mano de género de Bretaña, rebozo de castilla, aretes de perlas que le alcanzaban a los hombros, escandalosas medias de seda, zapatos de cordobán del valle con hebillas de oro y peinetón de carey con filos del mismo metal.

La niña era pequeña, color blanco, mejillas rosadas, delgada de carnes, cabellera que le caía hasta más abajo del talle, y unos ojos negros que travesaban bajo pestañas crespas: la boca era pequeña y sus labios ligeramente gruesos, denunciaban amor al deleite; podía abrazarse su cintura con una mano y cabían en la otra sus dos pies juntos. Pero lo que más cautivaba a Púñug, el más ardiente de sus enamorados, era un hoyuelo en la barba, que completaba los encantos de su tentadora persona. No quiso corresponder al guerrillero; éste se apostó una noche en lugar conveniente y, al pasar la niña, la tomó en brazos y se alejó triunfante. ¿Quién iba a perseguirle? ¿quién iba a oponérsele? A pocos días se juraban fe al pie de los altares: ella, llorando; él, como si no viese tales lágrimas.

Yo conocí a doña Justa Galarza ya vieja, y la conocieron cuantos en Guaranda han visto más de treinta inviernos; pues componía en Nochebuena el mejor nacimiento del lugar, en el que exhibía tesoros que enloquecían a los muchachos. Los años no habían conseguido destruir enteramente los rasgos de su belleza.

En razones de corazón no hay que buscar razón; pero es lo cierto que la novia no podía estar descontenta de su pareja; pues era Púñug alto, fornido, blanco, de nariz aguileña, barba y pelo azafranados. Tenía ojos dormidos, por lo que le apodaban Púñug, dormilón en quichua; y es lo sólo que le afeaba, porque su mirada era sesga y jamás revelaba bueno. Hablaba de corrido; le distinguía la generosidad y adoraba a su Justa; pero, eso sí, en los instantes

de celos, era tigre: arrebatos que le pasaban pronto y que eran genitores de cariños tan impetuosos como sus iras.

La casa de Púñug estaba situada a una cuadra de la única plaza que había entonces, tenía patio grande, traspatio más grande y pesebrera grandísima. La más espaciosa de las piezas era el granero; pues arrendándole el Cura todos los años las primicias, tenía hombres que, en la paz eran recolectadores de granos, y en la guerra sus ayudantes. Seguía la cocina, donde estaba la extensa mesa del comedor, y en cuyos escaños y sillas de vaqueta labrada jamás faltaban comensales. No obstante tener numerosa servidumbre, la Señora guisaba la comida y la servía, en platos de barro de Pujilí, y en ocasiones solemnes en vajilla de plata. El dormitorio era, al mismo tiempo, sala de recibo, y con el más híbrido menajé; pues al lado del Cristo con potencias de oro y el cuadro de la Sacra Familia en marco de plata, estaban lanzas, pistolas y trabucos, vetas y cornamentas de venado. En medio de todo lucía una muda de niño: recuerdo del único que Dios les había concedido, y cuya muerte no sentían tanto como el que no hubiese tenido reemplazo.

Tenía caballos en gran número, y tantas monturas como caballos. Del animal que se aficionaba, suyo había de ser. Decían sus enemigos que cada afición de Púñug costaba un saqueo a Guanujo; pues siendo pueblo enemigo del de Guaranda, allá iba en son de guerra cada vez que le daban motivo o que él lo buscaba. Es infructuoso decir que nunca volvió sin botín; aún cuando las excursiones casi siempre se reducían a sólo palizas, y rara vez lanzasos, a menos de que la causa del castigo fuese grave, como después del segundo Huachi.

Después de Pichincha, lució al fin la paz para el Ecuador, y todos los pueblos comenzaron a convalecer de sus males, entre ellos el Corregimiento de Guaranda; pero vino de Gobernador el Coronel Don Carlos Araujo, y las desgracias renacieron como con riego. Este jefe comenzó a perseguir a los vencidos, les impuso contribuciones, los encarceló y les redujo a la condición más degradada; pues se gozaba en humillar a las personas principales, hasta el extremo de hacerles cargar alfalfa y municiones de guerra. Era justo, en consecuencia, que Púñug Camacho fuese el más perseguido y que se pusiese precio a su cabeza.

Sin poder vivir en el pueblo, arruinado en sus negocios y siempre a salto de mata, su ánimo se exasperó y buscó venganza, siquiera en puerilidades, sabiendo que es-

tas mortificaban horriblemente al feroz mandatario. Había en una de las esquinas de la plaza, en la casa del antiguo Estanco, una tienda donde se vendía aguardiente del país; llegaba Púñug, se hacía servir de éste, que valía doce reales la botella, mientras el de uva sólo ochenta centavos, vito-reaba al Rey, daba mueras a la Patria y se alejaba a romper cinchas. Otras veces asaltaba al correo, rompía las comunicaciones o las llenaba de insolencias, y se alejaba satisfecho. Todo lo cual ponía cada vez en más violencia al Señor Araujo, que no gustaba de ser contradecido en lo más mínimo, pues se creía omnipotente.

Era Don Carlos Araujo hombre de hermosa presencia, pero como a Púñug, los ojos le eran enemigos; pues tenían color verde y estaban siempre inyectados en sangre. Hombre irascible, libidinoso y lleno de codicia, introdujo bailes, que él llamaba de clases; pues concurrían, según ellos los blancos, los mestizos o los indios; su objeto era escoger víctimas a sus apetitos, y padres o esposos que no se emborrachaban, de seguro tenían calamidades encima. Arrebató a los caciques dos dehesas que tenían en comunidad; y, por sueldos atrasados, se hizo adjudicar un universo de tierras baldías en las montañas de Zapotal, donde planteó en poco tiempo una valiosa hacienda.

Después de la campaña de 1823, fueron mandados a Guaranda por el General Salom sesenta pastusos prisioneros, y con ellos se hizo el magnífico socabón que, hace poco, fué destruido por autoridades que no comprendían su importancia; pues, sin embargo de que tienen maravillas de que estar soberbios, los yankes conservan el Cruik en Virginia, y es todo semejante al malogrado de aquí.

Entre los prisioneros había uno ya anciano y de apellido Villota; le acompañaba un hijo de diez años, y era su único compañero y consuelo. Sintiéndose enfermo, mandó al muchacho a que suplicara al Gobernador para que le concediera descanso de una semana; "está bien, le dijo, descansará desde mañana," y en el mismo instante son conducidos al cuartel padre e hijo; se les previene arreglen la conciencia, e inmediatamente salen a la plaza en medio de escolta de ejecución. Suplica el viejo se le mate primero; pero es la razón para hacerle morir después. Compadecidos los soldados, dan pequeñas lanzadas al muchacho, por ver si viene el perdón; y el infeliz da en cada una alaridos lastimosos. El pueblo se arremolina, y con lamentos pide termine pronto el suplicio. Relación es esta que la hemos oído repetidas veces a muchos antiguos; y si no existiesen aún

vivos dos de los testigos presenciales, no la narraríamos aquí, porque parece imposible tanta ferocidad. Más tarde, cuando la insurrección de los chilintomos, atacaron éstos a Zapotal, hirieron a su dueño y le trajeron martirizándolo hasta el pueblo de Catarama, donde murió; pues nada más cierto que: Dios tarda, pero no olvida de castigar a los malvados aquí mismo sobre la tierra.

Una noche sale sigilosamente una escolta veterana, enrolada con unos cuantos paisanos, tocan en Verdepamba, hacienda del Cura Venavides, cercan la casa, la registran, y no encontrando a Púñug-Camacho, toman prisionera a su esposa. Pocos días después, cruza la plaza un jinete, penetra al arranque por la gran ventana de la esquina de la cárcel, rompe la puerta trasera y salva a Justa: hecho que en algo puede compararse con el asombroso salto del Barón de Frenke.

Como si le hubiese acaecido gran desgracia, Don Carlos ni come, ni duerme, ni huelga. Una noche se le presenta un tal Gavilanes y le delata el paradero de su enemigo; pues en los hombres, como en los animales, hay odios instintivos, y Púñug y Araujo parece habían nacido para aborrecerse. Se toman todas las medidas necesarias, y parten numerosa escolta y guanujeños, otra vez a Verdepamba. Llegan a la choza donde debía estar el guerrillero, pero no hallan a nadie; toman entonces prendas de vestir de Púñug, conseguidas de antemano, las hacen olfatear a un renombrado perro de presa, y derecho se dirige el animal a la cueva donde el infeliz se había refugiado. Le cercan, le intiman rendición, pero nadie se atreve a acercársele; y como la consigna es llevarlo vivo, le enlazan con betas y le sacan arrastrado. Una vez amarrado, no hubo quien no se le atreviese e insultase de palabra y obra; de modo que cuando entró a Guaranda, iba desnudo e inconocible por los golpes que había sufrido. Todos creían que sería alanceado al momento, y esta esperanza había traído innmerables personas del pueblo vecino; pero, con sorpresa general, vieron que era remitido a Babahoyo, caballero en un jumento, con escolta doble, grillos y esposas.

Apenas llegado Púñug, se organizó el Consejo de Guerra que debía juzgarle. No quiso el reo nombrar defensor; pero lo hicieron de oficio, y comenzó el debate. Al Fiscal siguió en la palabra éste, que lo era un Comandante Manuel Paredes; quien negó los hechos principales de la acusación. Púñug se para, y con ademán tranquilo dice: "Agradezco al Señor Defensor; más, exceptuando lo de la-

drón, que nunca lo he sido, todo lo demás es cierto, y aún digo que se ha omitido mucho de lo poco que he hecho por mi Rey". No se necesitaba más. Se procedió a la votación, y fué condenado a muerte por unanimidad.

Justa Galarza le había seguido a pie, pues le quitaron en el camino la cabalgadura; y como en ese tiempo se hacía, esperando las mareas y en canoa, la travesía de Babahoyo a Guayaquil, no pudo llegar a esta ciudad sino después de cuatro días de penosa navegación. Desde lejos divisaron inmenso gentío en la orilla, y por curiosidad subieron los bogas hasta frente a la Intendencia, precisamente, por una de esas casualidades tan comunes en la vida, en el momento en que Púñug avanzaba al centro de numerosa escolta. Su esposa se precipita a la orilla, le ve, da un grito y rueda por el suelo. El oído del ajusticiado conoce la voz, y él, que no había hecho caso de los gritos salvajes de la multitud, se vuelve desesperado y hace ademán de romper sus ataduras; pero los sacerdotes que le auxilian le ruegan corone la obra, piden olvide el mundo y se ponga en manos de Dios a quien tiene ya delante. Se serena, besa el Crucifijo que le presentan y se dispone a morir.

Se acerca el oficial de la escolta y le ordena se arrodlle, se niega resuelto; pero vuelven los sacerdotes a exhortarle y les obedece. Más en el instante de sonar los tiros, se para y recibe de frente la descarga, que deja a medio pronunciar en sus labios el ¡Viva el Rey! con que se despide del mundo.

EL DESCABEZADO DE RIOBAMBA

Cristóbal de Gangotena y Jijón

En los años fatídicos de 1814 o 1815, como lo sabe un niño de teta, los patriotas andaban a salto de mata.

Riobamba, en aquella época, era, por las noches, lo que eran todas las Villas y Lugares de por aquí: una boca de lobo de mala conciencia.

Sonaba la media noche, hora en que brujas y almas en pena salen a hacer de las suyas por estos trigos, cuando se oyó el galope de un caballo. Como en aquel tiempo cada hijo de vecino dormía con un sólo ojo, en expectativa de las nuevas de la guerra, los riobambeños echáronse a medio vestir a las ventanas, creyendo sería algún posta que traía noticias al Corregidor, más quedáronse clavados de terror en el sitio: el asunto no era para menos: Lo que veían no era cosa de este mundo: era sin duda el alma condenada de algún insurgente.....

Sobre un caballo negro iba jinete un hombre sin cabeza: cubriale el cuerpo un poncho negro como el caballo y llevaba calzón negro

El Descabezado fué al día siguiente el tema obligado de la conversación de los riobambeños que, al encontrarse en la calle, se preguntaban: ¿Sabe Ud. la novedad Don Fulano? —Pues anoche por poco me quedo muerto! Figúrese que vi al Descabezado... —Para mi santiguada que debe ser el alma de alguna mala pécora que anda recogiendo sus pasos de pícaro en la tierra

El Descabezado hizo su primera aparición un sábado: el sábado siguiente la cosa volvióse a repetir y así todos los sábados. A los riobambeños ya no les llegaba la camisa al cuerpo pensando que, pues el Descabezado, venía del campo y se volvía al campo después de un largo paseo

por la ciudad, algún maleficio debía estar tramando en ella. Cada títere con calzones o con faldas creía tener la espada de Damocles suspendida sobre la coronilla.

Dejemos por un rato a los turulatos vecinos de Riobamba, y nosotros, que no le tenemos miedo, sigamos al pavoroso fantasma.

X
X X

Desde que Juvenal, en la antigüedad clásica, dijo:

"Nulla fere causa est in qua non femina litem moverit",

se sabe que, en todo misterio, hay faldas de por medio.
Si recordamos que

En vano más de una vez
Se sigue al crimen la huella
Por no preguntar el juez
Quién es ella?

y, aprovechando la acción que encierran estos versitos de Bretón de los Herreros, nos preguntamos: quién es ella?, pronto daremos, a las afueras de la ciudad, con una casita, y en ella con una hija de Eva, de esas del chupe, de esas a quienes provoca decirlas con Espronceda:

Tienes una boquirris
Tan chiquitirris,
Que me la comeriva
Con tomatirris .

¡Y hasta sin salsa era de comerse ésta! Si nos quedamos en el umbral de la casita un sábado a la hora en que, al oír el galope del infernal caballo negro, se les pararan los pelos a los timoratos vecinos, veremos penetrar al fatídico animal en el patio de la casita y apearse el Descabezado tranquilamente de su cabalgadura. Quitase el poncho negro y el misterio se aclara. Vemos que el Descabezado tiene cabeza, una cabeza que lleva un sombrero de fieltro duro, de esos que usan los indios, con las alas bajas y sobre las que reposaba el poncho. En la escalera está la mocita que, como ya he dicho, es un manojito de claveles.

Dejándonos de hablar en parábolas, narremos la

historia con sus pelos y señales:

Cura era del pueblo de San Luis, contiguo a Riobamba el Doctor... ¿Quieren Uds. que lo llamemos Pedrosa? Pues bien, el doctor Pedrosa, hombre de muy buenas prendas, decidior y galante si los hay, distinguido por su calidad, y que de clérigo no tenía más que la sotana.

¿En donde conoció el Doctor Pedrosa a Mariquita Fuentes? No tenemos para qué averiguarlo, ni viene a cuento. Bástanos saber que el Doctor de la Pedrosa supo engatusar tan bien a la muchacha, que en breve la chica capituló, la fortaleza se rindió y... ¡voló la paila!

El cura, que no era bobo, se puso a excogitar el medio mejor de ver a su dulcinea sin escándalo, y ninguno halló más apropiado que el de fingirse aparición de la otra vida. Montaba, pues, en su pueblo, en el caballo negro y se cortaba la cabeza en el camino, poniéndose el poncho encima del sombrero. En esta figura daba unas cuantas vueltas por las calles de Riobamba, asustando a la gente, a la que más gana le venía de atrancar la puerta y meterse en el último rincón que de seguirlo, y luego, pacíficamente, como hemos visto entraba libre de inquietudes en el Sancta Sanctorum de sus delicias.

Lo mismo hacía para volverse a su presbiterio y.... hasta más ver!

x
x x

Entre tanto el Descabezado seguía siendo el cuco de los riobambeños. No había quien se atreviese a poner la nariz fuera de casa los sábados por la noche, aunque se le estuviera muriendo la suegra.

Más, el diablo que siempre paga mal a sus devotos, les metió en la mollera, a dos mozos alegres, de esos que son capaces de hacerle una volada hasta al Santo Padre de Roma, el cerciorarse de si era aquel Descabezado de éste o del otro barrio.

Vivían nuestros calaveras frente a frente, y, para lograr su intento, decidieron templar una cuerda de una ventana a la otra, a través de la calle. Las casas de Riobamba, que en su mayoría eran bajas, les ofrecían grandes facilidades para la ejecución del proyecto. Instaláronse, pues, un buen sábado por la noche, cada uno en su ventana y cada uno con una punta del cabestro. Sonaron las doce y apareció el Descabezado jinete en el fogoso caballo ne-

gro, que venía a galope. Los mozos armándose de valor, templaron la cuerda y rematándola en las rejas de la ventana, esperaron el desenlace: de ser el Descabezado ánima solamente, el cabestro había de pasarle a través del bulto.

Llegó el fantasma y, notando que había gente, picó al caballo que apretó a correr. Más el cabestro estaba templado, y dándole al jinete en el pecho, con el ímpetu que iba el animal, tiró rodando al suelo al Descabezado. Ahí fueron las risas de los mocitos y el echarse a la calle, provistos de velas a reconocer al fantasma.

Allí encontraron al infeliz ahogándose en el poncho, y lleno de contusiones. Lograron los mozos quitarle la indumentaria y ayudarle a levantarse. Su risa creció de punto al reconocer al cura de San Luis, y al ver los apuros del atortolado clérigo que no acertaba a dar explicación al suceso.

A la mañana siguiente era voz pública en Riobamba que no volvería a aparecer el Descabezado, mientras que cada cual contaba, en secreto, naturalmente, a sus amigos, que el fantasma era de carne y hueso y el mismísimo Doctor de la Pedrosa, cura del Asiento de San Luis. Dicen que desde entonces los riobambeños son muy valientes para eso de apariciones y almas en pena, y que no creen en esas cosas si no están comprobadas.

DOS AMIGOS UNIDOS EN LA VIDA Y EN LA MUERTE

Pablo Herrera

La amistad ha sido justamente reputada desde la antigüedad como uno de los más grandes beneficios del cielo, y por eso decía Cicerón: "Después de la sabiduría, la amistad es el don más precioso que los hombres han recibido de los dioses inmortales. Unos apetecen las riquezas, otros la salud, éstos el poder, aquellos los honores y muchos los placeres de los sentidos. Pero los goces sensuales son propios de los brutos; e inciertos y perecederos los honores, la riqueza, la salud y el poder: dependen no tanto de nosotros como de los caprichos de la fortuna. Los verdaderos sabios no buscan el bien sino en la virtud, y la virtud engendra y conserva la amistad."

La amistad, en efecto, es la vida de dos almas unidas con los vínculos del amor y de las más nobles y elevadas virtudes domésticas y sociales. Ella ha sido siempre y en todas ocasiones fuente inagotable de hechos heroicos, de acciones nobles y generosas que engrandecen a la humanidad. Los tiempos fabulosos nos ofrecen como modelos de esta amistad a Orestes y Píldes, a Teseo y Piritoo, y las edades modernas, bajo la divina influencia de la moral evangélica, nos dan sublimes ejemplos de esta rara y verdadera amistad.

Los amigos de quienes vamos a tratar, no han hecho, es verdad, sacrificios extraordinarios el uno por el otro; pero si se hubiesen presentado las circunstancias, habrían hecho ver que eran amigos como Píldes y Orestes, como Lisímaco y Calistenes, como el almirante Chabot

y el Condestable de Montmorenci, como el caballero Jars y Chateaneuf. La amistad los unía de tal manera que la existencia de ambos estaba, digámoslo así, identificada; no podía el uno vivir sin el otro.

Don Nicolás Prieto y don Manuel Rubianes, por una coincidencia notable, nacieron el mismo año con pocos días de diferencia. Niños entraron juntos en la escuela a aprender las primeras letras y desde entonces, atraídos por una poderosa simpatía y dotados de igual capacidad, de inclinaciones idénticas, de carácter semejante, procedían en todo de acuerdo y perfecta armonía. No se diferenciaban en sus buenas costumbres ni en su aplicación y aprovechamiento.

Salieron de la escuela y pasaron a estudiar gramática y filosofía sin que se relajasen los vínculos de la amistad; al contrario se robustecían y consolidaban más y más con el transcurso del tiempo.

Terminados los cursos de instrucción secundaria, entraron a estudiar Jurisprudencia, recibieron al mismo tiempo el grado de Doctor en esta facultad y por último la investidura de abogado con igual aplauso.

Ambos merecieron en esta noble carrera el aprecio público, porque ambos manifestaban talento, instrucción, honradez, probidad, amor a la justicia e independencia.

Rara fué la coincidencia de haber sido elevados a la magistratura a un mismo tiempo: pues el Rey nombró Oidor de la Audiencia de Quito al Doctor Prieto y Fiscal de la misma corte al Doctor Rubianes. En el desempeño de este arduo destino procedieron en tal conformidad de pareceres que jamás discreparon en nada como si tuviesen un solo modo de ver las cosas y juzgarlas. Así, sus compañeros decían: "Parece que una sola alma tienen estos dos cuerpos".

En unos apuntes históricos de esos tiempos se asegura que era tan grande la unión de los Doctores Prieto y Rubianes que jamás se los vió separados.

Una tarde salieron a pasear por la calle denominada La Loma y habiendo visto capulíes de excelente calidad, compraron esta fruta, especie de cereza, y se la comieron allí mismo, porque en aquellos tiempos, no solamente los niños, sino también las personas de edad y de distinción, comían en la calle como si estuvieran en sus casas, y los moradores de la ciudad se trataban como individuos de una gran familia.

La política era una palabra desconocida, y no se

habían introducido por lo mismo, los primeros elementos de división y discordia que hoy agitan las sociedades. Les sobrevino, pues, una grave indisposición del estómago, no porque la fruta fuese nociva o malsana, sino por alguna otra circunstancia: ambos amigos cayeron enfermos y se separaron para no volver a unirse sino en la tumba.

Según parecía, y lo aseguraban los médicos, la enfermedad no era incurable ni temible en sus consecuencias; más la pena que reciprocamente sufría cada uno de los dos amigos por la separación y las dolencias del otro, la agravaron rápidamente: por manera que los medicamentos que se les suministraba eran inútiles; no produjeron efecto saludable. Uno de los facultativos dijo: "El mal no es de muerte por su naturaleza; pero está complicado con un profundo sufrimiento moral que puede causar un funesto resultado. Así conviene que uno de ellos sea trasladado a la casa del otro; y esto sólo bastará, talvez para que se opere una reacción saludable". Los otros médicos que asistían a ambos enfermos, fueron de parecer contrario; porque si sólo la idea del sufrimiento del un amigo agrava el malestar del otro, decían el espectáculo de estos mismos sufrimientos haría imposible la curación.

Quedaron, pues, los enfermos en sus respectivas casas. El médico que creía complicada la enfermedad con una intensa y profunda afección moral, trató de combatirla con remedios que, según decía, debían atenuar los sentimientos del corazón, y se los suministró al doctor Prieto. Por desgracia el resultado no correspondió a las esperanzas del facultativo; al contrario cambió completamente el carácter de la enfermedad, se hizo mortal.

Murió, pues el Doctor Prieto el 16 de noviembre de 1796 por la noche, y este funesto acontecimiento llegó a la noticia del doctor Rubianes el 17 del mismo mes por la mañana. Al oírla exclamó: **Mi amigo ha muerto y viviré yo?** En seguida entró en agonía y espiró pocas horas después.

El cadáver del doctor Rubianes fué trasladado a la casa del Doctor Prieto y, cada uno en su respectivo féretro, fueron colocados en una misma sala. Al día siguiente se los trasladó a la iglesia de Santo Domingo, en donde se les hizo solemnes exequias. Ambos fueron sepultados en una misma bóveda o sepulcro de la capilla de Nuestra Señora del Rosario.

Este acontecimiento llamó la atención de todos los habitantes de Quito y dió materia al elogio y admiración general. A una voz decían: **Estos amigos se amaron tanto en la vida que no se separaron ni con la muerte, fueron sabios; pues el amigo ama, como dice Séneca, y la sabiduría enseña a amar.**

UN DIA DE MASCARAS

Luis Ponce

I

Aymerich acababa de instalar en Cuenca la Real Audiencia, y era de verse el influjo del Presidente en la sociedad colonial. La fidelidad al rey hacía furor entre los más encopetados, llegando alguno de ellos a ofrecer toda la plata labrada de su casa, mucha entonces, pues, era del gusto de la época tener de plata, además de la vajilla, estribos y espuelas y cien cosas más, para el servicio de Su Majestad en la debelación de los insurgentes.

Pero veíase su influencia, sobre todo, en el nuevo vestuario. El traje inglés de su Excelencia alcanzó una rápida propagación entre cuantos se estimaban en algo; aunque a ratos y puertas adentro seguía, en verdad, gastando todavía el obsoleto indumento español, debiéndose, acaso a esto, el sobrenombre de **cara-calzón** que obtuvo el buen Presidente.

A la sazón distinguíase entre todos don Pedro de Rocha, miembro afortunado de la nobleza española más o menos auténtica y documentada, quien el propio día que estrenaba el **nuevo pantalón**, resolvió amarrárselo, cortando por lo sano cierto rompe-cabezas que le llevaba intranquilo desde algún tiempo. Felipita, su hija única, aceptaba los cortejos del **bravo** Aráuz, donjuanesco criollo, conocido en la ciudad como el sucesor del famoso espada-chín Zabala, muerto antaño en las calles, por la propia mano del Gobernador Vallejo que, en su arrogante terquedad, llegó a tenerlas con el mismo Obispo, señor Carrión y Marfil.

Contoneábase don Pedro, probando en su cuerpo ei

flamante pantalón inglés, cuando al tropel de herrados caballos que hacían sonar el empedrado de la calle, vió escurrirse a Felipita hacia el balcón, sin siquiera percatarse de su presencia. Costumbre de aquel tiempo, prolongada hasta muy cerca del nuestro fué el deporte a caballo de cuantos galanes paseaban cada tarde, rondando a sus novias, con bizarria a la vez que con la mayor facilidad.

A las graves tachas del mancebo añadíale don Pedro la de insurgente, que, en aquella hora de depuración y fidelidad, le hizo estallar al fin, amenazando a su hija con encerrarla en un convento.

Mas no era la muchacha de las que pueden fácilmente ser atemorizadas, ni jamás se la pudo hacer convenir en que dejara a sus padres la elección de marido como era de costumbre. A la amenaza paterna, también hirvió en su seno la sangre de los Rochas, y el amor, demasiado arraigado en su alma para arrancarlo con palabras, sopló indomable. Todo esto hallaba luego pábulo en la condescendencia materna, que nada sabía contrariar en su hija.

De la violenta escena no resultó, pues, sino que se resolviese a abandonar la casa paterna, la vivaz y enérgica muchacha, que con harto disgusto, veía siempre inciertas sus bodas; a las cuales, há tiempo le apremiaba el afortunado galán, codicioso de su hermosura de dieciocheña, a una voz proclamada como la primera de Cuenca.

II

—No os auguro felicidad, díjole algún calavera, víspera de la boda al afortunado mancebo, que mujer demasiado hermosa no es de ambicionar por esposa.

Pasaban los días; en el corazón del marido se iban amontonando disgustos y desapareciendo sueños. Le exasperaba grandemente la obstinada terquedad de don Pedro, que, pensando satisfacer al rey por el matrimonio de su hija con un insurgente, renegaba de ella y había obsequiado para las arcas reales la dote reunida para su matrimonio; y, en verdad, que si él no se había movido por la riqueza del viejo señor de Rocha, no dejaba de estar necesitado de su apoyo.

Además, Felipita no sabía pasar sin proporcionarse, aquí y allá, entrevistas con su madre, a la que amaba con honda ternura, agravada aún por las circunstancias; lo que le mortificaba, encendiéndole, a veces, en sospechas

y celos, hasta llegar a prohibirla aquellas entrevistas; sin mirar que no era hacedero el acabar con su ternura, ni con su enérgica voluntad que solía hallar recursos para llegar donde quería. Y así llegó Navidad. La Noche Buena pasaba siempre en la dulce intimidad familiar, cercando el abigarrado y curioso nacimiento, llamaba a su alma con la poderosa voz del recuerdo. Esta vez no la traía más que abandono y soledad, que en tales ocasiones no sabía su marido renunciar las distracciones y entretenimientos de fuera. Llanto mojaba sus ojos. Ah! no, no podía serlo. Al punto envió a ver a Juana, la buena esclava que la había criado y la quería como hija.

Había ya anochecido, cuando Felipita, bajo un disfraz de sirvienta y acompañada de Juana, buscaba el hogar paterno tan ligeramente abandonado meses antes. El chotillo que comía de su mano, parecía reconocerla, buscando con el hociquillo húmedo en el seno, donde le ocultaba traviesa las golosinas suyas.

Después.... ay! aquella noche fué humedecida con lágrimas. Asistir disfrazada a la velada en que siempre presidió como dueña, como reina! En balde quiso su madre llevar a don Pedro, camino del recuerdo, hacia el perdón de su hija. Nada más consiguió que despertar el encono, el amargo despecho paternos; ensombrecer todavía más, la ya muda y entristecida velada.

Las penas no andan solas dicen, los que saben de sus dolorosas lecciones. Aquella noche, en verdad, cayeron en tropel sobre el pobre corazón de Felipita, que, al volver halló el encono del marido y el abandono...

III

Van pasando los días en vana y porfiada espera. Qué triste, qué honda es la soledad de la abandonada esposa.

Treinta y uno de diciembre. La pobre vuelve los ojos al año que pasa, que se acaba. ¿Quién que sufre no hace el recuento del año? Ah cuán distintamente la hallaron sus comienzos.... era la dulce felicidad del hogar, era la dicha; pero tuvo un sueño, corrió en su pos y, luego, como tras los sueños, nada en torno suyo; sino el vacío del alma, tristeza, soledad, algo como un remordimiento. Se va el año con la alegría de su amor, dejándole un desengaño, la traición, la sorpresa de la suerte, el olvido!

Los ojos le arden, en la garganta anudada se aho-

gan los sollozos, no puede llorar....

Arriba se extiende profundo el cielo, todo azul, lleno de luz, de una luz que sonríe, que acaricia. Hay tibieza en el aire que perfuman las flores de los tiestos amontonados en el balcón. Todo ríe, todo alegra, la naturaleza renace hermosa y fuerte... ¿se dejará el corazón morir de pena?

De improviso brillan los apagados ojos de Felipita, en su faz asoma el calor de la sangre; es la esperanza que nace en el secreto del alma, es su caricia. Ha tenido una inspiración del amor; y al punto mismo comienza a realizarla. Con nimio, exquisito cuidado escoge uno entre sus trajes, revuelve sus joyas, estudia su tocado.

Al fin, puesta un antifaz sobre el rostro, sale a la calle. Quiere triunfar por su amor, por su belleza; y, llena de emoción el alma, va en busca de su marido, a quien todavía ama, como nunca acaso.

Aquí y allá van por las calles grupos de disfrazados o inocentes, arrastrando en pos numeroso y alegre populacho, hombres, mujeres, niños que asordan el aire con silbidos. No ha caminado una cuadra Felipita, cuando ya la muchedumbre la rodea, preguntando curiosa quién es ella, admirada de la gallardía de su cuerpo, de la gracia de su andar, de la riqueza de su traje.

Es una mujer, se repite aquí y allá con admiración, en tanto que avanza ella entre la muchedumbre que crece, hacia la casa de Aráuz, que desde una cantina la ve pasar, reconociéndola al instante. De rabia y de celos siente enardecerse la sangre, agolpada en el corazón, no sabe coordinar las ideas que bullen en su cerebro; maquinalmente busca su casa, apretando nervioso. inconscientemente una daga que lleva consigo.

Mas al llegar a la calle en donde habita, mira también asomarse por el opuesto lado a la disfrazada. Sin duda quiere escarnecerme, piensa sin poder retroceder, sintiendo el loco golpear de la sangre en sus sienes, que arden.

En tanto, el temor y la esperanza agitan el corazón de la esposa, que avanza hacia él sonriente y graciosa; y abocándose, le dice con voz clara y dulce donde se adivina un ligero temblor:— ¿Me conoces?

Mas en aquel instante, ante la asombrada muchedumbre cae al suelo la esposa infeliz, en el pecho la daga. Al abrirle el corpiño asoma una medallita de la Virgen de los Dolores, que aprieta agonizante entre sus dedos.

Después... ah! después, nadie supo del oro del corazón de la muerta. Y largos años se repetía la temerosa historia de su muerte como aviso para esposas infieles.

Cuenca 1918.

LOS DOS CAMPEONES

Manuel J. Calle

I

Ya llegaba a los postres cuando la intempestiva ocurrencia del oficial español hizo que, con el buen humor, se interrumpiese la comida. Los jefes colombianos se quedaron con la boca abierta ante la audacia de ese Teniente Coronel Pita que con tanta tranquilidad, y a nombre de su Jefe, proponía a Bolívar —¡después de Boyacá!— que retrocediese de Trujillo a Cúcuta, abandonando el territorio independiente de Venezuela

Los ojos del Libertador chispearon de ira, se coloreó su frente, a punto estuvo de caer su mano derecha sobre su brazo izquierdo doblado y de salir de su contraída boca, silbante como un cohete, la interjección favorita.

Contuvo su ímpetu, sin embargo, y contestó colérico al imprudente Pita:

—Diga usted al General Morillo de mi parte, que él se retirará a sus posiciones de Cádiz, antes que yo a Cúcuta

—Permítame, Excelentísimo Señor... comenzó a balbucear el realista, comprendiendo la tontería en que había incurrido.

—Dígale Ud. también— continuó Bolívar, sin hacerle caso—, que, cuando yo fugitivo de mi Patria, él la estaba oprimiendo, a la cabeza de un ejército numeroso y envanecido con sus triunfos, yo, acompañado por unos pocos proscritos, no temí buscarle; y que cuando apenas tenía a mis órdenes unas pocas guerrillas, jamás me retiré, sino disputando el terreno palmo a palmo; y por últi-

mo, que hacermé semejante proposición, ahora que cuento con un ejército más numeroso y disciplinado que el suyo, es un insulto que yo devuelvo con desprecio.

Luego, poniéndose en pie, añadió con brevedad:

—Ea, señores, hemos terminado.

Y salió seguido de los suyos, dejando al Jefe realista confundido y aturrullado. Lo peor, que éste se había excedido de sus instrucciones, y bien comprendía que por la imprudencia suya se hallaban en riesgo de fracasar las negociaciones que para llegar a un armisticio habían entablado los dos Generales, desde el anterior mes de Octubre de aquel año de 1820.

—Han visto Uds. qué atrevimiento?— les iba diciendo el Libertador a los suyos. ¡Que me retire! Que nos volvamos a Cúcuta!.... Que se vaya él ¡carape! a la mismísima... Patria que le parió....

—Lo de que se vuelva a Cádiz estuvo magnífico—, exclamó un joven inglés, que iba a lado del Caudillo.

—Si, querido O'Leary. ¿No salió él de Cádiz? Pues que se vuelva; si no, le **afusileo**, como dice el General Cedeño. ¡Hombre! Yo que no he variado de ideas, y que hoy como en 1816 estoy dispuesto a perdonar al mismo Fernando VII, he de ser tratado de semejante manera! Y ¿verá el General Morillo como le caliento las orejas.

Y a la mañana siguiente le escribía de una manera altiva y desdeñosa:

“El Teniente Coronel Pita ha tenido la imprudencia de decirme que V. E. piensa que yo debo evacuar el territorio libre de Venezuela, para volver a ocupar mis posiciones de Cúcuta. No es el gobierno español el que puede dictar condiciones ultrajantes y altamente ofensivas a los intereses del gobierno de la república de Colombia, que hemos elevado sobre las ruinas arrancadas de las manos del ejército expedicionario”.

Con decorosa moderación, don Pablo Morillo desautorizó el dicho, y las negociaciones siguieron adelante, en medio del estrépito de las armas, pues, por muy mal parados que estuviesen los contendientes, por mucho que fuese su deseo de ganar tiempo para descansar, reponerse y cobrar fuerza, no podían andar tan cerca uno de otro sin enseñarse los dientes.

II

Y que se los enseñaban, ¡vaya! Ese facineroso de

Reyes Vargas que había vuelto a las filas de los independientes consumando una segunda desertión, casi tan escandalosa como aquella con que de aquellas mismas filas se separara en años anteriores, no le dejaba punto de reposo al Pacificador. Lanzaba sus guerrilleros como una nube de mosquitos alrededor del ejército realista; y aquí, le picaba la retaguardia; allá, le azotaba los flancos; acullá le preparaba asechanzas y emboscadas, siempre alerta, siempre oportuno, con perfecto conocimiento del terreno y con una agilidad estupenda.

Morillo en persona salió a ahuyentarle, pero ¡qué! el hombre y sus mosquitos se le escapaban de las manos, y de jornada en jornada fué a dar a **Carache**, extremo avanzado de las posiciones del ejército libertador, donde se hallaba el escuadrón **Dragones** mandado por el Comandante Mellao. D. Pablo trató de establecer en ese lugar su cuartel general y acampañar a sus dos mil quinientos hombres, y se fué sobre el pueblo a rienda suelta.

Entonces sucedió algo admirable que constituye una página bellísima de la guerra de la Independencia, durante la cual tantas atrocidades se consumaron por una parte y otra.

No estropearemos la narración de aquel hecho dándola en estilo de novela; y nos contentaremos con copiarla con toda su sencillez de las **Memorias** del General Rafael Urdaneta, actor principal en todos esos acontecimientos, y casi puede decirse testigo de vista.

Oigámosle:

“No tardó Morillo en moverse sobre Carache con su ejército, compuesto de las divisiones Latorre y Tello, de infantería, y el regimiento de **Húsares de Fernando VII**, y aunque lo ocupó como era natural, la retirada que hizo el coronel Juan Gómez le dió a conocer a Morillo con qué especie de gente tenía que combatir.

“Juan Gómez, al ver bajar por la cuesta de Carache el ejército español separó de su fuerza todos los hombres que por enfermos, estropeados o mal montados, no convenían a su objeto, y los mandó retirarse seis leguas atrás, al pueblo de Santa Ana, quedándose él con unos 30 hombres mandados por Mellao, con los cuales se adelantó a reconocer a Morillo, antes que llegase al pueblo.

“Observado por Morillo, destacó sobre él una compañía de **Húsares**, la que no habiendo podido intimidarle fué reforzada con otra.

“Empezó Gómez a replegar ordenadamente, y cuan-

do los españoles le estrechaban, volvía sobre ellos, los lanceaba, los hacía replegar, y continuaba retirándose.

“Morillo tomó empeño en destruirle, y se puso en persona a la cabeza de todo el regimiento de **Húsares**: unas veces intentaba cortarle, lo que no consiguió porque la vega del río Carache es angosta de un lado y otro; pero siempre repitió sus cargas a las que Gómez correspondía haciendo frente, matando españoles y volviendo a retirarse.

“Así lo hizo por espacio de tres leguas, hasta que llegado al pie de la cuesta que llaman del Higuerote, donde concluyen las vegas de Carache, cansados los españoles de perseguirle sin poderle destruir y recibiendo ellos daños, le dejaron seguir.

Gómez tuvo poca pérdida, y la que tuvo fué para dar una alta idea del ejército, porque habiendo perdido uno de los dragones su caballo, muerto en una de las cargas, y retirándose Gómez, quedó este hombre solo y a pie, y apoyándose sobre el cadáver de su caballo, enristró su lanza, **e hizo frente a toda la caballería española**, y aún mató a dos: fué cercado y herido, teniendo ya rota el asta de la lanza, y así se defendía. Hubiera muerto, si Morillo que lo observó no hubiera gritado que salvaran a aquel valiente.

“Fué conducido con varios heridos al hospital de Carache, y cuando algunos días después se entablaron las negociaciones que produjeron el armisticio, habiendo ido con pliegos del Libertador a Morillo el edecán de aquel O' Leary, Morillo le habló de aquel hombre con entusiasmo, y se lo entregó para que lo condujese al Libertador, sin exigir canje, y hasta le regaló dinero. El Libertador volvió por él ocho hombres de **Barbastro**”.

¿No parece ésta una página de la galante caballería? No se recuerda a aquel buen Pedro de Bayardo, defendiendo él solo un puente contra el ímpetu del ejército español, hasta que los suyos se retiren?

Y, no obstante, las escenas de la **guerra a muerte** estaban fresquitas, con sus Boves, Morales, Rosetas, Antoñanzas, Sámanos, Enriles, Moxos, Tolrás, y más monstruos que desacreditaron el nombre español y la raza humana, en las regiones de la América Meridional.

III

Los jefes independientes consideraban como un

triunfo suyo el armisticio celebrado en Trujillo el 26 de Noviembre y ratificado y canjeado en la misma noche; armisticio por el cual se regularizaba la guerra, concediendo garantías aun a los espías y desertores. Y lo consideraban tal, no sólo por las notorias ventajas en que quedaba su ejército, sino por el tácito reconocimiento que el general español hacía del Estado colombiano y su independencia, al suscribir estas palabras en el acta de ratificación: “En consideración a que... mis comisionados para ajustar y concluir un tratado que regularice la guerra entre España y **Colombia**, con los comisionados del excelentísimo señor don Simón Bolívar, **Presidente de la república de este nombre...**” —Bolívar no hizo caso de ello, fijándose tan sólo en las positivas ventajas obtenidas. “Cada artículo de los Tratados, dice O'Leary, contenía algo favorable a los colombianos, y, como los hechos lo probaron, esta negociación decidió la independencia del país”.

El General en Jefe español fué más allá todavía. Inmediatamente después de ratificado el honroso convenio, manifestó su vivo deseo de conocer personalmente al Caudillo americano, y por medio de sus comisionados solicitó una entrevista, que fué concedida en el acto, señalándose para verificarla el día siguiente, y como lugar adecuado, el mísero poblachón de Santa Ana, equidistante de ambos campamentos.

En la mañana del 27, hubo movimiento en el real español. Morillo escogió un escuadrón de caballería para escolta, se hizo acompañar por cincuenta jefes y oficiales de lo mejorcito de su ejército, y con este séquito se puso en camino.

¡Y por Cristo, que era lucido al acompañamiento!! Cada uno de esos altos oficiales revolvió la maleta para sacar lo más bien parado de su informe; y el oro, la plata, el bruñido acero, relumbraban a los rayos del sol levante.

—Si tantas ganas tiene de conocerme, vamos allá— dijo nuestro don Simón.

—Excelentísimo señor, ¿Y quiénes van con Ud.?— Preguntó un jefe.

—Ud. por de pronto, y luego.... —Vamos a ver, ¿quiénes vienen? Quiero llevar diez, y faltan nueve, Sure, Briceño Méndez y José Gabriel Pérez, desde luego, como que ellos tienen parte principalísima en la jornada; y además.... Bueno: que vengan

174 — TRADICIONES Y LEYENDAS DEL ECUADOR

Y con la rapidez característica de su genio, designó, a los demás jefes.

—¡Y cuántos de escolta?

—¡Hombre! ¿Y para qué?

—Pues... para escoltar a V. E.

—No, no; sin escolta.— En cuánto estén listos los designados, que se pongan a caballo. Yo hago lo propio, así como estoy.

—¿Así...?

—Bah! Entre soldados.... Y en campaña..... —¿Qué es de Mister Florencio?

—Presente, mi General.

—Bueno: vaya Ud. a decir al General Morillo que ya estoy en camino.

El edecán don Florencio O'Leary voló a cumplir con lo ordenado; llegando a poco a presencia del Pacificador.

—Excelentísimo señor. Su Excelencia el Libertador está ya en camino, y no tardará en llegar.

—¿Qué escolta trae?

—Ninguna, señor.

—¿Cómo ninguna?

—Ni un solo hombre. Diez oficiales de alto rango vienen con él, y nadie más.

—Bien. Muy pequeña creía yo mi guardia para aventurarme hasta aquí; pero mi antiguo enemigo me ha vencido en generosidad. Voy a dar orden a los húsares para que se retiren.

Dada la orden, retirada la escolta, interrogó Morillo al edecán de Bolívar, quien cuenta minuciosamente el caso.

—¿Quiénes son los oficiales españoles particularmente odiosos al Presidente?

O' Leary hizo una breve enumeración de ellos.

—Tanto mejor —concluyó don Pablo—, pues ninguno de ellos se encuentra aquí.

En esto se hallaban, cuando vieron asomar la comitiva de Bolívar en la colina que domina el pueblo.

—A caballo, señores, y a encontrarles— exclamó Morillo; y partieron todos llenos de curiosidad.

El Pacificador y Conde de Cartagena estaba magníficamente sobre su brioso corcel de guerra, vestido de gran parada, al pecho las cruces y condecoraciones con que el gobierno de su Patria, había premiado su valor— porque Morillo era valiente hasta el punto de hacer decir

a los indomables llaneros del Apure, que tantos dolores de cabeza le dieron:— “¡Es una lástima que haya nacido en España, y una vergüenza que no sea patriota!”—

El hombre era de arrogante presencia; alto, grueso, bien formado, y de aspecto militar. No tenía, desde luego, un talento privilegiado, ni muchísimo menos; pero no todo es cabal en este mundo pecador; pues si hábil hubiese sido el soldado español, la independencia americana habría esperado largos años para realizarse.

Las dos comitivas se aproximan una a la otra, con la prosopopeya que tan delicada situación requería, y andaba don Pablo intrigado por saber cual de los hombres de aquel pequeño grupo era el Libertador.

No pudo disimular por más tiempo su curiosidad; y acercándose a uno, le preguntó:

—¿Y cuál de esos es el General Bolívar?

—Ese— le contestó el interrogado, señalándole a un hombre de mediana estatura, de rostro bronceado, larga nariz y mirada relampagueante, mal montado, mal vestido....

—¿Cómo! ¿aquel hombre pequeño, de levita azul, con gorra de campaña y montado en una mula?

No pudo volver de su sorpresa, porque en ese instante, llegaba la otra comitiva, se veían los dos generales, y presurosos echaban pie a tierra.

—¡Oh, señor General Bolívar!

—Señor General Morillo!

Y los dos jefes abrían los brazos, se precipitaban mutuamente en ellos, sellando su reconocimiento con un abrazo tan cordial como largo y estrecho.

IV

Santa Ana no era un lugar de recursos, ni el alcazar estaba para zampoñas. Morillo, pues, había tenido que contentarse con mandar a preparar en la mejor casa del pueblo un modestísimo banquete, para obsequiar a su rival. Algo más que el pan, queso y raspadura del día de Ayacucho hubo, sin duda alguna; pero, como quiera que sea, la comida y la bebida eran lo de menos para aquellos hombres.

Hablaron largo y tendido, hablaron todo el día, sobre los sucesos de la guerra, sin énfasis, y más bien con tono chancero y delicadeza exquisita. La tolerancia cor-

tés reinó en absoluto, y no escasearon los mutuos elogios y las consideraciones y propósitos humanitarios.

En esta lucha de palabras, Bolívar con su genio pronto, el tacto de gentes largamente adquirido en los negocios, su ilustración, sorprendente en un hombre de espada de aquellos tiempos, y su finura de raza, se llevó de banda a su adversario, más soldado que cortesano, de poco o ningún estudio, formado en los campamentos y salido de la clase popular.

Todo era dolerse de los males de la guerra, anhelos de paz, propósitos de avenimiento decoroso.

—Si algún incidente desgraciado nos obliga a renovar las hostilidades antes de que terminen los seis meses del armisticio, —dijo don Simón—, yo desearía que, en caso de duda sobre algún punto del tratado, se someta y decida por un arbitramento de comisionados nombrados al efecto; y por mi parte escojo desde luego al señor General Correa, español de nacimiento, cuya honorabilidad y rectitud de criterio me satisfacen por completo.

—Convenido, convenido, señor General; pero mientras llegue ese caso —¡y ojalá no llegara nunca!— yo propongo a Ud. otra cosa.

—¿Qué es ello, General?

—Que para que las generaciones futuras sepan con cuánta sinceridad hemos olvidado rencores personales y antipatías nacionales quienes hacemos esta guerra, tan despiadada a veces, y eso aprovechando el primer momento de calma, se erija un monumento conmemorativo en el sitio mismo en que tuve el honor de abrazar a Ud.

—Oh, señor! Esa es una idea magnífica, que honra a quien la concibió! Si pudiéramos comenzar a realizarla desde ahora mismo! ...

—Y por qué no? Pongamos inmediatamente la primera piedra.

Y caudillos, jefes, oficiales, todos, sin distinción de partidos, salieron de la casa, y como viesan por ahí una gran piedra cuadrada, aunaron sus esfuerzos y la arrastraron al lugar indicado, sin permitir que manos mercenarias les ayudasen en tarea tan pesada.

Como sobre una ara santa, extendieron los dos caudillos el brazo sobre aquella piedra, para renovar sus aspiraciones a la concordia y sus propósitos de humanidad.... ¡ellos que habían combatido con tanta saña, que se habían hecho la guerra a muerte, sin dar ni pedir cuar-

tel y que durante cinco años habían alimentado en sus corazones un odio recíproco tan profundo! El Morillo de Cartagena, de Margarita, de Bogotá, el protector de Sámano! ¡El Bolívar que no tuvo empacho en fusilar los seiscientos prisioneros españoles y canarios de la Guaira!...

La noche había cerrado, y el cansancio de los unos y de los otros era visible. El Libertador habló de retirarse; pero su nuevo amigo le instó a quedarse, cosa a que don Simón accedió sin dificultad; porque, vamos, porque se caía de sueño.

Pocas horas después, acostados en un mismo e incómodo cuartucho de aquella pobre aldea, frente a frente y sin escrúpulos, el Caudillo Libertador y el General Pacificador roncaban tranquilamente.

LA REVOLUCION ANECDOTICA

Gabriel Pino Roca

Refiere el Dr. César Borja, en el "Prólogo de una novela que se publicará algún día"; que, horas después de proclamada solemnemente la Independencia de Guayaquil, se presentó en casa de don Francisco de P. Lavayen, factor importante del acontecimiento, su señor padre, realista de **hacha y machete**, preguntando por aquel, quien salió a recibirle humildemente, y que, el padre, en abuso de su autoridad, levantando el bastón, le atizó unos cuantos palos, diciéndole repetidas veces —¡Ea! con que eres **independiente**; con que tienes gobierno propio; anda, v quéjate a éste, del castigo que te impongo a nombre de S. M.

Y, el patriota, tuvo que apelar al encierro, para escapar de la furia del implacable papá.

Curiosa por demás, fué la primera conversación que tuvieron en la prisión, el gobernador español de Guayaquil, don Pascual Vivero, y el coronel graduado del "Granaderos de Reserva", Benito García del Barrio, a quienes sorprendió, candorosamente, la Revolución.

—Pero, señor Gobernador: ¿cómo ha podido ser ésto, sin que lo hubiésemos sospechado?

—Justo, mi coronel, justo.

—¡Se conoce que los condenados han guardado bien el secreto!

—Justo, mi coronel, justo.

—¡Y pensar que todos mis oficiales andaban en

el ajo, y yo tan fresco!

—Justo, mi coronel, justo.

—¡Y qué, hasta la familia de Ud. lo traicionaba!

—Justo, mi coronel, justo.

—¡Y, qué hacían: Tirapétigui, Villalba y todos los jefes realistas?

—Justo, mi coronel, justo.

—¿Por cierto, que al sentir Ud. que se le colaban en casa, sospechó que estábamos vendidos?

—Justo, mi coronel, justo.

—¡Pero, dígame Ud., señor gobernador; ¿quién fué el insolente que le intimó prisión?

—Justo, ... Justo ... mi coronel.

Y no mentía, el salado sevillano, el oficial que lo prendió, se llamaba Justo Rivero.

El Padre Querejasu, realista franciscano, decía, desde el púlpito de su iglesia, a un selecto auditorio, en la noche del 8 de octubre de 1820, entre otras linduras:

—¡El diablo anda suelto, hijos míos, y trae revueltas nuestras felices colonias. Ya está en la Capitanía de Venezuela, ora en la Nueva Granada; luego, aparece en el Perú. Unas veces, se llama Bolívar, otras San Martín, otras Páez. Hay que vivir reconciliados con Dios, para no caer entre sus redes. Estad sobre aviso, y volved mañana a este santo templo, que, por la gracia del Espíritu Santo, me propongo explicaros, qué cosa es ese horror que los herejes llaman **Revolución**, a fin de que, la detestéis con todas vuestras fuerzas!

Al siguiente día, al pasar revista a los prisioneros, y reconociendo entre éstos al orador de la víspera, díjole el capitán Cordero, dándole una palmadita en la espalda.

—¡Vaya, reverendo padre, ya puede Ud. estarnos agradecido, por la saliva que le hemos ahorrado, enseñando prácticamente, a los guayaquileños qué cosa es la Revolución!

ABDON CALDERON

Manuel J. Calle

Era la noche del 23 de Mayo de 1822 .

Al suave resplandor de una hermosa luna que brillaba en un cielo profundamente azul y tachonado de inúmeras estrellas, se veía desfilar sigilosamente un grupo considerable de hombres armados, con dirección al Pichincha, monte a cuyas faldas se levanta la ciudad de Quito, capital de la República .

El silencio era solemne, casi no se oían las pisadas de aquellos hombres, y ni una luz, ni siquiera el menor rastro de claridad artificial iluminaba su camino .

Difícil era éste y por demás accidentado. Los nocturnos expedicionarios tan pronto rompían entre malezas como caminaban por valles profundos, hundiendo sus pies en hondos barrizales, resbalando entre pedruzcos, esguazando torrentes hinchados por las lluvias de los días anteriores .

Sus movimientos eran cautelosos y ordenados; diríase que era un solo hombre que marchaba entre el silencio de la noche .

La caminata duró algunas horas: al amanecer del día 24 hallábanse ya a respetable altura sobre el volcán que era el objeto de su jornada .

Bien pronto los primeros rayos del sol vinieron a llenar de viva claridad los horizontes inmensos, y a la distancia, haciendo coro el himno matinal de la naturaleza, resonaron las alegres dianas de un ejército en espera.

El panorama era magnífico y causaba asombro a los que por primera vez habían puesto la planta en ese lugar que bien pronto iba a recibir un baño de sangre y a hacerse famoso con una de las más célebres batallas de la libertad americana .

Porque esa gran porción de hombres armados era el ejército que el General Sucre conducía desde las ardien-

tes selvas de la costa, para decidir en un combate la suerte de la que es hoy República del Ecuador. Se componía de tres mil soldados, curtidos al vivac de los campamentos y al fuego de las batallas; veteranos, que en la magna Epopeya de la Independencia, se habían cubierto de gloria, ya en las llanuras del Apure, ya en los campos inolvidables de Carabobo y Boyacá, o en las jornadas históricas de Maipú y Chacabueo: venían de todas partes, del Norte, del Sur, del Meridión, como a una cita gloriosa en defensa de la más grande e inmortal de las causas .

Arriba, el cráter del volcán cubierto de eterna nieve; abajo, la ciudad que despertaba sonriente y bañada en luz, con sus majestuosas cúpulas, sus altos campanarios y sus techados rojos; más allá la verdura de los campos de esta privilegiada tierra extendiéndose sin fin, cruzados de arroyos espumosos, de ríos como de plata, sembrados de granjas y atalayados por colinas de gracia escultural; en el confín lejano, las blancas cimas de los gigantes de la cordillera andina, y cubriéndolo todo, un cielo encendido en matices rojos, por el cual iba ascendiendo lentamente con pompa y majestad imponderables el sol ecuatorial .

Algo menor que el ejército de Sucre, en el cual había jefes como el General Mires, el Coronel Morales, el Coronel José María Córdoba y el Coronel Santa Cruz, jefe de los auxiliares peruanos, era el ejército realista que comandaban el Presidente Aymerich y el Coronel López, traidor a la Patria en la plaza de Babahoyo .

Al mirar este ejército que los patriotas coronaban las altas faldas del Pichincha, a una altura de 4.600 metros sobre el nivel del mar, se movieron de sus posiciones para desalojarlos, y comenzó la batalla .

Rompiéronse los fuegos a las nueve y media de la mañana entre el grueso del ejército de Aymerich y las tropas que mandaba el Coronel Córdoba, compuestas de dos compañías del Magdalena, los cazadores del Paya y el batallón peruano Trujillo .

Media hora duró este primer encuentro, hasta que, consumidas sus municiones, se ven los soldados de la Independencia obligados a retirarse, lo que hacen poco a poco, dando frente al enemigo .

Municionados ya de nuevo, vuelven a la pelea, reforzados por dos compañías del Yaguachi al mando del Jefe de Estado Mayor Coronel Morales y lo restante de la infantería a órdenes del General Mires .

Nuevamente consumidas las municiones, se ven

otra vez los patriotas en el caso de replegarse, y los realistas se arrojan sobre ellos, creyéndolos ya vencidos. Tres compañías del batallón **Aragón** se desprenden para flanquear la izquierda de Sucre, y a su encuentro salen otras tres del **Albién**, cuerpo formado por aquellos bravos ingleses que vinieron a derramar su sangre en la conquista de la libertad americana.

Dase, entonces, orden de cargar a la bayoneta, y comienza lo más horroroso del combate.

“El choque fué horrendo, dice un autor, en honor de la verdad, el heroísmo español nos asombraba: jadeantes los soldados, sin respiración por la subida casi perpendicular, se venían en pelotones sobre nosotros, como un aluvión invertido, como un alud que ascendiese. Recibíanlos a machetazos, a culatazos, a empujones. Aquello era algo así cual una miniatura del combate de los titanes contra el cielo: ni siquiera nos faltaban los peñascos para lanzarlos sobre el adversario; los caballos que morían se precipitaban por el declivio aplastando a los que trepaban. ¡Qué infierno! Era necesario atender al enemigo y prestar atención al suelo: el que caía, rodaba hasta los pies de los contrarios que subían, e iba a ser degollado o tomado prisionero, o a despedazarse en hórridos precipicios. Los heridos se asían de nuestras piernas o de los matorrales, arrastrándose por el estrecho campo, para no ser destrozados por las plantas de los combatientes o los cascos de los bridones”.

“Córdoba recibió orden de dar el golpe de gracia: cesamos la defensiva, y como si tornase a la actividad ese mismo volcán sobre cuyas erupciones petrificadas combatíamos, cual quemante irresistible lava borbollando del cráter de las pasiones humanas, más terribles que el del volcán, la ola ardiente de hombres enfurecidos, con las bayonetas chorreando sangre, gritando, tronando, haciendo retremblar el monte, se precipitó sobre las mejores tropas de Aymerich, cuyo hijo murió uno de los primeros”.

La carga fué irresistible: temblaba el monte al choque de los enfurecidos lidiadores. Entre el humo de los disparos y el fragor de la contienda, veíase rodar por las grietas y matorrales, hombres y caballos, heridos y muertos, en horrorosa confusión. Los gritos, los alaridos, las blasfemias llenaban el espacio al igual que el tronido de la fusilería; las bayonetas chorreaban sangre, y la sangre hasta el pomo estaban bañadas las espadas; ardía la ira en los corazones y los ánimos estaban inflamados de so-

berbia, de desesperado heroísmo.

Al fin los españoles cedieron el campo, precipitándose abajo, por entre quiebras y riscos, “a las doce del día, en que se ostenta más espléndido el que fué dios de Calicuchima y Quisquis, los soldados de la libertad haciendo, no correr sino rodar a los vencidos y obligándolos a refugiarse en el fortín del Panecillo, dieron el grito de victoria”.

Los habitantes de la ciudad de Quito contemplaban la batalla desde altos collados, de las torres de las iglesias, de las azoteas, galerías, ventanas y techados de las casas, siguiendo ansiosos e impacientes las peripecias de la lucha, palpitando los corazones de esos cuarenta mil habitantes al esfuerzo de las más encontradas emociones: terror, desesperanza, alegría, victoria.

“Hasta ancianos y adultos de ambos sexos, —dice otro autor—, habían subido gozosos las crestas encumbradas, cual llevando un plato de comida o una canasta de bizcochos, cual un poco de pólvora, cual una bayoneta, alguna cosa, en fin, con que manifestar su gratitud a los soldados de la patria. Los vivas a la libertad y al vencedor tuvieron aturrida la ciudad toda la noche del 24”.

Entre los soldados de la Independencia había un jovencito casi imberbe, que desde tiempos atrás se distinguiera por su bravura en los combates y su serenidad ante el peligro.

Llamábase el tal **ABDON CALDERÓN**, había nacido en la ciudad de Cuenca, y pertenecía a una familia muy repetable de Guayaquil.

Años atrás al padre de ese joven le había inhumanamente fusilado el tirano Sámano, que llegó a ser Virrey de Nueva Granada, así mismo por ferviente amigo y favorecedor de la Independencia. **ABDON**, tenía, pues, en sus venas sangre de héroes y de mártires, y en su alma la filial obligación de vengar, batiéndose en los campos de la libertad, el bárbaro asesinato de su infeliz padre.

Enrolado en el ejército de Sucre, pertenecía al batallón **Yaguachi** y tenía el grado de Teniente en una de sus compañías.

Fué este soldado niño quien dió en aquella memorable jornada la prueba mayor de hasta dónde puede llegar el heroísmo cuando está alentado por el sagrado amor a la patria; y por eso, en esta acción, se destaca su figura entre la de tantos guerreros beneméritos, llamados Sucre, Mariscal de Ayacucho, Córdoba, el héroe de cien ba-

tallas legendarias, Mires, Santa Cruz, Morales, los invictos del **Albién** y otros muchos que pelearon el 24 de Mayo.

Hemos dicho que, obligada a retirarse la vanguardia, que mandaba Córdoba, por falta de municiones, volvió al combate, reforzada con dos compañías del batallón **Yaguachi**. En una de esas compañías estaba Calderón.

Inflamado de valor, corre al frente de los suyos, y se precipita sobre el enemigo.

Adelante, amigos míos: ¡Avancen, muchachos! —exclama con delirio dirigiéndose a los suyos, y se entra por donde arreciaba el peligro y se cernía la muerte, con la mirada encendida y la espada desnuda en la diestra.

Silba una bala y le rompe el brazo derecho.

Pasa Calderón la espada a la izquierda, y continúa la lucha al grito de

—¡Viva la Patria!

Silva otra bala y le rompe el brazo izquierdo.

—¡Viva la República!— grita el heroico adolescente, y siempre en pie, siempre sereno, anima a los suyos, y corre adelante con la espada en los dientes.

¡Avancen! ¡A ellos!

Vacila el niño, pero no cae.

¡Patria! ¡Patria! Libertad! ¡Libertad! Y adelante!— grita como puede, dejando caer la ya inútil espada.

Viene una bala de cañón y le lleva ambas piernas.

—¡Viva la Independencia!

Y cae sobre su espada.

Y allí, en el suelo, sin brazos, sin piernas, destrozado, mínima parte de sí mismo, aún respira con el aliento de su valor gigantesco y lanza entre el hipo de la muerte el último **viva a la República**.

Y luego, como una pálida flor que se dobla, blanco como un lirio que se marchita en un lago de sangre, entrega su grande alma.

Tenía diez y ocho años.

El batallón entero que le había atacado se arroja sobre sus despojos sangrientos, y al rededor de su cadáver como en los cantos épicos de la *Iliada*, se traba un reñido combate

Cuando el Libertador supo este hecho admirable dispuso que la compañía del **Yaguachi** a que pertenecía Calderón, no tuviese en adelante Capitán, y que cuando se corriese la lista y se nombrase al héroe de Pichincha, as-

cendido a aquel grado después de su muerte, la compañía entera contestase.

—**Murió gloriosamente en Pichincha, pero vive en nuestros corazones.**

Esta fué la batalla de Pichincha que nos libró del yugo extranjero y tal el comportamiento glorioso de **ABDON CALDERON**.

CURIOSA AVENTURA SOBRE EL MATRIMONIO DEL GENERAL SUCRE

J. M. Camacho

Bravos mozos y, sobre todo, mozos guapos los del ejército Libertador. Allí estaba, entre otros, el joven Coronel Arturo Sandes, irlandés de nacimiento, antiguo oficial del ejército inglés, grande amigo de la libertad y de las aventuras, gallardo y dádivo, que venía haciendo la campaña desde 1820 y llevando en triunfo la bandera de la insurrección americana desde las costas del mar Caribe hasta las faldas andinas. En todas partes había lucido su bazarra el hijo de la verde Erin: espada en mano, la mirada centellante, febril y terrible a la cabeza de sus valientes del "Rifles", que lo amaban con la veneración que inspiran los héroes, no cedía un paso al enemigo, ni los contrastes deprimían su arrogancia.

En la entrada triunfal que hizo el ejército en Quito, después de la Jornada de Pichincha, donde Sandes, en el "Panecillo", infundió a sus tropas todo el fuego del volcán, la multitud saludaba con los brazos tendidos a las huestes vencedoras, Sandes montaba un brioso zaíno; y sus soldados contestaban a los ¡hurra! de la multitud señalando a su Jefe: "Este es el gringo Sandes, y nosotros somos los "Rifles".

Y fué notable entre otras invenciones con que Quito solemnizó aquella entrada, la marquesita de Solanda, la más preciosa criatura de su siglo, tipo cabal de donaire y gentileza representando a la diosa Libertad sobre el carro de la victoria para ofrecerle la corona de laurel al vencedor. Jamás el simbólico gorro encarnado había cubierto una cabecita más hermosa, ni el albo manto había tendido sus pliegues sobre un talle más gentil y delicado.

Al recibir Sucre la envidiable ofrenda, sintió tal impresión que no sufriera otra igual en su vida, ni antes cuando desbarataba las huestes de Aymerich en Pichincha, ni después cuando rompió las cadenas de América en Ayacucho, apenas conoció la Libertad se sintió esclavo... Los dardos de Cupido clavados en su corazón, estaban vibrando.

Durante la permanencia del ejército Libertador en Quito, los majestuosos salones del opulento marqués de Solanda, abiertos para los legionarios de la emancipación americana, estuvieron inundados por los fulgores de la juventud, del heroísmo y de la gloria. La seductora marquesita tenía cautivos a los aguerridos oficiales de la independencia y su corazón vehemente e incierto, no sabía si inclinarse al ilustre guerrero el General Sucre, o al gallardo Coronel Arturo Sandes. Como en la "cuchilla de Taindala", como en "Pasto" Sandes bregaba por alcanzar la palma de la victoria, como en Pichincha, Sucre defendía con gran ventaja la posición de ese nuevo "Panecillo", de que hacía depender su porvenir y su gloria.

Anhelando batallas y soñando amores, los oficiales del Ejército Libertador dejaron a Quito para emprender la campaña del Perú.

Platicaban una noche en Huamachuco, al calor de unas brasas de carbón, los Coroneles Sandes y O'Conner, recordando a la patria ausente, y espontaneándose con sus recuerdos, cuando O'Conner exclamó:

¡Por San Patricio! No he podido festejar el santo en su día y cuenta que allí, en aquel baúl, guardando estoy dos botellas del buen aguardiente de Irlanda, obsequio de nuestro paisano el Capitán Simpson.

¡—El buen aguardiente de Irlanda! ¿Tan delicioso néctar lo tenemos por acá, Coronel O'Conner? Confieso que va mucho tiempo que no lo saboreo y a fe mía que es gran remedio para avivar la sangre y aclarar el entendimiento.

—Y para vigorizar los miembros entumecidos, Coronel Sandes.

—Y para confortar el espíritu, Coronel O'Conner .

—Y también, Coronel Sandes, para consolar las penas de ausencia de algún corazón enfermo de amor .

—¡O'Conner!

—¿Sandes?

—¿Acaso es alguna alusión?

—¿Y bien? Vamos, Coronel Sandes, ofrezco a Ud. una botella de nuestro buen aguardiente de Irlanda para tomarlo en ponche esta noche a la salud de la diosa de la Libertad, la linda marquesita de Solanda .

Apareció en ese momento la simpática figura de un militar de 28 años. "Vestía pantalón de dril blanco, levita y capa de paño oscuro maltratados por la nieve, gorra militar del mismo color, guarnecida por un cordón de oro: y al cinto una espada" .

O'Conner y Sandes se pusieron de pie respetuosamente .

Era el vencedor de Pichincha, Don Antonio José de Sucre .

—Me asocio al ponche, Coroneles, dijo sonriendo;— pero ha de ser a condición de brindarlo.— Hoy se despa-cha un Oficial a Quito y puede ser esa marcha de interés para el Coronel Sandes o para mí. Coronel, sé que su co-razón late a la par del mío por la marquesita de Solanda. ¿Cómo hemos de componernos? Propongo a Ud. un medio: fiemos a la suerte, la suerte de nuestros corazones, y brin-demos el ponche por la ventura del afortunado .

Sandes vaciló un momento, pero luego repuso:

—Convenido .

Y sin dilación se tiró a la suerte. El Coronel O'Conner hizo de testigo. Sacó del bolsillo un peso y pre-guntó:

—¿Cara o corona?

—Cara— dijo el uno .

—Corona— dijo el otro .

La moneda se elevó dando vueltas en el aire y cayó sonando .

—¡Cara!

El vencedor de Pichincha había ganado el derecho a la mano de la marquesita de Solanda .

En seguida se sirvió el ponche. El Coronel O'Conner tuvo que gastar su segunda botella, porque Ferguson, Hinton, Wilson, y otros capitanes irlandeses, que servían con gloria en el Ejército Libertador, habían acudido atraí-dos por el incitante olor del buen aguardiente de Irlanda .

Esa misma noche ,aprovechando del Oficial que partía para Quito, mandaba Sucre su poder para casarse con Doña Mariana Carcelén, la linda marquesita de So-landa .

Así nos cuenta el General Francisco Burdett O'Conner en sus "Recuerdos", un libro recién publicado, es-to que él llama: "Curiosa aventura sobre el matrimonio del General Sucre" .

El Coronel Sandes a quien protegiera con más de-cisión Marte que Cupido, se cubrió después de perdurable gloria en Corpahuaico, donde salvó el ejército, y en Aya-cucho donde alcanzó el título de General .

EL TAMBOR

Luis N. Dillon

Era el trece de febrero de 1829.

En una de las casitas del pueblo de Girón se oían acordes de instrumentos, estrepitosas carcajadas, entusiastas vivas. Varias personas iban y venían por el espacioso corredor que miraba a la plaza; los mozos formando corrillos fumaban y charlaban alegremente; algunos rapazuelos hacían su agosto escurriéndose por entre los convidados para caer de improviso sobre un enorme perro que dormía tranquilamente en un ángulo del corredor.

En el cuarto principal de la casa giraban tres o cuatro parejas como un torbellino y al fin de cada danza eran nutridos aplausos, palmadas furibundas.

¡Un costillar para el compadre Facundo y la comadre Manuela! decía por allí una voz ¡Bravo! ¡Bravo! Contestaron todos, mientras un vejete panzudo, de cara mofletuda, sonriendo con una boca semejante a boca-calle se encaraba con la comadre Manuela, masa informe de carne, de diez lustros de existencia que sonrojándose se excusó de acceder a las peticiones de Facundo. Los mozos apuraban el caso con ¡hurras! repetidos y don Facundo hubo de decidirse a asaltar la fortaleza, y arrebatando el rebozo a doña Manuela, de un tirón la puso en media sala. Hicieron mil piruetas los abuelitos, hasta que don Facundo respirando con dificultad como buey cansado, cayó en un canapé, mientras doña Manuela entre atronadores aplausos, trataba de pedir dispensas por lo malo del baile. Ya se comprenderá que esta escena prestó a los jóvenes abundante materia para reír y criticar.

¡Ahora sí los novios! gritaron a una voz todos los concurrentes, y se vió salir al centro una pareja encantadora.

El era de gallardo continente. Mozo de veinticinco primaveras tenía en su rostro la frescura de la juventud: ancha frente, nariz combada, cutis de un moreno sonrosado, ojos negros, de mirada dulce, poblado bigote daba a su cara expresión agradable.

El cuerpo de la joven era templo de las gracias; su piel blanca delicada tenía la tersura de la azucena; nariz perfilada de lineamientos atrevidos: labios que podían engendrar celos al carmín: sus mejillas tenían los tintes del clavel y perlas eran sus dientes engastadas en el coral de sus encías. En ese rostro apacible como un día de primavera, se destacaba la eterna noche de sus rasgados y negros ojos, rota de cuando en cuando por relámpagos de esperanza. Arqueadas y finas cejas guardaban esos abismos de delicias, y una cascada de dorados bucles se precipitaba por su talie, esbelto como la palmera del desierto, hasta perderse entre los pliegues ondulantes del vestido.

Julia —tal era el nombre de la joven— era hija de Manuel y María, honrados labradores avecindados en el pueblo de Girón, los cuales abortos contemplaban las gracias de su hija y bendecían al cielo, viéndola feliz al lado de Alfredo a quien llamaban modelo de jóvenes porque habiendo quedado huérfano niño todavía, merced a su laboriosidad y honradez había logrado formar una regular fortuna y granjearse el aprecio de sus conterráneos. Entregado al cultivo de su finca durante los días ordinarios, apenas le quedaban los de fiesta para, después de cumplir sus obligaciones como tambor de las milicias del pueblo, ir a visitar a su adorada Julia.

En el día de que venimos hablando Alfredo había alcanzado su ideal contrayendo matrimonio con Julia, cuyas bodas eran las que se festejaban tan alegremente.

Pero volvamos a la sala de la diversión.

La danza fué maravillosamente bailada por los recién casados, los cuales a cada instante recibían salvas de nutridos aplausos.

El contento rayaba en frenesí, cuando el sonido de clarines, atambores y cornetas que tocaban marcha, hizo cesar el entusiasmo y todos los convidados acudieron en tropel al corredor, a fin de cerciorarse de la causa de tan inusitado acontecimiento.

Eran los bravos del norte que rebotando en ira venían resueltos a quedar gloriosos en el campo o vengar la

injuria que el General Lamar infiriera a la República, invadiendo el suelo patrio con un grueso ejército, a fines de Noviembre del año 1828.

Acamparon los batallones en la plaza del pueblo, y se preparaban grandes hogueras para el rancho de la tropa, a la vez que en la casa de que venimos hablando, sonaron de nuevo los abandonados instrumentos y los convidados reanudaron el baile con mayor brío.

El contento y la animación tomaban creces; mas la arrogante presencia de un soldado que preguntaba por Alfredo, detuvo a las parejas que danzaban y el silencio cundió por los ámbitos de la sala.

—El Coronel del Caracas, dijo el veterano, dirigiéndose a Alfredo, lo llama a Ud. con urgencia; cinco minutos de plazo, y nada más, añadió el militar desapareciendo en seguida por el anchuroso patio.

Inútil es decir que la alegría no renació después de esta escena. Profunda melancolía inundó todos los ánimos al ver a Julia que, anegada en lágrimas, abrazaba a Alfredo con la ternura del adiós postrimero. Bien alcanzaba Julia el objeto de la llamada.

Acompañado de Julia y Manuel se dirigió Alfredo al cuartel del Caracas, a cuya puerta le aguardaba un militar de agrio semblante, más alto que bajo, más flaco que gordo, de tez morena, de mirada iracunda, de luengos bigotes; en suma, de conjunto más vulgar que distinguido.

Al cortés saludo de Alfredo contestó el Coronel con un desabrido gesto.

—Mi tambor murió ayer, dijo el militar con voz ronca y apagada; me han informado de sus habilidades.... y dirigió luego a Alfredo una mirada escrutadora, como que le decía: U. es el destinado a reemplazarle....

Mortal palidez asomó a los rostros de Manuel y Julia al escuchar las palabras del Coronel. Ambos hubieran caído de rodillas para implorar misericordia ante el inhumano que les arrebatara la dicha, tan luego como empezaban a saborearla, si Alfredo no lo hubiera impedido contestando con voz temblorosa: mi Coronel: nada tengo, nada poseo; pero mis débiles fuerzas están al servicio de la Patria, y si ella me llama, si ella está en peligro, allá voy, siquiera sea a sostener el valor de mis compañeros con el redoble de mi parche. Y diciendo y haciendo se encaminó al interior del cuartel, no sin antes haber enviado una mirada llena de ternura a Julia, que le contemplaba con ojos bañados en llanto.

Pero Julia corre, vuela, se arroja a los pies de Alfredo, se ase de sus pantorrillas, y con voz ahogada por la emoción le dice: Yo iré contigo; yo moriré a tu lado: a ver si en el otro mundo hay todavía quien me robe la felicidad:.... y besaba convulsivamente las manos de Alfredo. Este devolvía las súplicas de Julia, con lágrimas que corrían una a una por sus mejillas, y con besos ardientes que depositaba en la cabeza de su esposa.

—No vida mía, exclamó por fin. Alfredo, levantando a Julia, no.... no puedo consentir jamás.... yo partiré, pero tú quédate... si bien vas conmigo, porque te llevo en el alma. Pronto estaré a tu lado con los lauros del vencedor, y entonces seremos más dichosos. Mientras tanto, cuida de tus padres y en el santuario de tu pecho, aviva el fuego del amor a tu marido, que yo en cada descarga pensaré en ti; en el humo del combate veré delinearse tu figura; en ti rebosaré, en ti y por ti viviré; tu recuerdo me dará valor y me precipitaré con bravura en la batalla, para arrojarme luego en tus brazos victorioso y loco de amor. Pero tú quédate; te lo pido, te lo ruego, te lo mando:....

Ni el acento apasionado de Alfredo, ni los ruegos de Manuel que, abrazando a Julia, procuraba disuadirla, ni las observaciones del viejo Coronel, fueron bastantes para hacer cejar a ésta en su descabellado propósito, y Manuel hubo de retirarse con tortura en el corazón, mientras Julia y Alfredo se internaban por el zaguán del cuartel. El atribulado padre fué quien comunicó, más con lágrimas que con palabras la infausta noticia a los convidados que impacientes aguardaban su vuelta.

A las doce del día siguiente los habitantes de Girón presenciaban atumultados el desfile del ejército, que a las órdenes del General Sucre iba en busca del enemigo, posesionado a la sazón del pueblecillo de Sanfernando, asentado casi al frente del primero. Allí marchaba el gallardo Caracas al son de los marciales tañidos del tambor de Alfredo. Detrás venían diseminadas en grupos las cantineras, entre las que descollaba el airoso talle de Julia, lívida, desencajada por el pesar inmenso que gravitaba sobre su alma, a causa de los acontecimientos de la víspera y del adiós desgarrador que venía de dar a sus cariñosos padres. Los batallones eran saludados al paso con los ¡hurras! y ¡vivas! de los espectadores. Quien abrazaba a su hermano, quien contestaba batiendo en alto el sombrero, la despedida de un amigo; las mujeres lloraban, los hombres per-

manecían impasibles, los niños reían. ¡Buen viaje! ¡Qué la Virgen los ayude! ¡Qué no vuelvan corridos! ¡Adiós! ¡Adiós! Repetían varias voces. Pocos momentos después se perdían a la distancia las banderolas del ejército y Girón tornaba a su habitual silencio.

Lamar rehuía los tácticos movimientos de Sucre y en el vaivén de los dos ejércitos se pasaron varios días, en los que las virtudes de Julia, su hermosura y su empeño en prestar servicios a los camaradas de Alfredo, le supieron conquistar el aprecio de sus compañeras y el de los bizarros soldados del Caracas. ¡Quién no hablaba de Julia; quién no ponderaba sus prendas!! En la tienda del Coronel, en el rancho de los soldados andaba de boca en boca el nombre de Julia, en medio de alabanzas y bendiciones: la fuerza de la virtud es irresistible, vence y aherroja el corazón más fiero.

Los primeros rayos del 27 de Febrero empezaban a teñir el horizonte del Portete del Tarqui, cuando se rompieron los fuegos entre los ejércitos enemigos.

Atruenan el aire las descargas de fusilería; el humo envuelve a los combatientes; se empuña lo más reñido de la batalla, cuando el Caracas con el General Flores a la cabeza avanza por las seivas del flanco derecho del enemigo, al compás de ¡al paso gimnástico! arrancado del tambor de Alfredo. Pero allá está emparapetada, la división del General Plaza para impedirle el paso.

¡A tierra! tocan las cornetas. ¡A tierra! repiten los sargentos de las guerrillas, y los valientes dan con sus cuerpos en el polvo, para evitar los efectos desastrosos del nutrido fuego que sobre ellos hace el enemigo.

Retumba en el aire el estrépito de las descargas; su eco se dilata por las quebradas y los montes; los gritos de ¡viva Colombia! ensordecen a los luchadores; pero en medio del estruendo se distinguen los redobles del tambor del Caracas.

¡En pie! ¡A la bayoneta! es la consigna que reciben los héroes, para desalojar al enemigo de sus trincheras, y los bravos del Caracas se arrojan sobre los parapetos con la fiereza del león animados por el ¡al ataque! que suena en el tambor de Alfredo. Mas el esfuerzo de esos tigres se estrella contra el plomo que vierten a torrentes las trincheras enemigas.

Reina un momento de silencio y estupor. El humo que se ha levantado y flota sobre las cabezas de los combatientes, como majestuoso dosel, permite distinguir el

sinnúmero de muertos y heridos. Entre estos está Alfredo revolcándose en su propia sangre: una bala le ha destrozado la pierna, pero no importa, aún le quedan las manos para servir a la Patria, y al nuevo toque de ¡a la carga! que dan las cornetas, el tambor del Caracas contesta con frenesí ¡a la carga!

Se renueva el fragor del combate: los disparos de fusilería, el chasquido de las armas, los vítores de los asaltantes, el ruido de los cuerpos que caen, las blasfemias de los heridos, los ayes de los moribundos, el polvo que se levanta, el humo que se arremolina, indican lo desesperado de la lucha; pero el tambor suena, redobla con desesperación. Una formidable descarga es el último refugio del enemigo que abandona su posición y huye despavorido. Los denodados del Caracas persiguen la derrota; pero ¡ay! no suena ya el tambor que los enardecía en la acción y que los inebriaría en la victoria. La última bala cobardemente lanzada por el enemigo, ha tronchado la preciosa vida de Alfredo, que yace en el campo con el pecho acribillado a balazos; la sangre borbolla todavía de sus heridas y coágulos sanguinolentos, tibios aún, cubren el tambor que está a su lado.

Con la velocidad del relámpago se propagó por las filas la malhadada noticia de la muerte de Alfredo. Llegada que hubo ésta al campamento de las cantineras, situado a prudente distancia del teatro de la batalla, Julia desesperada, loca, se desase de sus compañeras que la detienen, y se dirige corriendo en busca del cuerpo de Alfredo. Le halla, se precipita sobre él exhalando lastimeros sollozos, le toma el pulso, le arregla el cabello, le limpia el rostro, le mira, le besa; quiere comunicarle vida con su aliento, mas todo es en vano: Alfredo está muerto...

Lanza Julia un ¡ay! conmovedor, estrecha contra su pecho el cuerpo frío y después de imprimir sus labios en los yertos del cadáver, exclama: ¡yo te vengaré! y acomodando el cuerpo del mejor modo posible, con la exasperación de una demente y en un arranque, mezcla sublime de amor y heroísmo, se apodera del tambor de su marido y llena de la más viva emoción, redobla con ahínco.

Inútiles eran las súplicas que le hacían los soldados para que se retirara del peligro. A todas sus insinuaciones les respondía con esa serenidad que da el dolor en supino grado: ¡yo le vengaré, sí; yo le vengaré: triunfen ustedes y estoy vengada!... En seguida hería el parche con mayor entusiasmo.

A las siete de la mañana había una página más en los fastos gloriosos de la República: la victoria estaba coronada, pero a costa de ciento cincuenta y cuatro víctimas. Entre éstas se encontró, al recorrer el campo, el cadáver de una joven que, asida de un tambor, reposaba su cabeza desgarrada por las balas, sobre el pecho no menos destrozado de un joven de gallarda presencia.

Eran los restos de Alfredo y Julia, y al reconocerlos los soldados del Caracas, vertiendo lágrimas se decían: "Cumplió la promesa hecha en la puerta del cuartel; murió a su lado: no hay duda que el amor es causa del heroísmo".

CABALLOS ZAHINO Y TORDILLO

Rafael M. de Guzmán

Generales, Jefes y Oficiales del Ejército Libertador, auxiliar del Perú, eran jóvenes. Cuando a principios de 1823, marcharon de Quito, a la tierra del Sol, a segar nuevos laureles, Bolívar tenía cuarenta años, Sucre treinta, Córdova veinticuatro, Barriga ventinueve, y así de los demás.

En la tarde del 9 de Diciembre de 1824, el venerable anciano, don Juan de Canterac, General en Jefe del Ejército español, encanecido en los combates, y que en la Península había luchado contra los ejércitos de Napoleón, hallábase prisionero en una cabaña de Quinua, pueblecillo de indios, a inmediaciones del campo de Ayacucho. El viejo guerrero está triste, pero no humillado, y en presencia de sus generosos vencedores, mantiene la noble y digna actitud de la nativa arrogancia española.

Sucre va a él y le presenta al General Córdova.

A vista del joven héroe, Canterac no puede contener su admiración; y, con la ruda franqueza del soldado, exclama: ¡Cómo! ¡Este muchacho?!

Y sin embargo, ese muchacho, al cargar, bizarro, con su División sobre la del General Monet, con esa nueva sublime voz de mando inventada por él en aquel instante de épico heroísmo: ¡"Armas a discreción! ¡Paso de vencedores!", fué quien arrebató a la fortuna la victoria para las armas republicanas.

Y los tres mil y tantos prisioneros españoles que, en un circuito del campo, se hallaban custodiados por solo cincuenta centinelas no se cansaban de mirar a ese bello y sonrosado General, radiante aún con las gracias de la ado-

lescencia, sobre su caballo castaño coral, al que había enseñado a hacer cabriolas y a escarcear.

Los jóvenes Oficiales del Ejército Libertador, auxiliar del Perú, valientes y denodados en las batallas, concluida ya la guerra, arrullaban como palomas, y, mansísimos corderos, se rendían a los encantos de la hermosura, realizando la fábula mitológica de Alcides hilando a los pies de Onfala: la belleza había cortado las garras a los leones del combate.

Entre aquellos oficiales descollaban dos hermosos jóvenes hermanos, Isidoro y Sebastián Barriga, Comandantes ambos, de veintiuno y de veinte años de edad, respectivamente, y después, General el primero, y Coronel el segundo. Vástagos, los Barriga, de noble familia bogotana, llevaron al campamento y al cuartel su exquisita educación y sus elegantes maneras cortesanías.

Después de Ayacucho, El Ejército Libertador, a principios de 1825, pasó El Desaguadero, llega al Alto-Perú, hoy Bolivia, y parte de él se acantona en la ciudad de La Paz, y allí los Barriga.

Frente a la casa en que alojaban los Barriga vivían dos señoritas huérfanas, ricas y distinguidas por su calidad, y por su belleza extraordinaria, Estela y Leticia Plata, de diecisiete años de edad la primera, y de quince la segunda. Amparábalas con su sombra su tía paterna, doña Brígida Plata, agria cincuentona retirada del servicio activo. Esta señora, viuda de un Coronel español, y como tal, enemiga de los patriotas, respecto de las sobrinas hacía de perfecto Cancerbero.

Cuando las Plata salían a su balcón, los Barriga, desde el suyo, las ametrallaban a descargas cerradas de apasionados mirroteos que, ellas, al parecer, recibían con agrado, si bien con recatada dignidad.

La vecindad de los guapos militares era ya un peligro para la tranquilidad de las niñas, y la celosa doña Brígida, hubo de clavar las puertas de sus ventanas. Tarde y estéril precaución, porque ellas ya sabían quienes eran los Barriga; y, aún más, con esa delicada intuición de la mujer en lo que al corazón atañe, sabían también que Isidoro amaba a Estela y Sebastián a Leticia. Y, la verdad, ellas, no habían sido insensibles ni indiferentes a las demostraciones de los jóvenes.

Un día Sebastián, que era un tronera, dice a Isidoro,

que era circunspecto y reposado:

—Sábetete que ya soy amigo de las Plata, y que la tía me quiere mucho.

—¿Y cómo has hecho para domesticar a ese oso bravo de doña Brígida, y acercarte a esos adorables serafines de las sobrinas?

—Nada me preguntes y confórmate con saber que hoy te presentaré a la familia.

Los Barriga se ponen de tiros largos, van a casa de las Plata, y llegan a ella. Adelántase Sebastián, e inclinándose con gracia y gentileza ante la señora y las niñas, se dirige a doña Brígida y le dice:

—Señora, tengo el honor y la dicha de ofrecer a usted y a sus bellas sobrinas el homenaje de mis respetos, y me permito, a la vez, presentarle a mi hermano mayor, el Comandante don Isidoro Barriga.

Doña Brígida, repuesta de la desagradable sorpresa que le causara la inesperada presencia de los militares, replica:

—Y bien, caballero ¿quién ha presentado o quién presenta a Ud. en esta casa?

—Por cuanto nadie me ha presentado aquí, beso los pies de tan noble dama y toco retirada.

Isidoro, avergonzado e indignado, quería pulverizar con la mirada al descarado Sebastián. Pero, lo que vale el sobreescrito, doña Brígida, fascinada por la gallarda presencia de los Barriga, se amansó; y, ya humanizada, comprende la truhanería de Sebastián, compadece la horrible contrariedad de Isidoro; y, sin poderse contener, suelta la risa. Y, pues que ya estaban allí, y no podía despedir a tan apuestos caballeros, de modo benévolo, les ofreció la casa y su amistad que, no hay que decirlo, ellos cultivaron con esmero. Está visto: el mundo es de los valientes.

Las Plata poseían una finca en el valle de Sorata, que se extiende risueño al pie de Imiñapi, y como allá fuesen Amazonas en los antiestéticos sillones forrados de terciopelo verde y enchapados de plata, los galanes, entre ellos, resolvieron que las niñas, en lo sucesivo, cabalgasen de modo más elegante, y compraron y les obsequiaron los dos únicos galápagos ingleses que había en la plaza, recientemente traídos a La Paz; y para que los estrenasen, organizaron una gira campestre a Sorata en la que Estela montaría el zahino de Isidoro, y Leticia el tordillo de Sebastián.

—Estos soberbios caballos, traídos de Andalucía

para los Generales Canterac y Monet, cayeron en el botín de Ayacucho y fueron comprados por los Barriga que, en ellos, paseaban su arrogante figura por la ciudad llevándose tras sí las miradas de las más hermosas pacañas. Isidoro, que era buen jinete, y a quien en el Ejército no lo llamaban sino "el buen mozo", uniformado y a caballo era un Apolo.

El Capitán Manuel Ignacio Fernández, después Coronel, jovenzuelo despabilado, inquieto, saleroso y chispeante como un andaluz; —de clara inteligencia, valiente como el que más, idolo de sus Jefes y alegría de sus compañeros, había sido también subyugado por las gracias seductoras de las Plata. Más, como la fortaleza se hallase ya ocupada y defendida por los Barriga, superiores suyos en la jerarquía militar, el despechado Capitán no pensaba sino en jugarles alguna broma a los afortunados Comandantes, y la ocasión se le presentó con motivo de la gira campestre referida.

Consíguese el Capitán un mocito de catorce a quince años a quien ordena mezclarse entre los asistentes de los Barriga, ir a Sorata con ellos, observar cuanto allá ocurra y regresar a la ciudad, antes que los del paseo, a darle cuenta de lo que hubiese visto y observado.

Así lo hizo el muchacho, y llegado que hubo de regreso a La Paz, informa al Capitán que ambas niñas renegaban un poquito, que oyó le dijeron a doña Brígida que, como era primera vez que habían montado así, el pico del galápagos les había cogido y lastimado no se qué. Y en fin que, mientras los Comandantes hacían asegurar los caballos que peleaban a coces y a mordiscos, doña Brígida, llevando una pluma de gallina en una mano y en la otra un bracerillo en el que había una totuma de plata con sebo derretido, se encerró en un cuarto con las niñas.

Lo sucedido, vino de molde a la travesura del Capitán Fernández que, momentos después, sale con un papel que fija con obleas en la puerta del aposento de los Barriga, quienes, cuando regresaron de Sorata, vieron escrito en letra muy grande:

Caballos zahino y tordillo,

En galápagos ingleses,
Escaldan el.... a veces
Sin que cueste ni un cuartillo.

El malicioso lector llenará, si le agrada, los puntos suspensivos con la adecuada palabra que nosotros hemos olvidado, sin poderla recordar.

El Coronel Fernández, abuelo de nuestro pundonoroso e irreemplazable Comisario Municipal, el joven don Leonardo Alberto Fernández, nació en la ciudad del Socorro, casó en Ibarra, y murió en Quito el año de 1869.

Y FUE GENERAL

C. M. Tobar Borgoño

I

El Señor don Antonio de Llavera y Zapata, cuando le daba una de esas raciones de vara que los señores antiguos solían administrar metódicamente a hijos y sirvientes, para corregir o prevenir pecado, acostumbraba decirle:

—Tú, negro del demonio, para soldado, para soldado y para soldado, que es para lo único que puedes servir, y eso ...

—Para general, mi patrón— contestaba con insolencia el granuja, lo que irremediablemente le valía una nueva tunda de manjar de roble.

Por lo que se ve, la carrera militar en aquella época era una gloria cuando lo que por malo, pícaro e insolente no servía para nada, se enviaba a los cuarteles a fin de que, una vez en ellos fuese el defensor de la moral y de los más altos y respetables intereses de la Patria.

Pero veamos quienes eran los personajes de nuestra historia y la época en que esto sucedía.

Don Antonio de Llavera y Zapata, natural de Zaragoza y segundón de noble familia aragonesa, llegó a América como solían llegar los hidalgos peninsulares: con muchos proyectos de riqueza, pero con muy pocas pesetas en efectivo. Consiguio por ahí, mediante empeños y buenos oficios de sus amigos, que se le nombrase oficial de recaudador de pechos reales en el puerto de Maracaibo, con cuyo empleo luchó tanto, que en 1794, le encontramos en la Guaira convertido en personaje de campanillas y con buenos duros en el bolsillo; el señor Llavera era en dicho año, nada menos que inspector general del puerto, destino de

puro honor y mucho descanso en el cual el agraciado no tenía cosa mejor que hacer que pasear su humanidad por aquellas costas y recibir los tantos que los oficiales y recaudadores, de tesorero abajo, solían poner a su disposición, cada mes, en junta de minuciosa cuenta; los dineros para holganza y buen vivir de Su Señoría, las cuentas para probarle cuantos eran los realejos de su legítima pertenencia.

Este Señor de Llavera y Zapata recibió un día la visita de dos mozos del puerto, que conduciendo a dos muchachos, le refirieron la triste historia del naufragio de una barca y le transmitieron el pedido que, al parecer les hizo a ellos el capitán de la malograda embarcación. No era él otro, según su decir, que el de dirigirse al señor de Llavera y rogarle, por amor a Dios y a la virgen Santísima, se hiciera cargo de sus dos hijos, que quedaban solos y sin amparo en este mundo de batallas y luchas.

Aunque tosco y rudo el señor inspector era en el fondo muy buena persona y aceptó sin trepidar el legado del naufragio, y los dos chicuelos en su casa se quedaron y ahí vegetaron y vivieron hasta que su carácter levantisco y el destino dispusieron en otra forma de sus endiabladas personas.

¡Cómo se arrepintió el buen Señor Don Antonio de su acto humanitario! Si dijéramos que los dos rapaces eran el demonio en persona, quedaríamos cortos y nos creeríamos responsables de hedionda calumnia contra el Señor Satanás: eran peores que el diablo, eran la personificación de la más consumada pillería, eran el enemigo malo de la Guaira.

Que a una vieja le daban una pedrada en plena cara y le destrozaban el tabique de la nariz, los dos del señor Llavera debían de ser; que el perro del vecino asomaba descolado, pues los dos del Señor Llavera; que los pepinos, ya en plena madurez, desaparecían del balcón de una tía sin saberse cómo, los dos del Señor Llavera; y, en fin, "los dos del Señor Llavera" tenían una fama tal, que no era para envidiarla.

Un día se eclipsó el mayor de los dos fatídicos satélites del Señor Inspector y cuando extrañado por ello el funcionario público preguntó al menor por el paradero de su hermano, contestó éste que las había emprendido camino de Caracas, en donde esperaba encontrar una buena colocación.

II

Cierta tarde el Señor Inspector comentaba con consuelo las noticias que de toda América llegaban relativamente a la sublevación que traía la guerra a los dominios españoles de aquende el Océano. Cansados los pueblos de extrañas dominaciones y bajo la influencia de las novísimas ideas políticas proclamadas en Francia, pretendían sacudir el lazo, que con sagrado vínculo, les unía al Monarca español, y, por esto, el probo inspector se valía de los epítetos más negros para calificar a ese Miranda y ese Mariño, que por rastreras ambiciones, e irreligión y desenfreno, pretendían dar a los pueblos una libertad imposible y absurda. Su arrebató llegaba a la nota más alta cuando recordaba que mientras tanto Su Majestad el Rey don Fernando VII, tenía que habérselas en Europa con los malditos franceses, que traían en jaque a las potencias todas del Continente. Y repetía la acostumbrada frase, que tenía él en la punta de la lengua y que aplicaba a destajo en los frecuentes momentos de cólera ceguedad: —¡Canallas!, y sobre canallas viles y chiquitos; si señor, muy viles y muy chiquitos.

Y exaltándose levantaba los brazos al cielo y agregaba: —Todos, todos los buenos españoles y buenos realistas estamos en el deber de sacrificar vidas y haciendas por Su Majestad; tenemos que castigar con mano de hierro a esos revoltosos y hacerles ver que no inútilmente hay en estas comarcas gentes que tienen cordura y honradez y que sienten amor a su Rey y Señor natural.

Los oyentes, que aunque tan españoles y realistas como el Señor Llavera, no coincidían quizá con las ideas expresadas en el epílogo de su discurso, ni con aquello del sacrificio de que tan convencidamente hablaba el Inspector, callaban y no respondían sino con signos afirmativos de cabeza y grandes suspiros, que daban la última mano de ridiculez a sus compungidos rostros.

—Pues yo señores, —agregó en cierta vez Don Antonio, — he resuelto enviar a campaña al ser que más quiero, al que casi es mi hijo. Vean ustedes, el sacrificio incommensurable que voy a hacer; pero el Rey, señores, Su Majestad, lo necesita y se hace preciso dar una severa lección a esos canallas, y sobre canallas viles y chi...

—¿A quién manda Su Señoría a campaña? ¿Al mulato quizá?—, interrumpieron los contertulianos.

—Al mismo. Mañana a más tardar le inscribo entre los voluntarios que se están alistando en la casa del Capitán de milicias disciplinadas

Al cabo de un rato más de charla se despidieron los concurrentes y cada cual se fué por su lado aunque todos murmurando del Señor Inspector. ¡Buen sacrificio, el que iba a hacer por Su Majestad!

III

Que el mozo salió a campaña era indudable, sólo que en lugar de ir a reunirse con las tropas que comandaba el Capitán General don Domingo Monteverde, se fué más lejos, y así, en carta de 10 de Junio de 1813, fechada en Mérida, decía a su protector:

“Mi querido patrón y padre: cumplo con los deseos de Su Merced de ser soldado y sigo al pie de la letra el consejo de matar muchos enemigos y de ser muy valiente. Mi Coronel Briceño, que me ha oído hablar de Su Merced y su realismo, me encarga saludarle y dice que ansía estrechar fuerte, muy fuerte, su mano.— Su agradecido criado, el Sargento de la Patria Juan Otamendi”.

Pálido, castañeteándole los dientes de puro miedo se puso el Señor Inspector a releer la misiva. Sí, no quedaba duda, era la misma escritura del mulato, las mismas líneas desiguales, un laberinto de letras, que sólo él, don Antonio de Llavera y Zapata, podía entender.

“Sigo al pie de la letra eso de matar muchos enemigos..... —¡mal sujeto!, ¡mal cristiano!, ¡perverso!, está matando muchos realistas, y yo que dije que iba a mandar al mulato a campaña... ahora si lo saben los de la plaza van a creer que también soy insurgente y que le he hecho ir a engrosar la cuadrilla del tal Briceño. ¡Virgen Santísima del Pilar, mi madre y paisana, amparadme!, —gimió el pobre hombre casi lloriqueando.— Por compasivo, por humanitario, por persona de buen corazón, te pasan estas cosas Antonio, si hubieras enviado a mala parte a los dos cholos, si hubieras cerrado ojos y oídos para no ver ni escuchar las penas o mentiras que te refirieron sus apadrinadores, en ninguna de éstas te verías.

—Si señor, conozco y me doy exacta cuenta de mi situación; por el un lado los realistas del portal que apenas sepan, si no lo saben ya, que el negrilla está con los enemigos, me echarán a mí la culpa y me tratarán de traidor y de vil e insurgente, y como todos quieren mi puesto y

todos me envidian.... Por el otro extremo, este tal Briceño que quiere apretarme fuertemente la mano..... No, querido amigo mío, el hijo de tu madre no es para tales líos .

Lo cierto es que el Señor don Antonio de Llavera y Zapata, sin avisar a nadie, ni despedirse de persona alguna, tan solo y soltero como era, y ocultando bien la misiva de su protegido, empaquetó sus dineros, buscó pretextos para cobrar los que tenía a réditos e hipotecó sus casas; y cuando menos se pensó corrió en la Guaira el notición de que por razones de salud, su excelencia el Señor Inspector había tenido que embarcarse a bordo del bergantín "Mercedes" con rumbo a la Habana, desde donde se proponía pasar a la Península, como decía en la renuncia que de su alto puesto encargó a su apoderado, el incoloro don Hermenegildo Millán, hombre inofensivo y que no metía su cuchara en eso de realismos o patrioterías .

La carta del Sargento Otamendi, por lo demás, parece que era sencillamente una de "las tantas de los dos del Señor de Llavera", con la cual el endemoniado mulato, que no podía ignorar los puntos que en cuanto a valentía calzaba su patrón, se propuso mortificarle. Otamendi ni siquiera conocía tal vez aún a Briceño; sólo meses más tarde se incorporó al ejército americano que comandaba el general Mariño .

IV

—¿Tú de patriota?

—¿Tú de realista y prisionero?

—Lo mismo da. Si no hubiera sido por el maldito pencho, más viejo que mala hierba, no habría caído, ¡contra!

En un inmundo chozón donde estaban aglomerados los prisioneros, se reconocieron los dos hermanos: el uno había sido soldado de la Patria y el otro del Rey .

Media hora después el patriota rogaba al coronel Flores que intercediese con el Libertador para que su hermano, el Teniente español Marcos Otamendi, fuese admitido a sentar plaza en el ejército de la Patria. Al siguiente día, el cuerpo de llaneros, al cual pertenecía desde hacía tiempos el capitán Otamendi, tenía otro oficial del mismo apellido, el Teniente don Marcos, tan fuerte, curtido y mal agestado como el Capitán .

Y que lo que se veía correspondía exactamente a lo que por dentro se guardaba este don Marcos, bastaría para manifestarlo la fama que luego adquirió entre los compañeros de armas. El y su hermano fueron del número de los doscientos veinte soldados que acompañaron, en febrero de 1814, a Campo Elías, cuando éste fué a Victoria en auxilio de Ribas, sitiado a la sazón por ocho mil llaneros de Boves. Fué de los de Boyacá, y en Carabobo se halló desde el comienzo de la batalla al lado de Flores, y a su lado estuvo cuando, con Cedeño, Ibarra, Aramendi, Carvajal, etc., dió aquella famosa carga que logró abrir, sin desbaratar, el cuadro formado por el heroico "Valencey"; en Chuspita, Guatire, Yacuanquer y Pasto, el tal don Marcos lanceó tantos chapetones como patriotas hubo despachado al otro barrio en sus anteriores correrías: era una fiera que saboreaba la sangre y que mataba por el gusto de matar, que se cegaba en el combate y que no habría sentido las heridas ni la muerte ni nada animado por el placer de la destrucción, inducido por una insaciable sed de odio hacia la humanidad y de afán por exterminar todo lo que ante él se pusiera en los momentos de cólera y de insana rabia .

Fué en Pasto, en el sitio testigo de sus últimos heroismos y también de sus últimas crueldades, donde un fraile franciscano se empeñaba en hacer confesar sus delitos, que debían ser gruesos y numerosos, al Sargento Mayor Otamendi, que por orden del Libertador iba a ser pasado por las armas al amanecer .

Realista, patriota luego, temerario en el combate, un valiente por los cuatro costados, era el mayor perverso en el cuartel; nada bastaba para satisfacer su sed de sangre; las diarias batallas y el continuo combatir no alcanzaban a saciarle. En varias ocasiones los jefes habían cerrado los ojos; pero en ésta lo tal se hacía ya imposible: ayudante de campo del General Salom, fué enviado con una orden a uno de los cuarteles de la guarnición; más, antes pasó por una aguardentería y desquició su cabeza más de lo regular. Copa tras copa, él que poco necesitaba, cuando llegó al lugar de su destino estaba que se bebía de un solo sorbo a la Osa mayor y a Júpiter y a Saturno con todos sus anillos. Imagínese que un sargento no le había saludado en forma y sin más trámites el sable del Mayor quedó envainado en el cuerpo del subalterno; dos pasos más allá encontró otra cosa en que reparar y el mismo sabie volvió a funcionar con detrimento de la oreja de un ofi-

cial, y así hubiera continuado la fiesta si el coronel Barreto no hubiese acudido al alboroto y valiéndose de una compañía entera, logrado someter y desarmar al Mayor; pero si las ligaduras y los grillos lograron sujetar los brazos y piernas del Don Marcos, la lengua quedó en libertad y ni Bolívar ni Flores ni el pícaro de su hermano escaparon con bien de ella.

El caso era así gravísimo, no cabía duda: en veces anteriores el mismo Mayor había proferido injurias análogas y en más de una ocasión mostrado síntomas de verdadera insubordinación. Lo último podía, además, ser excepcionalmente funesto: si la disciplina obligaba en efecto, a castigar el irrespeto del subalterno hacia el superior, se hacía también preciso cuidar de la seguridad del inferior contra los desmanes y abusos del superior, y, por eso, el Consejo de Guerra condenó al Mayor Marcos Otamendi a ser pasado por las armas, cosa que se realizó tal cual se dispuso, sin que lo terrible de la pena ni lo trágico de los preparativos, cuidadosa y teatralmente dispuestos, hubiesen podido amenguar las energías del mulato, que fué a la muerte impenitente y rabioso, tal como siempre hubo vivido.

V

Serás soldado,—, le amenazaba el Señor de Llavera.
—¿Yo soldado? Nó; general, mi patrón—, contestaba insolente el pillastre.

Y fué general.... Si señor, llegó a ser el general don Juan Otamendi, el brazo ejecutor del general Flores, el temerario entre los temerarios y el valiente para quien la palabra miedo no tuvo jamás significado; fué lancero sin Dios ni ley que aún entre sus compañeros, los bravíos soldados del Apure, causaba espanto y terror por su ilimitada fiereza y su crueldad. Con justicia dice de él un historiador, que fué "soldado con corazón de gigante para la pelea, pero también con entrañas de hiena", pues no supo lo que es humanidad y mucho menos comprendió jamás lo que quiere decir clemencia.

Otamendi, el general Otamendi, llanero feroz e indomable, naturaleza amasada con hierro y fuego o algo aún más duro o más ardiente sanguinario y cruel, parto del infierno que jamás perdonó al vencido y que nunca vió sino el exterminio y la destrucción ante la punta de su lanza; Otamendi, émulo en bravura de Páez, el de las

Queseras del Medio; Otamendi el sombrío héroe de Miñarica y la Elvira, el de los sucesos de Riobamba y el que se burló a querer de los antifloreanos de Guayaquil; él, a quien los marcistas no se resolvieron a perdonar y exceptuaron, herido y casi muerto ya, en los convenios de la Virginia; él, que murió de resultas de esa herida cuando el temor, que aún estando moribundo inspiraba a sus enemigos, indujo a obligarle a cumplir, en lo que le atañía, el dicho tratado de paz; esa fiera que por equivocación de la naturaleza nació hombre, solía decir con no poco despecho: —Mi hermano sí que fué valiente; yo soy un niño de teta al lado suyo

¿Y qué si era él un niño de teta en punto a bravura?... para muestra un botón.

El 12 de Agosto de 1832, cuatro compañías del batallón "Flores" acantonadas en Latacunga, se insurreccionaron contra el Gobierno y después de asesinar a sus jefes, entraron a saco la población.

Ese batallón, uno de los mejores con que contaba la República, estaba formado por los residuos de los famosos regimientos colombianos que siguieron a Córdova en la batalla de Ayacucho: soldados aguerridos y templados en el rudo combatir de la Independencia, que se habían cubierto de gloria en cien acciones, desde las de Coro y Valencia hasta la de Tarqui, eran, en armas contra el Gobierno, un serio peligro para la pública tranquilidad.

Después de cometer todo género de tropelías en Latacunga, un Sargento Perales, que se hubo puesto a la cabeza de los sublevados, dispuso la marcha hacia el sur, con ánimo resuelto de cometer en Ambato y probablemente en Riobamba o Guaranda, los mismos abusos de que ya había sido víctima la ciudad en que se levantaron.

El 13, muy por la madrugada, catorce jinetes que iban a la descubierta, entraron a la capital del Tungurahua y se dirigieron a la casa de Gobierno, en donde hallaron al coronel Otamendi y cuatro o cinco oficiales más, que en vista de las noticias venidas de Latacunga, habían sido llamados por el jefe político del cantón, coronel Machuca, y que en esos precisos momentos, de la llegada de los hombres del "Flores", se disponían a bajar del caballo en la casa cantonal.

Los veteranos del cuerpo revolucionado, que no ignoraban de cuánto era capaz el famoso coronel, se desconcertaron al darse de narices con él y recelosos y fluctuando en su actitud, no se atrevieron a intimarle rendición, ape-

nas si se contentaron con permanecer vigilantes y muy unidos hasta que llegase el grueso de la columna. Otamendi, sin embargo, aprovechó de un instante de descuido de sus guardianes para arrancar el caballo, saliéndose a paso largo de la casa de Gobierno. Los del "Flores", que montaban también magníficas caballerías, se pusieron en su seguimiento no sin disparar al fugitivo, apenas lo tuvieron a tiro de fusil, sus armas. El coronel sintiéndose perdido, volvió bridas y bajando la lanza cargó contra sus perseguidores, a los que, después de todo, ordenó bajar sus fusiles y en su junta regresó a Ambato.

Entre tanto, el coronel Machuca y los otros habían aprovechado de la oportunidad y por su parte se pusieron a buen recaudo, de modo que cuando el coronel Otamendi entró de nuevo en Ambato resultó que era él el único prisionero.

La llegada de Perales le significaba, a no dudarlo, la vida al coronel; él lo comprendió así y resolvió tentar los imposibles para ponerse a salvo antes de que el jefe de los sublevados entrase a Ambato. La fuerza no podía servirle porque no la tenía; pero él poseía otro género de cualidades: la maña de negro. Ofreció copas de aguardiente a sus guardianes y de las copas pasó a las botellas, hasta que cuando los vió tal cual distraídos por la confianza y la embriaguez, tornó a empuñar la lanza que por ahí la habían dejado, y en esta vez sí que fué de verdad; uno de sus asistentes acudió además en su ayuda y entre los dos lancearon a cuatro de los sublevados debiendo los demás la salvación a la agilidad de sus cabalgaduras.

Libre Otamendi, reunió a unos pocos amigos y milicianos, requirió acémilas, y se fué al sur, mientras el "Flores" se ocupaba de saquear Ambato.

Conocido es el resto de la aventura de Perales y de sus gentes: frustrado su intento de saquear Guayaquil, a causa de las fuerzas que le salieron al encuentro bajo las órdenes del general de la Guerra, burlaron en Palo largo la vigilancia de dicho jefe, y después de varios tiroteos con los leales, entre los cuales el más notable fué el de Tres bocas, cambiaron de rumbo y de Daule partieron hacia Manabí, internándose por las llanadas y bosques de esa provincia.

Otamendi no podía quedarse con lo que él calificaba de personal injuria y solicitó y obtuvo ser quien fuese a someter a las tropas rebeldes; en efecto, el 2 de setiem-

bre salió de Guayaquil al frente de doscientos veteranos, especialmente elegidos por él.

El 13 del mismo mes dió con el enemigo en Bahía de Caráquez y lo batió y acuchilló sin misericordia. Setenta cadáveres de hombres y cinco de mujeres dejaron sobre el campo las lanzas de Otamendi. El negro explicaba el lanceamiento de las mujeres diciendo que las había encontrado entre los soldados de Perales y vistiendo el uniforme del "Flores". Catorce prisioneros y doce mujeres quedaron después del combate en poder del vencedor; pero quedaron muy poco tiempo; pues parece inútil decir que a todos, ellos y ellas, Otamendi aplicó "el castigo que la ley impone a los traidores", como él mismo dijo en el parte que de la acción pasó al Gobierno.

CORA Y CACHA

Marco J. Kely

Sordos y prolongados mugidos anunciaban la tormenta, próxima a estallar. El sol había desaparecido, horas hacía, detrás de las crestas nevadas del vecino monte, en algo así como agitado mar de fuego, dejando roja huella en el firmamento, todavía inflamado.

Aquellos fulgores siniestros, rasgados a cada instante por el relámpago, iluminaban el pequeño valle, al pie de picachos ásperos que se perdían en el espacio. Unas cuantas cabañas miserables, otros tantos corrales para el encierro de los diminutos rebaños, pequeñas cuadras de cultivo, rústicamente cercadas: esto, y nada más, ponían en relieve los encendidos destellos de arriba.

Pero no; algo más se destacaba, la figura de una mujer, una india anciana que, parada a la puerta de una de las chozas, escudriñaba con vivo interés todos los contornos, sombreándose los ojos con las manos, como para aumentar la intensidad de la visión.

En el interior de la cabaña, una joven de la misma raza se ocupaba de cuidar la olla puesta al fuego con la frugal comida de la tarde; y en los ratos que esta faena le permitía, corría a la puerta, a sombrearse también los ojos y a pasear la mirada inquieta por el valle. Ambas mujeres esperaban a alguien cuya tardanza les producía desasosiego y alarma.

La tormenta estalló: Verdadera lluvia de rayos y de gruesas gotas de agua. El cielo parecía un campo de batalla donde los truenos repercutían como estallido de cañón, en tanto que el viento desatado azotaba el valle con furioso prurito de destrucción. Las ovejas en el aprisco balaban, llenas de espanto.

Las dos mujeres, derrotadas al fin, hubieron de

refugiarse en el interior de la choza. Ninguna palabra proferían, pero al través de este silencio estoico se adivinaba un agudo sufrimiento.

La joven tornó a la prosaica labor interrumpida, pero de sus grandes ojos rodaban ahora silenciosas las lágrimas que no podía contener, mientras que el movimiento convulsivo de sus altos pechos denunciaba estotra tempestad que, sin ruido ni aparato, se desencadenaba en el corazón de la doncella. Sentóse la anciana ante la tular, y, las dos mujeres entregadas a sus preocupaciones, ningún otro ruido que el suave y monótono chirrido de la rueca, alternaba el silencio en el interior de la choza; afuera, el fragor de los desencadenados elementos; adentro, el callado recogimiento de los que sufren y temen. Tiempo es ya de hacer conocer mejor a los protagonistas de este modesto relato.

Las dos mujeres, como se habrá adivinado, eran madre e hija. Cora, la joven, a diferencia de las mujeres de su raza, unía a su belleza rara una inteligencia notable. Apenas de 18 años, su elevada talla y la perfección escultural de sus formas le imprimían cierta dignidad en el aspecto, muy superior a su escasa edad. La cabellera abundante y suave, recogida en negligente guango, los ojos grandes y húmedos, la pequeña boca y la barba fina, la nariz recta y delicada, el flexible cuello, los hombros anchos y mórbidos los pechos, era esta india una mujer cuyos encantos materiales no eran parte a disminuirlos ni el tosco anacu, ni la situación humilde, ni los prosaicos alrededores en que vivía la ignorada diosa.

Altiva y retraída desde su infancia, Cora había tenido poco roce con los escasos vecinos, y los tímidos pastores del hogar la miraban con admiración respetuosa, mezclada talvez de reverente temor. Sólo un hombre había sido osado a poner los ojos de otra suerte en la bella joven, y desde el primer momento que se vieron, ambos habían comprendido que el uno naciera para el otro.

Cacha era un gallardo mozo, el más ágil y fuerte en toda la comarca, uniendo también, a su vez, a estas cualidades un talento claro y despejado, que le imponía a todos como el varón nacido para dominar a los demás.

Corrían graves noticias de revolución y de sangrientas batallas en la costa; ninguno capaz para el servicio de las armas escapaba a la recluta; los batallones se seguían en un continuo desfile hacia el teatro de aquellos sucesos, que traían paralizadas las fuerzas del país y des-

concertada la acción de los poderes públicos. Y por debajo de esta capa de combustión social ardía, en otra interior, una verdadera hoguera, tanto más formidable cuanto menos sospechada, de un alcance tal que importaba nada menos que la reivindicación de sus fueros por una raza pisoteada durante siglos, abyecta a fuerza de degradación continua, pero acariciando siempre, y con la fe inquebrantable que hace a los héroes y a los mártires, el ideal de volver un día contra los opresores, y lavar en ríos de sangre los acumulados agravios de una vasta familia humana. Un alzamiento general de los indios estaba para estallar, aprovechando del desconcierto producido por la guerra; pero las próximas víctimas, empeñadas en otras y absorbentes contiendas, ni se habían apercibido siquiera de los sigilosos preparativos para su exterminio, organizados en apartados sitios de la cordillera por legiones de hombres, ardiendo en ira y sedientos de venganza.

Las notas melancólicas del **rondador**, hiriendo con misteriosos acordes el silencio, en los escarpados nichos de montes y riscos, nada decían, ni a los batallones que marchaban presurosos por los valles, al marcial compás de clarines y tambores, ni a los pacíficos ciudadanos rezagados en las ciudades, discutiendo con afán a prueba de cansancio, las encontradas noticias que parecían poblar los aires.

Pero aquellas dulces y tímidas armonías, propias para llevar el alma enamorada a blandos ensueños, eran también señales de guerra, llamamientos disimulados a los esforzados de la raza oprimida para apercibirse a la reparación de seculares agravios.

En situaciones tales, el instinto popular descubre luego al hombre idóneo para la suprema dirección, y los sufragios no tardaron en discernir a Cacha el honor de ser el caudillo. El alzamiento debía tener lugar tres días después, y, estando todo preparado, Cacha dispuso aprovechar el tiempo en visitar, acaso por última vez, a su amada la bella Cora.

En la misma noche sombría y tempestuosa en que se ha dado principio a este relato, llegó Cacha a la cumbre de la empinada cuesta que dominaba el pequeño valle, recostado contra las faldas del volcán. Su ágil planta recorrió veloz y segura las sinuosidades fragosas de aquellas veredas de montañas, cuyos peligros aumentaba densa obscuridad. Al terminar la cuesta, el joven indio se aplicó a la boca el silbato de hueso que le pendía del cuello,

produciendo tres notas agudas que resonaron superiores al clamor de la misma tempestad.

Voló la joven a la puerta: un instante después los vigorosos brazos del amante la estrechaban contra su pecho, y entre reprimidos sollozos y ternezas que morían en los labios balbucientes de entrambos, los apasionados jóvenes se entregaron un brevísimo instante al goce de verse reunidos, después de una separación llena de zozobra angustiosa.

¡Oh amor, eres en verdad el misterioso enlace de almas que se confunden sin saber cómo, y se desapoderan sin saber cuándo, para avasallarse recíprocamente en la única esclavitud que levanta el débil espíritu humano, para acercarle un poco al nivel divino! Símbolo de blando deleite las más veces, eres en otras la dulce maga que inspira el alma soñadora del poeta, y también en otras eres la resuelta virgen que arma el brazo del guerrero, y le inflama el corazón generoso, y le lanza, nuevo Júpiter, a la batalla, para arrancarle a Marte mismo las enseñas gloriosas de la victoria!

Avanzada estaba la noche, y en la cadenciosa lengua de sus mayores conversaban todavía los jóvenes, baja la voz, las cabezas juntas, y enlazadas las manos amorosas. Cuando Cacha refería algún nuevo agravio, algún ultraje inferido por los opresores de su raza, el pecho de la joven se agitaba como se agita sereno mar, cuando en sus antros alguna lucha titánica conmueve el insondable elemento. Cuando el joven, las narices dilatadas de coraje, profería juramentos de ruda venganza, y describía los prolijos preparativos para asegurarla, los ojos de la doncella se encendían, despidiendo sombrías llamas, y apretaba convulsivamente en las suyas las nerviosas manos del guerrero, destinadas a lavar la tierra de tanta afrenta y a colmarse de gloria tanta.

La tempestad había calmado; los truenos habían callado su ronca voz, pero la lluvia aumentaba, un verdadero diluvio, que amenazaba no dejar ni a los altos montes en pie.

Despuntaba la aurora; Cacha tenía apoyada al hombro la cabeza de su amada, cuyas largas pestañas velaban ya sus ojos, presas del sueño. Los dedos del caudillo vagaban suavemente, acariciándola, por entre la suelta

cabellera, en tanto que su mirada, llena de infinita ternura, irradiaba luz inefable sobre el dormido objeto de su culto. De repente levantó bruscamente la cabeza: un sonido conocido, aterrador, como de lejano trueno reverberaba en la cordillera. Escuchó atentamente el joven indio por un segundo, y después gritó, poniéndose violentamente de pie: — ¡el aluvión!

Imposible de describir la confusión que en el instante se produjo. El fragor de la tempestad había sido un manso arrullo al lado del estrépito de la inmensa ola de lodo y piedras que se precipitaban como fieras desencadenadas sobre el pequeño valle, pronto a desaparecer. La tierra misma temblaba como sacudida por el espanto, y con rugido furioso avanzaba la **avalancha**, abriendo anchos surcos en los flancos del volcán. Ni un segundo, ni un instante para pensar!

— Mi madre; salvemos a mi madre, clama despa-
vorida la joven.

Cada uno toma del brazo a la anciana desmayada ya, y más que correr, vuelan hacia la cumbre de un pequeño cerro, a poca distancia de la choza. El aluvión casi los alcanza, pero llegan; ponen los pies sobre aquella única posibilidad para su salvación, suben, están casi en la cima, cuando pisa en falso la desdichada Cora, resbala, y rueda sin poder detenerse.

— Juntos, juntos grita el hombre en desgarradores acentos que desafían al bramido del aluvión, y de un salto alcanza a su tesoro, lo cierra en los brazos, y la ola vertiginosa que lamía ya el pie del cerro, arrastra consigo a los malogrados amantes, unidos perdurablemente en el abrazo glacial de la muerte!

En la solitaria choza que corona el pequeño cerro, vive una anciana. Misteriosas manos han levantado aquella casita; ellas mismas proveen también a todas las necesidades de su ocupante, y las indias se alternan para acompañarla y servirla. Sentada todo el día ante el **tulur**, sus débiles dedos no se desprenden ni un momento del **sigsi**. En sus ojos deslustrados ninguna chispa denuncia que la inteligencia funciona; pero en las calladas horas de la noche, cuando ningún sonido altera el silencio, la anciana suele despertar a sus compañeras con el grito angustioso de — *Hatunyacu zchamuni!* —

QUIEN A CUCHILLO MATA NO SIEMPRE A CUCHILLO MUERE

A. Gómez Jaramillo

(Alma)

Oscilaba la edad del maestro Felipe allá por el año de 1846 entre los 40 y los 43.

Alto de cuerpo y bien formado, seco y sombrío de temperamento, más propenso a la violencia que a la reflexión; había equivocado seguramente el camino yendo a pasar a una sastrería de la que era jefe y dueño y no al temido cuartel de los **tauras**, gente peligrosa y terrible que, algún tiempo después cometían al sol y a la sombra mil desafueros en esta ciudad de Quito, escudados con el santo y seña del **amo Querubina**, apodo hijo legítimo del cariño y de la ignorancia, con que nombraban al General Dn. José María Urbina.

Con el aire marcial con que un conquistador trazara en un mapa sus planes de conquista, medía el maestro Felipe las espaldas de sus parroquianos y ¿qué piganilla de la época no lucía en Quito y aún en provincias esas hermosas casacas que untadas parecían al cuerpo por lo bien cortadas y medidas?

Con la buena entrada mensual en **patacones**, libres de todo gasto, que le caían al maestro Felipe éste habría podido redondear una fortunita porque los gastos de su mujer y su suegra, únicos seres que con él componían la familia, aún con ser un tantico exagerados, no eran para consumir toda la renta, ni los tres cuartos de ella. Y no por fachendosos y gastadores estos dos seres que le eran anexos y... cargantes, dejaban de olfatear y comprender que más agua entraba a la olla que caldo salía.

Dieron pues las dos mujeres en la tarea de buscar a escondidas el sumidero y —¿qué no son capaces de encontrar esas dos potestades unidas llamadas mujer y suegra curiosas?— llegaron a cerciorarse de la verdad y encontraron el hilito de agua y, siguiéndolo fueron a dar con cierta casa de la Calle del Correo donde vivía una tal Francisca, mocita prudente que no miraba muy detenidamente a los hombres, porque la caridad cristiana le había enseñado no hacer daño al prójimo, y quería evitar una caída o si la insistencia de las miradas era mayor, hasta un desequilibrio cerebral.

El caído entre rosas y espinas y el desequilibrado en toda forma había sido desde algunos meses antes nuestro D. Felipe, hasta el día en cuya noche ocurrieron las escenas que voy a narrar, escogiendo sólo las del exordio y del epílogo, para dejar a las demás perdidas en la negrura de sus propias sombras.

Acababa de entrar D. Felipe a un cuarto miserable construido en el último rincón de la mentada casa de la Calle del Correo donde la Francisca se había visto precisada a esconderse de las indiscretas investigaciones de la mujer del sastre.

La Francisca tendida en el suelo y apenas cubierta con ligeras ropas, dormía con inquietud como si algún pensamiento cruel la torturara.

D. Felipe se sentó en un banquillo y se puso a contemplarla a la tenue luz de un farol, mientras también en su alma se desencadenaba una tormenta terrible y sorda que sólo se le manifestaba en el temblor de las manos y en el relampaguear de los ojos.

Era la tormenta de los celos encendidos por mano maestra, crecidos en materia propicia y soplados por un huracán. Al final de esa tormenta debía ser vencida la Piedad.

Una hora más tarde se apagaba la luz del farolillo, cerrábase suavemente la puerta del cuartucho, un bulto embozado llamaba con dos suaves golpecitos a otra puerta de la misma casa, salía otro embozado, y a poco, formando un grupo muy apretado y protegidos por la profunda oscuridad y la tenaz llovizna, se perdían esos dos bultos por la última de las sucias callejuelas de la loma grande.

Parecía que en la noche se hubiesen regado para más oscurecerla, las sombras de la conciencia de un malvado.

Se abrió el tiempo. Los vientos susurraban alegres en las calles de Quito, murmurando la eterna invitación al esparcimiento del campo, a la soledad, a la vida.

Cuatro huambros de los que pueden dar quince y raya a los gamins de París y los granujas de España, se solazaban echando una cometa al aire en los declives del Censo. La maldita cabeceaba como borracha y no quería subir más, a pesar del buen viento.

—Más rabo es lo que quiere, dijo uno de los muchachos y se puso a buscar en el suelo un pedazo de trapo viejo.

Allí estaba uno pero.... muy grande.... y medio enterrado. Había que sacarlo, llamando a los compañeros.

Si bajo los pies se les hubiera abierto de repente un cráter, no se hubieran quedado más atónitos los muchachos.

Ese trapito blanco que se levantaba al soplo del viento y volvía a caer como llamando, era el extremo de un envoltorio y ese envoltorio contenía medio putrefacto el despedazado cuerpo de una mujer.

A todo se acostumbran las sociedades, hasta a los crímenes, cuando los respiran en la atmósfera y los beben en el agua y los ingieren en los manjares de cada día, en la mesa de la información periodística ajena casi siempre al rubor del crimen; mas nuestra sociedad de esa época patriarcal se conmovió hondamente con el inusitado asesinato.

No les fué, pues, difícil a las autoridades la identificación del cadáver, ni la captura de aquel que debía estar obligado a responder de la víctima. Altivo y tristemente sereno cerró ese día la puerta de su tienda y se entregó a discreción de las autoridades.

Como no era D. Felipe hombre de urdir embustes ni mentir, se declaró autor de la muerte de la Francisca, no sin cerrarse a la más terminante negativa de dar a conocer los móviles de su desgraciado proceder; y como la

justicia de entonces no era mujer de andarse como la de hoy, por las ramas. ni de oír influencias —y D. Felipe las tenía grandes— resultó lo que era de suceder: que a la vuelta de un mes contado desde el casual hallazgo del cadáver, el maestro Felipe tenía fulminada contra sí la sentencia de muerte en horca que debía levantarse en la plazuela de Santa Clara, vendado él de los ojos y vestido de traje talar negro, después de cuya función pública, según costumbre piadosamente conservada, iría a parar su cuerpo a las torrentosas y negras aguas del Guailabamba.

Varios sentimientos se sucedieron en el ánimo de D. Felipe en los días de su prisión: primero la ira, luego una pena profunda que le volvió poco menos que inconsciente y por fin un cierto género de estupidez e indiferencia para todo lo exterior. Cuando se le leyó la sentencia pareció tranquilizarse y descansar.

Al día siguiente, sin embargo, hubo una reacción; un pensamiento hizo luz en su cerebro y se levantó de un salto de su banquillo. Había visto una cuerda en un rincón de su encierro y casi simultáneamente alzó la vista a una gran viga tallada y pintada que tres metros por encima de su cabeza iba de pared a pared sin tocar en el tumbado. De todos modos iba a morir, pensaba, y mejor era evitarse el contacto de la mano del verdugo, y las lágrimas de los espectadores, dando por lo demás, cumplimiento a las disposiciones de la justicia hasta en el género de muerte. Se adelantaba diez días a la sentencia.

Mientras el maestro Felipe arregle su proyecto cuya ejecución debía tener lugar en el silencio de la noche, pensemos en lo que él acaso no pensó: en que en el ceremonial del recibimiento de ultratumba podían haber ciertas diferencillas según que allá fuera con papeles visados por la autoridad, o de contrabando. En fin; allá él; que eso era cosa suya.

En un rincón de la prisión, antigua celda perteneciente al convento de Franciscanos había medio borrada una imagen del santo de Asís. A él se encomendó con toda su alma D. Felipe, lanzó el cabo de la cuerda por encima de la viga, hizo un lazo corredizo al otro extremo y se lo aplicó al cuello; se subió al banquillo, levantándose sobre las puntas de los pies, aseguró el otro extremo de la cuerda, dió luego un empujón al banquillo... y aquí hubiera terminado todo con el vulgar suicidio, si tú, numen inspirador de las **Mil y Una Noches**, no vinieras a poner remate verdadero a esta ampliación histórica, para única

satisfacción del pobre sastre, mas no para ejemplo, ni escarmiento de nadie, pues la casualidad no debe ser consejera de ningún mortal en esta vida.

La viga escogida por D. Felipe no resistió al peso de su cuerpo, chirrió con irrisión y se vino con el sastre al suelo; más es cierto y averiguado que al mismo tiempo descendió sonando a pura gloria un chorro de onzas de oro de antiguo y legítimo cuño español con la efigie de D. Felipe IV y con la consabida inscripción **Indiae et Hispaniarum rex**.

La viga hueca había servido para contener un tesoro probablemente escondido por los frailes y se rompía en ese momento para dar vida y libertad y esperanzas a que en ese momento acababa de despedirse de ellas.

D. Felipe compró su libertad a precio de oro en esa misma noche y cargado de una fortuna emprendió inmediatamente viaje a Lima. Vivió allí honradamente hasta que el tiempo prescribió su pena por la muerte dada a una mujer y corrió por sobre el crimen y su memoria esa pántina que borra los perfiles de todos los acontecimientos humanos. Entonces volvió a Quito.

Sólo una cosa no le quitó el oro: el recuerdo de la hermosa víctima y tal vez algo más que el recuerdo, porque el ya viejo sastre no caminaba diez pasos sin volverse a mirar con inquietud.

SUELTALA NEGRO

José Alberto Donoso

En el año de 1846 gobernaba el país don Vicente Ramón Roca, en calidad de Presidente Constitucional. Y lo fué, no obstante el empeño tesorero desplegado por Roca fuerte, a fin de obtener que la célebre Convención del año anterior, designase para Jefe del Ejecutivo, a Olmedo el ilustre cantor de Junín.

Roca era hombre oscuro, —a juicio de Roca fuerte— llevaba sobre sí el reato de haber servido a Flores en todo tiempo, y hasta casi las postrimerías de su último gobierno, creándose con ello muchas resistencias.

El fundador de la República la había fatigado hasta el extremo, a fuerza de mandarla durante muchos años, de cometer errores políticos de bulto, y la opinión pública exacerbada llevó a cabo la gran transformación del 1845, que culminó en la caída del General Flores, del solio presidencial.

Disueltas algunas unidades, de las que siguieron las banderas de dicho Jefe, en las acciones sangrientas de LA ELVIRA, se procedió a reorganizar el ejército nacional.

Varias reparticiones de éste guarnecían las plazas de mayor importancia, entendidas como tales las cabeceras de provincias, pero habida cuenta, sobre todo, de la posición topográfica de cada una, determinante real de su valor estratégico.

Riobamba que está en el corazón de la República, tiene primera fila, en el concepto dicho, y a la época señalada al principio de estas líneas, estaban de asiento en la ciudad, un batallón de infantería y un escuadrón de caballería cuyos nombres ignoramos, pese a la búsqueda paciente y prolija que hemos hecho, en los archivos nacionales.

Es que han desaparecido de ellos, muchos y muy valiosos documentos, que hoy integran **archivos particulares** de gente **aficionada** a la historia, afición que se traduce, apenas, en el hecho de cargarse con papeles importantes y guardarlos estérilmente, o lo que es peor, venderles a precios muy altos, sin duda... Y vamos adelante.

Queríamos decir, que hubo por aquel tiempo en Riobamba, un escuadrón de caballería formado en su totalidad por negros de diversos lugares del país, así como de Venezuela y del Patía.

Es cosa averiguada que los libertos, salidos de la esclavitud por obra y gracia de Bolívar, abrazaron con ardor la causa de la independencia, que la prestaron servicios muy valiosos enrolándose en el ejército libertador, y combatiendo y muriendo durante la guerra magna, lo mismo en los llanos de Casanare que en el sitio de Cartagena, en las faldas del Pichincha o en las pampas de Ayacucho, sin referencia al lugar en que nacieron, y siempre leales a la Gran Colombia. Que a la disolución de ella, continuando en las unidades a que pertenecían, siguieron los azahares de la vida convulsiva de las nuevas democracias, cual si estuviesen irremisiblemente arrastrados por un turbión.

La parte que tomaron en sucesos tan importantes, fué timbre de orgullo para los hombres de color de varias generaciones. En prueba de lo dicho bastaría recordar un hecho entre muchos:

Durante la administración de Núñez asistió, por inesperado evento, en calidad de representante a un Congreso Nacional reunido en Bogotá, el notable tribuno liberal Robles, de auténtica raza africana. Cierta día, mientras pronunciaba un fogoso discurso, alguien desde la barra le gritó: ¡Silencio, negro!.... escuchando en el mismo acto, la oportuna réplica siguiente:

¡Negro, sí!... más los huesos de mis antepasados blanquean en los alto de las murallas de Cartagena, como sabia enseñanza de como se combate por la libertad para los blancos!.... Pero volvamos a nuestro asunto.

Ibamos diciendo, que al frente del escuadrón que guarnecía la plaza de Riobamba, estaba el Capitán Bernardo Dávalos, joven de 24 años.

Era notable caballista, había dado pruebas señaladas de valor, de fuerza extraordinaria, de insospechable lealtad, en cuantas ocasiones se le presentaran, y por lo mismo era acreedor a la confianza depositada en él, con

darle el mando de la unidad .

Cuantos conocen al pundonoroso oficial, le auguran brillante porvenir en la ardua carrera de las armas, que había adoptado desde muy temprana edad, por vocación evidente; ardua sobre todo en aquella época, **caracterizada por la lucha personal**, que dijimos una vez .

En cuanto a la Capital del Chimborazo, (destruida por espantoso terremoto el 4 de febrero de 1797, y fundada luego por don José Antonio Lizaraburu, en el sitio que actualmente ocupa) presenta en la época a la que nos referimos al principio de estas líneas, el aspecto relativo a una ciudad naciente, y cuyo desarrollo es paulatino: los tiempos no dan para más .

Las costumbres populares con el medio: así el agua de las acequias que cortan en dos, varias calles de la población, sirven para toda clase de menesteres: usos culinarios, baños al aire libre para el pueblo bajo, lavadero de ropa durante el día: por la noche, todos los detritus van a parar allí

Por la calle que ahora se apellida Orozco, va deslizándose una de tantas acequias, y cierto día lava en ella su ropa la **longa** Isabel, graciosa consorte del **guasicama** de una casa que demora hasta hoy en la intersección de la calle ya dicha y la **Colón**, y cuyo frente da a la plaza designada entonces con el nombre de Plaza de las Monjas, pues en ella está emplazado el Monasterio de las Concepcionistas. En la mentada casa vive un caballero, pariente cercano del Capitán Dávalos, al cual éste visita con frecuencia .

Entregada está la **longa** a su tarea, cuando acierta a pasar por allí un soldado de caballería. Ver éste a la **lavandera**, tomarla por el brazo y cargar con ella, es todo uno .

El negro es alto, membrudo, y pese a los alaridos que va dando la indiecita, el raptor se la lleva, medio arrastrada, medio en vilo. La cocinera de la casa, que acompaña a la **longa**, corre desalada, dando gritos descompasados, a comunicar al amo el suceso, que no es raro en aquellos tiempos .

A las voces de alarma: ¡Un negro se lleva a la Chabela!... ganan la calle, el dueño de casa y su visitante .

Por mitad de la plazoleta va el extraño grupo, semejando un alcón y su presa, cuando el Oficial apresura el paso, llega hasta el soldado y le grita por la espalda: ¡Suéltala, negro!... Este al oír la imprecación, abandona

a la **longa**, da media vuelta y se encara con su interlocutor, que es el Capitán Dávalos, quien descarga sobre aquel una bofetada tremenda .

El agredido trastrabillea, cae a plomo, medio desvanecido. Tiene la mejilla abierta de arriba abajo, con ancha herida cual si fuese causada por arma cortante, le mana sangre a torrentes!... Intenta luego ponerse en pie, y vuelve a caer de bruces: tal es la magnitud del golpe recibido

Después de un momento el Oficial ordena: ¡Al cuartel!... y allá endereza el negro sus pasos vacilantes. Va haciendo zetas, con la cabeza baja, parece un beodo que a duras penas acierta a tenerse en pie

Los soldados libertadores se creían dueños de vidas y haciendas, en los países sacados de la servidumbre ibérica, por el esfuerzo poderoso desarrollado por aquellos, durante catorce años de guerrear sin tregua ni descanso .

Fué necesario el transcurso de mucho tiempo, para conseguir que reinen la disciplina y la moral, entre los guardianes del orden y la paz, entre los DEFENSORES DE LA LIBERTAD Y EL DERECHO! ...

MARTILLAZOS

Celiano Monge

El Señor Doctor Don Manuel Angulo, al terminar el tercer curso de Filosofía en el Convictorio de San Fernando, dirigió a sus discípulos las siguientes palabras: "He hecho con ustedes lo que un estatuario con la piedra berroqueña: al principio desbastarla; después darle la forma conveniente, y, por último, pulirla. En el primer año usé de rigor con los que fueron remisos al cumplimiento de sus obligaciones y eché mano de castigos corporales; el segundo año atenué estas medidas, empleándolas de tarde en tarde; y en el tercer año sólo he tenido miramientos y consideraciones con todos mis discípulos, quienes, con la conciencia de su dignidad y suficientemente instruidos se han dejado pulir con el suave toque de mis lecciones y consejos". Luego declaró cerrada la clase: abrazó con emoción a cada uno de los estudiantes y encaminóse meditabundo a su casa.

Y a fe que no echó en saco roto el original discurso que nos ha conservado la tradición, porque uno de los jóvenes, que descollaba entre los demás, lo tomó de memoria para aprovecharse de él en quince años de magisterio político. El que a invitación de su compañero, Francisco Santur Urrutia no quiso escribir la historia del Ecuador porque se proponía más bien *hacerla*, era ya entonces considerado como robusto embrión de presidente; y váleme Don Jesucristo, que gran Marcelino resultó en el primer período de su administración desbastando a la Nación incipiente como si fuera berroqueña! Maldonado, Borja, Viola, Ayarza, los de Jambelí fueron los despojos de sus sendos martillazos. Ya en su segundo período principió a darle forma, forma que no salió muy republicana que digamos, porque le faltó el delicado cincel de las libertades

públicas. Cuando la noble estatua yacente iba a recibir su pulimento en el tercer período presidencial, se palpó con horror la verdad del principio, de que "las Naciones son más grandes que sus hijos más ilustres"; y el que creyó haber matado la revolución murió, según el decir de un tribuno azuayo, víctima de ella, que proclamaba el dogma de la soberanía popular.

Nació para Señor! exclamaban a una sus prosélitos y admiradores, viendo que con la facilidad con que ascendía al Pichincha hollaba todas las cumbres políticas sociales. Muchas veces asumió el Poder Judicial y encaramado en el Clero fué su Pontífice Máximo.

Pero entre las alcaldadas del gigante hay martillazos de simpática resonancia como los que hoy se presentan para nuestra relación jurídico-literaria.

Corría el año de 1865, y García Moreno de regreso de Guayaquil a esta Capital, decidió permanecer algunas horas en una población serraniega, contra su costumbre de viajar aceleradamente. Esta determinación sirvió de consuelo y alivio a los edecanes, que siempre quedaban atrasados en el camino, y de feliz coyuntura para una pobre viuda, que, como último recurso, quería comunicar sus cuitas al Presidente. Es el caso que la infeliz, perjudicada por el *fac-totum* del lugar, andaba a salto de mata perseguida por el Alguacil, que tenía orden de reducirla a prisión por costas. La mujer expuso su querrella al Presidente en estos términos: "Señor: Su Excelencia es el padre de todos, y, mucho más, de las personas desvalidas como yo. Mi esposo se comprometió con un rico propietario de este pueblo, a construir una casa; trabajaba con empeño a fin de entregarla concluida dentro del plazo estipulado en la escritura, pues en caso de faltar a esta condición, había que pagar una cantidad mensual subidísima en calidad de arrendamiento. Muerto mi esposo tuve yo que ponerme al frente de los trabajos, vendiendo parte de mi escaso patrimonio. Hasta el día no he podido disponer del producto de esta venta para concluir la obra, por las chicanerías y obstáculos suscitados por el rico propietario; y como hace algunos meses que se venció el término fatal, continúo pagando mensualmente la pensión conductiva. El proceso se encuentra en la Escribanía del señor Agustín González, y en él puede informarse Vuestra Ex-

celencia de pormenores y procedimientos injustos empleados contra mí, me hallo, pues, Excelentísimo Señor, perseguida y en visperas de quedarme en la calle con mis huérfanos". Dolido de tal situación, ofrecióle el Presidente su eficaz amparo y protección; y al punto ordenó que el Escribano comparciese con el expediente. Dejé estudio rápido de las piezas principales y del informe verbal del notario sacó en limpio, que el temerario acreedor, apoyado por los traficantes del derecho (así llamaba García Moreno a los malos abogados) estaba labrando la ruina de la desventurada señora.

¿Qué sucedió entonces? Ya se comprenderá que no tardó en ser conducido ante el Juez inexorable el hombre de alma metálica y corazón empedernido. Usted, le dijo el Presidente, será fusilado dentro de tres horas, si con los respectivos intereses no devuelve a esta pobre mujer la cantidad de \$ 5.000 en que ha sido perjudicada. Y luego añadió con sorna, ya usted ve que ahora se trata también de un plazo.... Enseguida el expediente fué condenado al fuego.

Aún no había desaparecido el olor de uñas quemadas que produjo ese auto de fe, cuando regresó pálido y tembloroso el hombre rico, haciendo conducir el dinero, y todo quedó cancelado. Tuvo razón el Doctor Don Joaquín Enríquez profesor de Derecho Práctico de García Moreno, al expresar en el certificado que le confirió en 1848, que su gran discípulo poseía un talento claro para innovar la escuela de los juicios.

La noticia de esta solución pronta y extraordinaria, que pone en duda el principio de moral, de que el fin no justifica los medios, se difundió a los cuatro vientos. El Escribano González fué el primero en comunicar el fallo inapelable a su pariente Cosme Guerra, institutor residente en Quito, quien por el mismo tiempo sostenía un litigio con el Prior del Convento Máximo de San Agustín "Si por lo visto, tú tienes de parte la justicia, imita el ejemplo de la viuda, le decía al fin de la correspondencia, y ya verás que Don Gabriel no acepta excepciones dilatorias ni cuerdas separadas, pues le basta una para colgar a los malhechores, dicho sea esto con perdón de tu Reve-

rendo contrincante". Esta carta fué para Cosme Guerra una revelación. Pero fijemos los antecedentes de esta cuestión, que dió motivo para un segundo martillazo.

No hay vida, ni la monástica, que no tenga contrariedades y de aquí que la paz en el Señor de que disfrutaban los Padres de San Agustín vino a enturbiarse cuando menos lo pensaron, con un desagradable incidente. A la hora del recreo les cayó como llovida la boleta de citación, dirigida al Padre Superior, que estaba ausente, la cual contenía un auto fechado el 27 de Setiembre de 1857, cuyo tenor es como sigue: "Vistos: Prestando mérito ejecutivo el documento de fs. 2, reconocido judicialmente, que se ha presentado, interpélese al Reverendo Prior de San Agustín para que dentro de tercero día, bajo apercibimiento de ejecución, pague los cuatrocientos cuarenta y cinco pesos seis reales que se demanda, o en su defecto póngase las excepciones legales que tuviere, como lo previene el Art. 94 de la Ley de Procedimiento Civil". Esta pieza llevaba las firmas del Doctor don Antonio Gómez de la Torre y del Canónigo Penitenciario Don José Chica, que a la sazón era Provisor y Vicario de Quito, es decir, de uno de los primeros abogados de la República, y de un personaje que investía alta dignidad eclesiástica. Y esto, precisamente, es lo que más impresionó a la comunidad, que vió desde entonces perdido el pleito y amenguadas su probidad y honradez ante la opinión de Jueces tan esclarecidos.

El cargo de institutor de la Escuela inscrita en el convento de San Agustín, hallábase vacante, y era preciso llenar esta necesidad, designando a una persona idónea por medio de un concurso. Los jóvenes don Vicente Piedrahita y Cosme Guerra se presentaron como opositores. Rendidos los exámenes fueron calificados de sobresalientes, y el Padre Mariano Auz, mercedario, que presidió la comisión examinadora elogió al primero por haberse sometido a prueba tan ardua sólo por exaltar al preceptorado. En efecto, Piedrahita, que disponía de buena hacienda y estaba destinado a brillar como Magistrado y Diplomático, rehusó la dirección del plantel, contra la voluntad, desde luego, del Reverendo pedagogo. De nada sirvió el que éste, para atraerlo al Cuerpo docente, le citara muchos ilustres de los que habían regentado escuelas, y en

vano repitió por la centésima vez que nuestro Obispo Pérez Calama había manifestado en documentos públicos vivo deseo de concluir sus días de simple maestro de primeras letras.

Lo que resultó fué que Cosme Guerra obtuvo el nombramiento, y que al principio todo le salió a pedir de boca. No le faltaron las subvenciones del Convento, que se había convertido para él en Ciudad de Dios, ni la de los particulares; y así no desmayó su entusiasmo en la difusión de la enseñanza.

Mas el demonio anda listo, y sucedió que el Padre Leonardo Espinel, como llevado de maléfico influjo, suspendió de repente el pago del sueldo, con el frívolo pretexto de que el fundo señalado para el sostenimiento de la escuela no rendía la cantidad suficiente. Guerra, constante y abnegado, continuó la enseñanza sin percibir las dotaciones, hasta que, sitiado por hambre, se vió en el extremo de hacer prevalecer sus derechos de una manera judicial. Lo que había de grave en este asunto es una inquina marcada contra Guerra por parte del Prior, desde que supo que aquel alimentaba una pasión amorosa, que, en su pesimismo exagerado, juzgaba iba a tener un desenlace fatal. En el año de la citación, inserta en este escrito, circulaba entre la juventud el rumor de que Guerra era el amante afortunado de una chica que deslumbraba entonces por su hermosura, realzada por la discreción y exquisitas maneras sociales.

Figúrese el lector qué palmito sería ese, cuando los sábados por la mañana los estudiantes de la Universidad, como excitados por intuición amorosa, cerraban el libro y se precipitaban a rendirle culto de adoración, en momentos en que pasaba después de oír misa en la iglesia de la Compañía? En su límpida frente no había veladura de rizos, y como los ojos eran negros, negros también eran los rayos de sus pupilas como diría Rubén Darío, que suele inspirarse en esos abismos sin fondo. Los hoyuelos de sus mejillas ruborosas asomaban y desaparecían a impulso de casta sonrisa, y a ellos se dirigían los amorosos anhelos de los que, émulos de Cosme Guerra, burlaban la vigilancia del Bedel universitario. Llamábase Victoria Espinel, el apellido está denunciando su parentesco con el Prior del Convento, quien, prevalido de sus facultades omnímodas de tío, opuso dificultades para que su sobrina contrajese un matrimonio deslizado.

Creyó el Padre que con quitarle la pensión a Guerra se echaba agua al combustible, y se engañó.

El institutor en vista de las hostilidades, lanzóse al terreno judicial, como se sabe; más, después del auto de 1857 transcurrieron algunos años, hasta que en 1865 se expidió la sentencia, por la cual en nombre de la República y por autoridad de la Ley ordenaba el Juez que, para el pago de la cantidad demandada y costas, se embarquen bienes equivalentes del Convento y se rematen en pública subasta, previos los avalúos, depósito, pregones y carteles.

El Padre Prior, tenaz como el solo en no abonar tan justo crédito, dimitió, como para buriarse del actor, lo más precioso que poseía el Convento: el grande cuadro de Miguel de Santiago que representa la Genealogía del Santo Obispo de Hipona. Nombró de su parte perito para el avalúo al pintor Don Luis Cadena, el Juez nombró por la suya a Don Rafael Salas, quienes, previa aceptación y juramento emitieron el siguiente informe:

"En Quito, a 4 de Julio de 1865 ante el infrascripto notario los Señores Profesores de Pintura Luis Cadena y Rafael Salas, peritos nombrados para el avalúo del cuadro grande de la grada del Convento de San Agustín de esta capital, embargado y depositado según consta a fojas 15 vuelta, expusieron; que en virtud de la aceptación y juramento que tenían prestado habían examinado prolijamente el mencionado cuadro; y que en virtud de estar roto y remendado, aunque lo calificaban como la mejor obra de Miguel de Santiago, fijaban el precio de tres mil pesos en atención a las circunstancias del país. En su virtud firmaron con el notario que da fe.— Luis Cadena.— Rafael Salas".

Excusado es decir, para honra de los nietos de Santa Mónica, que cuando leyeron el informe hubo entre ellos violenta exasperación, hasta el punto de querer rebelarse contra el Prior, que con tanto capricho había mantenido la contienda judicial. Perjurio, desacato! exclamaron a una los monjes. Y el más verboso y exaltado decía: La obra preciada del príncipe de los pintores del Virreinato tasada en tan vil precio! Qué barbaridad! Más valiera que el año 75 se hubiera robado todo el lienzo el gringo aquel que quiso contentarse con un solo retazo, porque al

fin esa sustracción equivalía a un elogio merecido. Y luego encarándose al Prior, con que, añadía, el cuadro admirado por Jorge Juan y Antonio de Ulloa, Stevenson y Mera y otros ciento, avaluado en tan insignificante cantidad, y todo por qué...

—Por no pagar a un pobre maestro de escuela otra cantidad todavía más insignificante, contestó García Moreno, tomándole la palabra.

Con la presencia del Magistrado, alguno fué a ocultarse entre los vericuetos del Convento; no hubo la vergüenza de la subasta decretada, y no tardó Cosme en llenar su antes escueto bolsillo con la cantidad de quinientos y pico de pesos.

El Doctor Antonio Gómez de la Torre, letrado generoso y de corazón bien puesto, penetrado de la situación del maestro, cedióle sus derechos de asesor; y, como el ejemplo es oro, lo propio hicieron, aunque esto parezca cuento, el Alcalde y el Escribano, viéndose Cosme Guerra, para ayuda no de costas, dueño de una cantidad más que suficiente para asegurar nuevo triunfo en terreno más escabroso.

Ahora, el cuadro de la grada, se encuentra colocado muy en alto en la Sacristía tras el altar mayor del templo. La luz que recibe es conveniente para admirar la elegante composición, en que el claro oscuro, diluido con maestría, pone de resalto las variadas y numerosas fisonomías que solo tienen de común la irradiación beatífica. Miguel de Santiago fué el Murillo ecuatoriano.

En una casita del Belén, que hasta ahora se conserva como suspendida sobre la carretera del Norte, se verificaron las bodas de Cosme y Victoria; ellas fueron tan suntuosas que, por desgracia del preceptorado, no han vuelto a repetirse iguales entre los mártires que enseñan a la niñez los conocimientos primarios.

USTEDES NO VIENEN POR MI

José Alberto Donoso

El doctor Javier Espinosa y Espinosa, **ciudadano de los más virtuosos**, entre los que han ocupado el Solio Presidencial de la Nación, está al frente de los destinos de ella.

Nacido en Quito hacia el 1815, es personaje de singular valía: jurisconsulto de renombre, de alta inteligencia, que corre parejas con su saber: probó, cuan largamente se contiene en la palabra; de honradas convicciones en todo terreno, ardiente partidario del ideal republicano-democrático; de modestia ingénita, sin ambiciones de mando y poderío; de carácter inflexible, entendido como tal, no la testarudez hija de la soberbia, fruto del capricho ciego, que ejercitada desde el Solio, pueden llevar a los pueblos hasta la tragedia, sino el firme mantenimiento de resoluciones adoptadas en justicia, en manera razonada, previo examen severo de antecedentes, y aceptación hecha, por adelantado, de las consecuencias que se deriven: así entiende y practica la entereza de carácter, el Dr. Espinosa.

García Moreno en 1867, le calificó de: **hombre liberal, pero moderado y amante de la paz y de la tranquilidad pública.**

Tales prendas contribuían, sin duda, a que el país tuviese depositada su confianza en el probó gobernante; sin embargo, aquel andaba muy agitado desde fines del 1868, con motivo de las próximas elecciones para Presidente de la República.

Al efecto se habían exhibido las candidaturas de don Gabriel García Moreno por el conservadurismo, de don Pedro Carbo por los radicales y del Dr. Francisco Javier Aguirre, por el partido liberal.

Este trabajaba asiduamente, guiado por sus hombres más representativos: Juan Montalvo, Marcos Espinel, Mariano Mestanza, Ramón y Antonio Borrero, Benigno Malo, Mariano Cueva, Antonio Yerovi y otros.

Un sector de conservadores plegó al Dr. Aguirre, entre ellos figuraban: Manuel Angulo, hombre de reconocida prestancia, Pacífico Chiriboga, el Canónigo Antonio Martínez, y aún se citaba, *sotto voce*, el nombre del piadoso Arzobispo Checa. De allí que la candidatura Aguirre estaba sustentada por **unionistas**, según el decir de los conservadores **ultra**, que apoyando a don Gabriel, pretendían hacerle triunfar por todos los medios.

El nombre de don Pedro Carbo no halló eco, pese a los afanes de sus adictos por conmover a las masas en favor de él; mientras tanto, García Moreno a sus ejecutorias ya conocidas en la Nación por los servicios que la había prestado desde el 1858, añadió los muy especiales y recientes con que acababa de acudirle, en calidad de Gobernador de Imbabura, después del formidable cataclismo de la noche del 15 de agosto del 1868, que redujo a escombros la mayor parte de las poblaciones de dicha sección territorial, y especialmente la ciudad de Ibarra, —fundada por don Diego de Ibarra el 28 de septiembre de 1606— causando la muerte de más de cinco mil personas, solamente en la capital imbabureña.

Estaba aún fresco el recuerdo de tan dolorosa ocasión, y de cómo García Moreno multiplicándose, con portentosa actividad muy suya supo restablecer la tranquilidad en la comarca, reprimiendo el crimen que se levantara audaz, rodeando de garantías a los aterrados sobrevivientes de la catástrofe, proporcionándoles auxilios de todo género y acabando por hacer surgir de sus propias ruinas, una ciudad nueva, planeada a la moderna, y que es actualmente, una de las más bellas del país. Todo ello aumentaba el prestigio del candidato conservador.

Sin embargo, no podía echarse al olvido, la vehemencia de pasión que había caracterizado los obreros del gobernante, en su período anterior; los graves errores cometidos por él, siguiendo tales inspiraciones: de allí que las gentes serenas se opusieron a que retornara al poder, temerosas de nuevos, de mayores excesos.

De otro lado, el Dr. Aguirre era varón ilustre, de altísima posición, capaz de hacer honor al Solio Presidencial de cualquiera de las repúblicas del continente indoespañol.

Publicista de nota, dió a luz valiosos escritos sobre Hacienda, en el 1837, cuando aquella ciencia era casi desconocida entre nosotros. Por medio de ellos, combatió los errores económicos de Rocafuerte.

Se opuso con tesón e inteligencia singulares, al último gobierno del General Flores, siendo por lo mismo, uno de los que ganando la delantera, preparó la inolvidable transformación política del 1845.

Tienen especial valía sus estudios sobre **Manumisión de Esclavos**, que publicó en el 1854. El Dr. Aguirre había sido el alma del Decreto suprimiendo la esclavitud, expedido por Urbina en el 1851, y confirmado por la Convención de Guayaquil, el 25 de Setiembre del 1852.

Cuando en el 1863, García Moreno celebró el concordato con la silla Romana, el Dr. Aguirre hizo oír su voz tonante, en contra de dicho pacto, y a favor del Poder Temporal.

Revisten gran interés sus escritos sobre **Alianza Sur-americana**, lo que revela entre mil hechos más, sus dotes de estadista, su gran visión respecto de la política internacional a seguirse, por el continente en que vivimos.

El Dr. Aguirre fué señalado por sus contemporáneos, como **el más genuino liberal de esos tiempos**, y si a todo ello se añaden sus ejecutorias como abogado talentoso, incorruptible, instruido; si echamos a la cuenta la rectitud de sus juicios, la amplitud de su criterio, la independencia de su carácter, la moderación y compostura de sus actos, su patriotismo de subidos quilates, su espíritu conciliatorio, pero distante de claudicaciones, sus innúmeras virtudes, en fin, llegaremos a la conclusión de que el candidato liberal, digno émulo de García Moreno arrastraba con justicia en pos de sí, obligando a que siguiesen sus banderas, a todos los hombres ecuanímenes, a los patriotas de verdad, sin distinción de coloridos políticos.

Ya en el 1856, fué candidato popular a la primera magistratura y no llegó a ocuparla, porque le combatió Urbina —no obstante ser con cuñado del Dr. Aguirre— e impuso al General Robles, lo cual significó un grave mal para la patria.

Ahora bien: el Dr. Espinosa que sopesaba las conveniencias nacionales no las de un círculo, en ese momento de expectativas angustiosas, de sobresaltos y temores; que conocía a fondo los méritos y deméritos de ambos contrincantes, las probabilidades que cada uno de ellos

aportaba en favor del futuro bienestar del país, sentíase inclinado en sus adentros, por la candidatura Aguirre, pero como mero simpatizante, y en todo caso, como espectador imparcial.

Ni puede ser de otro modo, ya que es incapaz de obrares vedados para una conciencia recta como la suya; por donde acontece que toma asiento sobre todos los partidos, que mantiene al fiel la balanza política, que garantiza ampliamente la libertad electoral, de acuerdo con la Constitución y las leyes que juró sostener y defender, desde el Solio Presidencial.

El Jefe del Estado, hombre de corazón sin mancha, no tiene repliegues en su alma plena de enterezas, no concibe procedimientos que en manera aparente siquiera, puedan autorizar a la Historia para apellidarle PERJURO!... y semejante nobilísima, republicana conducta, es causa para que se desate una verdadera tempestad contra el austero gobernante, para que se llegue hasta despojarle del poder, como luego veremos.

En efecto: la libertad electoral, preconizada y sostenida a sangre y fuego por el Dr. Espinosa, entre fines del 1868 y principios del 1869 —hasta su caída del Solio— significa probabilidades del triunfo para el liberalismo, con el Dr. Aguirre a la cabeza: ¡Cuánto va de ayer a hoy!... Por eso los conservadores, sustentando el origen divino del poder, y teniendo a García Moreno por corifeo y abandonado, se dan a una tarea innoble: pretenden amedrentar o seducir al republicano mandatario, y para el caso previsto, de no conseguirlo, tienen resuelta la traición, entrando en ella, miembros íntimos de la familia del catoniano Presidente.... hasta aquellos que compartían con él las faenas del gobierno!

Así, un buen día, se le acerca su Ministro de lo Interior y sobrino carnal, Camilo Ponce, que fué servidor leal del Presidente Urbina, y jugó papel importante contra los Jesuitas, el 11 de noviembre de 1852, en que fueron expulsados del Ecuador, según que narraremos algún día; pues don Camilo Ponce, se apersona con su tío el Presidente Espinosa, y le reflexiona sobre la necesidad de intervenir en la lucha electoral que se avecina, a favor de García Moreno; de no hacerlo, hay el peligro de que triunfe el candidato liberal, lo que traería un cúmulo de males sobre la patria.

El Presidente se deniega a todo procedimiento que no está encauzado dentro de la Constitución y de las le-

yes. Protesta su resolución inquebrantable de respetarlas, de conceder amplia libertad electoral.

Los círculos garcianos sesionan diariamente, y uno de ellos, presidido por el Dr. Justiniano Estupiñán, tras de largas disquisiciones, después de honda meditación, resuelve apoderar al Coronel Ramón Aguirre para que se entienda con el Dr. Espinosa, a fin de convencerle de que la salvación de la Patria, estriba en el apoyo que el Gobierno quiera prestar a la candidatura de García Moreno.

El Coronel Aguirre, luego de agotar sus esfuerzos, sale desairado. El Presidente de la República se ratifica una vez y otra, en sus ya conocidas resoluciones.

A poco menester, le habla del mismo asunto el dominicano Cruciani, con más esperanzas que nadie de vencerle, pues era confesor del Presidente. Sin embargo, éste se mantiene inflexible.

Preséntase, al fin, el Delegado del Papa Monseñor Tavani, pero no tiene mejor fortuna que los anteriores mensajeros. El Dr. Espinosa no da su brazo a torcer, por nada ni nadie en el mundo.

Ante el fracaso ruidoso de los medios de convicción, se cambia de táctica: se apela entonces a la amenaza. Don Carlos Aguirre Montúfar y el General José María Guerrero, llevan ante el Primer magistrado, el ultimatum del conservadorismo: si aquel no se da a partido, será depuesto del mando por García Moreno, quien tiene listo, arreglado de antemano, un seguro golpe de cuartel.

La respuesta del Dr. Espinosa no se deja esperar: **díganle a García Moreno que haga lo que le plazca, yo no cambio de resolución.**

El 16 de enero de 1869 se habla públicamente por calles y plazas, de que esa noche será derrocado el Presidente, quien en la tarde de aquel día, hace llamar al General Julio Sáenz, Comandante General del Distrito, y le habla así:

—Sé que debe estallar hoy un golpe de cuartel contra mi Gobierno, ¿puedo contar con la lealtad de Ud., General Sáenz?...

—Sí, Excelentísimo señor, cuante con ella, responde el interrogado.

—¿Hasta el punto de que, si acude al cuartel de su mando García Moreno, en son revolucionario, mandará usted disparar sobre él?...

—Hasta ese punto nó Excelentísimo señor... balbucea Sáenz.

—Puede usted retirarse, ¡TRAIDOR!... dice con voz serena y firme, el Dr. Espinosa. Tales palabras tienen el equivalente de un salvazo, arrojado a la cara del fementido servidor

Luego sale de su despacho el Jefe del Estado, y se encamina a su casa, la que está signada con el N° 19, en la Carrera que hoy se apellida Bolívar .

Después de comer se recoge a su dormitorio, y sentado en un sillón con forro de brocado de seda rojo, cubiertas las piernas con una manta de lana, se las pasa el noble anciano, en espera de los acontecimientos próximos a suceder .

Son las diez de la noche del citado día, cuando un grupo de civiles avanzando de Sur a Norte por la "Calle Angosta", llamada ahora, "Pichincha", llega hasta la intersección de ésta y la "Bolivia" actual. El Batallón de infantería "Número Segundo", ocupa el Cuartel que fué del "Real de Lima", en la calle "Bolivia", el mismo que hoy pertenece a la "Confederación de Retirados" .

En la Carrera Pichincha, frente al "Colegio de la Providencia", donde se ve ahora el Garage Presidencial, está acuartelada la "Artillería", cuerpo mandado por el General Julio Sáenz, no obstante ser éste el Comandante General del Distrito .

Cuando el grupo de civiles está en la esquina entre "Pichincha" y "Bolivia" el artillero que hace de centinela da el ¿quién vive?... y una voz robusta responde: ¡García Moreno!.... ¡Viva García Moreno!.... Gritan en la prevención del cuartel, y el grupo de civiles marcha en derechura hacia la puerta .

En ella se encuentra el General Sáenz, quien recibe con un abrazo a don Gabriel y sus acompañantes, les invita a entrar y pone el Cuerpo a órdenes de aquel. Estos son: Rafael Carvajal, el Coronel Ramón Aguirre, Carlos Ordóñez, Gregorio del Valle y otros! Luego, García Moreno es proclamado Jefe Supremo de la República, por la Unidad en formación .

Con tan sencilla escena queda depuesto el Dr. Espinosa, Presidente Constitucional, republicano integérrimo, patriota inmaculado

García Moreno en acabando de recibir el homenaje de sus pretorianos, sale con dos o tres de sus amigos, camino de la casa del magistrado caído, va en su busca. Una vez en ella, penetra al dormitorio de su dueño y encarándose con él, le apostrofa con cinismo, en esta manera:

—Dése usted preso, Dr. Espinosa!....

El anciano valeroso y noble, con serenidad que pasma, deja la silla, se dirige tranquilo hacia una cómoda cercana, de ella extrae cierto paquete que contiene la banda presidencial y extendiéndola cuan larga es, sobre la mesa que ocupa el centro de la habitación, cuellerguido, arrogante, con majestuosos ademán, en actitud olímpica, propia del alto cargo que inviste, de la solemnidad del momento, habla en esta forma a sus vanagloriosos aprehensores:

—USTEDES NO VIENEN POR MI!.... VIENEN POR ESTO!... (les dice mostrándoles repetidamente con la mano la insignia del Poder, que está a la vista), LLEVENSELO!.... AHI LO TIENEN!.... y mientras tal insinúa, la mirada encendida, fija, severa, de desdén soberano, se halla puesta sobre García Moreno y sus acompañantes, entre los que hay, ¡oh perfidia!, íntimos familiares del ex-mandatario!....

Nadie osa sostener esa mirada acusadora, relampagueante, despectiva!.... Tiene de todo!.... Sigue un momento de silencio, tras del cual abandonan el aposento los intrusos, sin decir una palabra

El Dr. Espinosa ha caído del Poder, más queda triunfante sobre sus enemigos, le amparan sus virtudes, le será favorable el fallo inexorable de la Historia que significa justicia, que es reparación!.... El verdadero mérito, los obrares limpios, se imponen, aún en medio de las más exaltadas pasiones!....

En tal manera —triste es decirlo— tuvo lugar el comienzo del segundo acto del drama político, que alcanzó por infeliz remate, la escena trágica del SEIS DE AGOSTO DEL MIL OCHOCIENTOS SETENTA Y CINCO!...

LOS DE GUARDIA SU MAJESTAD

Rafael M. de Guzmán

Arrullada por el hermoso Matadero, que refleja en sus linfas los árboles que, trémulas, susurran en los pen-siles de sus orillas, y protegidas por el Turi, se recuesta, muellemente. Cuenca, la Sultana del risueño Tomebam-ba.

Al sur de la ciudad, y a la opuesta orilla del Mata-dero, se extiende bosque extenso de frutales que, como Sultán enamorado, envía a la Sultana, en alas de la brisa, aromas, rumores y frescura.

Por el Norte y por el Nor-este, el bullicioso Ma-chángara, y el humilde Michichig, acarician también a la ciudad con el eterno cantar de su corriente.

Del ribazo de la ciudad que domina El Matadero, se goza del paisaje espléndido del bosque, de entre cuya espesura se eleva el humo de innumerables cabañas en que habitan laboriosos campesinos, los *chazos*, como allí los llaman.

Los contornos de Cuenca presentan tal contraste de belleza en sus detalles que, su conjunto, sería la desesperación de los pintores paisajistas, si al lienzo quisieran trasladarlo. Allí, todo alegra, todo sonríe. Cantan las aves. soplan las brisas, corren las aguas, y las flores brotan a mañana, y tarde, dando a esa naturaleza vida y galas, animación y poesía.

¡Y qué puestas del sol! ¡Qué pompa y esplendor de luz y de colores! Qué cambiantes de nácar y de perla entre cascadas de oro y de carmín en un cielo de transparen-cia cristalina! Y en palpitaciones de vida en notas de ar-monía, y deliquios de amor, a la puesta del sol, se desva-necen y confunden esa luz y esos colores en el plácido azul

de las montañas que a Oriente y a Poniente se divisan, como marco de cuadro tan grandioso.

Cuando la luna besa y platea, de modo fantástico, las aguas del Matadero, y el ruido de su corriente se con-funde con los rumores misteriosos de la noche y de los vientos, como las notas de instrumentos que forman ar-monías, una bruma vaporosa se extiende sobre el bosque y sobre el río. Y todo, entonces, dispone a no se qué vaga melancolía que vela también el alma como sutil gasa de duelo.

En aquellos instantes de muda y extática contem-plación, el cielo estrellado parece que, compasivo, baja a nosotros, sin que nosotros vayamos hacia él. Allí se sue-ña, y arrobada el alma, en raptó divino, vuela a Dios, autor de tantas maravillas.

La ciudad, extensa y hermosa, con la hermosura de las ciudades coloniales españolas, alberga numerosa población. Su clima, como Caldas dijo del de Popayán, "es inventado por los poetas".

El pueblo de Cuenca es sencillo y humilde, laborio-so y bueno. En la alta clase social se conservan, sin dege-nerar, las virtudes y la elevación de sentimientos de la antigua nobleza castellana.

La hospitalidad cuencana deja honda huella de gratitud en quien la recibe. Llevad algunas cartas de re-comendación; que un amigo os presente a otro, y el círculo de vuestras relaciones se ensanchará.

Y esas nobilísimas familias, os abren las puertas de su casa, os reciben con los brazos abiertos, y os tratan del modo más bondadoso y cordial. Y pronto, muy pronto, si vuestro proceder es decente y digno, y no abusáis de su noble hospitalidad, más que amigo, seréis hermano queri-do, y participaréis de sus esparcimientos y de sus ban-quetes, de sus bailes y de sus giras campestres. ¿Qué más puede hacer una sociedad en obsequio de quien llama a sus puertas?

¡Hermosos momentos de la existencia, bellas horas del corazón; páginas de oro del libro del alma, gotas de miel que cayeron benditas de Dios en la copa de la vida, sed recordadas, con cariño, siempre.

Cuenca, la tierra del talento, de la inspiración, del valor y de los nobles corazones, se distingue por la belleza de sus mujeres, y de sus hombres también. Conocimos familias en que, todos sus jóvenes, eran bellos como Apo-los y Narcisos.

El ruiseñor vino para cantar, y por instinto, lanza al viento sus notas melodiosas. Así los cuencanos, por una necesidad de su organismo, nacen poetas; y, obedeciendo a su feliz destino, de amar, de bendecir y cantar, cantan como canta el ave en la espesura, como cantan la alondra y el turpial.

Almas delicadas, corazones sensibles, son quejumbrosos sus cantares, y sollozos entrecortados sus acentos de ternura, sus gemidos de pasión. Su poesía es dulce, sencilla y armoniosa, y a las veces, se siente en ella el sabor de las plegarias y el suave rumor de la oración.

Desde luego, se comprende que, sería absurdo el pensar, y más absurdo aún el creerlo, que un pueblo entero se compusiese de poetas, y que todos, sin cuidarse de la dura prosa de la vida, coronados de rosas, la lira en la mano, los ojos al cielo, y suspendidos de los rayos de la luna, estuviesen cantando, eternamente a las estrellas.

Lo dicho, se aplica, únicamente, a los privilegiados, a los mimados de la inspiración y del genio, a los verdaderos poetas; a los que cantan a los acordes de la verdadera lira, muchos de los cuales han ilustrado a Cuenca con la pluma y con la espada: uno de ellos, bajo su toga, lleva las honrosas cicatrices del valiente.

Y por sus facultades múltiples, en qué esfera de la actividad intelectual no han brillado o no brillan los cuencanos? De Cuenca el primer poeta lírico, el primer periodista; el primer diplomático, el primer orador sagrado, el primer orador parlamentario; y de Cuenca fué, el más brillante General de la República!...

Y notable político y hombre de Estado es quien se levanta sobre el nivel común y, desde lo que pudiera llamarse su retiro, con mano hábil, ha manejado a voluntad las piezas de cierto ajedrez.

Dos ilustres cuencanos, abogado el uno; poeta inspirado, prosador galano, orador elocuente, y naturalista aventajado. El otro, en quien la virtud, la elevación de ideas y la inflexible alteza en el cumplimiento del deber, hacían de él lo que se llama UN CARACTER, fueron a la vez: el uno, el primer Magistrado de la Nación, y el otro el primer Jerarca de la Iglesia ecuatoriana. ¿Puede ambicionar más una ciudad?

En aquel nido de ruiseñores, en aquel pedazo de paraíso terrenal, después de la disolución de la Gran Colombia, había una Eva de tan perfecta hermosura, como la del primitivo Edén, con la diferencia de que la Eva

cuencana, si tuvo serpientes tentadoras, jamás mordió de la manzana prohibida.

La señora doña Rosa Salcedo de García Trelles, de la más antigua y aquilatada nobleza cuencana, era la juventud misma, la juventud en flor. Tipo de belleza ideal, ella era la visión gentil del ensueño misterioso de un poeta, el delirio del extático arrobamiento de un pintor. La Venus de Milo la habría envidiado, y Fidias y Rafael la habrían tomado de modelo para sus Diosas y para sus Virgenes. Doña Rosa, moralmente considerada, era una de esas mujeres que pueden ser el ángel o demonio del hogar doméstico, el consuelo o la desesperación del alma de su esposo.

¿Qué mucho, pues, que, ante aquella belleza sobe-rana, cuantos llegaban a Cuenca, sin contar con los de casa, enloquecieran por ella de amor? Y más aún, con la perversa propensión humana de ambicionar el fruto prohibido de cercado ajeno.

¿Y qué culpa tiene la flor lozana, gala del jardín, de que cuantos pasen la admiren y contemplen de lejos con amor, y se extasíen con sus vívidos colores? Ellos pasan sin llegarse a aspirar su aroma, y queda inmaculada la flor.

Un antiguo canto popular, muy pobre y vulgar si se quiere, pero que en boca de la mujer, contiene una verdad, dice:

Hay diez tunantes
Que mucho me quieren,
Y en que me quieran,
Nada hay por eso:
Que yo corresponda,
Allí estará el queso.

Pues esto, y con razón, podía aplicarse a Doña Rosa.

Un Coronel, tan gallardo, como audaz en sus empeños de amor, fué con su batallón, destinado por el Gobierno a la guarnición de Cuenca.

Conocer a Doña Rosa, prender la llama del amor por ella en el pecho del Coronel, y perder éste, en absoluto, el seso, todo fué uno.

Pero, continuas visitas, serenatas, bailes y paseos campestres dados por él en obsequio a Doña Rosa, sin omitir hasta la inocente batida de melcochas en las quin-

tas de las afueras de San Blás, que es pretexto de bureo, todo fué escribir en el aire, todo fue arar en el mar, porque ella, abroquelada por el deber y la virtud, conservó sin empañar el cristal de su honra, y mantuvo a distancia al seductor audaz.

El Coronel Sebastián Barriga, a quien llamaban "el loco", por sus truhanescas aventuras galantes, estaba más loco aún por los encantos de Doña Rosa: era un enfermo de irrealizables ilusiones.

Cuando un afecto noble enciende el alma, ese amor puro y casto, huye del ruido y de la luz y busca el secreto y el misterio en el altar del corazón.

Mas no así la pasión culpable, que marchita, esteriliza y deja en la oscuridad el alma: ella busca la publicidad, y allí ostenta su impudor.

Así lo hizo el Coronel Barriga, cuya locura amorosa lo llevó a cometer un escándalo de grande resonancia en Cuenca.

Es el caso que Doña Rosa salió de paseo y apareció en la plaza con el majestuoso continente de reina destronada que le era natural. Según la dirección que llevaba, debía de pasar por frente al cuartel, que se hallaba en la misma plaza, en la casa Municipal.

En la esquina opuesta hallábase el Coronel Barriga, quien, como viese a Doña Rosa, y la dirección que ella seguía, toma la diagonal, y a paso redoblado llega al cuartel.

Una vez allí, por impulso, y sin pensar en lo que hace, arrebatada con rapidez la espada al Comandante de la Prevención, se la ciñe, y, de modo directo, da una orden tentórea grita:

¡"Los de Guardia!... ¡Su Majestad!"

La Guardia, a paso trote, sale fuera del cuartel, y ya alineada a la puerta, se pone al frente de ella el Coronel Barriga, quien ebrio de amor, cuando pasaba Doña Rosa, desenvaina su espada, y de modo altivo, da las voces de mando:

¡Al hombro! ¡arm!

¡Presenten! ¡arm!

¡Rindan!... ¡arm!!

Y él y la Guardia, quitándose los morriones, y la rodilla derecha en tierra, rindieron las armas, y batieron marcha cornetas y tambores.

A Doña Rosa, indignada por el escándalo, nublósele de pronto su frente de jazmines, y dirigió altiva mirada de

reproche al Coronel Barriga. Pero, mujer, y mujer sensible, lisonjeada en la vanidad de su hermosura, agradecida, quizá, a tanta gentileza, dejó escapar luego, de sus labios purpurinos, ligera sonrisa, casi imperceptible.

Y no sabremos decir, si aquella sonrisa fué talvez la primera confidencia de corazón a corazón; si fué un arrebatado, instantáneo, mudo y elocuente diálogo de amor: no lo sabemos.

Asustada, y como es de suponerlo, dominada por encontradas y tumultuosas emociones, Doña Rosa, regresó en el acto a encerrarse en su casa.

El General Morales, rígido en el cumplimiento de su deber, severo e inflexible en la aplicación de las Ordenanzas Militares; respetado y temido de sus subordinados, era Comandante General en Cuenca.

El oficial de Guardia, en el acto, dió parte a la Comandancia General de lo hecho por el Coronel Barriga.

Indignado el austero General Morales, mandó prender y reducir a prisión en el cuarto de banderas, al Coronel Barriga a quien, además, en vía de calmante, y para que se le enfriase el entusiasmo por los encantos de Doña Rosa, le propinó un par de grillos, que se los remacharon muy bien. Y poco, poquísimo faltó para que el viejo General hiciese fusilar a Barriga, cuya vida estuvo, como se dice, en un tris.

El Coronel Barriga, mártir entonces del amor, permaneció algún tiempo preso y con grillos, hasta que, por valimientos de aquella sociedad generosa, y por influencias de la Venus cuencana, recobró su libertad aquel bizarro calavera.

El Ministro de Guerra retiró de Cuenca al Coronel Barriga, para que no volviese a las andadas, y no tributase a una hermosa mujer los honores militares que las antiguas Ordenanzas mandaban tributar a la Divinidad, que es lo mismo que ordena nuestro Código Militar vigente en el artículo 29 del Título II, Tratado Quinto, página 139.

¿AMAR MAS DE UNA VEZ?

Violeta

Como mujer, curiosa y como hija mimada, indiscreta, no vacilé en ocultarme detrás del biombo japonés que da a la entrada del dormitorio de papá, donde comenzando su habitual tertulia nocturna de confianza, iba a dar a sus amigos su opinión sobre la famosa pregunta de si una mujer puede amar más de una vez.

—Cuestión ardua si la hay, dijo papá: mas a mi ver bien resuelta por los hechos, que no son sino el reflejo del alma, la exteriorización de los estados psíquicos internos. Y conozco tantos. Oid la siguiente relación y deducid la consecuencia.

Tosió ruidosamente, sacudió la ceniza del perfumado cigarro y arrellanándose en su sillón, comenzó:

Era por el año de 70. Figuráos un deslumbriamiento, una explosión de luz que inunda todo el circo, multiplicándose en irisados cambiantes al herir los cristales de mil linternas venecianas, el bruñido acero de los aros y trapecios y las joyas de las mujeres; torrentes de armonía producida por las bandas militares, centenares de rostros animados cuyas miradas convergen al redondej en que John Hudson y su compañía de acróbatas ejecutarán dentro de breves instantes las suertes más difíciles y atrevidas. Nó, nunca los quiteños tuvieron deleite más cabal, desde los tiempos del aeróstato Flores, como cuando el advenimiento de la Compañía Hudson.

Caballos jamás vistos, dos de ellos árabes de pura sangre, dignos de contarse entre la descendencia de la yegua de Mahoma, tres perros daneses de melena leonada. ¿Y el personal de acróbatas? Hudson, el hercúleo Hudson, que con un dedo sostenía en el aire un mástil en el que evolucionaban dos hombres; Antonio Miranda el meji-

cano, Marco, Enriqueta la hija menor del Director; todos ellos un pasmo de agilidad, gracia y destreza. Quito estaba loco.

¿Loco sólo por los mencionados? No, sino por Celina la estrella de la troupe y por su satélite el intrépido Halejj, mohicano oriundo de los bosques del Ontario y digno de ser dibujado por la pluma de Fenimore Cooper. Gentil muchacha de diez y ocho años la Celina, su belleza no tanto provenía de la gracia armónica de sus líneas y contornos, de su tez rosada, rubias crenchas y ojos de azul turquí, sino de algo indefinible que como reflejo de interior sufrimiento irradiaba en su fino rostro, presentándole el avasallador atractivo de lo misterioso.

La función de esa noche iba a ser decisiva para ella: Halejj pediría su mano, pues ya lo habréis adivinado, Celina amaba tanto cuanto era amada.

La víspera de aquel día, Celina y Halejj, de paseo por la Alameda habían recorrido todo el sendero, sin decirse una palabra: nada les hablaba de cuanto miraban a su alrededor, de los lagos y praderas del Norte, de sus bosques poblados de bisontes, de sus magníficas ciudades de donde estaban ausentes ya tanto tiempo en vida errante y llena de peligros; mas, a pesar de eso y precisamente por eso, el mohicano remontando al pasado, dijo a su compañera:

—¿Te acuerdas, Celina, de la terrible noche en que tu padre acompañado de los rifleros rojos atacó el wigwam de mi familia? Cogidos de sorpresa, fueron los míos arrojados al bosque y yo niño caí en poder del vencedor para ser conducido a tu casa: ¿qué era de mis padres? ¿qué era de mis hermanos? cansado y exánime creí al llegar a la residencia de los tuyos que iba a morir: la niña de los cabellos rubios y ojos de color de cielo se acercó a mí, e ingenua e inocente vió que tenía terror, sed y frío dióme a beber, hizo que me abrigaran y consolóme sin permitir que durante el día nadie se acercase al niño adolorido. Eras tú Celina, y ante tu vista ya nada pudo, ni el rencor contra los tuyos.

—Sí, Halejj, lo recuerdo bien, y tanto que cuando los jefes de tu tribu, sorprendieron meses después a mi familia, descuidada apenas nos dieron espacio para la fuga al resplandor de la casa incendiada, tú te viniste

con nosotros, prefiriendo compartir los azares de la existencia adoptada por mi padre para ganarse honradamente el pan. No quisiste regresar a aprender de tus mayores el manejo del terrible **tomawak**, y a continuar la implacable guerra contra los invasores del suelo donde naciste.

—A ti debo el ser un hombre diverso del que habría sido; te soy deudor de todo: Tu padre, que conoce cómo el alma que me has dado te pertenece; querrá negarse a nuestra felicidad? Mas, ese Marco

—Animo Halejj, exclamó Celina; esta noche decidirá de nuestra suerte. En cuanto a Marco, no tengas cuidado; una mujer no puede amar más de una vez en su vida.

El público quiteño, ávido siempre de impresiones fuertes, de luz y colorido, se vió completamente satisfecho en esa noche: todo perfecto, desde la cuadrilla de lanceros ejecutada en vistosa equitación por el numeroso personal de la **troupe**, las arriesgadas suertes de volantes, argollas y trapecios que espeluznaban a la concurrencia, las bromas de Chale, el payaso inimitable y la pantomima final; mas nada como los ejercicios de maravilloso **equilibrismo** de Celina y Halejj, que erguidos de pie o evolucionando, en sendos caballos árabes, disparados en rápida y circular carrera, atravesaban los aros que a modo de obstáculo se les ponía por delante, y producían uno como vértigo al fulgurar de su ropaje de seda, constelado de lentejuelas. Si Celina deslumbraba, Halejj suelta la ondulante cabellera de reflejos de ébano, era un efebo que Apolo habría escogido como auriga para su dorado carro.

Tan brillante noche tuvo un amanecer funesto: John Hudson conector de los propósitos de su hija y el mohicano adoptado, se mostró duro e inexorable en negarse a su enlace. ¿Cómo, si la destinaba a Marco el joven rico y payanés, que por amor a ella se había juntado a la Compañía de Cartagena, después de confiar su secreto sólo a Hudson?....

Tres días después, Halejj partía para Guayaquil escoltado por cuatro policiales del temible Intendente Villavicencio.

Antes de ir había dicho a Celina: "Te aguardaré en California, si es que no he muerto hasta entonces" Ce-

lina le había contestado: "espérame; una mujer no puede amar sino una vez"....

La pobre joven languideció como flor aridecida: pocas semanas después los habitantes de la Capital contemplaron el siguiente inusitado espectáculo: Hudson daba una función pública en la plaza mayor hoy llamada de la Independencia; un cable tenso la atravesaba a una altura de veinte metros en toda su extensión, desde el Palacio de Gobierno a la casa solariega de los Aguirre Montúfar; por él iría Celina, posando levemente su planta con la delicadeza del ave que roza un hilo del telégrafo. Llegada a media distancia a los ojos atónitos de millares de gentes, sólo con un ligero balancín en las manos, vieron todos con terror que la joven como movida por un impulso brusco e irreflexivo lo soltó, dejándose caer de la altura, precisamente en el punto donde su caída debía ser mortal, por el choque con las talladas piedras de la fuente pública. Un inmenso clamor se exhaló de todos los pechos; pero Celina sobrevivió....

Al llegar mi papá a este punto de su narración, quedóse un momento en suspenso; temí que me hubiese adivinado oculta, cuando prosiguió.

—Al revés de lo que algunos creen, yo pienso que el amor de una mujer, si vario en sus manifestaciones de niña, de joven o de madre, es único, como única su alma, único el impulso de su nativa aptitud para el sacrificio, único el momento psicológico que le señala la hora de amar. Puede querer toda su vida, otras veces puede amar sólo corto tiempo, pero si una vez perdió su temple la cuerda armónica que en su corazón da la nota del amor, eso no recobrará su timbre de argentina pureza, y pulsada sonará en falso. Me diréis que hay mujeres que no han amado; cierto, eso es más fácil de suceder que la vuelta al amor de verdad, cuando una ya amó; hay mujeres que en segundas nupcias aman con vehemencia; pero ellas no amaron en primeras. Las hay que parecen amar diez o más veces, pero ni todas las exaltadas son mártires, ni las apariencias se pueden vender por realidades. Yo me atengo a la opinión de Celina.

Cuando ella declaraba que no podía amar a nadie, daba con el principio interno que en el alma femenina lleva sus imposiciones a los extremos límites de lo abso-

luto, hasta hacer al amor único, triunfador de los padecimientos y la muerte.

En efecto; a pocos meses de lo referido, a la altura de las islas de la Plata en pleno Océano Pacífico, las ondas cerúleas recibían amorosamente a Celina fallecida a bordo del vapor que la conducía a California, y meciéndola en suave vaivén, murmurando el rítmico arrullo con que las madres aduermen a sus niños, la depositaron suavemente en un lecho de coral, como preparado de antemano para que coronada de algas marinas, durmiera plácidamente su sueño de virgen desposada, y descansara de su fatigosa existencia

De "Vejeces y Novedades"

Marzo 9 de 1909.

EL DOCTOR ACEVEDO EN JERUSALEN

Juan Montalvo

.....

Esto es lo que pasó en Roma; ved ahora lo que pasó en Quito. Una noche llamaron a la puerta de un practicante de medicina, y tanto llamaron, que éste hubo de acudir a la ventana a ver qué le querían. Con mil diablos! dijo, quién me rompe la puerta a esta hora de la noche? Un caso urgente! le responden de abajo; salga volando, doctor.

—Bueno estoy para casos urgentes. Suponerse que he de ir a media noche, en camisa, a correr por esas calles de Dios.... vuelvan mañana.

—Mañana no le necesitamos para maldita la cosa! baje usted, o vea lo que se hace:

—Y quiénes son ustedes? Al diablo el caso urgente! Y cerró la ventana el médico.

Entonces los de afuera esforzando la voz gritaron: Mire que le llama el doctor Acevedo!

Este nombre sonó como trueno para el practicante: cuando iba a reengolfarse en su lecho, volvió a la ventana todo asustado. El doctor Acevedo? dijo: qué hay con el doctor Acevedo?

—Es él quien le llama; y nos ha dicho que no le demos tiempo ni para calzarse las botas.

Hombre de importancia y raro era Acevedo: el que no le quería le temía, y sus discípulos se hubieran echado de cabeza en los infiernos por obedecerle. La sabiduría en él era el imperio, y por vida mía que era entendido en lo de hacerla venerar: si Acevedo no hubiera nacido para sabio, hubiera nacido para rey; qué temple de alma! Muchos se quejaban de su dureza, pero

nadie tuvo qué decir de su hombría de bien: muchos le tachaban de altivez, pero nadie dijo un término acerca de su dignidad. Y acaso en la corrupción de estas costumbres y el envilecimiento de estos pueblos las más apreciables dotes no son calificadas de vicios? El buen carácter es **mal genio** aquí; la austeridad, rudeza. Si uno niega la mano a un pícaro, ¡qué hombre! es una fiera: si no contesta la salutación a un asesino, ¡qué genio! no se le puede sufrir; si huye de los ruines, loco; si aborrece a los malvados, tonto: hasta sus amigos le reprenden y le aconsejan ser filósofo. Cuerpo de Cristo! filosofía sin verdad y sin nobleza, no la conozco: saber vivir, tomar el mundo como él es, tratar con los hombres como uno de ellos, cualquiera que sea su condición, no es filosofía. La virtud es su cimiento, y toda la que no esté edificada sobre ella es ciencia reprobada, alquimia inicua; por cuyo medio no se descubre ninguna piedra filosofal, si no es la de la corrupción. Pero el libro santo mismo dice: Pon tu pan y tu vino en la mesa del justo; mas huye de comer y de beber con los malvados.

De esos filósofos, y de los que poco entienden, y de los que menos sienten se compone la mayor parte del tribunal de los que juzgan a los hombres que resaltan del nivel común: si una virtud no es tenida por vicio, no se escapa de ser extravagancia. Manifieste usted arrogancia digna, desprendimiento elevado. ¡Jesús, qué carácter de hombre! Y es curioso oírles discurrir entre ellos acerca del que no se les parece: le dan calificativos, le juzgan: rastrean, adivinan el móvil de sus acciones, y a sus ojos queda revestido de índole y propensiones opuestas a las con que le crió naturaleza; y no hay remedio sino que así es. Con razón se ha dicho que si un hombre naciera con un órgano más de placer, no le dejarían vivir; le perseguirían, le matarían: cómo, pícaro! gozar más que todos? Monstruo! ser superior a los demás? Poco más o menos esto sucede con los que sienten o piensan algo más y mejor que el común de los hombres: la exquisita sensibilidad, el puro corazón, la tendencia a lo bueno y a lo grande son ese sexto sentido que ofende a los que no nacieron con él. Si no entendemos a un hombre o no somos capaces de apreciarle, ¿por qué juzgar y decir mal de ese hombre? Tal vez es otro del que nosotros nos figuramos, y el defecto no está en él, sino en nuestras broncas afectaciones. La filosofía no excluye la caridad; seamos filósofos con alguna misericordia; que muchas veces las **imagina-**

ciones suelen ser nuestras, y no de los que pensamos afeados y echados a perder por ellas. Y bien apurada la cosa, las **imaginaciones** que exijan un bueno o grande mundo, no serán preferibles a las **realidades** que se contentan con uno malo y ruin? Sea cada uno **filósofo** a su modo, amigos míos: el que más huye del mal, se acerca más al bien; el que más se indigna de lo falso, es más digno de la verdad, de la verdad eterna, de Dios. Quien echa por este camino, dé en buena hora en la **locura**; ese será un ángel enfermo.

Acevedo era uno de esos hombres poco comunes malquisto con la mayor parte de sus semejantes: tenía un sentido más, y no le podían sufrir los malos; empero los que le entendían le apreciaban, los que le conocían lo admiraban, y los que le querían le adoraban. Este sujeto ejercía gran influencia sobre el alma de los que con él trataban; era que su integridad, su elevación, su ciencia le constituían superior, y si no se le quería, fuerza era respetarle. Todos se acuerdan de ese porte majestuoso, esa hermosa presencia con que se le veía acudir a la desgracia o al peligro; Acevedo está aquí, ¡qué consuelo! la enfermedad más grave no nos daba cuidado: ministro de la sabiduría, por ahí se andaba repartiendo salud y vida, como un dios mortal que hubiese recibido del Todopoderoso el santo encargo de mirar por el género humano. Murió Acevedo en sus floridos años; ¿quién no ha sentido, aún de los que no le querían bien? Este es el privilegio de los hombres útiles o necesarios, ser llorados por todos; su familia no está en una casa, está en una ciudad entera; su cuna no es una ciudad, es una nación; su patria no es una nación, es el mundo.

Pues nuestro practicante, al oír el nombre de Acevedo, no supo por donde salir; de dos trancadas estuvo afuera, los botines cambiados, al revés la levita, el sombrero como pudo. Vamos, señores, dijo a dos embozados que le esperaban en la puerta; y su prisa fué tal, que no tuvo tiempo ni de mirar al rostro de los emisarios. Echó a andar sin más averiguaciones, calle de San Roque abajo, y no fué sino en San Buenaventura que se le ocurrió ver con quienes iba. Y vió... ¿quién pudiera decir lo que vió? Dos fantasmas arrebozados de inmensas capas, con sombreros tan grandes como ellos, y el rostro muy debajo de sendas máscaras, por donde entreparecían unos relampagueantes y terribles ojos. Allí se quedó de una pieza el practicante; la sangre toda se le corrió abajo, sintió un cierto friecillo hormigueado, y cuando buscó la voz

poca la halló. Adelante! dijo uno de los espectros, con ademán de decidida amenaza. Medio salió de su estupor la víctima, y balbuceó: Pero, señores.... a dónde me llevan? Adelante! repitió el mismo espectro.

Cayó en la cuenta el practicante de que no podía hacer cosa más acertada que seguir, sin entremeterse a preguntar quienes ni a donde le llevaban. En este concepto alargó el paso con resolución tal, que a poco hacer se hallaban por Santa Clara, como quien se dirige a la quebrada de Jerusalén. Si la iglesia estuviera abierta decía entre sí, todavía podía salvarme. Y he aquí que cuando pensaba salvarse, sale de esta misma iglesia un refuerzo de sombras que imposibilita más y más su fuga. Eran otros dos embozados, mayores de porte, más lúgubres de aspecto y más amenazantes en su ademán. Silenciosos como tumbas, agregáronse a la comitiva, y cinco ya, voltearon para el Robo. El Robo! lugar fatidico.... allí ejecutan a los condenados a muerte; allí se roba; allí se asesina; allí habitan las brujas; por allí andan los muertos: el Robo! y a esas horas!

—Por aquí! dijo uno de los fantasmas, enseñando imperiosamente una veredita que lleva a la quebrada Santísima Virgen! dijo para sí el joven.

—Por aquí! repitió el fantasma. No había que resistir; hubo de bajar, y cuando se halló en lo hondo de la quebrada, se detuvo como quien ha llegado al suplicio. Aquí me matan, pensaba. de aquí no paso; y sentía el frío del puñal en el cuerpo. Adelante! arriba! repitió imperioso el espectro. Entonces se alzaron las alas del corazón al estudiante: de quitarme la vida, aquí hubiera sido, pensaba: arriba, al otro lado, hay gente; luego no se fragua mi ruina

Llegados a la poblacioncilla de la banda, que algo tiene de Trastebere, entró la comitiva fúnebre en una casuca digna de los misterios de Astolfo, oscura, callada, funesta: un candil apagadizo relampaguea por ahí en un rincón; un perro negro, viejo, soñoliento quiere desperdizarse a su luz amarillenta, y gruñe sordo entre sueños: criatura humana, ni fuera ese un cementerio. Una gran sombra aparece con todo en la esquina del corredor, da un paseo agitado, como Bligger el Azote en el patio de su castillo feudal, e interroga a los enmascarados.— No tardarán, responden éstos misteriosamente; lo que es nuestro practicante aquí le tenemos; no es éste el que el doctor necesitaba? —Entradle ahí, dice el fantasma, que al

parecer era el principal de ellos, y el protagonista del drama. Abrese una puerta, y adentro el practicante.

El doctor Acevedo estaba allí en una gran silla de vaqueta, de esas del tiempo de la colonia; grave, taciturno, sombrío. Su discípulo se inclinó en su presencia con el sombrero en la mano, y quiso averiguar el caso; el maestro le impuso silencio con un ademán. A lo menos ya estaba cierto el futuro médico de que no iban a matarle, y estando con Acevedo, aun era posible esperar que la aventura terminase ventajosamente. Reinó un cuarto de hora el silencio, así dentro como fuera; silencio profundo, temeroso, pesado, no interrumpido sino por tal cual canto de gallo, que sonaba lejos y triste, pues era la una de la mañana. De repente un chillido agudo, semejante al que se oyó en la orilla del Tíber, cuando el asesinato de Duque de Gandía, rompió el silencio, y se dilató por la quebrada, como una señal de brujas, o cosa más infernal. Asomáronse los dos a una ventanilla, y vieron que los cinco enmascarados salían al encuentro de una carga que venía por ahí, del más lúgubre parecer: eran dos hombres negros, al medio de los cuales, otro a cuestras con un bulto, que luego se vió ser cuerpo humano. Entraron éstos al cuarto, y descargaron el cadáver: era una hermosa joven de hasta veinte años, que había sido apuñaleada una o dos horas antes, según la rubicundez de las heridas y la sangre no bien seca todavía. Acevedo se enderezó súbitamente, le hirvió la sangre en las venas, brillaron de furor sus ojos, y se apoderó del cuerpo que yacía en el pavimento. Tómale el pulso, aplica el oído al corazón, y se deja estar en esta postura largo rato. Vive! exclama, vive, y puede salvarse. Saca entonces un pomito de su faltriquera y le aplica a la agonizante. Es un parasismo.... vivirá. A qué hora fué herida esta joven? —A las once, responde el hombre de la casa, el único que había entrado, y que se dejaba estar parado, inmóvil, como el genio de la muerte. —¿Con qué arma? replica el doctor. —Con un puñal de dos filos. —Bien lo veo.... Agua, vendas; volando! Practicante!

—Señor!

—El estuche.

El estuche estuvo pronto, pues un ayudante de un gran médico, y un ayudante de Acevedo, se ha de olvidar antes la camisa que el estuche: en los terremotos, es lo primero a que acude; después, si puede se viste, si no, vuela como Cupido.

Acevedo desplegó su prodigiosa habilidad; lavó las llagas, cogió las arterias, vendó, comunicó aliento, y aún movimiento; pues en el transcurso de media hora de varias aplicaciones, la joven abrió los ojos: ¡qué ojos! grandes, negros, lánguidos, con largas pestañas curvas: abriólos, y luego los volvió a cerrar como con trabajo. Redobló el médico su sabiduría, y tornó la agonizante a abrir los ojos, y esta vez los abrió más grandes y animados; ya no eran ojos de vidrio, ojos eran con vida, con alma, y los mantuvo abiertos por más tiempo. El corazón alienta, dijo el doctor; débil, eso sí, muy débilmente: respira. Vea usted! mandó al ayudante. Inclínose este a los labios de la víctima, y dijo: respira. Esperó el sabio, observó, atendió: centinela de la vida, ahí estaba una hora sin dejarla salir por la ancha abertura que la mujer tenía en el costado, silencioso y meditabundo, con su espaciosa frente hiriendo en pensamientos. No está fuera de peligro, dijo al fin: pero con mucho cuidado y vigilancia, vivirá. Doctor, respondió el hombre enmascarado, no solamente mis bienes de fortuna, pero mi vida son de usted, si salva a esta joven. —Y si tanto desea salvarla, por qué la ha asesinado? Guardó silencio el desconocido.

—No sabía yo que se mataba a quien se ama, continuó el doctor, que dejando de ser médico, tomó el lugar de juez; el puñal es arma de malvados, y si éste hace su oficio en una mujer, es también de cobardes. Tanta juventud, tanta inocencia como indica este semblante, habían de acabar en un puñal? Hombre fatídico, añadió subiéndole la voz de punto, con santa cólera en su ademán; grande valor debe ser el suyo para desplomarse contra una inerte y bella criatura. Por qué quiso matarla? tiene el hombre por ventura derecho sobre la vida del hombre? Ah.... esta casa es guarida de bribones

—Silencio! gritó uno de los otros, que a las voces de Acevedo había entrado. El principal se lo impuso a él, y parecía animado del mayor respeto hacia el mismo que le estaba tratando como a criminal.

—Silencio! repitió Acevedo; de silencio necesitáis vosotros para vuestras obras: los muertos guardan silencio, las cuevas como ésta, en donde ocurren estas escenas, guardan silencio. El hombre de bien, el que tiene siempre a Dios en la memoria, el amigo del género humano, habla, y en voz alta contra las maldades y los crímenes. Podéis matarme aquí mismo, ahora mismo; tendréis dos víctimas; pero si yo callase ante vosotros, podríais juzgarme

vuestro cómplice, cuando menos pensaríais que soy indiferente a este abominable desafuero. Silencio! Sólo con vuestro puño podéis imponérmelo; veo aquí a mis pies a una mujer asesinada, y debo guardar silencio! No os conozco, y vuestra careta es otra vergüenza para vosotros. Quiénes sois? Por qué habéis obrado tan desalmadamente? Y no teméis que la justicia ...

—Ah doctor, si quiere usted hacer intervenir a la justicia, este puñal tan execrado sabrá poner remedio ...

—No os denunciaré, porque os habéis servido de mí, porque os habéis fiado en mí, no por temor de ese puñal, soy caballero ante todo; libres estáis de mi delación; pero confesad que habéis cometido un crimen horrendo.

—Crimen, sí, crimen.. respondió sordamente el caudillo de los desconocidos; crimen horrendo. Y sabe usted que ese puñal más ha herido en mi corazón que en el de esa niña? ciego amo, y con todo, quise matarla: una sospecha horrible, un indicio.... Ah, me puso fuera de mí: crimen es, pero indeliberado. Sálvemela, doctor!

—He dicho que vivirá. En dónde la seguiré viendo?

—Aquí mismo, cada noche, hasta que sea posible llevarla a lugar más merecido. Un secreto en manos de usted, doctor Acevedo, más seguro está que en una tumba, ¿no es verdad?

—Me juzga usted como soy: de mi ayudante, yo respondo. Por ahora mi presencia es ya innecesaria: este joven velará a la continua sobre la enferma; y si algo grave ocurriere, pasadme un aviso sin pérdida de tiempo: vendré, aun cuando fuere de día, con las precauciones necesarias para no ser notado. Obsérvese prolijamente el plan que dejo. ¿Estoy libre?

—Libre, doctor, y respetado y venerado. El ayudante queda a nuestro cargo. Hola! amigos! acompáñese al doctor hasta donde fuere su voluntad.

Dos de los encapados acompañaron a Acevedo hasta la plazuela de Santa Clara, en donde los despidió, y siguió solo a su casa. A la vuelta de dos meses, tiempo durante el cual no faltó ni un día a ver a la herida, ésta estaba en situación de mudarse, y desapareció, y fué para siempre. Ni Acevedo ni el practicante han revelado hasta ahora este misterio, sino a mí el último, que me acompañó en un viaje: un tambo brinda tanta confianza! y si el brandi o el sabroso cominillo alumbran la memoria del viandante, ríndese a la comezón de hablar. Bien respondió Filípides al rey Lisímaco, cuando éste le preguntó: Qué

quieres que te comunique? —Lo que quieras, puesto que no sean secretos. Y como el viajero, que a la fecha es médico de nombradía, me dijo llanamente no ser sucesos de callar, como me los contaron se los cuento.

La casuca de Jerusalén no era sino lugar de cita, administración de placeres prohibidos, recepto de la dicha, hasta que vino a ser teatro de funestidades. Sin inquietos, esos temerosos encapados, gente de pelo en pecho, ricos además, y acaso de elevada jerarquía. El cómo fué arrastrado allá Acevedo, lo he averiguado en otra parte, o lo he adivinado por mi cuenta: la propia insidia hubo de ser que sirvió para el estudiante. Llamaron tarde de la noche a la puerta de aquel: mandó preguntar qué se ofrecía, y los de fuera respondieron! El Dr. Gala se muere! avisa al doctor, y dile que se levante! Acevedo así sabía ser maestro como discípulo: quería y respetaba al viejo Gala; y al saber su peligro, botóse de la cama y voló a casa de su maestro. Llegado a ésta, iba a entrar; impidieronlo dos hombres que le esperaban en la puerta. —No es aquí, le dijo uno de ellos: adelante, doctor.

—Cómo?

—Adelante!

Y sin decir otra cosa le pusieron al pecho dos puñales, cuyas hojas vió relampaguear en la oscuridad. No se cortó por eso; más comprendió que las había con quienes sabrían hacerse obedecer, y siguió resueltamente hasta el lugar en donde le hemos visto.

No solamente es verosímil, pero también verdadera la presente historia. Y no sabía el bueno del practicante que en ella me ofrecía, una insigne coyuntura para volver el corazón y la memoria al sabio y al amigo.

LA FUERZA DE LA OPINION PUBLICA

Guillermo Noboa

Por allá en el año de 1883, en la población de Guano residía el ciudadano colombiano don Manuel Sarasti, padre del entonces Coronel don José María Sarasti, militar que miraba con disgusto los actos autoritarios del dictador, General don Ignacio de Veintimilla. Esta circunstancia le hizo concebir la idea de una sublevación armada para derrocar a su gobierno, e inmediatamente se puso a conquistar hombres para su empresa revolucionaria, alcanzando a reunir sesenta voluntarios entre las provincias del Chimborazo y Tungurahua. Con esta escasa tropa se puso en marcha desde Guano al pueblito de Quero, con el ánimo de seguir engrosando sus filas en el trayecto. Pero el General Veintimilla que tuvo noticias oportunas de la revuelta, al instante mandó sus tropas bien armadas y en número mayor, alcanzando a los revolucionarios en las pampas de Huachi, y dándoles una desastrosa derrota, de modo que hasta el Coronel Sarasti tuvo que salvar el bulto sufriendo sinnúmero de molestias y peligros. Y una noche que ventajosamente estaba clara por la luna llena, en la casa de don Manuel Sarasti ladraron los perros con insistencia, indicando que había gente extraña que trataba de entrar. Era el Coronel Sarasti con un leal servidor, que llegaban cautelosamente en busca de albergue seguro. Don Manuel se sorprendió de ver a su hijo con el rostro pálido, las botas llenas de barro y un poncho ordinario que sin duda no era el suyo. Comprendió el desastre sucedido y en tono sereno le preguntó: Qué te pasa que regresas de este modo?

Nos derrotaron en Huachi, contestó secamente el Coronel.

Pero eso no puede ser!

Y sin embargo fué .

Y dime, cómo anda la opinión pública?

Ah! La opinión pública es completamente adversa a Veintimilla .

Entonces no estás derrotado, porque la opinión pública más que un soldado, te dará el triunfo. De manera que no te desalientes. Vuelve a la empresa, busca nuevos hombres y lánzate con firmeza a derrocar al dictador.

Tiene Ud. razón papá. Haré lo que me indica, respondió el militar, pero desde mañana, que ahora quiero descansar .

Así lo hizo en efecto. Desde el siguiente día se dió a recorrer de pueblo en pueblo. Convince al uno, anima al otro, lo cierto es que reunió ochenta hombres, de aquí y de allá. Y otra vez se encaminó a Quero, convencido de que los pueblos circunvecinos le ayudarían, porque igualmente mantenían antipatía a la dictadura de Veintimilla. Y en la mañana de un domingo, era de verse a los soldados del Coronel, en una esquina de la plaza de Quero, acomodándose las ruanas y los alpargates y echando la última limpieza a los viejos fusiles que después de diligentes gestiones habían conseguido. Y había que ver también al Coronel Sarasti, Jefe de la revolución, ajustándose el guante claveteado para sostener una mesa de pelota de caucho con sus hombres, sin más fin que ganar su confianza, y distraerles hasta que la tropa vaya aumentando con otros voluntarios. No faltó ni la copa de "puro" que los pobladores que simpatizaban con la revuelta, obsequiaban a los que iban a derrocar al dictador .

Coincidió que por aquel tiempo, don Pepe Veintimilla, se levantaba también en armas en la ciudad de Guayaquil, obligando a que el gobierno enviara setecientos hombres bien equipados, con abundante parque y artillería, al mando del Coronel Goyo, el negro de confianza del General Veintimilla. Y sucedió que mientras el Coronel Sarasti jugaba a la pelota en la plaza de Quero, a poca distancia de allí, Goyo avanzaba con su tropa por la carretera hacia la quebrada de Querochaca, tomando informaciones de todos los que encontraba en el camino. Casi por ese mismo lugar encontró a una señora Holguín, ilustre dama propietaria de la Hacienda "Mocha", que iba con dirección a Quito rodeada de su séquito de mayordomos y sirvientes, cabalgando en magníficos mulares que portaban además sendas alforjas, como se acosturabraban en aquella época en que no existían los autos, ni el ferro-

carril ni otros medios para viajar con rapidez, como los que disponemos actualmente. Cuando el jefe gobiernista estuvo frente a la distinguida viajera, le saludó cortesmente y le preguntó: Pudiéra decirme señora, de dónde viene Ud.?

Yo vengo de mi hacienda de Mocha, contestó con serenidad la señora .

Y no ha encontrado a los revolucionarios?

Pues no. Solamente vengo viendo unos hombres que juegan a la pelota en la plaza de Quero, y me parece que nada tienen de revolucionarios .

De modo que podemos seguir sin ninguna cautela?

Tanto es así, que yo que soy mujer también voy tranquilamente .

Muchas gracias señora, contestó agradecido el Jefe, continuando su camino .

De este modo, la señora Holguín, que estaba de acuerdo con la opinión pública que anhelaba la caída de la dictadura de Veintimilla, engañó admirablemente al Coronel Goyo que continuó con sus fuerzas ya sin ningún cuidado, pues no podía ni siquiera imaginarse que una dama respetable le hubiera dado una información fuera de la realidad. Al acercarse el militar al lado norte de la profunda quebrada de Querochaca, una viejecita que por el lado opuesto bajaba por agua halando sus chamelas, divisó a las tropas de Gobierno y sin pérdida de tiempo dejó por allí sus trastos, se levantó los bolsicones y se regresó lo más aprisa que pudo y apenas estuvo en la plaza de Quero gritó: Coronel José María! ¡Ya vienen los cachudos! El Coronel Sarasti al oír el grito suspendió, el juego y llamó a la mujer para que le explicara con más detenimiento. A los cachudos dice Ud. que ha visto? le preguntó el Coronel cuando la viejecita se acercó .

Si Coronel José María! Y vienen con bastante tropa! replicó la aldeana muy preocupada .

Los cachudos los llamaban en ese tiempo a los soldados de Gobierno por la punta cónica del casco que usaban, y la noticia confirmaba que el General Veintimilla tal vez tenía los hilos de la conspiración. El Coronel Sarasti, sin embargo, quiso cerciorarse con sus propios ojos si la viejecita no se había equivocado, e inmediatamente fué con ella a un lugar apropiado para observar. Ya ve Ud. Coronel José María? murmuró la mujercita indicando el camino por donde levantando enorme polvareda se divisaban las tropas del Coronel Goyo .

En efecto, son tropas del Gobierno, replicó el militar revolucionario.

Y ahora qué hacemos? Preguntó la mujer interesándose del asunto como cosa propia.

Qué hacemos?. Pues atacarlos! contestó Sarasti.

Pero Coronel José María si los nuestros son muy pocos!

De manera que ustedes no me ayudarán?

Eso sí Coronel; en todo lo que se pueda. Ya sabe que todos estamos con Ud.

El Coronel Sarasti, animado otra vez de la opinión pública reflejada en las palabras de esa humilde viejecita, tomó de inmediato una resolución, regresó donde sus soldados y les dijo: Muchachos! Esta es la ocasión que esperábamos para aprovisionarnos de armas. El enemigo las trae en gran cantidad, y si atacamos con el valor que espero de ustedes, el triunfo será nuestro y pronto podremos ir a cantar victoria en la Capital de la República! Muchachos! abajo los cachudos! abajo la dictadura de Veintemilla!!!

Y todos los hombres y mujeres que estaban congregados en la plaza, que eran ya numerosos, entonaron un solo grito firme y decidido: Abajo!! Viva Sarasti!! Y enseñaron en sus rostros el ansia del combate. Luego el Coronel llamó a los que había conferido grados militares y les explicó su plan de ataque. Muchachos! les dijo: ustedes saben que la quebrada de Querochaca forma una hondonada profunda. Pues bien, nosotros vamos a dividir nuestras tropas en dos partes. La una irá con fulano y zutano al otro lado de la quebrada; y la otra, quedará conmigo, en este lado, y cuando los cachudos estén abajo en el puente, a una señal que yo les dé, rompan los fuegos por ambos lados, y les aseguro que no habrá bicho que resista! Estamos listos muchachos?

Si mi Coronel. Estamos resueltos! contestaron los dirigentes revolucionarios, asegurando sus fusiles y sus ponchos y disponiéndose a encaminarse al lugar del combate.

Goyo que efectivamente ignoraba estos preparativos bélicos, porque los informes que le habían suministrado eran falsos, entró confiado en la quebrada junto con los setecientos hombres y el parque destinado a sofocar la rebelión de Guayaquil; mas cuando llegó al puente, quedó en verdad turbado de sorpresa cuando oyó un poderoso grito de "abajo Veintemilla" y al mismo tiempo una ho-

rrorosa descarga de fusilería. Sus tropas se dieron rápida cuenta de que estaban cogidos a dos fuegos, metidos en un cañón imposible de escapar y fué difícil impedir que se desmoralizaran, agregándose la circunstancia de que creyeron que se trataba de un enemigo superior que se hallaba oculto en los matorrales. En vano el Coronel Goyo gritaba a sus tenientes y a sus clases, increpándoles por su cobardía y urgiéndoles a repeler el ataque, en vano les amenazó con fusilarles a todos los que intenten rendirse; mas todo fué inútil y al cabo de pocos minutos, los soldados de Goyo arrojaban las armas y se rendían incondicionalmente a los pocos bravos de Sarasti, que más que armamento tuvo el apoyo de la opinión pública. Animado con esta victoria y con el armamento capturado a los cachudos, el Coronel Sarasti que poco después fué General, engrosó notablemente sus filas, y casi enseguida hizo su entrada asimismo triunfal en Ambato, y el 10 de Enero de 1883, abatía definitivamente a las fuerzas gobiernistas en Quito, derrocando al dictador Capitán General Don Ignacio de Veintemilla.

EL INCENDIARIO

Luis N. Dillon

Se llamaba Juan, pero en el pueblo le decían Juancho. Había nacido en una aldea de la provincia del Azuay, situada al pie de un monte muy alto. Su madre era sordo-muda y su padre carbonero. Tenía unos ojazos muy negros y hablaba bien a pesar de no tener sino diez años. Pasaba el invierno junto a su madre, en la choza del valle, situada allí, detrás del aserradero, delante de una charca de agua lodosa en la que había muchos renacuajos y a la derecha de un bosque de eucaliptos donde dormían las tórtolas. Iba a la escuela sólo por las mañanas, porque a la tarde era preciso cargar piedras o hacer adobes en las fábricas del pueblo para no morir de hambre, pues los tiempos andaban malos y el carbón no tenía salida. Así se lo había dado a entender su madre, en señas, enarbolando un palo sobre su cabeza, para indicarle que si no trabajaba, ya podía preparar los lomos. Pero todo eso era más soportable que la nariz picuda y las gafas verdes del tío Blas, el maestro de escuela. Levantarse por la mañana, mientras llovía a cántaros, y la carretera y los campos apenas se dibujaban entre la niebla fría; pararse en la puerta de la choza, donde chisporroteaban ya algunos leños entre dos piedras negras; poner el silabario debajo de un brazo y la pizarra debajo del otro; arremangarse el pantalón andrajoso; hundirse el enorme sombrero de lana; arrebosarse en el poncho harapiento, y luego lanzarse como una exhalación a lo largo de la carretera que levantaba humo con la lluvia, atravesar la calle real y la plaza del pueblo, para ir a castañetear en los bancos de la escuela, dejar una charca de agua debajo del asiento y estar toda la mañana, hasta las diez, *ba, be, bi, bo, bu*. Oh! aquello era para Juan el martirio de los martirios!.... Por

la tarde, ¡era ya otra cosa! Los adobes no pesaban mucho, y las pilas de piedras eran suficientemente altas para echar, detrás de ellas y a hurtadillas del maestro albañil, una partida de *pique*, con los botones robados por la noche a la mamá. Luego había sol, mucho sol, y eso era muy distinto, a aguantarse entre claro y oscuro un chaparrón endemoniado en medio de la carretera.

—El trabajo se acaba a las seis, mamita! —decía él cuando la sordo-muda salía recibirlo, tranca en mano, por haberse demorado; pero hacía una hora que nuestro Juan andaba en pos de nidos por los chaparros y cercas de la carretera, pescando renacuajos en la charca o echando piedrecitas a las tórtolas que alisaban sus plumajes en el bosque. En seguida desataba *Pancha*, una vaca muy hermosa, con un solo ojo sano, que estaba allí detrás de la choza, espantando las moscas con su esponjado rabo y volviendo la cabeza de que sentía pasos; le envolvía en el cuello el cabestro y de un salto estaba muy señor sobre su lomo y... ¡en marcha al abrevadero! Aquello era un paseo triunfal por la carretera, seguido de una nube de pilluelos que le gritaban: —Juancho! a dónde bueno? Juancho: que se le cae el rabo a tu vaca!

¡Entonces sí, que Juancho estaba orgulosísimo! Tosía y se ponía derecho sobre los lomos de *Pancha*. Ser dueño de una vaca no era poco para aquella turba incipiente, en camisa y pies descalzos; creo que entre esos boquirrubios desarrapados habría más de cuatro que se hubieran trocado muy a su sabor, con Juancho, el hijo del carbonero. ¡Tan linda cosa era tener una vaca! A la vuelta del abrevadero, entre seis o seis y media, se repetía la escena, aunque ya no con tanto número de actores, pues muchos de ellos dormían entre cueros de cabro; pero no faltaban piedrecillas que, aprovechando de la semioscuridad del crepúsculo venían a dar en el sombrero de Juancho, mientras una risita infantil, gorgoreaba detrás de la puerta de alguna choza.

Llegados a la cabaña, *Pancha* iba a su estaca y Juancho a tomar su colación, en cuclillas, junto a la lumbrera. Luego echaba, en señas un párrafo con su madre, hasta derrumbarse dormido entre unas mantas mugrientas y algunos cueros de cabro que estaban hacinados en un ángulo de la choza, entre sacas de carbón, vasijas de barro desportilladas, trozos de leña, de herramientas de labor.

El sábado se alteraba un tanto aquella monotonía del resto de la semana. Había pago de jornales, el trabajo se levantaba, como él decía, a las cuatro de la tarde, y a eso de las cinco llegaban las acémilas de la montaña cargadas de enormes sacas de carbón. Entonces era el sudor de Juancho ayudando a su padre en la descarga e instalación de ellas; detrás de lo que venía lo esencial, lo maravilloso, lo espléndido, a saber: una moneda de cinco centavos, blanca, brillante, nuevecita, que el buen padre tenía cuidado de adquirir durante la semana para premiar el sábado los cuidados del hijo.

Luego el viaje a la ciudad, el domingo de mañanita, a vender el carbón ¡qué agradable era aquello! A horcadas sobre los sacos, bien arrebozado en una manta gruesa, dispararse, al trote de la mula, por esa carretera, con el viente suave del alba, viendo esos cochés tan negros y barnizados que se cruzan, con caballeros elegantes dentro, esos carros con montes de heno encima, sobre los que va tendido un hombre gritando ¡arre!, ¡arre! eso... eso era la vida para Juancho.

Además, a las diez estaba de vuelta; y había tiempo para jugar a la pelota en la plaza del pueblo y sacar a lucir la moneda nuevecita.

Un día el padre de Juancho le tomó de la mano y, limpiándose una lágrima con el revés del poncho, díjole: —Oye, Juancho del alma: el carbón no se vende y tú comes medio lado. Voy a llevarte a la ciudad, donde un señor guayaquileño que te tendrá bien. Hemos acordado eso con tu madre; nos dan diez pesos por ti, y ya ves que eso es una fortuna

Aquella noche el muchacho no durmió. Pensó y pensó mucho, mucho. Pensó en el ojo enfermo de su **Pancha**, tan picarón y tan mono; pensó en sus paseos triunfales por la carretera al ir al abrevadero; pensó en la chacra, en los nidos y en las partidas de **pique** que echaba tras las pilas de piedras, y le dió ganas de llorar. ¡Y luego su madre! aunque regañona, y su padre que le quería tanto y que le daba esos **medios** nuevecitos que le hacían aparecer el domingo como un gran hombre!... ¡todo eso era muy triste! Y el pobre Juancho se volvía de un lado a otro entre las mantas mugrientas y los cueros de cabro. Ah! pero los hombres no lloran, se dijo a la postre y yo ya soy hombre, no tengo duda de ello, pues nada menos que me marchó a Guayaquil, a ese país encantador, donde se atan los perros con longanizas y se coge el oro a manos llenas.

Pronto volveré rico, y entonces el tío Blas no me pegará con la regla, no iré a la escuela ni venderé sacas de carbón.

Amaneció. Juancho se puso el pantalón dominiguero, aquel lleno de parches que causaba gran efecto entre los muchachos de la aldea; se lavó la cara en la charca; abrazó a su madre sollozando; estúvose un gran rato colgado del cuello de **Pancha**, dándole besos en la frente; tomó su silabario y su pizarra, púsose sobre los sacos de carbón que estaban ya cargados en las mulas y de un salto estuvo a horcadas sobre la que había elegido ese día para que lo condujera a la ciudad. Su padre, en tanto, tomaba a sorbos el desayuno, al pie de las mulas, el azote en una mano, la vasija desportillada en la otra, y hundida la cara en el vaho que salía de aquella en densas espirales. La madre, cruzada de brazos, allí cerca, contemplaba alternativamente, con sus ojos llorosos, al esposo y al hijo. El sol comenzaba su explosión de luces por el oriente, la neblina iba enrareciéndose cada vez mas, los pájaros piaban en los árboles y chaparros y, de cuando en cuando, se sentía entre la bruma, el pateo de recuas que pasaban y de arrieros que iban canturreando.

Silbó el padre, la recua partió al escape, y Juancho se fué para no volver.

Esa noche, en la choza situada detrás del aserradero y junto al bosque de eucaliptos, no se durmió: hubo lágrimas y sollozos: el nefando tráfico, tan en boga entre nuestros campesinos, estaba consumado.

Pasaron los años: Juan tenía veintidós y era muy distinto del Juancho enclenque, pequeñejo y ruin que iba a la escuela del tío Blas y al abrevadero con **Pancha**. Servía en el **Hotel Continental** de Guayaquil y daba gusto verlo con su pantalón de piqué, su blusa azul, su mandil y gorro blancos, arremangado las mangas de la camisa, hablando de los derechos del pueblo entre sartenes y cacerolas.

Era el mozo más listo del hotel: sus ojazos negros y estúpidos se habían abrigado, y su piel adquirido un moreno pálido. Demócrata desenfrenado, partidario fervoroso de los **meetings**, contaba entre sus aventuras, el haber perorado al pueblo dos veces al aire libre. El nombre de serrano... ¡ni oírlo! y se sabía de memoria la "Gran Vía" y no sé cuantas zarzuelas más. Entre plato y plato, al oído de los parroquianos, canturreaba aquello de "**pobre chico el que tiene, que tiene que servir**". Pedía con voz fuerte, delante del ventanillo de la cocina "**Un arro con**

pecao" y en seguida, a la tonadilla: "Porque aunque mil años viva".. Cepillaba, tarareando, siempre, los sombreros de los comensales, y les escamoteaba la propina, que era una gloria.

Ocurrió el desastroso incendio del 96; los dos tercios de la ciudad fueron reducidos a cenizas, y los habitantes de Guayaquil corrían desalados por las calles, furiosos, locos, buscando a los presuntos autores de la catástrofe: era esa una fiebre que los volvía visionarios, como a los milaneses cuando la famosa peste; y ¡ay de aquel que infundía sospechas! Y por sospechas se tenían el transitar a solas por la noche, el arrimarse a una pared o a una puerta, aunque fuese a la luz meridiana!

Un día salía Juan de una casuca situada en la calle de "Colón" al tiempo que pasaba por allí una turba frenética en pos de los soñados incendiarios.— ¡Ahí va el incendiario!— gritó una voz— ¡el incendiario! ¡el incendiario! repitieron mil voces, y machetes y garrotes cayeron al punto sobre la cabeza de Juan, quien fué conducido en brazos ajenos, a los locales de la Policía.

Se levantó en seguida el sumario respectivo, y díjose que se había comprobado el crimen. Dos días después se oyeron en el Malecón cuatro disparos, y "El Grito del Pueblo" registró el siguiente suelto de crónica:

"Hoy, a las cuatro de la tarde, fué pasado por las armas el incendiario Juan Tello".

DE ANTAÑO Y OGAÑO

M. Paul

Hace algunos años, la calle del barrio de San Roque que va de la Cruz Verde a perderse en el primer pliegue, del cerro, era una calle completamente española; con lo que quiere decirse que era un rezago colonial, que en ella nada se había hecho para transformarla y adecuarla a los usos y necesidades de la vida moderna. De modo que ofrecía un contraste singularísimo con el resto de la ciudad, casi toda ya modernizada, y especialmente con el vecino barrio de San Francisco, con el que parte límites y los coches, el alumbrado de petróleo etc., pero sin atreverse a pasar las fronteras, como respetando la autonomía, el *modus vivendi* de ese pedazo de viejo mundo, simpático recuerdo de la antigua época de nuestra historia, visitado con curiosidad y cariño, en sus paseos vespertinos, por alguno que otro amador de antiguallas y rarezas.

Por ese tiempo ya casi no había otras calles que hiciesen compañía en su atraso a la susodicha, si no fueran algunas callejas insignificantes de la Chilena o San Juan, la de la antigua gallera en los términos de San Marcos, y alguna otra más. Pero así de lo importante de la ciudad, siquiera por sus recuerdos y tradiciones, no había sino esta porción del aguerido y levantisco barrio de San Roque chapado todavía a la antigua.

Sin ningún aplanamiento; empedrada a trechos con piedras puntiagudas y desiguales, y a trechos en pura tierra; con poyos en la mayor parte de las entradas de las casas; sin aceras y con una fuerte inclinación de batea hacia el centro, donde se extendía la acequia descubierta, mas ancha que honda, formada de piedras planchas sin pulimento ni trabazón, destinada a recibir los desagües

sucios y limpios de las casas, el remanente del hilo de agua del cajón colocado hacia la mitad de la parte superior para abastecimiento del vecindario, y por fin el enorme caudal de agua gredosa, que en las frecuentes lluvias torrenciales de Quito, despeñándose por las torrenteras del cerro, convertía la calle en un río navegable (al cual desde las tiendas y ventanas de las casas echaban a flote cuanto estorbaba adentro, según tradicional y no alterada costumbre), y estrellándose y bifurcándose en la esquina de la Cruz Verde, inundaba de lodo y otras materias, del lado izquierdo, la calle de la muralla de San Francisco hasta voltear y desaguarse en la quebrada del Tejar, y de frente, la calle de San Buenaventura y las siguientes inmediatas, hasta encauzarse en la acequia, todavía descubierta, pero de construcción nueva y bien acondicionada, de la calle de la Perería.

Las casas, excepto tres o cuatro que a la sazón estaban en fábrica, y que eran al resto lo que el retoño al carcomido tronco, no desdecían de la respetable antigüedad de la calle a cuya vera estaban plantadas. Tejados grises cubiertos de exuberantes bosques de siempreveras; balconillos retacos, abiertos unos más arriba que otros a distancias irregulares, sin orden ni concierto; puertas de calle enanas, con postigo, de madera sin pintura, tachonadas de enmohecidos clavos de grandes cabezas, y tenduchos aplastados, muchos de ellos de ventas de jabón negro y velas de sebo, casi todos con puertas forradas en hoja de lata o piel de res. Por dentro, la mayor parte de las casas tenían un santo pintado en el zaguán o el descanso de la escalera, conforme a la general costumbre de muchas antiguas ciudades españolas, con unas tantas velas delante, ardiendo en sus candilejas de hoja de lata; patio espacioso; corredores irregulares, bajos y enladrillados, cuartos más oscuros que claros, blanqueadas las paredes y algunas pintorreadas de varias figuras sobre el fondo de cal; techos de media bóveda con las vigas al aire, de las cuales colgaban adornos de papel picado, garabatos de candiles etc., en las piezas principales, y sogas de ropa y otras cosas así en los dormitorios y cuartos de segundo orden. Casi todas tenían un pedacillo de huerto, algunas también un **solar**, en el que estaba la fábrica de velas de sebo, y unas pocas, precisamente las que se daban la mano con las primeras del inmediato barrio de San Diego, tenían también sus jabonerías. Por la noche se ponían en los balcones, en farolillos vergonzantes, ca-

bitos de vela calculados para que durasen de siete a nueve; y se reproducía así el aspecto de esta ciudad de San Francisco de Quito durante el gobierno del progresista Sr. Rocafuerte, que fué quien regularizó el servicio del alumbrado público, hasta entonces descuidado entre nosotros.

De una de las casas de esta barriada que ya queda descrita, eran dueños y poseedores D. José Vargas y Doña Carmen Cifuentes, su mujer, persona de buena familia, nieta de ese acaudalado caballero D. Luis Cifuentes, a quien saquearon y dejaron casi en pobreza los soldados realistas en la tarde del memorable 2 de agosto de 1810, cuando hartos de asesinar, y seguros de que el pueblo, armado de pocas escopetas, y de palos y cuchillos, se estaba sólo a la defensiva en la Cruz de Piedra y la Alameda, se entregaron desafortunadamente al robo, habiendo subido la importancia del saqueo a cosa de medio millón de pesos. Ochenta y tantos mil en oro y plata sonante fueron los robados a Cifuentes, que se repartieron los ladrones en el pequeño atrio de San Agustín, ocultándose tras el antepecho de piedra que lo cerraba, y sirviéndoles de medida la copa de un sombrero.

Con este quebranto de la fortuna, los hijos de Cifuentes ya fueron pobres; y los nietos y biznietos alcanzaron perfectamente a quedarse en la mitad de la calle.

La familia de Vargas se componía de él, su mujer, dos hijas (una chiquilla que estaba mudando los dientes, y otra nena recién destetada), una muchacha sobrina de la mujer, huérfana de Luis Cifuentes, homónimo del abuelo, a la que desde tierna había recogido doña Carmen, una criada mayor, **Balta**, como la decían los viejos y **Baltica**, como la nombraban las chiquillas, al mismo tiempo nodriza, cocinera y ama de llaves, con vara alta en la casa, y una **longa** grandullona que era el **yunque**.

A las seis de la mañana, Vargas y su mujer dejaban la casa a cargo de la **Balta**, repitiéndola a diario la frase comendaticia "tendrás cuidado por Dios", oían misa en San Francisco, y bajaban a abrir su tienda en la calle del Comercio Bajo. Como todas las de esa simpática calle, la tienda de Vargas y su mujer era de bayetas, jergas, lienzos, zarazas, géneros blancos, anascotes, pañolones, etc., etc. que ocupaban el interior; y de camisas, calzoncillos, sacos y calzones hechos, ruanas, pañuelos, fundas de sombrero y otras cosas ligeras que ocupaban el exterior, colgadas todas estas zarandajas de clavos y per-

chas en las paredes de fuera y sobre el dintel de la puerta, formando una movable balumba de abigarrados colores, que balanceada por el viento, semejaba empavesadas, banderas, flámulas, grimpolas y gallardetes, abiertos al aire en día de solemne fiesta.

Instalada la tienda, esto es, puestas en sus clavos y perchas las chilindrinas de colgar, sacudidas las otras con un rabo de toro, D. José Varias salía a darse una vuelta por los almacenes, a ver si hallaba algo que le conviniese, y se ponía luego en busca de sus deudores, a quienes para facilitar el pago, les recibía abonos hasta de dos reales. La cuestión es barrer para adentro, decía; que paguen aunque sea de medio en medio.

Mientras tanto, la señora hacía su *toilette* en la misma tienda, sentada en el suelo sobre una alfombra lanuda, frente a un espejito de marco de latón colgado del travesaño del mostrador. La *toilette* se reducía a muy poca cosa: lavarse las manos en un azafatito pastuso de madera negra con rosetas plateadas y doradas, limpiarse la cara con cierta preparación lechosa de una botella (probablemente un sucedáneo del agua de Ninón) para suavizar y conservar la tez, y peinarse partiendo la mata de pelo en dos mitades divididas por una raya bien hecha desde el medio de la frente hasta la nuca, haciéndose dos crenchas agarradas con pabilo para que aumentase el pelo, y rodeándose la cabeza con una cinta ancha de terciopelo negro anudado con un lazo sobre la raya.

Y luego a coser hasta que asome un comprador, a coser en una maquinita de mano todas las piezas que habían de exhibirse fuera de la tienda, mientras D. José, de vuelta ya, cortaba y recortaba driles y casinetes sobre el mostrador, para sacar chalecos, sacos y pantalones. De nueve y media a diez llegaba el almuerzo, conducido desde la casa por la *longa*, en un canasto de asa tapado con un mantelito de lienzo. Por lo regular, se componía de un locro de cualquier cosa, de carne asada con un poquito de frituras, y de chocolate en agua con pan de a ocho y una miguita de queso. No se empezaba sin un padrenuestro ni se terminaba sin otro; y se lo servían detrás del mostrador, la señora en el suelo sobre su alfombra, y el señor sentado en una silleta bajita sirviéndole de mesa otra silla de patas más largas.

Venía siempre con la *longa* la sobrina de la señora, una chiquilla algo crecida, pero poco llena de carnes,

blanca, algo pálida, de rostro bien dibujado, facciones finas, pelo rubio, onduado, caído casi siempre un mechón, sobre la ancha frentecita, ojos grandes, dulces, como opacados por cierta sombra de tristeza, de tedio o de temor; envuelta en un pañolón grande, probablemente de la tía, cuya flecadura tocaba al suelo, con su saco y su faldita de percal, agarrada por el cordón de una bolsa de diablo fuerte, dentro de la que había dos o tres libros y una pizarrita de piedra con marco de madera.

Daba los buenos días en la puerta de la tienda, echaba a un lado la bolsa, se desembozaba el pañolón, y mientras los tíos almorzaban, porque ella ya lo había hecho en casa, se daba a pasar de un lado a otro los rollos de bayeta, las piezas de ruan y de zaraza, midiéndolas con la vara, haciendo que cortaba con las grandes tijeras sujetas al mostrador con una traba de piola, poniendo precio a las cosas y haciendo que rebajaba como si alguien la comprase, jugando, en una palabra, a las tiendas entretenimiento en que se la iba en un abrir y cerrar de ojos la media hora de que disponía. De cuando en cuando la señora, sin dejar de mascar, la decía: "Estate quieta, Nela, que vas a derrumbar ese estante"; y la chica, metiéndose un dedito en la boca la contestaba: "Si no hago nada, tía"; y seguía en su ajeteo.

La chica, y va de digresión, regresaba con la *longa* y partía de recto a la escuela, a donde iba diariamente a las seis y media de la mañana para salir a las nueve, y a las once para salir a las tres y media o cuatro. La escuela estaba en la esquina siguiente a la de almas, llamada ésta así por un cuadro en lienzo del purgatorio, que había y hay hasta el día de hoy, encima de la puerta de un estanco; y era la escuela una casa grande y vieja, con vistas al Robo y a la ex-quebrada de Jerusalén. Escuela privada, mixta, con cosa de cuarenta alumnos entre varones y mujeres, regentada por la señora Marica, una vejanca rechoncha, coloradota, puesta siempre un delantal, y colgándola de la cintura un látigo de a tres cuartillos; pues la señora Marica no conocía los nuevos métodos de enseñanza, y para que aprendieran los chiquillos a leer y escribir, las cuatro operaciones de enteros, un poco de Catecismo, de Urcullu, de Gramática y de alguna otra cosa más, aferrada la señora a la rutina, no empleaba más sistema que el del látigo; en lo cual debió también influir que ella sabía por experiencia propia que la letra con sangre entra.

En obsequio de la verdad, debe decirse que Nela era la primera entre todos los alumnos, mujeres y hombres. Sabía todo lo que se la había enseñado, y además hacía por entender todo lo que no entraba holgadamente en su cabecita. Una mañana dió un terrible revolcón a la señora Marica espetándola a quemarropa la pregunta de por qué se llamaban "novísimos" los cuatro idem de la Doctrina Cristiana; cuestión que no desató la pedagoga sino con un ¡quita allá mocosa! enderezado a Nela, y un látigo asentado a todo brazo a un chisgarabís de la clase de varones, que empezó a reirse tapándose la boca con la mano. No satisfizo la respuesta a Nela, pero la quedaron pocas ganas de discutir con la señora Marica; por lo que resolvió salir de su curiosidad cuando fuera el señor Cura de San Roque, viejo de simpática presencia, que iba dos o tres veces por semana a ejercitar a los niños en la Doctrina. Como llegaron en el paso precisamente a los cuatro novísimos, Nela hizo la pregunta al señor Cura con su vocecita entonada y dulce. Mi vida, la contestó el Cura, acariciándole la barbilla, son nada más que un nombre con que se conocen en la Doctrina las llamadas cuatro postrimerías del hombre; respuesta que tampoco satisfizo del todo a la escolarina. Y por esta cuestioncilla y otras semejantes, el señor Cura distinguía mucho a Nela, y decía que era una chiquillita inteligente.

Por la tarde, D. José Vargas contaba la plata de las ventas para llevársela consigo en una bolsa de pita de **yumbo**, ajustaba como Dios le daba a entender la cuenta de los fiados, esto es. **hacia la caja**, como se dice en lenguaje comercial, y pasadas las seis, él y su mujer cerraban la tienda, tentaban una y otra vez los tres enormes candados echados a la puerta, y se despedían del rondín que ya estaba allí en facha, con triple cobertura de ruanas, amarrado la cabeza, su palo a la mano y su silbato en el bolsillo. A este rondín, muy conocido de Vargas, le daba un pre de cuatro reales mensuales para que durmiese siempre en la puerta; y en efecto, allí colgaba su cama, que consistía en una piel de res atada con un cabestro por los extremos a las mismas argollas que soportaban los candados. Dentro de esa especie de bolsa que llegaba al suelo y descansaba en la acera, se metía a gatas el rondín, como una tortuga que pudiese entrar en su concha y salir de ella, se envolvía en un cobertor y dormía las dos o tres primeras horas de la noche, para pasarse el resto yendo y viniendo de un extremo a otro de la calle, pro-

bando las puertas por sí estuviese alguna mal cerrada, tocando su pito cada vez que sonaba un reloj público, y cantando el "Ave María purísima" cada hora. Este servicio de los rondines, prestado bajo el cielo inclemente de Quito, se remuneraba con dos o tres pesos al mes, pagados a escote por el comercio.

D. José y doña Carmen comían en familia; y despachado el rosario, después de un rato de tertulia con alguno de los inquilinos, se entregaban al sueño, para volver al siguiente día a la misma monótona tarea.

El domingo era una excepción venturosa: paréntesis abierto a esa vida de sacrificio y de trabajo con que se labra lentamente la fortuna, muchas veces sin llegar a alcanzarla. Doña Carmen, que se creía un retablo de dueños y se quejaba de achaques y de pobreza, olvidaba todos los sinsabores de la semana en ese día de esparcimiento y solaz.

A las ocho, oída ya la misa, y adelantado con la **longa** un cesto repleto de víveres, la familia de D. José Vargas se ponía en marcha a la tola (a la **cuadra** que allí poseía), a cuyo centro se llegaba por una veredita angosta, tortuosísima, escarpada y completamente antihigiénica.... único camino abierto a las chacras de ese lugar.

La de Vargas era una extensión regular de tierra con vallados de pitas y **lecheros**, algunos viejos árboles de arrayán y capulí, un cuartel de legumbres festoneado de fresas, y lo demás convertido, parte en alfalfar, y parte en sementeras de patatas y maíz. Casi al centro, había una casuca a teja vana para el **cuadrero**. En contorno del vallado abundaban enredaderas de taxos y zarzamoras, y arbolillos frutales cuidados con grande esmero por D. José. En la **cuadra** no se comía a manteles, y la comida era completamente campestre. Si había **choclos** cocidos con queso tierno, y **papas con chaqueta**, las famosas empanadas y tortillas de la Tola hechas en una casita al principio de la cuesta, y pan, alguna gallina asada, y las demás gollerías llevadas de la ciudad.

Don José y Doña Carmen se dedicaban a la inspección del colino, del cebollar y las almácigas de eucaliptos con que se proponían cubrir buena parte de la **cuadra**, a la poda de los frutales, al empapelado de las brevas y los duraznos a fin de ponerlos a cubierto de los pája-

ros golosos, y a otras tantas menudencias importantes. ¡Y qué de planes tan largos tiraban para lo futuro, paseando por los callejones de su **cuadra**, y gozando de la hermosa vista de la ciudad, apiñada en la hondonada, y trepándose, trepándose día a día a las alturas!

Las dos chiquillas, Josefina, la hija mayor de doña Carmen, y Nela, especialmente Nela, gozaban a sus anchas del amor de la madre naturaleza.

—A ver, Josefina, apostemos a cual llega primero a la tapia...

Y zás! como cabritas asustadas, las chiquillas volaban por el llano.

—Juuii...., me muero. Ya ves que no puedes alcanzarme.

—Qué gracia! Si te adelantaste a la salida.

—Pues va de nuevo, a ver, a la una, a las dos y.... a la tercera

—Oye, Josefina, pongamos columpio en el arrayán. Pide una sogá al **cuadrero**.

Bueno, traéla acá, amárremos las puntas en estas ramas. Ahora, ven, te subo a tí y yo te columpio... Ahora yo.... Así, hazme campana, más recio, hasta tocar la rama alta con los pies. Así, din, din, don, don.... ¡Qué lindo! Ja, ja, ja.... Y estallaba una risa sonora, dulce, como tintineo de cristales golpeados por el viento.

—Oye acá, Josefina, muestra las manos. Aquí hay uvillas, toma ¡qué ricas! y **chímbalos**, y moras maduras. Toma, allá van! ¿Te gustan? ¡¡qué ricas! Cómelas pronto, que me las acabo.

—Alzame esas ramas, que se me enreda el pelo. Bueno, así. Pero no te echés en ese puesto, que hay lagartijas. Ahora, trae ese palo para ayudarme a subir a la tapia. Ahí arriba está un **tacín** de gorrioncitos, y yo lo cojo. Empújame más, así... Ajajá, ya lo cogí! ¡Pero está vacío! Toma, allá va, te lo regalo.

—Bueno, ahora vamos a rodar en esa lomita.

Te pones así, boca arriba bien tiesa, pero bien tiesa, como yo, mírame, y te volteas así...

Ja, ja, ja.... Ya estoy abajo.... ¿y tú?....

Cuando al caer la tarde la familia se disponía a regresar, Nela anhelante, sudorosa, con el pelo desgreñado, las manitas enterradas, apenas podía tenerse en pie de la fatiga, pero había luz en sus ojos y fuego en sus mejillas, como que el beso de la madre naturaleza, el vaho de la tierra húmeda calentada por el sol y el aire perfumado

por las flores silvestres, la hubieran infundido sangre de vida.

Hoy en día, la calle de la Cruz Verde es... una de tantas; y se alumbra con luz de arco, y ruedan por ella coches y automóviles. Las velerías y jabonerías han emigrado lejos, perseguidas por la autoridad. Nadie puede decir que sea un curioso rezago de la colonia, ni mucho menos.

La Tola no es la graciosa loma por completo campesina, en la que no se veían, desde cualquier punto que se la mirase, sino grupos de árboles, hileras de pitas divisorias, cuadros de sementeras que sembraban un gran tablero de ajedrez, algunas chozas parduscas, y en verano remolinos de polvo y rastros amarillos tostados por el sol, y en invierno los hermosos cambiantes de un campo todo de esmeralda. Justamente desde el mismo punto en que empezaban las afueras de la ciudad, pasada la famosa y tradicional Sala de Armas, comienza hoy el nuevo barrio ciudadano, con sus hiladas de casas levantadas en rampas y repechos, que dan a la loma el aspecto de una fortaleza de muchas torres y baluartes enfrentados a las otras alturas del contorno de la ciudad, también ganadas por la población, la Chilena, San Juan, el Cebollar, la Cantera y Panecillo. Para que nada falte al nuevo barrio, la Ilustre Municipalidad se ocupa hoy en bajarle las calles, como es de ley, hasta aplanar el cerro en que plantaron su capital los incas.

—¿Qué es de los rondines? preguntará tal vez algún curioso.

—Ya no existen; pero hay celadores de Policía, de garrotes y capuchón, que no duermen dentro de ninguna piel de res, sino de la suya propia, arrimados a los postes de los faroles; y aunque pasan de quinientos (no los postes, si no los celadores), malas lenguas dicen que ahora se cometen más robos que en tiempo de los rondines.

—Y la señora Marica?

—A la hora de ahora, estará probablemente en el purgatorio. Y con ella se acabó esa casta de maestras. La ha sustituido otra de señoritas de rompe y rasga, que no dan látigo ni enseñan Catecismo, pero sí trapeicio.

—¿Y la calle del Comercio Bajo?

—En riesgo de perder su nacionalidad con la in-

vasión de los almacenes. Pero aún resiste al ataque, atrincherándose en la parte alta que poco más o menos es hoy como fué cuando el matrimonio Vargas la honraba con su presencia.

—Y el matrimonio Vargas?

—Don José mal avenido con el levitón que gasta del primero al treinta de cada mes, y con los guantes de piel de perro que le tienen como entablilladas las manos; en cambio dueño y poseedor de casas en los cuatro puntos cardinales de la ciudad y de haciendas en todos los hemisferios, de acciones de Banco, de cédulas hipotecarias y de otras cosas más, inclusive una curul en el Senado.

Las hijas, dos *madamas comme il faut*, aunque un tantico gruesas de cintura.

Doña Carmen, una repolluda matrona de a diez anillos por banda, quiere decirse por mano, que no se los quita ni para tentar a sus gallinas, ocupación única, aunque diaria, a que se dedica en el espacioso corralón de su casa. Alguna vez se muestra en talle, para lucir sus cimbradoras cadéras de gran diámetro. En tan solemnes ocasiones anda de bracero con D. José es decir D. José anda cogido del codo de doña Carmen a la *derniere*.

—¿Pero de dónde sacó plata el señor Vargas? ¿Tal vez halló un entierro en la casa de San Roque?

—No, señor. Sacó plata de su tienda, de su tenducho del Comercio Bajo, a fuerza de sacudir con el rabo de toro los cabos de bayeta, o sea de **barrer para dentro**, como él decía. Este **comercio burgués**, si vale la frase, que casi no sabe leer ni escribir, este es el bueno; el otro, el de campanillas, y el de **vitrinas y manequíes**, de cajeros y tenedores de libros, no sirve sino.... para ir a la quiebra.

—¡Pero hombre!... qué misterio?...

—Lo que es eso... averíguelo Vargas.

Por fin, aunque a nadie se le ocurre preguntar por Nela, la personita simpática de la familia de D. José, debe decirse en justicia a los lectores, si los hay, que Nela.... merece otro capítulo, o quizás otros capítulos.

De "Vejees y Novedades". Abril de 1909

CUADROS DE MI TIERRA

Manuel J. Calle

Ultimo Día de Mayo

¡El célebre Cucaracha!

Creo que se llamaba Miguel Cobos: en esto no ando muy seguro; pero su **vera efigie** me la tengo clavada en la memoria entre los recuerdos más luminosos de mi infancia.

Erase un hombre delgaducho y chiquitín, ligero y avispado, de fementidos mostachos cuyas hebras andaban desparramadas sobre su labio superior, en completo desorden; como carabineros en derrota, o mejor, dando, con grande anticipación a la modernísima táctica que triunfó en Concón y la Placilla, una lección gráfica de **orden disperso**. Su voz, antes que *acento* humano, semejaba el chillido de un mochuelo. Alegre, decididor, un si es no es aficionado a empinar el codo, devoto hasta el extremo, entusiasta por toda esa farándula de congregaciones y escuelas de Cristo, generoso y tonto, el hombre era una alhaja.

Solía vestir amplios pantalones bombachos, negros o de un color amarillo-oscuro, chalecos irreprochables, camisas unas veces limpias y otras mugrientas, y la clásica levita que le descendía hasta las pantorrillas. Un sombrero de paja de anchas alas y copa baja, yo no sé por qué siempre de medio uso, con gran cinta negra, reluciente de grasa y de sudor, completaba la indumentaria de mi hombre, si no se han de tomar en cuenta los zapatos de oreja con las puntas ferradas.

No sé de qué vivía el tal, ni tampoco de qué era capaz. Sé que tenía dos hermanas fósiles, blancas, tiesas, angulosas, de áspero carácter, beatas incorregibles, e in-

transigentes cuando se trataba de juzgar la moralidad de los demás. Un par de vírgenes violadas por la edad y el celibato. Las llamábamos la **mama Cucaracha** y la **mama Prisca**, aunque el sustantivo aquel era la clasificación genérica de la familia.

Vivían los tres allá detrás de Santo Domingo, en una casa de su propiedad, baja, de un solo piso, con un enorme patio, una gran sala enladrillada, que servía para los menesteres que luego diré, y tres o cuatro piezas más; todo feo, sucio, renegrido: la **mise en scene** no podía ser mejor para la cucarachil prole.

Pues bien, a mediados de Mayo solía don Miguelito **pedirme una interview** en la Escuela de los Hermanos, donde yo me desasnaba, para decirme con su voz aflautada y áspera:

—Ya sabes, pues, zoquetito que el 31 es el último día del mes de María, y que debes ir a lucirte. Convida a tu mamá y ven a ver el altar. ¿Es una **preciosura**? ¡Mucho mejor que el **Nacimiento del Lapidario**! ¿Estás?

—Si, señor don Miguel —contestaba yo temblando; pero ¿quién me da la **fábula**?

—Anda! Acaso no es tu amigo el doctor Chiriboga? Tú —y se enseriaba cómicamente— tú no tienes que ver en esto. Ropa nueva y buena **fábula**, y así irás derechito a la gloria de Dios, con el doctor Fajardo, con el Ponce y los otros que van a decir las **loas**. Ya hablaré a tu mamá.

Y no había escapatoria.

A poco, me presentaba con rostro compungido ante el doctor Chiriboga y le decía gimoteando y de un solo tirón:

—Buenos días, doctor: ¿cómo se ha conservado?— yo y la familia, bien para servir a usted; cómo están aquí? Mi mamá le **mandaba a saludar** y rogarle que me dé una loa a la Virgen **para ir a decir donde el Cucaracho**.

Y a los pocos días tenía la loa, que me la hacían aprender de memoria, entre adulación, mimo y bofetada.

Diré algo acerca del doctor don Benigno Chiriboga.

Si la locura y la muerte no le hubieran sorprendido en la mitad de su brillantísima carrera, ese hombre habría sido, acaso, uno de los más notables del Azuay. De un gran talento, de una memoria prodigiosa, de palabra irresistible, dulce, elocuente, con inflexiones pasionales, más que palabra, arrullo, de arrogante figura y hermosa voz de tenor, erudito y filósofo, abogado, teólogo y poeta, a la vez, el doctor don Benigno Chiriboga era lo que ahora lla-

mamos un joven de la **high life**, o más brevemente, de la **jilifa**. Temible para las mujeres, pocos eran los castillos en que él queriendo no hubiese hecho tremolar su bandera. Esto le perdió. Celos, no sé si fundados, le castigaron de modo bárbaro: un marido ofendido —dicen las malas lenguas— le hizo tomar en un **fresco una dosis de guar-guar** —el fruto del floripondio— que le ocasionó una larga locura, y la muerte en 1880, si la memoria no me es infiel. Con él se perdió una gran esperanza para la literatura ecuatoriana, para el foro y para el parlamento. A este señor acudía yo para las **loas** a la Virgen.

Porque el **Cucaracha** era —no me lo van a creer ustedes— intransigente en materias.... literario-místicas. Quería corto, bueno según sus entendederas, y sobre todo, bien declamado.

Pues han de saber mis lectores que el tal celebraba ruidosamente en su casa el último día del mes de María con borrachera general, santo Rosario y lo que en nuestra jerga de hoy llamamos **velada literaria**.

¡Qué noche aquella!!

Todo el manzano de casas donde estaba comprendida la del simpático D. Miguel, estaba iluminado a **giorno** desde la hora de ánimas: en frente de la habitación del **fiestero** erguíanse los tradicionales arcos, los techos saludaban a los del frente por medio de largas y vistosas bandadas de **punto**, de percalina y de gasa; flores por todas partes, naturales y artificiales, cohetes ingleses, camaretas, truenos a discreción; y ocupando las aceras de la calle, los puestos de empanaderas y buñueleras, con sus mesitas cargadas de botellas de chicha y frituras, rosquillas y pan de dulce, y con sus fogones y cántaras: de trecho en trecho grandes llamaradas sobre las que saltaban los granujas.

Colgado del techo de la casa de D. Miguel, repicaba y repicaba como loco un pequeño esquilón, y a las puertas, una **banda** de música profanaba no sólo el arte de Wagner y Beethoven, sino el espacio, e insultaba los ecos; estallaban los cohetes, dejando impregnada la atmósfera de un fuerte olor a azufre, y gritaban los chiquillos ¡Viva el sacerdote! ¡Viva el mes de Mayo!

Cuatro rangalidos polizontes cuidaban la entrada, no dejando pasar sino a determinadas personas; y no obstante tal impedimento, el patio **hervía** en gente de escalera abajo, y ahí estaban los mocitos hambrientos de salaci-

dad que se metían entre los follones de las cholos, tirándolas cada pellizco que temblaba el misterio.

La gran sala era una ascua de oro. En el testero se levantaba el altar iluminado por más de cincuenta ceras de castilla y espermas de lo mejor, y en él, entre jarrones de flores de trapo, encajiería antidiluviana, espejitos, ramos de flores silvestres, palmas de vistoso oropel, sobre un fondo azul o púrpura —formado por una elegante colcha, acabada tal vez de quitar del lecho virginal de **mama Prisca** se destacaba la imagen de María, regularmente una estatua de la Purísima, que daba pena y grima contemplar.

¡Y los adornos! Pendían bombas de colores del ahumado tumbado, alternando con cilindros (guardabriseros); mosquiteros de papel picado hacían vistoso juego con banderolas y cortinas de zaraza azul y roja, y, en vez de cuadros, cubrían las enyesadas paredes relucientes figuras de papel dorado o plateado.

A la derecha del altar, se subía por una escalera de cajones superpuestos y cubierta con una colcha de bregués a la tribuna, consistente en una plataforma de tablas mal unidas entre sí.

Bancos de escuela, tal cual silla, enormes canapés de cuero de alto espaldar y anchos brazos, y el santo suelo —y busque usted más mobiliario.

Cuando alguna persona de viso pentraba por curiosidad en ese iluminado antro, la gente de casa expelía sin consideración alguna a la de menos valer, para acomodar al recién llegado.

Las ocho de la noche. ¡Oh momento solemne! Repicaba con más furia la campanita, ejecutaba la banda el último yaraví, oíase el estrépito de una soga de las de cuarenta y cinco; entre las risas de la concurrencia alzaba la voz el Cucaracha y en tono gangoso daba comienzo al Rosario.

Esto era nada. El momento crítico era cuando principiaba el canto. Oíase un terceto de cucarachas, de imposible descripción, que, más que maullaba, graznaba:

Avééé dichooosa Marííáá
del cieelo perta y camínóóó....

Y la letanía.... ¡Qué gran letanía!

Todo esto, ya se sabe, alternado con reprimendas a los bulliciosos.

En lo mejor del canto, levantábase D. Miguelito —que usaba de unas expresiones....— y acercándose al más inquieto de los muchachos le asestaba el más furibundo de los sosquines, exclamando con su voz de gata parida:

—Anda, cara.... pachó, hijo de una p....iedra, anda a burlarte de tu madre.

Y continuaba:

Del cieelo perta y camínóóó....

Y las risas crecían, y discretas bolitas de papel, describiendo parábolas en el aire, iban a hacer ¡tic! en las orejas de **mama Cucaracha** o de su hermana, al mismo tiempo que los mozos mayorcitos se dejaban hablar toda clase de desvergüenzas y andaban a pellizco limpio con sus enfadadas vecinas.

Concluía el canto? Grave, sereno, majestuoso, enfundado en su clásica levita, subía a la tribuna el dueño de la casa, y leía, en medio de los más atronadores aplausos, la lista de priostes para el año siguiente; mezclaba una deprecación a la Virgen, de su propio caletre, con exclamaciones de ¡cholos atrevidos, indecentes, por qué no se irán a la.... Noruña! y bajaba muy satisfecho.

Luego empezábamos nosotros, la gente menuda, la de la Velada.... Ay, hermanas carísimas, y a veces bien carísimas!.... Qué poesías aquellas! Sólo tenían una cosa buena: la inocencia que las pronunciaba.

El primero era el famoso Ponce. ¡Si merecía la palma por ese rasgueo de las erres, por esa viveza de expresión e inaudita exageración de mímica! Parece que le estoy viendo, blanco y delgaducho, que estoy escuchando su voz afeminada y pretenciosa. Pobre! Se quedó hasta de grande con el defecto de recitar loas.... y vestido de ángel en las fiestas de aldea. Ahora poco, unos soldados de la guarnición de Cuenca le pegaron la macheteada padre, le torturaron, le mataron, y luego les absolvió de culpa y pena un Consejo de Guerra. Infeliz Ponce! El, el más ajeno a la política, que ni sabía ni comprendía, fué víctima de un atropello inaudito, que luego quedó impune.

Decíamos nuestros versos; apagábanse las luces; salía la gente extraña, a las diez de la noche cuando más, y entonces comenzaba la mejor parte de la función.

Para los de confianza se preparaba en grandes y negras ollas un maldecido... ¿café?... puro, sin más mez-

cla que tal cual mechón de venerables canas de las dos beatas. En seguida se presentaba el inevitable anisado: vaciábanse las copas una y muchísimas veces, crecía la marea, el calor sofocante y el aguardiente rompían toda conveniencia

Y las cuatro de la mañana del día siguiente sorprendía a la **gente de confianza** en lamentable estado .

En repugnante estrechez yacían aquí y allá, revueltos y confundidos, hombres y mujeres en plena borrachera; algunos canturreaban obscenas canciones al son de una mala guitarra; bailaban, trastrabillando, la **rosa con el clavel o la chilena** unos pocos; disputaban aquellos, roncaban éstos.... y tres o cuatro velas chisporroteaban tristemente ante la imagen de la Virgen, luchando su vacilante luz en una atmósfera impregnada del repugnante humo de tabaco, con las primeras claridades del nuevo día, que se colaban por las rajaduras de la vieja puerta

¡Oh **Cucaracha** insigne! Moriste de puro borracho, tus hermanas de puro viejas y puro doncellas y la casa de los místicos jalgóricos fué vendida a quien no recuerda las tradicionales fiestas del último día de Mayo!

UN PRESIDENTE DE NUEVA GRANADA

Angel Polibio Chaves

I

Como no ha faltado escritor que cuelgue el Sambaquito al Señor General Pedro Alcántara Herrán, con motivo de la publicación de "Una página en Masa", justicia obliga que mostremos la efigie de la medalla; pues cada alma con su palma, que a la gloria no se entra con tarjeta en blanco, y los hechos ajenos sólo tienen aprecio en el Purgatorio, por aquello de la comunión de los Santos .

Cuando se declaró la derrota de los realistas en Guaránda, el 15 de Mayo de 1822, muchas mujeres buscaron en la Iglesia sagrado a su sagrado; y a haber no salido de casa debieron no pocas el quedar con honra y vida, después de la matanza de todo, efectuada en el templo por los soldados victoriosos .

Iba el capitán Herrán a caballo, cuando oyó alaridos; penetró en la casa de donde partían, y pudo librar a una linda joven, que forcejaba sin aliento ya y deshecho el vestido, en brazos de dos fornidos llaneros, de esos que tenían borrada la confirmación. El oficial llamó, buscó a alguien por todas partes y, como nadie acudía, tomó a la niña en brazos, entró en el primer aposento que estaba abierto, y la acostó en una cama. Quería retirarse, porque la soledad, la belleza y hasta la actitud le hablaban muy recio; pero no podía, que deber era también no abandonarla en esa situación .

Al siguiente día, muy temprano, fué llamado por Masa, que, como se sabe, era pieza impermeable a todas las virtudes, excepción hecha el valor, que tenía por facultad, antes que como cualidad. Estaba en paños menores en ese nauseabundo estado a que reducen, después

de noche tormentosa, el vino y sus aliados. Apenas entró Herrán, le presentó un jarro de aguardiente, dirigiéndole, al mismo tiempo, la palabra.

—Ven acá, Alcantarilla; dame tu muchacha. Vaya! ser el que mejor santo ha cogido, y sin ir a la iglesia.

—No sé de que muchacha me habla, mi Coronel.

—Zorra de mala montaña ¿De cuál? ¿De cuál? De esa que quitaste a mi asistente.

—Defendí a una niña de ser ultrajada; y eso es todo.

—Alcantarazo del ca...sajo, alma de asturiano, te digo que me traigas la muchacha; y no hay más que hablar.

—Con su permiso mi Coronel, me retiro.

—Vaya lo bobo que le han de ver. Ven toma un trago y mandemos por la muchacha, que me dicen esos jumentos que es más hermosa que yegua de Casanare con la montura bordada de Santander.

—He jurado protegerla, mi Coronel.

—Protección y turroneo; Te atreverías contra tu jefe, contra mí, contra Hermógenes Masa?

Puede S. S. ordenarme lo que guste en materia de servicio.

—Cien mil chapetones, canalla; cien bombas de a ciento y cuatrocientos mil de metralla

Y siguió echando de su boca más porquerías que las quebradas de Quito. Pero su interlocutor ya no le oía; pues más bien en las astas de un toro, que en boca de borracho, y el evitar es de prudentes, y la prudencia es virtud cardinal, según reza la Cartilla.

Llegado a la casa de su protegida, se quedó en el zaguán, y a poco se presentó una escolta.

—Con su permiso mi capitán, entramos.

—Aquí no entra nadie.

—Son órdenes de mi Coronel las que tenemos que cumplir.

—Las cuáles no quiero que se cumplan.

—Entraremos a la fuerza.

—Veremos.

Desenvainó su espada y se puso en guardia, y el cabo de la escolta ordenó media vuelta.

Como conocía al gavilán, anunció a madre e hija el peligro que corrían, anunció que las dejó petrificadas, y tuvo el caballero que guiarlas al traspatio. Allí tomó a

la niña por la cintura, saltó unas tapias y se halló en la casa vecina y continuó con la misma operación hasta caer del lado opuesto de la manzana.

Llegada la noche, dos jinetes salieron de Guaranda; rindieron a la avanzada la seña de campo, y se alejaron al galope. A dos leguas tocaron en una hacienda, hicieron desmontar a uno de ellos, y el otro volvió bridas, partiendo por diverso camino del que había traído.

II

Después del triunfo de Pichincha, se asustó el magnánimo Sucre del envío de Masa a Guaranda, sin embargo de que castigo ejemplar merecía la culpa del pueblo realista, y lo llamó por la posta; designando al oficial Herrán para reemplazarle en el mando de la plaza. Devolvió éste la vida a patriotas y godos, porque agonía de todo momento sufrían todos; pues en esa ciudad hizo Don Hermógenes la segunda edición en sus obras de Panamá, pero con láminas dignas del *Infierno* del Dante.

Llegado a Quito, dió el parte que acostumbraba:

—“Cumplida la comisión y vive Masa, mi General;” pues estaba convencido que, no sólo por el valor se lo designaba para las empresas más riesgosas; y, con todo, obedecía siempre y no moderaba nunca.

A pocos meses casaba en Guaranda Elena Lombeida, rubia la más hermosa en cien leguas a la redonda; a que quiso fuese padrino su tres veces salvador, el que en la noche de la fuga la llevó disfrazada de hombre a la hacienda de la familia de su novio.

Al siguiente día de la ceremonia partió Herrán en medio de sollozos del pueblo más realista, después de Pasto se entiende, a la campaña del Perú, donde debía ser protagonista de un episodio de diversa índole y ya donosamente narrado por el tradicionista peruano.

En Junín, la batalla sin pólvora, en los primeros momentos cedió alguno de los escuadrones patriotas al empuje de la caballería española; y si bien la reacción fue pronta y magnífica, el éxito de la batalla se mantuvo indeciso hasta el último. El clarín de órdenes de Canterac sonaba a derecha, a izquierda, al frente, atrás, en todos los flancos y por todas partes. Bolívar que estaba impaciente dió órdenes, despachó piquetes, comisionó oficiales; y el clarín seguía sonando donde era necesario restablecer, continuar o consumir el destrozo. Cae Necochea

acribillado de heridas, no obstante que su lanza arranca la existencia a cuántos le miran; se apea Herrán a socorrerle, y rechazando el héroe todo auxilio, le dice:

—Capitán, déjeme morir; pero, por Dios, haga callar ese clarín: de otro modo, no moriré tranquilo, porque me tritura los huesos.

El colombiano escoge cincuenta de los mejores jinetes, y parte al arranque. Se estrella con un escuadrón enemigo, y pierde diez de los suyos; pero avanza, que oye muy cerca el fatídico clarín de degüello. Se le opone un pelotón, que parece viene montado en aquilones; le hace frente, le contiene, le hace cejar y avanza, que suena el persistente clarín como en las orejas de su caballo. Se confunde con los que corren, sólo le quedan nueve de sus bravos; pero cesa el toque de degüello; está prisionero el maldito clarín. Cede el esfuerzo de los españoles y se declara la victoria por nuestras banderas.

III

Don Pedro Alcántara Herrán nació en Bogotá el 19 de Octubre de 1800. Sentó plaza en el ejército libertador el 10 de Enero de 1814, y obtuvo las presillas de Alférez en Marzo de 1816. Hecho prisionero por los españoles, fué condenado a servir en sus banderas, bajo las cuales obtuvo hasta el grado de capitán. Vuelto a los patriotas en 1820, el General Sucre le destinó con el mismo grado a un regimiento de caballería. En 1823 le ascendió Bolívar a Sargento Mayor; el 16 de setiembre de 1824 a Teniente Coronel; y en Noviembre de 1828 a Coronel. Disuelta la Gran Colombia, obtuvo de Nueva Granada las estrellas de General.

Cuando el General Sucre destacó de Latacunga una pequeña división sobre Guaranda, para asegurar su retaguardia, mientras seguía a Pichincha, fué nombrado Herrán, Jefe de Estado Mayor. Es inconcebible como un hombre de su calidad, haya dado lugar preferente en su hoja de servicios a la acción de armas de esa población; ni por el número de combatientes, ni por otras circunstancias, y mucho menos por los horrores de ese día, produjo gloria a los vencedores, por más que según es tradicional, Herrán no sólo no hizo segunda al endemoniado Masa, sino que probó ser cristiano y caballero.

Tenía la medalla de los libertadores de Quito, y el escudo de Junín y Ayacucho. El Congreso Granadino de

1841 declaró que el General Herrán había merecido bien de la Patria; y otro del mismo año dispuso que se le obsequiara una espada en nombre de la República.

Fué Presidente Constitucional de su país, Ministro Plenipotenciario en Wáshington y Senador en varias ocasiones y por diversos estados.

Cuando acaeció su muerte el 26 de Abril de 1872, el Poder Ejecutivo decretó luto y honores a su memoria, y el Senado inscribió ese día, en sus actas, como fecha dolorosa para la República.

LA CASA DEL APARECIDO

C. M. Tobar Borgoño

Una disforme bandera de pueblo desconocido forma el gran valle al divisarlo desde la altura.

Dos anchas fajas verdes separadas por una gris parduzca, se alargan, longitudinalmente, en toda la extensión de la dilatada planicie.

Las erupciones del cercano volcán han convertido el fondo de la cuenca en un desierto, color plomizo de ruinas, que viene a dividir la verde alfombra de las ricas regiones de los lados.

Inmensos peñascos arrancados de las crestas por la fuerza de las aguas en días de cataclismo; trozos enteros de montaña que los terremotos hicieron rodar; huellas de la lava que, calcinando el suelo, ha impedido toda vegetación; cantidades inconcebibles de ceniza y de piedra pómez, todo ello revuelto, constituyendo una desigual pero monótona superficie quemada e infecunda, parece, visto desde arriba, las ruinas de un pueblo, pero del pueblo más grande del universo.

Sin embargo, no todo es erial. Allá abajo un riachuelo, un río en breve, se despeña retorciéndose sobre sí mismo, chocando contra las rocas que han invadido su lecho y, lanzándose, por fin, entre torrentes de espuma y agua pulverizada.

A los costados se pueden divisar ténues líneas de una vegetación amarillenta y empobrecida y que no es otra que la formada por los raquíuticos bambúes, zuros, totoras y otras especies que cubren los hediondos pantanos ribereños del impetuoso río.

Pero, si la parte baja del valle es tan lúgubre y sepulcral, las dos mitades que, en insensible plano inclinado,

arriba se dilatan, parecen empeñarse en arrancar del viajero la melancolía que la contemplación de aquella deben haberle producido. Hacia el oriente una planicie enorme y llana se extiende como limpia alfombra de verdura hasta donde la mirada del hombre no alcanza a divisar. Ni un árbol, ni una casa, ni una quebrada, ni siquiera una sinuosidad que venga a interrumpir la continuidad del paisaje o mancharlo con algo un poco más oscuro; ahí los rayos del sol no se quiebran como abajo, penetrando penosamente, mendicantes, a las profundas cavernas, acá se dilatan, se explayan y sonríen.

Al extremo, hacia el levante, una línea más oscura corta ese mar vegetal; es ya el ascenso a la cordillera que, igual y suave, va hinchándose poco a poco y cuyas zonas montañosas de bosque y matorral, se dibujan con limpieza en perfectas rectas de distinto matiz.

Hacia el norte, por el contrario, el valle termina rápidamente, limitándose por una serie de peñascos, inconcebibles bloques graníticos cortados a pico y que semejar, a la distancia, un órgano inconmensurable cuya base se hundiera en el plano y cuyos enormes tubos acústicos se perdieran entre las nieblas que vagan siempre por la meseta del volcán.

Hay, sin embargo, un pequeño manchón que, ya cerca de estas peñas, va a dejar caer un punto oscuro en el alegre verdor del valle: es el caserío de la hacienda de los marqueses de N. o del **Aparecido** como lo llaman las gentes del otro lado del plano.

Vivienda primorosa debió haber sido aquella. Parece más bien un castillo medioeval, de esos que no hemos conocido en América, que una simple casa de campo.

Al occidente y mirando hacia el valle, una fachada maciza de piedra perfectamente labrada y unida, se eleva formando un conjunto que los golpes del tiempo no han podido disgregar sino en parte. Enorme puerta debió cerrar el porche abovedado y misterioso en cuyos ángulos el eco multiplica y aumenta el rumor de los pasos y el viento silba huracán en medio de la tenebrosa oscuridad que reina uniforme en aquel sombrío zaguán.

Terminándolo se entra en un patio sin empedrar y del cual los espinos y jarales se han apoderado por completo; cuatro corredores de cerca de una cuadra de extensión cada uno lo limitan por los lados. Verdes baldosas de piedra cubierta por densa capa de humedad pavimentan estos últimos. Los carcomidos pilares en que se sustenta la

ya destruída cubierta demuestran, así como todas las otras partes del edificio que ningún ser viviente se ha preocupado, mucho tiempo acá en limpiar o visitar al menos, esa añeja y señorial mansión.

Las habitaciones presentan el mismo aspecto de mustio desamparo: trozos podridos de tapicerías que aquí y allá penden de las carcomidas murallas, residuos de muebles que han debido ser de valor inestimable, restos de lámparas y hasta de blasonadas chimeneas desechos de la rapiña de los labriegos.

Pero, si en todo se refleja el abandono más completo, no puede menos de adivinarse también la riqueza de los señores que en un tiempo habitaron aquel retiro escondido y como oculto en un ángulo de ese inmenso valle cuyo extremo más lúgubre parece buscado exprofeso por el arquitecto para levantar en él un edificio todavía más melancólico que las peladas rocas que vecinas quedan.

A excepción de un monstruoso lecho primorosamente tallado, y de un enorme Cristo de semblante adusto y carcomido por insectos, hasta hace algunos años, nada habían ya dejado el tiempo, la humedad, los temblores y, hasta el hombre, elementos todos coáligados para el desbaratamiento de la señorial vivienda; sin embargo, el hombre menos, pues, se necesitaba mucho valor y mucha despreocupación para atreverse a entrar ahí. Los únicos seres humanos que alguna vez pasaban por la llanura, eran los vaqueros; pero, aún ellos, cuando se veían precisados a acercarse a la medrosa casa lo hacían alejándose lo más posible o lanzando en precipitada carrera sus caballerías, tal era el temor que ella les producía siempre.

¿Por qué?

Es lo que vamos a referir.

Allá, por el siglo antepasado, llegó de España, un marqués en compañía de su esposa, un fiel criado, dos mastines y un centenar de grandes bultos.

El tal marqués era un hombre entrado en años, pero viril y fuerte aún; el largo bigote encanecido, la perilla cuidadosamente atusada y terminando en aguda punta, la correcta nariz aguileña le daban todo el aspecto de uno de los caballeros de capa y espada, de uno de aquellos señores de Flandes que tan célebres se hicieron por su valor y por el arte de manejar el invencible acero.

La esposa, excesivamente joven, acusaba a lo sumo diez y ocho años, pareciendo más bien nieta que compañera del caballero advenedizo.

Ellos fueron quienes, después de recorrer el valle y adquirir a precio de oro, tomaron posesión de aquella hacienda, y ellos mismos los que, empleando verdaderas legiones de trabajadores, levantaron la casa aquella cuyas ruinas hemos descrito.

Magníficos salones repletos de valiosos objetos de arte y ricos muebles, espaciosas estancias en donde adelantándose a su siglo, el gusto más exigente podía hallar la mayor comodidad imaginable, lujosos gabinetes, en fin, un edificio hecho para una vida solitaria si, pero sin que nada dejara que desear.

Terminada la construcción y retirados los obreros, los dueños se trasladaron a ella y, desde entonces, nadie pudo descubrir la clase de vida que llevaban, ni tampoco amistarse con ellos.

El señor y el viejo criado, tan impenetrables uno y otro, eran los únicos que, de cuando en cuando asomaban hacia afuera del siempre entornado portalón. Muchas veces los campesinos quisieron averiguar su procedencia al sirviente; pero, jamás obtuvieron respuesta, ni siquiera, cosa rara, lograron hacerle aceptar el menor obsequio en las tentadoras tabernas del otro lado.

El amo solía, a veces, salir por la tarde envuelto en su capa y seguido de los dos mastines, efectuando así, solitario y pensativo, largos paseos que terminaban a avanzadas horas de la noche.

En otras ocasiones, montado en brioso corcel, llevaba a cabo arriesgadas cacerías de pumas, osos o puercos salvajes, o dejándose arrebatado por un frenesí temerario, lanzaba el caballo en carrera desenfrenada por alguna pendiente con peligro de quedar de repente sepultado en una de las grandes quebradas que cruzan por junto a la base de las rocas limitadoras del valle. Entonces se recogía a la caída del sol, chirriaban los cerrojos y la casa quedaba como muerta.

Siempre que algún vecino pretendió, llevado de la costumbre, visitar a los misteriosos huéspedes, los dos

enormes perros le hicieron, en seguida, desistir de tan urbanos propósitos.

Pero si todo esto atraía, y mucho, la curiosidad de los campesinos, lo que les escandalizaba sobre manera era que jamás, a no ser un día al año, asistían a la iglesia. Sólo el 15 de Agosto, fiesta de la Asunción de la Virgen era el único en que se veía a la hermosa marquesa que, escoltada por su esposo y el viejo paje, se dirigía a la parroquia a la hora de misa; más, no todos la oían, sólo la señora entraba a la casa del Señor, el marqués y el criado permanecían durante el tiempo de las ceremonias en un banco que había frente a la puerta del templo.

Al terminar los oficios la misma reserva e igual apartamiento de los campesinos: la marquesa se ponía entre los dos varones y luego la puerta de la tétrica vivienda se cerraba tras de ella hasta el año cabal.

Mil variadas e inverosímiles fábulas circularon acerca de tan extraños personajes: unos creyeron que el marqués era un raptor de la joven que pasaba por esposa suya y que, buscando un lugar donde tenerla oculta, la había conducido a aquel apartado desierto; otros decían ser él un criminal político que escapándose de España vino a refugiarse ahí; tal otro lo supuso allegado del rey, y a quien fracasos cortesanos lo impulsaron al alejamiento más severo; por fin, los menos fantaseadores, lo tuvieron simplemente por un celoso terrible hasta el punto de rayar en los límites de la demencia: pero, de cierto, nadie sabía otra cosa, sino la de que tan extraño personaje era hereje, pues su aversión a la misa así lo manifestaba.

La mujer del sacristán que, una vez, el día del Tránsito estuvo en la iglesia cerca de la marquesa aseguró después que durante toda la ceremonia, la vio llorar angustiosamente. Desde entonces, los labriegos hicieron una salvedad en ella del odio con que envolvía a todos los herejes.

Cinco años habían pasado y, con ellos, las murmuraciones disminuido. Acostumbrados los vecinos al extravagante modo de ser de los herejes, ya no les llamaba la atención lo que ellos hicieran, y les dejaban vivir sin preocuparse en lo mínimo, ni murmurar de sus extrañas costumbres.

Sin embargo, un día, las conversaciones y el odio contra ellos se reanimó en el pueblo y todos volvieron a repetir los inverosímiles cuentos ya echados al olvido.

Por ahí, a principios de agosto, se presentó en la población el hijo de uno de los más ricos vecinos del lugar.

Joven y elegante, el recién llegado regresaba después de larga estadía en la Península, a donde su espíritu aventurero le hizo arribar en ocasión propicia para tomar parte en la guerra contra el Archiduque Don Carlos, cosa que le habría producido mayor provecho si hubiera sido de una estirpe menos baja que la suya.

Galante aventurero, con el brillo además de haber pisado la madre patria y militado en los reales ejércitos de Su Majestad Felipe V, el mozo aquel, José Aráuz de nombre, se creía capaz de conquistar un mundo y no solo el corazón de una mujer, por más que ella fuese marquesa y casada con un oso tal como el hereje.

Desde el momento en que el quince de agosto vióla entrar a la iglesia, enamoróse de ella con fuego tan rápido como que era en mucho artificial.

A la conclusión de la misa apresuróse a salir tras ella y aún siguióla hasta la alejada casa.

Nadie se preocupó en aquel día de José Aráuz ni su familia tomó de nuevo el desaparecimiento del aventurero. ¿Cuál sería la admiración de los vecinos, cuando, al día siguiente se vió entrar por la calle larga al marqués hereje que, seguido de sus perros, traía sobre el hombro el ensangrentado cadáver de José Aráuz?

Una vez en casa del alcalde, y en presencia de la numerosa concurrencia que atraída por la curiosidad había acudido, declaró que, él, había muerto con propia mano a aquel hombre por haberlo encontrado penetrando sorpresivamente y durante la noche a su casa. Dicho lo cual y suscrita con las formalidades del caso la declaración, se retiró sin parecer fijarse siquiera en los campesinos que, coléricos o admirados, le rodeaban amenazadores.

El alcalde expuso a aquellos buenos hombres cómo nada podía hacer para vengar la muerte del joven, por cuanto las leyes protegían al señor, autorizando su proceder, toda vez que Aráuz había violado, durante la noche, un domicilio cuya entrada no le era permitida.

Por lo demás, los herejes no parecieron preocuparse del sangriento incidente y continuaron su habitual vida como si tal cosa no hubiera ocurrido, sólo que en los

años posteriores ya no volvieron las gentes a verlos ni por el día del Tránsito en la iglesia.

Después de algún tiempo, los vecinos, pasada la impresión que la muerte de José Aráuz les produjo, principiaban a olvidarse de nuevo de la existencia de los marqueses, cuando un hecho, mucho más trágico que el anterior, vino a despertar otra vez la imaginación de los campesinos y a engolfarlos en leyendas de esas que sobreviven a las generaciones que las crean.

Frente por frente de la sombría casa del marqués, al otro lado del valle y con el torrente por delante, se levantaba una sencilla morada, propiedad del dueño de la hacienda colindante con la del hereje.

Si una de las casas era lóbrega y severa, la otra alegre y risueña, parecía regocijarse más, en comparación de la fúnebre apariencia de la fronteriza.

Su poseedor, el joven hidalgo de R. habíala heredado en junta de la hacienda y, desde una vez que estuvo ahí con sus padres no volvió a vérselo en el plano.

Hacían ocho años que los herejes habitaban en el valle, cuando llegó el vizconde a visitar sus propiedades.

Interesado por todo lo que a sus dominios atañía, interrogó de quien era la posesión del otro lado del río; a la pregunta, los labriegos no tuvieron mucha pereza en referirle el sinnúmero de fábulas que acerca del marqués había circulado, incluso la verdadera historia de la muerte de José Aráuz, después de un último día en que los herejes estuvieron en la parroquia.

Impresionáronle al joven tan tenebrosos cuentos pero, especialmente los encomios que de la hermosura de la marquesa se hacían y, seguro de que era una víctima de los brutales celos del viejo, interesóse desde aquel momento por ella y se propuso hacer los mayores esfuerzos por conocerla.

Valiente como buen hidalgo, ciñóse la espada, se terció la capa y con el chambergó a los ojos dióse a rondar la apartada y silenciosa mansión del marqués.

Dos o tres veces que se encontró con éste, cruzó un ligero saludo, indispensable entre gentiles-hombres que conocen la etiqueta; pero, luego, habiendo repetido las excursiones, el viejo, como si le desagradara la presencia del hidalgo, esquivó el volver a tropezar con él y hasta,

alguna vez, que contra su voluntad, se encontraron, la atención se omitió de común acuerdo, sin que uno ni otro parecieran extrañarse por ello.

Lo cierto fué que el vizconde halló soberanamente antipático a aquel viejo nervioso y cruel, cuya figura harto se prestaba a las tenebrosas ficciones de que se le hacía protagonista; y, por lo que toca al marqués, juzgó éste muy molesto que aquel bien plantado joven frecuentase las cercanías de su mansión.

Fué una tormentosa noche del mes de octubre, el rayo alumbraba de vez en cuando el horizonte enrojecido y el trueno repercutía indefinidamente en las innumerables quiebras de los gigantescos Andes.

El marqués salió por la tarde anunciando que iba de caza.

Esperóle la marquesa hasta las once; pero, viendo que no llegaba y acostumbrada a esas extemporáneas excursiones del esposo, se acostó en el gran lecho después de llorar y rezar largo rato de rodillas al pie del disforme Cristo colocado en el mismo dormitorio, en frente de la cama.

Apagada la luz, la lamparilla de noche aclaraba apenas la enorme pieza yendo a producir movedizas sombras que hacían más medrosa la enorme escultura ante la cual la joven había orado.

Huía el sueño de sus párpados y el alma recogida por el miedo sentía apretársele contra el cuerpo: lloraba la hermosa niña y la almohada se hallaba empapada ya con sus abundantes lágrimas.

La lluvia, mientras tanto, golpeaba descompasada y perezosamente los cristales; a veces una ráfaga de viento, arreciándola, producía ruidos que repercutían en los espaciosos ángulos de la casa. El aire penetraba por entre las junturas de la ventana, yendo a levantar las pesadas cortinas que ante ellas caían y que, cortando la tenue luz de la velada lamparilla, aumentaban las inquietas sombras que parecían horripilantes figuras animadas.

La joven a cada golpe de viento abría los ojos y, temerosa y sobrecogida, seguía ansiosa con la vista las evoluciones de esas fantásticas quimeras.

Otras veces ocultaba su cabeza bajo las sábanas; pero, luego, una fuerza irresistible le impulsaba a mirar

de nuevo, con los ojos muy abiertos, esos misteriosos seres que cambiaban de forma a cada instante y que parecían esas ánimas de las leyendas que, escapadas de los sepulcros, atemorizan a los vivos.

Hacia afuera se oía el ruido estridente de los cristales del invernadero al cortar con sus agudos ángulos la veloz corriente del aire, y, sobre todo, un murmullo como de oración, apenas rumoreada por un ser devoto, y que era producido por el agua lluvia al precipitarse por un conducto subterráneo.

La marquesa temblaba y sus ojos, cansados de llorar, se negaban ya a proporcionarle más lágrimas, cuando, de repente, un ruido mayor que los otros vino a hacerle abrir aún más los párpados: alguien andaba por ahí, no cabía duda.... pero, un crujido de la ventana seguido de otro de la mesa próxima, alejaron su temor de que algún ser viviente hubiera penetrado en la casa.

Se cree que cuando tales ruidos se perciben, son almas en penas que demandan auxilios a los de la tierra y, por eso, la marquesa rezó, rezó de nuevo con un fervor como nunca antes lo había hecho, juntando las manos y apretándolas nerviosamente por debajo de las sábanas: mas, no.... algo extraño y horrible sucedía en la casa, en los muebles todos: ruidos desconocidos e inexplicables se oían por aquí y por allá, el armario, el cofre, el lecho mismo y hasta el Cristo crugían estrepitosamente como si fueran a desarmarse y a volverse añicos. Un instante después el gran libro de oraciones que quedó en el reclinatorio cayó haciendo también un ruido seco al descombinarse contra las desnudas baldosas del dormitorio.

No pudo más la joven y sobresaltada y delirante ya, pretendió incorporarse para huir de esa mansión terrible para escapar a esa persecución de los espíritus; pero, un grito se escapó de sus labios y volvió a caer desfallecida sobre las almohadas del lecho: una sombra indecisa avanzaba lentamente hacia ella, reflejando y absorbiendo en sí todos los escasos rayos de la lamparilla, y se le acercaba siempre, poco a poco, y la marquesa le veía aproximarse sin poder hacer un movimiento ni menos huir de tan espantable fantasma, de esa sombra que tenía rostro, cuerpo y que, sin embargo, no era nada. Después sintió que eso que veía ella y que parecía un hombre de ultratumba, se inclinaba hacia el lecho y que algo muy frío, con unos labios de cadáver, se posaban sobre su frente. Hizo un esfuerzo último para escapar de aquel muerto

porque, indudablemente, era un muerto, pero cayó desvanecida al suelo.

¿Transcurrieron muchas horas? ¿sólo algunos minutos?... No lo supo.

Un grito rabioso, una voz gutural de furia que le era harto conocida, llegó hasta ella, allá a lo más profundo donde su alma se había ocultado y despertóla del sopor en que cayó al pretender huir de la cama.

—He muerto a tu amante. He aquí su corazón. Ahí lo tienes; le gritó.

Era el viejo marqués que, en efecto, le mostraba un trozo de carne fresca que todavía chorreaba sangre.

—¡Amante! ¡muerto!..., balbució ella sin comprender nada, sin poder comprender, sin siquiera pensar en lo que decía, cuando el marqués agregó:

—Sí, es el corazón del mozo aquel que te rondaba y a quien he muerto con mi mano, porque sospechaba fuese tu amante tal por aquí lo había visto y que al morir a mis estocadas, me ha declarado que sí, que por tí venía siempre hacia acá, aunque no te conocía.... ¡Valiente farsa!: amar sin conocer.... He aquí su corazón. Míralo, ¡qué poca cosa era!

Y al decir esto arrojó aquel sanguinolento pedazo de carne al rostro de la estupefacta marquesa que no comprendía nada de lo que el viejo le decía, que no sabía quien era el tal mozo y que buscaba en su memoria quien podía ser. Empero su admiración no pudo durar largo tiempo porque, a una furiosa patada del marqués, fué rodando hasta los pies del Cristo, en donde, una serie de crueles puñaladas la hicieron lanzar el alma con un gemido.

Al día siguiente un vaquero encontró el mutilado cuerpo del hidalgo oculto entre la maleza.

Apresuróse a dar aviso al alcalde, quien, trasladándose al lugar del crimen constató la profanación que en el cadáver se había hecho arrancándole el corazón. Manchas de sangre le indicaron el paso del asesino y, cuando, en nombre del Rey, golpeó la puerta del caserón, el marqués no se hizo esperar mucho tiempo: presentóse seco y

severo, envuelto en su capa y con otro albo cadáver en los brazos .

—El uno habéis encontrado, dijo a la curiosa y asustada multitud que había seguido a la autoridad. El otro, aquí lo tenéis, os lo entrego. Mas un hidalgo no puede nunca, sin deshonor, ser aprehendido vivo por la justicia. He resuelto, pues, que sean tres los nuevos huéspedes del cementerio .

Esto diciendo y antes de que nadie se atreviese a impedirlo, arrojóse sobre su espada afianzada fuertemente contra el enlosado .

Desde aquel día la casa quedó deshabitada; las puertas abiertas sin que nadie se atreviera a violar aquella morada maldita .

Los campesinos creían ver hasta hace pocos años, así el alma del réprobo que circulaba por entre las ruinas, como la mancha de sangre negra que ensuciaba las losas del portal .

La última erupción del volcán, arrastrando consigo el edificio, ha borrado también la leyenda .

LA PROCESION DE VIERNES SANTO

Zoila Rendón de Mosquera

Allá por el año de 1873, en esta hospitalaria ciudad de Quito —nos han contado algunas personas de la época— lo suntuoso con que se celebraba la Procesión de Viernes Santo, exagerando quizá los caudales que se derrochaban para su mayor pompa y magnificencia .

Las clásicas costumbres de nuestros mayores tenían mucho de fantástico; pues, entonces, se vivía en tiempos en que el temor imperaba sobre las conciencias, con los terrores de la superstición, con aquellos espantosos suplicios con que se castigaba a los herejes. Sin querer se mezcla el Viernes Santo y su procesión con los recuerdos de aquellos años que han dejado sangrientas huellas a través de las edades.

Las doce de la noche en los relojes de los campanarios de las iglesias. Hora solemne que principiaba la famosa Procesión, no sin que antes los cucuruchos hubieran pedido la limosna acostumbrada, vestidos de hábito morado, los pies descalzos y con un platillo metálico que golpeaban con una moneda .

La nocturna ceremonia comenzaba desde el templo de la Catedral. Presidía el cortejo fúnebre la Cruz Alta, a la que seguían los pasos de la Pasión del Señor. Las Almas Santas, con sus túnicas blancas y estatura gigantesca, los judíos con casaca roja, pantalón corto de color verde y cubiertos con casco blanco, remedaban la fiereza de los verdugos de la época. Para ésta caracterización se escogía gente de mala catadura apropiada para la pantomima .

La noche a la que nos referimos estaba negra. El viento hacía chisporrotear las antorchas de ceras amarillentas que llevaban los devotos. Las calles del centro de la urbe hallábanse animadas. Los balcones no cabían de curiosos; mientras tanto, los barrios apartados encontrábanse desiertos, en medio de la más profunda obscuridad.

En una de esas callejuelas solitarias —que hasta la presente se denomina Huarahua— y como interrumpiendo la medrosa soledad de la noche, avanzó alguien “un alma bendita escapada del purgatorio, que iba a rondar su antigua mansión” como dijo la única persona que por casualidad pudo contemplarla y que los que le escuchaban, sobrecogidos de espanto, aceptaron su origen a pie juntillas. En ese tiempo era natural creer en la existencia de aparecidos y fantasmas

La sombra blanca se dirigió lentamente hasta llegar a una pequeña casa, en cuyos balcones se ostentaban varios maceteros, con hermosas y variadas flores. Una pálida luz se filtraba a través de las ventanas iluminando las enredaderas que festoneaban su marco .

—Aquí debe estar, se dijo, ya que a la Procesión han concurrido solamente sus padres .

Acercóse a la puerta de calle, pero como se encontraba herméticamente cerrada, tentó la pared hasta llegar al pie de una de las ventanas. Una vez allí, el fantasma creció como por encanto, salvando la distancia que le separaba. Ya sobre el balcón, se ocultó entre las enredaderas. En ese momento escuchó un tenue y doloroso gemido; y, como si se escurriera por las rendijas de las vidrieras, el fantasma misterioso penetró al interior de la habitación

Al día siguiente, grupos de personas con las manos levantadas al cielo y en los ojos pintados el espanto y el temor, comentaban la horrorosa tragedia que había sucedido, y, decían: “que un alma en penas, que rondaba la calle del barrio, había asesinado a una joven y junto a ella, un recién nacido, también estaba muerto” .

—Sí, decían otros. Era un fantasma que se le vió pequeño, y a medida que caminaba, crecía, hasta llegar al tejado, arrojando relámpagos siniestros. El puñal con que ha atravesado el pecho de la joven era uno de esos que jamás se han visto” .

¿Qué es lo que había sucedido?

Fueron dos amantes que se idolatraban con la locura del primer amor. En las mañanas silenciosas y tibias, ella, engañando a sus padres, en lugar de asistir a misa, paseaba con su amado por los arrabales de la ciudad. Al pie de la colina de “San Juan”, en un rinconcito apartado, construyeron un pequeño jardín. Plantaron rosas y geranios, y conforme crecían los tallos y brotaban las flores, también el afecto de los dos aumentaba, con el rocío de dulces caricias y el calor de fervientes besos. ¡Cuántas mañanas madrugaron a los primeros destellos de la aurora, para admirar la salida del sol! y, mientras la naturaleza en su despertar era toda luz, belleza y armonía, los jóvenes se unían más íntimamente, confundiendo sus labios en ósculos tan ardorosos, como el sol del Medio Día .

En ese poético sitio juraron amarse eternamente, y para sellar sus promesas, plantaron una diminuta cruz de plata, símbolo y testigo de sus confidencias .

¡Qué bello es amarse en la soledad, bajo la amplitud de un cielo siempre azul, aspirar la brisa que acaricia las flores, sentir la sensación dulcísima de mirarse mutuamente, creerse dueño de un mundo de ilusiones, hablar como la naturaleza, con ese lenguaje sublime y armonioso del Amor, confundir las almas en una sola: ahí está el apoteosis de los corazones que aman.....!!!

El tiempo pasó con su efímera rapidez. Llegó el día en que a igual de Efraín y María, los amantes tuvieron que decirse ¡adiós!; prometiendo guardarse fidelidad. Julio, ofreció a Elena volver de un viaje largo, después de dos años. Lágrimas, quejas, besos, promesas, acompañaron a tan tierna despedida

Elena, la frívola Elena, olvidó a Julio a los pocos meses de su partida y amó a otro. Seducida por éste, cayó en la infamia .

Cuando su prometido, de regreso, se presentó a ella, el rubor de su rostro dejó su traición. Estaba en cinta y abandonada por el seductor .

El joven no dió a sospechar lo que había comprendido, pero, en su aposento, a solas, mesándose los cabellos,

lloró amargamente como un niño, por su amor perdido, por su dicha desaparecida en la noche de la infidelidad y el desengaño. Y, a pesar de todo, aún amaba a la perjura, ansiando tan sólo una confesión de parte de ella, para perdonarla. ¡Tal era su ternura, tal era su bondad!

Pero Elena, en oposición a esta generosidad, guardaba reserva, ocultando su falta quizá con el infame propósito de engañarle.

Llegó el Viernes Santo. El joven disfrazado de Alma Santa formaba parte de la Procesión. No encontrando a Elena entre los miembros de su familia, sospechó que estaría en compañía de su rival. Marchó, luego, a ronda la casa y viéndola una luz en el aposento de su amada, trepó hacia el balcón.

¿Qué vió? ¿Qué escuchó? Elena, en ese momento se retorció con los dolores del alumbramiento. Dió a luz; y, con la fiera de hiena, estranguló a la inocente criatura, levantó los ladrillos del pavimento, cavó un hoyo y lo enterró. Julio, al ver esto, sintió que su cariño se trocaba en odio mortal y más rápido que una centella, desnudó el puñal que llevaba al cinto y penetró en la habitación.

•Blandiendo el arma, ante la sorpresa de Elena, exclamó:

—Ya que has matado para siempre mi felicidad con tu traición, ya que a ese ser inocente has quitado la vida: ¡muere! Y, hundiéndole el puñal en el pecho. Luego, quedóse contemplando los estertores de agonía de su víctima, hasta cuando quedó lívida y helada, con las manos levantadas, en actitud de imploración y los ojos fijos en el victimario.

Todo en derredor era silencio, mientras de allá de la lejanía, venía el confuso rumor de los salmos y cantos fúnebres que entonaba la Procesión.

Luego que Julio hubo colocado el cadáver del niño junto al de su madre, volvió por el mismo camino que antes había seguido.

La Procesión llegaba a su término, y Julio pudo avanzar hasta las filas en donde iban las Almas Santas.

El canto seguía, los canónigos arrastraban sus negras caudas, las antorchas de los devotos chisporroteaban y la multitud se estremecía ante los Cuadros de la Pasión, que representaban la inmortal tragedia del "Gólgota".

Al terminarse la ceremonia, la gente se dispersó conmovida, llevando en el alma el arrepentimiento y el perdón.....!!!

UN CELEBRE AGUADOR

Alejandro Andrade Coello

A medida que las costumbres se modifican y los años transcurren, trastornando, como castillo de naipes, la dulce y vieja ingenuidad, dejamos de ver, en la querida y tradicional Quito, ciertos tipos familiares y pintorescos que van desapareciendo por la fuerza de las circunstancias y con quienes tropezábamos a diario y que hasta resultaban decorativos para la ciudad. Eran el ornato ambulante de la población, los mimados de los niños que frecuentemente arañan por cariño o por distraerse, y convierten, tal vez inconscientemente, en ludibrio hasta lo que es digno de lástima.

La pálida desnarigada, que dicen los cetrinos verificadores que van a la vanguardia del disparate, se ha llevado a la tumba a otros, de talento indescriptible, como el **mudo Zulem**, el beato Felipe, el avaro Llapango, el Capellán de las Muñecas, el Chepe, el Guagrocote, el Tuiures, etc.

Chiflados los de acá, mendigos los de más allá, monomaniacos éstos, geniales y raros aquellos, paseaban sus galas oratorias, sus brotes de poesía popular, su abigarrada indumentaria, sus decires característicos, sus mañas, sus cuerpos deformes, sus caras lombrosianas o caricaturescas. Gente inofensiva, era la nota picaresca de la población y el motivo para las charlas del corrillo, los epigramas callejeros y los comentarios picantes.

Hoy sólo van quedando algunos figurones políticos y muñecos intelectuales.

Pasan los tiempos, y ya nos parece inverosímil que tales prójimos hayan existido, y lo que es más, que hayan servido de recreación popular. El progreso ha desterrado a algunos y la muerte se ha tragado a los demás.

Cuando las pétreas fuentes públicas, de grandes tazones, seculares trasuntos arquitectónicos, gala de la urbe colonial de los viejos murallones y los augustos templos, surtian de agua al pueblo, había aguadores característicos, generalmente indios de largas trenzas, de los llamados **guangudos**, que hoy se desempeñan en el aseo municipal, de blancos calzoncillos de liencillo y espeso poncho rojo, trabajado en Otavalo, que conducían a espaldas y con ayuda de la frente, en la que iba ceñida como yugo el ancho de la correa o **atamba**, la bebida limpia, en puntigudas tinajas de barro, que nada tenían de ánforas etruscas, sobre una rosca atada a la cintura. El primitivo y frágil recipiente, era reemplazado a veces por un barril de enorme y redonda tapa, forrada de trapos.

El agua potable que la tubería conduce a domicilio ha ahuyentado a los típicos aguadores quiteños, distintos de los de algunas poblaciones de la Costa Ecuatoriana, que van caballeros sobre limpios asnos, transportando en angarillas el codiciado líquido, que en algunas comarcas cuesta un ojo de la cara, como en el rico y laborioso puerto de Manta.

Quizá viva, anciano y recluso en un asilo de pobres, como le vimos hace años, un famoso ciego que la plebe —y aún otra clase de gente— apodaba de varios modos y generalmente de "Orejas de Palo".

Al oírse llamar a gritos de tal guisa, probaba, con hechos contundentes o disparos verbales, henchidos de furia y amenazas, que sus pabellones acústicos no se habían construido con madera.

Poeta callejero, que repartía en verso insultos, imprecaciones y anatemas, era el ludibrio de la muchedumbre y el solaz de los granujas, capaces de enloquecer al bronceo león del monumento. A tientas iba el "Orejas de Palo", con una varilla de hierro en la mano derecha y en la izquierda el cuenco o **pilche** —producto natural de una calabaza— que le servía para envasar el fresco y transparente líquido. El barril de agua, cargado a espaldas, no le pesaba, al parecer, tal su agilidad y tino. La tomaba, por lo común, de la monumental pila de la Plaza Grande o Mayor y a veces de la colonial y gigantesca, reliquia de otras edades, que era gala de la Plaza de San Francisco.

Los muchachos, implacables en el prurito de molestar al prójimo y causar daños, aguijoneaban la rabia del ciego, dedicándole los motes más peregrinos y arroján-

dole cáscaras, terrones y bodoques de sus cerbatanas de hojalata.

Jamás el aguador Orejas de Palo se quedaba con el canallesco ataque: lo devolvía con gracejos en verso, que provocaban carcajadas de las turbas escolares o de los chicos de la plazuela. Al escuchar el nombre de guerra, inmediatamente contestaba: "Macho garroteado".

Continuaba la letanía de insultos, que los devolvía siempre en verso.

"Orejas de Palo,
Barbas de chivo"

le gritaba algún chicuelo no muy bien nacido. Al punto, el ciego decía:

"A tu madre le regalo,
y dame, bruto, el recibo".

Los denuestos subían de color, sacando de casillas al ciego, ladino como el de Tormes. Entonces desatábase en tacos de grueso calibre y obscenidades mayúsculas, siempre rimando.

Cuando los muchachos buscaban palabreja de difícil consonante, como **Atahualpa**, el aguador perdía los estribos. Botaba al hombro el poncho y empuñando la férrea varilla, arremetía a la redonda, con destreza tal, que algunos chicuelos caían dentro de la zona peligrosa y eran golpeados sin misericordia.

Entonces reía sardónicamente, castañeteando los dientes. Luego murmuraba: ya te fregué, macho garroteado. Venía a continuación la pedrea de los chicuelos, entre silbos agudos, hasta que intervenía el guardián del Orden.

El "Orejas de Palo", según aseguran, fué antiguo rezador de casa grande y hay quien afirme que un tiempo se le contrató para enseñar la doctrina cristiana a la servidumbre de las familias pudientes, criadas que eran víctimas de los zurriagos que el ciego les administraba, cual antiguo dómine, por quítame allá esas pajas, por la mínima equivocación del texto religioso, que iba docentemente mascullando. Madrugaba a hacer rezar en Santo Domingo y destacarse en las procesiones del "Rosario de la aurora", llevando la voz en los coros populares que le seguían, a los que inculcaba peregrinas devociones. Cuentan que por re-

prender a una chiquillita, su desventurada discípula, le dió tal tirón de orejas, que le arrancó una de cuajo, entre los ayes de la víctima y el escándalo de las beatas. Parece que de aquí brotara el mote de "Orejas de Palo", pues le castigaron por esa falta, amenazándole cortarle las suyas, reemplazándolas por otras de cuero de becerro o de palo de balsa. Por lo demás, su oído era tan fino, que conocía, en el metal de voz, a cuantos le apodaban, le dirigían pullas o cerca de él conversaban en tono de burla. Mozo de media edad cuando ambulaba por las calles de Quito, rala y negra barba, rostro un tanto picado de viruelas, nariz ancha y que parecía olfatear como galgo de caza, ojos herméticamente cerrados, boca grande y de labios sensuales, cabeza pequeña y melenuda; ancho de espaldas, gordo, de media estatura y metido de hombros. Su traje favorito, el burdo poncho de lana un tanto raído, pantalones de casinete oscuro, botines flojos y delgado bastón de hierro o a veces un grueso garrote en la diestra, que no era muy raro lo lanzase como proyectil. En la izquierda asía el consabido pilche o recipiente para el servicio del agua, daba preferencia a la casa del gran doctor Ascencio Gándara, casi contigua a la plaza principal, en la que había hallado por mucho tiempo caritativo albergue, gracias a la generosidad de dicho caballero y distinguido médico quiteño.

Las siguientes curiosas líneas hemos hallado en un antiguo recorte, sin que conozcamos el nombre de su dueño, pues el artículo no lleva nombre y apareció en un diario de la ciudad. Dicen así:

"Una bellísima y espiritual damita gritóle desde su balcón: "Orejas de Palo". Airosamente saltó a la calle el espontáneo rimador, y le contestó: Si te conozco H. Quiñones. —Fiera ladrona de corazones.— Pero algún día te he de ver flaca.— Como una lora puesta en estaca".

Cuando se le acusaba al Presidente Cordero de haber tomado parte en el ruin negociado de José María Plácido Caamaño, le dijeron al ciego: "Orejas de cordero", y él contestó al punto: "Si no soy tan majadero, —para vender el crucero".

Tal, uno de los tipos más populares, distracción de los pilluelos, que ya no transita por las modernas y pavimentadas calles de San Francisco de Quito, que hoy cuenta con agua potable a domicilio.

LA CAPILLA DEL CONSUELO

Eulalia Barrera B.

Biblioteca antigua con olor a santuario; papeles y libros; viejos pergaminos amarillos por el tiempo.

Alguien en la vieja casona descubrió un depósito de papeles viejos; alguien, un heredero, sugirió, tal vez con un sentido de orden y de higiene, hay que quemarlos; los papeles viejos no son sino alimento para las ratas.

Pedí que se me dejara entrar y llevarme todo aquello que me pareciera útil. Me miraron con sorpresa y accedieron gustosos a mi extravagancia.

Entré, el eco resonaba indignado. ¿Quién era la intrusa que así turbaba esta paz respetada hacía ya tantos años?

Iba con un deseo libertador. Pero he pensado que acaso los pergaminos habrían preferido ser devorados por el fuego a ser descubiertos por manos extrañas.

En un estante, amorosamente, ordenadamente, arrollados con cintitas de colores, desvaídas por el tiempo; yacía tal como lo dejara su dueña o aquel pariente que por última vez leyera, un paquete que llamó mi atención y que contenía los recuerdos; podría llamarse un diario esbozado a grandes rasgos.

De estos viejos papeles saco el episodio que voy a narrar, y que procuraré hacerlo con el mismo cariño que su dueña para no cometer un sacrilegio.

Los pergaminos son del tiempo de la colonia: en alguna parte se lee la fecha de 1570.

Vivía en San Francisco de Quito, doña Enriqueta de Mendoza, dama de la nobleza, muy apreciada por sus virtudes.

Doña Enriqueta era una mujer bella, inteligente y

piadosa. Y, aunque parezca extraño, no se había casado aún habiendo cumplido ya los treinta años.

Todos los pedidos de matrimonio habían sido rechazados por ella. ¿Acaso esperaba al príncipe de un país lejano, que viniera a conquistar su corazón?

Al fin tenía que suceder y sucedió. Cupido con su varita mágica tocó el corazón de la bella doña Enriqueta. El amor venía personificado en el apuesto caballero español don Alvaro del Río.

Don Alvaro contaba veinticinco años, acababa de llegar de España. Era un guapo mozo, que cortejaba a las damas con galanterías delicadas y bellas; tenía su persona todo aquello que embelesa a una mujer.

Para doña Enriqueta, era el primer amor. Para don Alvaro una de tantas aventuras.

La aventura tuvo que ser seria, ya que doña Enriqueta era dama principal y era imposible burlarse de ella.

Como era de esperarse, los amores terminaron en matrimonio.

Doña Enriqueta creyó haber encontrado su felicidad. ¿Y don Alvaro? La respuesta era difícil; el caballero no decía nada, pero se le veía con frecuencia de mal humor, ya no afluían a sus labios las frases galantes que en otro tiempo brindaba a las muchachas.

¿Qué desengaño pudo haber encontrado en su encantadora esposa? Creemos que don Alvaro fué injusto.

Muchas noches se pasaba doña Enriqueta en espera de su esposo que volvía cuando clareaba el día.

Las relaciones matrimoniales se hacían cada vez más insostenibles.

Don Alvaro decidió poner fin a esta aventura en la que tan irresponsablemente tomó parte.

Para dicha de doña Enriqueta, el marido antes hurao y falto de caricias para ella, cambió repentinamente. Se tornó amable, considerado y respetuoso.

Una semana, la verdadera luna de miel había transcurrido, cuando don Alvaro recibió, o fingió recibir una carta de su lejano Madrid, en ella se le pedía que regresara a la patria.

—Enriqueta debo partir, graves razones de familia me reclaman. Dentro de un año estaré de vuelta. Prométeme no olvidarme.

La enamorada esposa prometió entre sollozos. —Alvaro, acuérdate que en tierras de América, en San Francisco de Quito, tu esposa te aguardará impaciente y amo-

rosamente todo el tiempo que tardes .

Partió don Alvaro llevándose con él, el alma de su esposa .

Doña Enriqueta, como una flor sin sol, perdió su color y su alegría .

Pasó el año y el marido no volvió. Doña Enriqueta sufría silenciosamente, nunca una queja ni un reproche contra el marido ausente. Conservaba una especie de culto para el hombre amado. Transcurrían los años, pero la esperanza seguía siempre latente, ya volverá, era la eterna frase en los labios de la esposa .

Para llorar su dolor o para conservar sus esperanzas, la virtuosa doña Enriqueta iba en traje de romera: tosca saya y manto negro, a la capilla de la Veracruz. La capilla, completamente aislada del resto de la ciudad, era un seguro refugio para la dama. Mas aun en pleno campo, muchas veces doña Enriqueta era turbada en su eterna oración, por el sin número de romeras a la Virgen que llegaban a la capilla .

Envuelta en su negro manto, doña Enriqueta salía del templo y tomaba un senderito angosto que subía hacia la loma del Ichimbía, se dejaba llevar por él hasta una especie de plazoleta, donde se sentaba y dejaba transcurrir las horas lentas e iguales, pensando seguramente en el esposo ausente que nunca quiso acordarse de ella .

Al toque del ángelus la dama volvía. Pronto este paseo diario se hizo una costumbre, una necesidad. Entonces doña Enriqueta pidió permiso para construir una capillita para ella sola. Así lo hizo. Oculta por árboles y matorrales se levantó tímidamente la blanca capillita, que su dueña le bautizó con el encantador nombre de "El Consuelo" .

Hoy día, el Belén queda en el centro de la ciudad; mas la capilla de El Consuelo sigue ocultándose de las miradas indiscretas. Muchos ignoran la existencia de esta capilla que sabe de las horas tristes, de la eterna espera de un grande amor, que a pesar de toda la belleza y de toda la bondad de doña Enriqueta, huyó de su lado sin volverse a acordar piadosamente de la dulce esposa .

F I N

INDICE

	Páginas
Nota Editorial	5
La Tradición y los tradicionalistas.— C. M. Tobar Borgoño	7
Historia de los Amores de Quilaco-Yupangui de Quito y Curi-Cuillor del Cuzco.— M. Cabello Balboa	13
El que Pagó el Pató.— Ricardo Palma	25
Tuerto, Gobernador y traidor.— Gabriel Pino Roca	28
Los Polvos de la Condesa.— Ricardo Palma	34
El Cucurucho de San Agustín.— Cristóbal de Gangotena y Jijón	39
El Sermón del Padre Jacinto.— Gabriel Pino Roca	44
Ibant Obscuri Sola Sub Noctoe Per Umbras Lucindo Almeida V. (Dr. Val)	52
Sebastián Pinillos.— José Peralta	60
El Cristo de la Agonía.— Ricardo Palma	81
Pobre Ponce de León.— Modesto Chávez Franco	86
La Huaca de Quinara.— Pacífico E. Arboleda	94
La Tradición de San Francisco.— Luis Aníbal Sánchez M.	100
El Padre Almeida.— José Gabriel Navarro	104
Un Muerto que Casi Mata a un Vivo.— Carlos R. Tobar	109
El Candelero.— Luis N. Dillon	115
Por si dijo Evilla o Hebilla.— C. M. Tobar Borgoño	122
La Dama Tapada.— Modesto Chávez Franco	127
Una flor que Sentencia.— Angel Polibio Chaves	130
Lo que fueron los Gobernantes de Antaño.— Carlos R. Tobar	135

Páginas

Verla y Amarla.— Celiano Monge	139
Nobleza de Abolengo, Nobleza de Alma.— Cristóbal de Gangotena y Jijón	142
Puñug-Camacho.— Angel Polibio Chaves	147
El Descabezado de Riobamba.— Cristóbal de Gangotena y Jijón	156
Dos Amigos Unidos en la Vida y en la Muer- te.— Pablo Herrera	160
Un Día de Máscaras.— Luis Ponce	164
Los dos Campeones.— Manuel J. Calle	169
La Revolución Anecdótica.— Gabriel Pino Roca	178
Abdón Calderón.— Manuel J. Calle	180
Curiosa Aventura sobre el Matrimonio del Ge- neral Sucre.— J. M. Camacho	186
El Tambor.— Luis N. Dillon	190
Caballos, Zahino y Tordillo.— Rafael M. de Guzmán	197
Y Fué General.— C. M. Tobar Borgoño	202
Cora y Cacha.— Marco J. Kely	212
Quien a Cuchillo Mata no Siempre a Cuchillo Muere.— A. Gómez Jaramillo (Alma)	217
Suéltala Negro.— José Alberto Donoso	222
Martillazos.— Celiano Monge	226
Ustedes no Vienen por Mí.— José Alberto Donoso	233
Los de Guardia Su Majestad.— Rafael M. de Guzmán	240
Amar Más de Una Vez?— Violeta	246
El Doctor Acevedo en Jerusalén.— Juan Montalvo	251
La Fuerza de la Opinión Pública.— Guiller- mo Noboa	259
El Incendiario.— Luis Dillon	264
De Antaño y Ogaño.— M. Paul	269
Cuadros de Mi Tierra.— Manuel J. Calle	279
Un Presidente de Nueva Granada.— Angel Poli- bio Chaves	285
La Casa del Aparecido.— C. M. Tobar Borgoño	290
La Procesión de Viernes Santo.— Zoila Rendón de Mosquera	301
Un Célebre Aguador.— Alejandro Andrade Coello	306
La Capilla del Consuelo.— Eulalia Barrera B.	310